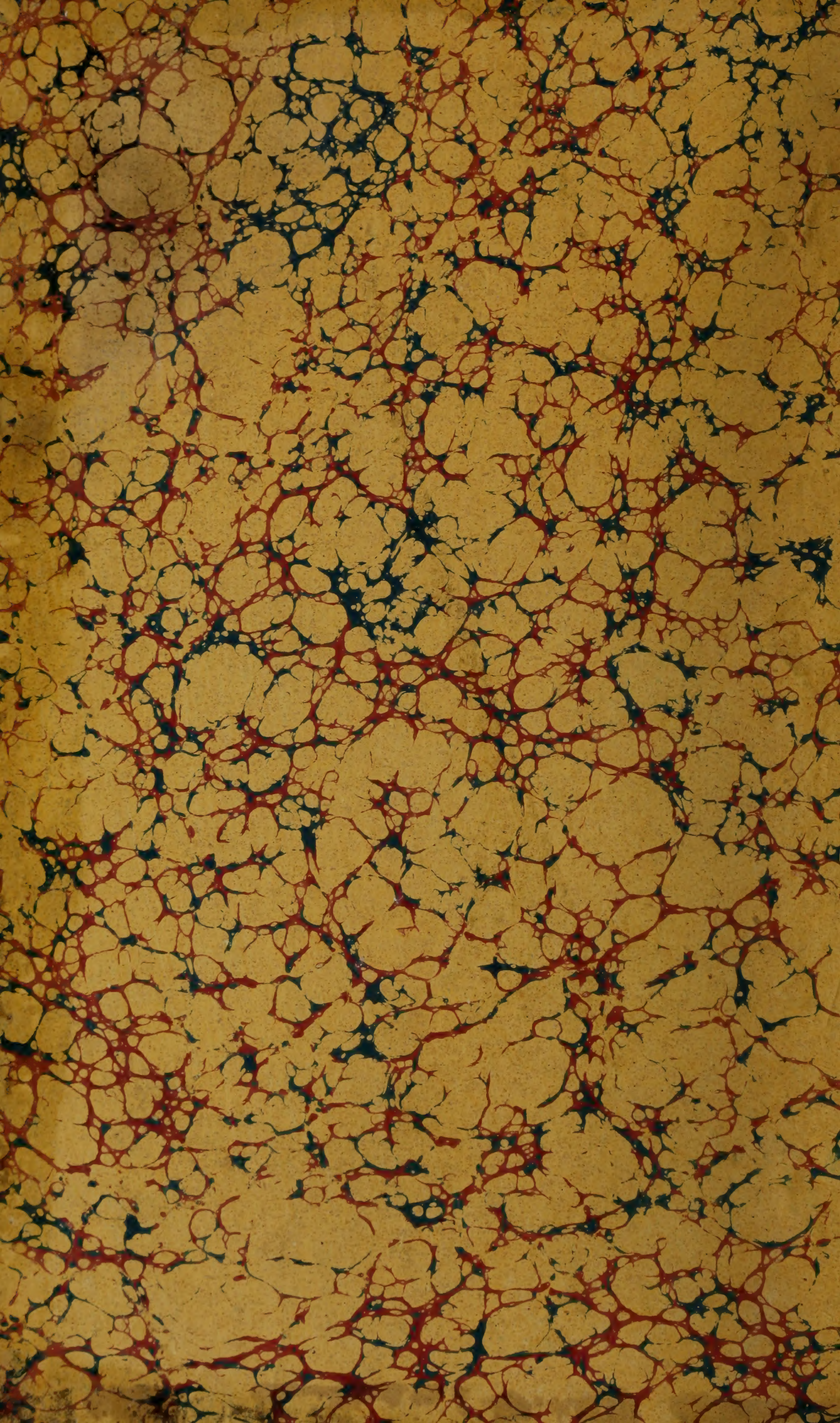
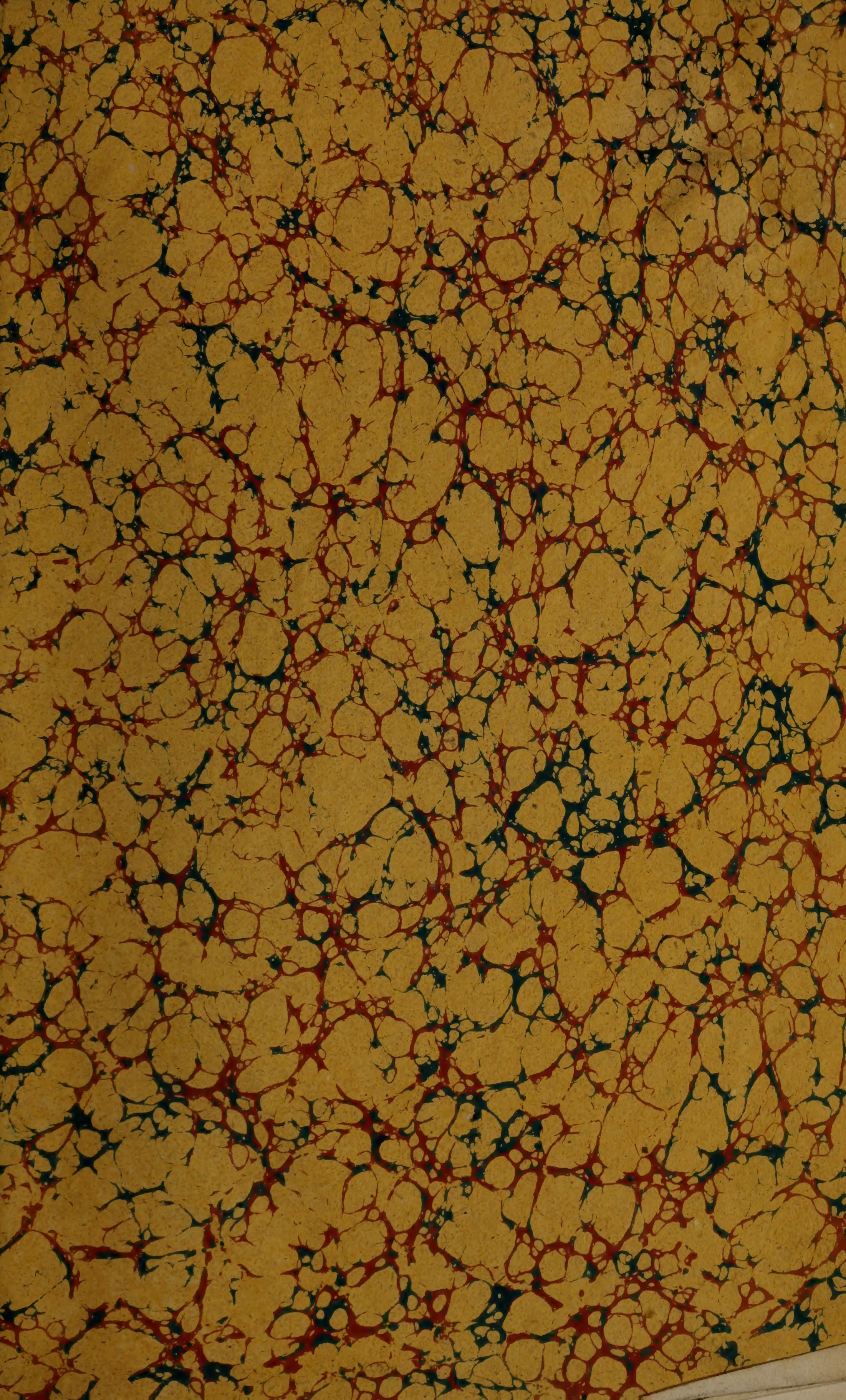

3 1761 09545832 9





EL

DUENDE DE LA CÓRTE

ó

MEMORIAS DE UN FRAILE.

916 6a = D. olla — Villa

EL DUENDE DE LA CÓRTE.



POR D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

RODRIGUEZ Y BOTELLA, EDITORES.

EL DUENDE DE LA CÓRTE

ó

MEMORIAS DE UN FRAILE,

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE D. R. ORTEGA Y FRIAS.

SEGUNDA EDICION.

Tomo I.

MADRID.—1866.

OFICINAS, CALLE DE VALVERDE, NÚM. 57, *entresuelo.*

IMPRENTA DE SANTOS LARXÉ Y BLUMESTEIN, *Flor Baja, núm. 26.*

PRÓLOGO.

Si quereis dramas sublimes, patéticos, buscadlos en la sociedad y los encontrareis fácilmente sin necesidad de pedirlos á la imaginacion del poeta, cuyas creaciones son siempre pálidas, frias, comparadas con los cuadros, ya tiernos y conmovedores, ya horribles, que presenta la vida de la humanidad, la historia de cada familia. Cuando el escritor quiere interesar, copia, y su mérito consiste en saber buscar. Con la invencion de sucesos, por verosímiles que sean, rara vez se arranca una lágrima á los ojos, un suspiro al pecho.

Por eso creo que la lectura de este libro puede interesar. No es un cuento, es una historia lo que voy á referir. No he tenido que hacer más que ordenar sucesos y engalanarlos.

Hace pocos meses que un amigo mio, persona de no escasa erudicion y muy amante de las letras, tuvo la fortuna de encontrar en un almacen de libros viejos un tomo en pergamino, cuyo color y arrugas probaban su antigüedad. Debia haberse conservado cuidadosamente, y solo la ignorancia de algun heredero ó testamentario pudo ser causa de que estuviera allí, formando monton con otros en un rincon del almacen. Sus amarillentas hojas estaban manuscritas, y la lectura de algunos párrafos con-

venció á mi amigo de que habia encontrado un tesoro histórico y literario. Allí estaba la coleccion del primer periódico político que se escribió en España, la vida pública y privada del célebre carmelita fray Manuel de San José, el fiel retrato de todos los cortesanos de Felipe V, la revelacion de muchos secretos de estado y la historia de algunas familias, esclarecido todo con interesantes datos de irrecusable autoridad.

Por diez reales fué mi amigo dueño del libro: me lo enseñó, y como yo mostrase deseos de hacer uso de él, tuvo la generosidad de cedérmelo (1).

Así vino á mis manos esta historia, y aun pudiera decirte, lector, que esa es la historia de la historia que voy á contarte, principiando de esta manera:

El dia 5 de Setiembre del año 1714 entraban en Madrid por la puerta de Atocha dos jinetes, cubiertos de polvo y con muestras de estar bastante fatigados, segun el abandono con que se dejaban balancear por los acompasados movimientos de sus cabalgaduras.

Aunque el frio se dejaba sentir poco, llevaban sendas capas de paño gris oscuro; pero puestas con descuido, por lo cual podia verse buena parte de la ropa que vestian.

No iban juntos, sino delante el uno del otro, y á seis ú ocho pasos de distancia.

El primero era un oficial del ejército portugués: no pasaria de los veinticuatro años, y en su rostro aguileño, en sus grandes ojos negros, de brillante pupila, de mirada ardiente, viva y penetrante, se adivinaba al primer golpe de vista un espíritu fuerte, un gran corazon y una inteligencia privilegiada. Todas las pasiones debian ser en aquel hombre violentas, desarrollándose hasta su último grado; las sensaciones de ternura, lo mismo que las de dolor, los sentimientos de cariño y los de ódio, debian producir siempre en aquel corazon grandes borrascas de incalculables resultados. Las resoluciones que aquel hombre tomase en situaciones graves, debian ser prontas, firmes y sin que en su ejecucion se detuviese ante ningun peligro, ante ninguna consideracion.

(1) El libro existe en mi poder, y la persona á quien me refiero es el Excmo. Sr. D. José Fariñas.

Así lo decian sus expresivos ojos; así estaba escrito en su frente, que aunque medio cubierta por el sombrero de tres picos, parecia ser espaciosa y altiva.

Nada tenia que pedir tampoco á la naturaleza en cuanto á la parte física: sus facciones, de correcto dibujo, de atrevidos perfiles, presentaban un conjunto de admirable belleza.

Era de regular estatura, de formas musculares, y vestia con suma elegancia, pero sin afectacion.

Montaba un caballo negro de raza pura cordobesa, esbelto, fogoso, obediente, de larga crin y espesa cola.

El otro jinete en nada se parecia al primero.

Era un simple soldado, y su rostro, más abultado que el del oficial, estaba dilatado constantemente, si no por una marcada sonrisa, como si fuera á sonreir con toda la dulzura de un espíritu cándido. La mirada franca y serena de sus pardos y redondos ojos, revelaba una tranquilidad inalterable, una calma contra la que debian estrellarse los ímpetus de todas las pasiones, la fuerza de todas las desgracias y los punzantes dardos de toda clase de ofensas, de todo género de provocaciones.

Sin embargo, como lo conocemos, podemos asegurar que no era tonto, ni cobarde, ni insensible. Estaba dotado de una inteligencia clara, de un valor frio y ciego, que era el mismo en todas ocasiones, y no conocia más que dos de los siete pecados capitales, la gula y la pereza. Comer y dormir eran sus únicos goces, y las mujeres eran para él solo un medio de evitar el fastidio, interrumpiendo de vez en cuando, pero de tarde en tarde, la monotonía de una vida tranquila. No se tomaba el trabajo de meditar sino cuando le era absolutamente preciso, y no adoptaba ninguna resolucion sino despues de haberla meditado mucho; pero una vez decidido á una cosa, nada, absolutamente nada le hacia desistir ni aun modificar su propósito. Nunca se rebelaba contra nadie; pero cuando no queria hacer una cosa, oponia una resistencia pasiva, contra la que se estrellaban las reflexiones, las amenazas, los golpes, y hasta la muerte, porque decia con su calma glacial: «Bien, matadme; pero no haré eso.»

Este personaje, á quien tendremos ocasion de conocer muy á fondo, porque representa un papel importante en la presente

historia, era un antiguo criado del oficial, única persona cuya autoridad reconocia; y habia seguido á su amo á la guerra y hecho prodigios de valor, con la misma indiferencia, la misma calma que antes habia desempeñado los quehaceres domésticos.

Cabalgaba sobre un corpulento caballo aleman, el más á propósito para él, porque no tenia que tomarse el trabajo de refrenarlo contínuamente, y podia ir con el mayor descuido.

La silla del corcel del amo no llevaba más que las pistoleras; pero el manso cuadrúpedo del sirviente iba cargado, no solo con el jinete, sino con una maleta y unas grandes alforjas, que siempre estaban bien provistas de comestibles.

Cuando llegaron á la entrada de la calle de Atocha, el caballero, que iba cabizbajo y triste, levantó la cabeza, exhaló un suspiro, y mientras brillaban extraordinariamente sus ojos, clavó las espuelas en los ijares de su negro caballo.

Este sacudió la crin y la cola, tomó el trote largo, y sintiendo más duro el freno y otra vez la punzante espuela, dió un resoplido y siguió al galope, probando que una larga jornada no era bastante para acabar con sus brios.

Mal que pesase á su calma, hubo de hacer el criado lo mismo que el señor, y en pocos minutos llegaron á la Plazuela de Santa Cruz.

Allí se detuvieron, descabalgó el oficial, y entregando las riendas á su sirviente, le dijo:

—Ya sabes la posada; dispon la comida, y espérame.

—Bien, señor,—respondió el criado;—pero tengo para mí que obraríais más cuerdamente alimentando el cuerpo antes que el alma, y quitándoos el polvo...

—Véte y espérame,—interrumpió el caballero.

Y embozándose, alejóse mientras el soldado se encogia de hombros y se entraba por la calle Imperial en busca de la de Toledo.

No dió entonces el jóven muestras de estar cansado, pues muy aceleradamente, poco ménos que corriendo, atravesó la Plaza y calle Mayor, bajó la de Bordadores, dejó atrás las del Arenal y San Martin, y se encontró en la Plazuela de las Descalzas.

Todavía existe allí, como burlándose de las leyes de ornato público, una casa situada al principio de la calle del Postigo de San Martin, y que forma con otra un ángulo entrante, que ya hubiera debido desaparecer.

Paróse el caballero, miró á los balcones y á la puerta, y al ver que esta y aquellos estaban cerrados, se contrajo su frente.

Dudó algunos instantes, acercóse á la puerta, miró por el agujero de la cerradura, escuchó sin oir nada, y su rostro palideció.

—¡Ah!—exclamó, apretando los puños y con acento que lo mismo indicaba sorpresa que dolor ó ira.

Y volvió á mirar y á escuchar en vano, mientras que su agitacion crecia con el afan que tan claramente mostraba en su semblante.

—¿Dónde están? ¿Qué ha sucedido?—repetia, examinando las sombrías paredes de la casa, como si allí hubiera de encontrar la explicacion de lo que no comprendia.

Algunos minutos permaneció inmóvil, pensando cómo aclarar sus dudas, cuando acudió en su auxilio una vecina curiosa, vieja por supuesto, que despues de observarlo, le preguntó:

—¿A quién buscais, caballero?

—Busco á... la gente de esta casa... ¿No vive ya aquí el señor don Juan Meneses?

—Sí que vive; pero no está, ni ninguno de la familia; no queda más que el señor Manuel, el portero, y ha salido á pasearse.

—Pero...

—No están en Madrid desde anoche, que vino de Getafe un criado con recado de doña Margarita; y á pesar de que eran las diez, estaba nublado y amenazaba tormenta, el señor don Juan mandó enganchar el coche y se fué con los criados.

—¡Oh!—exclamó el caballero con sorda voz.—Un aviso á las diez de la noche, y partir en seguida...

—Si quereis decirme vuestro nombre, yo se lo diré al señor Manuel...

—No es menester... Voy á ver á don Juan.

—Eso mismo dijo esta mañana otro caballero...

—¿Quién?—preguntó vivamente el oficial.—¿Lo conoceis?

—Sí, porque viene muy á menudo á visitar al señor don Juan... Le llaman el señor de... de Patiño...

—¡Patiño!... ¡Vive Dios!—exclamó el jóven, cuyos ojos despidieron dos centellas.—¡Patiño!

Y sin escuchar más, se alejó con tanta rapidez como si lo impulsara la irresistible fuerza de un vértigo.

Poco tardó el, al parecer, desesperado caballero en llegar á la calle de Toledo, entrar en una posada, preguntar á un mozo, subir al primer piso y abrir la puerta de un aposento, donde su criado descansaba tendido en un colchon.

—Martin,—gritó el oficial.

—Señor,—respondió el sirviente, poniéndose de pié,—ya estará la comida...

—A caballo...

—¡A caballo!—repitió Martin, restregándose los ojos, porque dudó si estaba dormido.

—Ensilla... pronto...

—Pero, señor...

—Si no quieres venir, quédate; no te necesito...

—Iré al fin del mundo,—repuso con calma el sirviente.

Y mientras se ponia el sombrero, ceñia la espada, y tomaba la capa, la maleta y las alforjas, prosiguió diciendo:

—Vamos, señor, vamos, no me importa: si ahora no duermo, será despues; pero me habeis dejado con un palmo de boca abierta. Me he tomado la libertad de comer, y estoy dispuesto para todo. Sé lo que sucede en estas cosas, y me he preparado; he recuperado las fuerzas, porque el molino no puede andar sin agua, ni el trigo puede molerse sin molino. Yo no os esperaba tan pronto, lo ménos en dos horas, porque como se trataba de una cosa que os interesa tanto, más que la vida, segun decís... Pero ello es que habeis vuelto, y que tenemos que marchar; sobre cuya repentina determinacion, he de advertiros, que si la jornada ha de ser larga, nuestros caballos nos dejarán á pié á la mitad del camino.

El caballero, que se paseaba con impaciencia de un extremo á otro de la habitacion, respondió distraidamente:

—A Getafe.

—¡Ah!...—exclamó Martin.—Ahora comprendo... Bien, señor, muy bien; me consuelo: es pueblo de gallinas, liebres y perdices... ¿Dormiremos allí?...

—Sí.

—Perfectamente: una buena cena...

—Acaba, ¡vive Dios!...

—Voy á ensillar.

La creciente impaciencia del caballero no le permitió aguardar el aviso de su criado, y salió con este, acompañándole á la cuadra y poniéndose á ensillar su caballo para ganar algunos minutos; pero fuese por la falta de costumbre de hacerlo, ó porque su mismo afan le hiciese perder el tino, ello es que antes de llegar á la mitad de la operacion el calmoso Martin habia terminado la suya, diciendo:

—Vísteme despacio, que estoy de prisa.

Pocos momentos despues cabalgaron y partieron al galope.

Eran las cuatro de la tarde.

El sol, aunque descendiendo á su ocaso, brillaba con todo su esplendor.

Ni la más ligera nube empañaba el trasparente azul del cielo.

Los jinetes salieron de la poblacion por la misma puerta por donde habian entrado.

Brillaban más cada instante los negros ojos del caballero.

Se contraia gradualmente su rostro, y tomaba una expresion sombría.

Agitábase su pecho más y más, no por el cansancio físico, sino por las violentas conmociones de su alma.

Solia apretar los puños con muestras de reconcentrada ira, ó inclinar sobre el pecho la cabeza como si meditase, ó herir sin compasion los ijares de su corcel, como si el tiempo fuese un tesoro, como si de un momento de retraso dependiese la salvacion de su vida.

De vez en cuando se escapaban de su boca los nombres de Margarita, don Juan y Patiño, como si las tres personas á quienes pertenecian absorbiesen toda su atencion ó constituyesen los elementos de su felicidad ó su existencia.

¿Iba en busca de una madre?

No, porque por una madre se llora en todas ocasiones, lo mismo cuando se teme perderla que cuando se la hace feliz, volviendo á sus brazos tras una larga ausencia.

¿Iba en pos de alguna mujer amada?

Dudoso era tambien.

El jóven solia jurar, amenazar y maldecir su estrella y su vida, y el amor hace suspirar y sonreir.

Tampoco podia esperarlo un padre, ni un hermano, ni un amigo.

Ni buscaba á un enemigo para vengar una ofensa, porque no era cobarde, y habia momentos en que palidecia cadavéricamente y se estremecia con ese inequívoco temblor del miedo.

Difícilmente se hubiera adivinado lo que buscaba con tanto afan, lo que producia su agitacion, el coraje ó la tristeza que se advertia en él.

Empero puede asegurarse que sufria mucho.

Martin debia estar en el secreto, segun pudo colegirse de sus palabras; pero Martin no se alteraba nunca, ni hacia comentarios sobre nada, y era imposible deducir ni lo más remoto de su gesto glacial, ni de alguna palabra que se le escapase.

El fiel criado solia decir:

—Mi buen señor acabará por perder el juicio ó morirse de rabia. Bueno, adelante, así... Ahora más aprisa... Este movimiento ayuda prodigiosamente á la digestion, abre el apetito y... ¡Parece que no he comido!...

Media hora llevaban de camino, siempre al trote ó al galope, como si se hubiesen propuesto reventar á sus obedientes cabalgaduras.

No habian encontrado alma viviente.

Por todas partes soledad, quietud, silencio.

Al fin divisaron á lo lejos una nube de polvo, que avanzaba hácia Madrid.

Luego distinguieron el bulto y la confusa forma de un carruaje, pudiendo bien pronto convencerse de que era un coche tirado por dos mulas con ruidosas colleras.

A la derecha del vehículo iba en un hermoso caballo alazan

un caballero montado con descuido, embozado hasta los ojos, con la cabeza inclinada sobre el pecho y con todas las apariencias de estar abatido por un dolor profundo.

Detrás iba un criado, tambien triste.

Y el lacayo que ocupaba la zaga, y el cochero, y las mulas, que andaban perezosamente, moviendo de arriba abajo la cabeza y haciendo sonar con plañidera monotonía las campanillas de cobre de sus collares, y hasta los crugidos que, como lastimeros ayes, producia el roce de las ruedas con los ejes, parecian expresar pena, dolor, llanto.

No tenia el vehículo pintadas armas ni letras que revelaran la calidad ni el nombre de su dueño, y unas cortinillas verdes impedian que las miradas curiosas penetrasen en su interior.

El jóven oficial iba demasiado preocupado para que nada le llamase la atencion.

Miró con indiferencia el carruaje, cuyo ruido le hizo estremecer y le entristeció sin saber por qué, y dió con la espuela á su caballo para alejarse cuanto antes.

No sucedió lo mismo al otro caballero embozado.

Tambien destraidamente levantó los ojos, miró al oficial, y sus pupilas, un momento antes apagadas, relumbraron como dos carbunclos.

Entonces procuró más que nunca recatar el semblante.

Dejó que pasasen amo y criado, inclinó el cuerpo, levantó una de las cortinillas verdes, y dijo algunas palabras á los que iban dentro del coche.

Luego volvió su caballo, y aunque á buena distancia, para no ser visto, siguió al oficial y á su sirviente.

Estos continuaron sin apercibirse de lo que el otro habia hecho.

¿Qué significaba la repentina determinacion del embozado?

¿Por qué aquella mirada centellante, que de tan diversos modos podia traducirse?

En el coche no iban más que dos hombres, uno en cada testero, ambos de la misma edad, como de cincuenta años; vestido el uno decentemente, pero con modestia; el otro con más lujo, de finísimo paño negro y con magníficos vuelos de encaje.

A este le habia dirigido la palabra el embozado, que era jó-

ven; pero el anciano, en vez de responder, lo miró con sorpresa, arrugó la frente, y luego hizo un gesto de dolorosa resignacion, acabando por dejarse caer en un rincon del coche, apretando los puños, y cruzándose de brazos, como si del más angustioso pesar pasase á la más horrible desesperacion.

Estas circunstancias hacian más incomprensible la relacion que habia entre aquellos personajes.

Indudablemente se conocian; algo tenian de comun, pero ¿qué podria ser?...

No lo sabemos, y para averiguarlo, seguiremos á los que caminaban hácia Getafe, porque presentimos que estos han de dar muy pronto ocasion para que se aclare el asunto.

No dejó el oficial que su caballo descansase, aflojando el paso; al contrario, á medida que se acercaba al término de su camino, obligaba más al noble bruto, que cubierto de espuma y abriendo cuanto podia sus anchas narices, no se daba tampoco por vencido, y correspondia satisfactoriamente á los deseos de su amo.

Dieron al fin vista al pueblo.

—¡Ah!—exclamó el portugués con acento que parecia arrancado del alma.—¡La muerte ó la vida!... ¡Esto es horrible!...

Y pocos segundos despues se detuvo delante de una solitaria casa, situada como unos cien pasos antes de llegar á las primeras de la aldea.

Martin llegó tambien.

El embozado, que parecia adivinar lo que habia de hacer su perseguido, habia echado ya pié á tierra y atado la brida de su alazan al tronco de un árbol, poniéndose en observacion.

No perdió un instante el gallardo oficial.

Descabalgó de un brinco y se acercó al edificio solitario.

Empero este, como la casa de Madrid, tenia cerradas la puerta y las ventanas, y solo un balcon habia de par en par abierto.

Tambien reinaba allí un silencio profundo, sepulcral.

Palpitó con violencia el corazon del mancebo.

Su mirada apareció más sombría.

Contrájose más de lo que estaba su pálido rostro.

Miró por uno y otro lado, y escuchó.

Ni las ramas de los árboles del jardin, situado en la parte posterior del edificio, se movian; así que no sonaba ni aun el roce de las hojas cuando las agita el viento.

En vano fué que el caballero mirase por el agujero de la cerradura de la puerta, y aplicase el oido.

Nada vió ni oyó.

Brotaban en su ardiente imaginacion negras ideas, que lo atormentaban horriblemente.

Espantosas dudas desgarraban su alma.

Era preciso salir de aquella situacion.

No era posible dejar al tiempo la explicacion de lo que el caballero veia.

El tiempo, antes de explicar, le hubiera quitado la vida con el temor, el afan, la incertidumbre.

Además, ya lo hemos dicho: el hermoso jóven no dudaba nunca mucho tiempo cuando se le presentaban dos caminos que seguir.

Entonces, como siempre, tampoco aguardó.

Volvióse para ver si, como en la Plazuela de las Descalzas, algun transeunte le daba explicaciones.

Pero nadie pasaba por allí.

A nadie se veia en los alrededores.

Meditó un segundo.

—No me faltará una excusa,—murmuró.

Y asiendo el pesado aldabon de la puerta, descargó tres ó cuatro récios golpes.

El eco se repitió en el interior de la casa.

Luego se oyó el aullido lúgubre de un perro.

El caballero quedó como petrificado.

No pudo respirar en algunos instantes.

Quizás por primera vez en su vida se inmutó Martın, que estaba sentado en tierra, y como si su señor le hubiese comunicado el miedo, púsose de pié de un brinco.

Volvió el caballero á llamar.

Repitióse el eco, y el can aulló otra vez.

Ya no podia dudarse de que no habia en la casa ninguna persona.

Pero ¿por qué la habian abandonado sus habitantes?...

¿Adónde habian ido?

Sin embargo de no haber recibido contestacion, el jóven no queria convencerse, porque habria tenido que explicárselo de una manera horrible.

Antes de aceptar lo que tanto le espantaba, quiso apurar todos los medios, y en su trastorno eligió el peor.

Acercóse á la tapia del jardin, arrojó al suelo la capa, y haciendo escalera del corpulento caballo aleman, trepóla y saltó al otro lado, donde afortunadamente el terreno tenia mayor elevacion.

Estaba en el jardin el perro, y aunque era un mastin que aparentaba por su corpulencia y colmillos gran fuerza, no se movió, y en vez de ladrar al ver que asaltaban la casa, aulló más lúgubremente que antes.

Estremecióse el caballero, que empezaba á sentirse dominado por un miedo supersticioso, que en vano intentaba desechar.

A no interesarle tanto aclarar sus horribles dudas, á no ser hombre que una vez dado el primer paso ante nada se detenia, hubiera retrocedido.

Algunas gotas de frio sudor corrieron por su frente, pálida y abrasada por la calentura.

Su rostro estaba horriblemente contraido, casi desfigurado.

Sus ojos, extremadamente abiertos, se revolvian lentamente en sus órbitas, dirigiendo á todos lados miradas recelosas, como si temiese la aparicion de un terrible enemigo.

Atravesó el jardin y entró en la casa sin que su único vigilante le estorbara el paso, ni hiciera más que mirarlo tristemente, como diciéndole: «¿Qué me importa que seas un ladron ó un asesino? Ya no puede suceder nada peor de lo que ha sucedido.»

Crecia la agitacion del caballero.

Al pié de la escalera se detuvo un segundo, hizo un esfuerzo y subió.

—¡Ah!—exclamó con voz ronca.—¡Nadie!...

El eco le respondió como habia respondido á los golpes del aldabon.

Vió los muebles desordenados.

Entró en otro aposento medio oscuro, porque la ventana estaba cerrada.

No pudo examinarlo; pero gritó sin obtener tampoco respuesta.

Siguió adelante, atravesó algunas habitaciones y entró en una, esclarecida por la luz que entraba por el balcon.

Detúvose allí, miró á todos lados, el mueblaje estaba perfectamente ordenado, nada de particular se advertia; pero se percibia un olor extraño, que aunque conocido del caballero, no acertó en aquel momento á decir de qué provenia.

Esta circunstancia, sin explicarse la razon, hizo que se aumentase el pavor de que se sentia cada vez más poseido.

—¿Qué ha sucedido aquí?—se preguntó.—¡Ah!... Ningun indicio... ninguna señal... y...

Dió algunos pasos, llegó á la puerta de un dormitorio, donde apenas entraba alguna luz, y se detuvo, examinando con avidez su interior.

A pesar de que no conocia el miedo, ni era supersticioso, no pudo contener un grito de espanto, de horror, y aunque su primer impulso fué el de retroceder y huir, no acertó á moverse.

¿Qué habia visto?

En el rincon más oscuro del dormitorio brillaban dos pequeñas luces fosfóricas, extrañas, fijas, cuyos discos, perfectamente redondos, parecian sostenerse por sí solos en el espacio como dos estrellas.

Aquellas luces, á pesar de su intensidad, no esclarecian ni la más pequeña parte del aposento.

En cualquiera otra ocasion hubiera comprendido el jóven de qué provenian aquellos destellos; pero su trastorno era completo, y hasta lo más natural y sencillo aparecia á sus ojos fantástico, misterioso, horrible.

Un sudor copioso y frio inundó su rostro.

La fiebre abrasaba su cabeza y exaltaba por momentos su imaginacion.

Estaba muy cerca de un completo extravío mental.

Como si tuviera delante un terrible enemigo, llevó la mano á la espada; un poco antes de desenvainarla comprendió lo ridículo del ademan, avergonzóse de su miedo, verdaderamente pueril, y murmuró:

—¡Estoy loco!... ¿Por qué tengo miedo?... ¡Ah!... No temo por mí, sino por ella... ¡Margarita!...

Oprimióse el pecho con la fuerza convulsiva de su violenta excitacion nerviosa, pasóse las manos por la frente, hizo un esfuerzo y penetró en el dormitorio.

Las luces se movieron, y del rincon donde estaban partió un ruido sordo, apagado, como el del roce de un cuerpo blando en la pared, y por delante del caballero, veloz como una centella, informe, más que á nada parecido á una sombra, cruzó un bulto pequeño y desapareció por una puertecilla excusada.

Entonces comprendió el jóven lo que eran las extrañas luces, y más que nunca se avergonzó de que los relucientes ojos de un sér inofensivo y cobarde le hubiesen infundido tal pavor.

Empero no por eso se calmó la agitacion dolorosa de su espíritu, porque nada encontraba que le explicase lo que no comprendia ó no queria comprender.

Habia en el dormitorio una cama de caoba; pero no tenia colchones, y sus blancas y finísimas colgaduras estaban plegadas.

Esto, que no parecia tener ningun valor, fué para el caballero un indicio horrible.

Su mirada afanosa se fijó en la cabecera del lecho, donde habia esculpida y dorada una M.

—¡Ah!—exclamó el infeliz como si le hubiesen desgarrado el alma.

Y el eco le respondió con una voz lúgubre y pavorosa.

—¡Margarita!—gritó el trastornado mancebo con el acento de la desesperacion.—¡Margarita!... ¿Dónde estás?

Y con pasos vacilantes recorrió de un lado para otro el aposento, acercóse á la cama, la besó, y repitiendo sus gritos, sus ayes y preguntas, ya apoyándose en las frias paredes, como si el dolor hubiese agotado sus fuerzas, ya corriendo sin fija direc-

cion, como si lo persiguiera la muerte y buscase una salida ignorada, salvacion en el acaso, dejó el dormitorio, atravesó habitaciones y galerías, bajó y subió escaleras, y se encontró al fin, sin saber cómo, en el jardin y al lado del corpulento perro, que levantando la cabeza, lanzó otro aullido más prolongado y lastimero que ninguno.

El jóven se dejó caer en un banco de piedra.

Apenas podia respirar.

Su rostro estaba cadavéricamente pálido y desfigurado.

Algunas palabras ininteligibles se escaparon de su boca.

Apoyó la cabeza entre las manos y se oprimió las sienes, cuyas arterias latian como si fuesen á romperse.

Así permaneció algunos segundos.

Empero no queriendo convencerse de lo que ya no debia dudar, como el náufrago que intenta asirse á las mismas olas que lo envuelven, dijo:

—Aquel coche... ¡oh!... bien puede ser que allí... ¡Dios mio, matadme si he de tocar la realidad horrible, que haria de mi existencia un tormento espantoso, una carga odiosa!

Hizo un esfuerzo, levantóse, y como si el dolor le diese nuevos alientos, acercóse á la tapia, la trepó con inconcebible ligereza, y saltó al otro lado sin esperar á que Martin le acercase el cuadrúpedo aleman.

Al primer golpe de vista comprendió el fiel sirviente lo que sufria su señor, no dudando ya de que habria encontrado en el interior de la casa la prueba de la catástrofe que temia.

Sin embargo, Martin calló, porque conocia su falta de elocuencia para templar el dolor profundo de su señor, y estaba además convencido de que hay dolores que no se calman sino con el trascurso del tiempo. Así que no hizo más que echar la capa sobre los hombros del trastornado mancebo, que solo se cuidó de mirar afanosamente á uno y otro lado en busca de una persona á quien preguntar lo que tanto deseaba y temia saber.

—¡Ah!—exclamó al ver á un hombre que se acercaba lentamente y con aire de tristeza y de grande abatimiento.

La frente de Martin se contrajo ligeramente, lo cual le su-

cedia en muy raras ocasiones, y siguió á su señor, que dió algunos pasos para encontrarse con el cabizbajo transeunte.

Apenas este y aquellos estuvieron á distancia de poder hablarse, el oficial, con voz trémula por el afan y el miedo, dijo:

—Buen hombre, una palabra...

—¿Qué quereis?—preguntó el villano, mirando distraidamente al caballero.

—¿Conoceis,—repuso vivamente este,—á los dueños de esa casa?

—Por mi mala ventura.

—¡Por vuestra mala ventura!...

—Sí, soy criado del señor don Juan de Meneses...

—¡Ah!...

—Y si no lo fuera, me excusaria sufrir lo que sufro.

—¿Pero qué ha sucedido? ¿Por qué no hay nadie en la casa de Madrid ni en esta?

—No hay nadie aquí ni allí, porque el señor don Juan está camino de la córte...

—Pero su hija...

—¡Doña Margarita!—murmuró el rústico criado, exhalando un suspiro.

—Sí, doña Margarita... Decid...

—El ángel de la casa, de cuantos la conocian... ¡Oh!... No me consolaré jamás, señor, aunque estoy seguro de que se encuentra en el cielo, y es allí más dichosa que aquí.

El caballero abrió la boca para exhalar un grito, que tal vez se hubiese llevado tras sí el alma; pero no pudo, faltóle la respiracion, la luz huyó por algunos instantes de sus ojos, y á no apoyarse en un hombro de Martin, hubiese caido en tierra.

Lo que sintió en aquellos terribles momentos, es imposible explicarlo ni comprenderlo sin haberse encontrado en situacion semejante.

Como arrancadas instantáneamente por una mano implacable y omnipotente, habia perdido de una vez todas sus ilusiones, todas sus risueñas esperanzas, todas sus afecciones, reconcentradas en una.

Margarita era todo para él.

No tenia padres, ni hermanos, ni amigos.

No tenia más que su amor.

Y su amor era su única felicidad, su vida.

Perder á Margarita era perderlo todo, porque ella era la luz de su risueña, de su única, de su última esperanza, y cuando esta se desvanece, no queda más que la soledad, las tinieblas, el vacío.

La vida entonces es imposible, porque en el vacío no hay existencia.

La última esperanza es el último soplo vital.

Por eso la desesperacion busca la muerte.

Solo un espíritu grande y fuerte como el de aquel hombre, hubiera podido resistir, en sus circunstancias especiales, un golpe tan terrible.

Un hombre como él no se entregaba fácilmente á la desesperacion, no se declaraba vencido jamás.

Para él, en todas las situaciones, el hombre debia aceptar la lucha provocada por la fatalidad, y sostenerla aun sin esperanza de vencer.

Dejarse abatir por el dolor ó buscar la muerte para no sufrirlo, era una cobardía para aquel hombre.

Inmóvil, silencioso y con la mirada fija en el criado de don Juan, permaneció el caballero algunos minutos, porque á pesar de todo su valor no pudo dar un solo paso.

No comprendió el rústico sirviente lo que hacia sufrir con sus palabras al desdichado jóven, y prosiguió diciendo:

—¡Qué noche hemos pasado!... Una hora despues de llegar mi señor espiró su hija. Ahora vengo del cementerio y... ¡he llorado como una mujer! —añadió el fiel criado, cuyos ojos se humedecieron. —¿Creereis que estaba tan hermosa como antes de morir?... Le he dejado una corona de flores, le he besado las manos, aquellas manos benditas, que tantas veces dieron limosna... ¡Pobre doña Margarita!...

No pudo el sirviente proseguir, porque Martin lo interrumpió, diciéndole con aspereza:

—¿Qué haceis, pedazo de bruto?... Callad ¡vive Dios! que estais desgarrando el alma de este caballero.

El jóven oficial se estremeció convulsivamente, oprimióse el pecho, exhaló un penoso suspiro, relumbraron sus negras pupilas, y como si repentinamente recobrase las fuerzas ó perdiese la razon, alejóse con rapidez, gritando:

—Espérame, Martin.

—Pero, señor...

—Espérame,—repitió el dolorido mancebo sin detenerse.

El soldado hizo un gesto de resignacion, volvió la espalda al criado de don Juan, que habia quedado sorprendido, y se sentó para aguardar, no muy tranquilo, porque comprendió que su amo intentaba alguna locura.

Entonces volvió á cabalgar el embozado que los habia seguido, y partió al galope en direccion del pueblo.

No se cuidó de seguir ninguna vereda el jóven oficial, sino que atravesando sembrados y saltando arroyos, corrió en línea recta, dejando á un lado la poblacion y llegando en pocos minutos á un terreno árido, cercado por una tapia ruinosa, y en el cual habia clavadas algunas cruces de madera toscamente labradas.

Allí se detuvo algunos instantes, y vaciló como si tuviese miedo.

Su corazon palpitó con más violencia que nunca, y su rostro se contrajo más, desfigurándose horriblemente.

Cuando se penetra en el silencioso recinto de los que fueron, no hay quien deje de sentir una conmocion profunda, extraña, inexplicable, mezcla de respeto y de terror, que no puede dominarse sino por un alma depravada ó una cabeza estúpida.

El enamorado mancebo tenia un doble motivo para conmoverse, para sentirse poseido del espanto, del dolor y del respeto, y por eso, á pesar de que nunca retrocedia, se detuvo algunos instantes.

Iba á ver á la mujer á quien tanto amaba, ó mejor dicho, á lo que no era más que un recuerdo desgarrador de sus perdidas ilusiones, un desengaño horrible, una realidad espantable; iba, en fin, á ver la muerte cuando buscaba la vida, á encontrar los ojos fijos, sin brillo ni expresion, de un cadáver, en vez de las miradas ardientes y tiernas de una mujer hermosa.

Reinaba un silencio profundo, que hacia más imponente la soledad y el triste aspecto de aquel lugar.

Empezaba á ocultarse el sol, cuyas luces se extendian como una faja de fuego en Occidente.

El infeliz jóven levantó al cielo una mirada de intenso dolor como si demandase ayuda.

Era la primera vez en su vida que dudaba de su valor y sus fuerzas.

—No,—murmuró con voz ahogada,—no retrocederé: quiero verla por última vez, darle un beso de eterna despedida y llevarme en los lábios el frio de la muerte... ¡Oh!... Para mí acabó todo... ¡Cuándo acabará mi vida!...

Oprimióse el pecho, y en tanto que el ardor de la fiebre abrasaba su cabeza y encendia más y más sus negras pupilas, entró en el cementerio, atravesó una parte de él, y se acercó apresuradamente á un hombre que se disponia á llenar de tierra una fosa.

—Detenéos,—le gritó el caballero asiéndole un brazo,—¿Qué vais á hacer?

Mirólo sorprendido el hombre, hizo un gesto de disgusto al ver aquel rostro contraido y aquellos ojos chispeantes, y desasiéndose, dió un paso atrás y respondió:

—Estoy enterrando á un muerto, ya lo veis.

—Despues lo hareis. Ahora,—repuso el jóven, mirando al interior de la sepultura,—abrid ese ataud, ayudadme á sacar el cuerpo que encierra, y dejadme solo algunos minutos.

—¡Ah!—exclamó el sepulturero, abriendo extremadamente los ojos y la boca.—No sabeis lo que pedís...

—Pronto...

—Imposible...

—No se trata de cometer un crímen; os pido solamente que me dejeis ver un cadáver.

—Verlo...

—Nada más.

—¡Oh!...

—¿No es la hija de don Juan de Meneses?

—Sí.

—Pues bien: quiero verla, nada más que verla algunos instantes.

El sepulturero meneó la cabeza con aire de desconfianza.

—No puede ser,—dijo.

—¡Oh!—exclamó el caballero, apretando los puños con mal contenida impaciencia.—Nada conseguireis con negaros, porque la veré de grado ó por fuerza.

—Mientras tenga mi azadon, no me asusta vuestra espada,—repuso este con calma.

—Pues elegid,—replicó el mancebo, arrojando un bolsillo á los piés del enterrador y poniendo mano á la espada.

—Bien,—repuso el villano despues de algunos instantes;—si no quereis más que ver á doña Margarita...

—Ya os lo he dicho.

—Dar tanto dinero por ver á un muerto...

—Por ver á una persona querida, darle el último adios y derramar una lágrima sobre su cuerpo frio.

—Ahora comprendo...

—Acabad...

—Con una condicion.

—¿Cuál?

—Yo observaré desde allí, y si haceis algo más de lo que habeis dicho...

—Bien, observad; pero no os acerqueis mientras no veais que trato de cometer una profanacion.

El sepulturero recogió el bolsillo, lo guardó y se metió en la fosa, que era de poca profundidad, mientras decia:

—Dejadme, no necesito vuestra ayuda... Os lo pondré ahí, donde podais verla arrodillado... Apartáos ahora...

El caballero obedeció maquinalmente, separándose algunos pasos de la sepultura.

No necesitamos decir lo que tuvo que violentarse para entrar en razonamientos con el enterrador, en aquellos momentos de dolorosa amargura, de angustiosa impaciencia, de completo trastorno.

Cada segundo le parecia un siglo.

No puede hacerse comprender lo que sufria.

La más completa enervacion y las excitaciones más violentas se sucedian rápidamente.

Tan repentinos cambios debilitaban más y más su espíritu y su cuerpo.

Solo aquel hombre extraordinario hubiera podido resistir lo que al más animoso y fuerte habria hecho sucumbir en pocos minutos.

Es que el dolor no quita la vida sino lentamente.

Por eso se dice que el dolor no mata.

Pero ¡ay del que sufre! que al fin muere á impulsos de su dolor y tras una penosa y larga agonía.

El desdichado mancebo permaneció inmóvil como una estátua, con la mirada fija en la fosa y las manos sobre el pecho, como si quisiese desgarrárselo ó evitar que lo rompiesen las violentas palpitaciones de su corazon.

El sepulturero, que estaba inclinado sobre el ataud, se enderezó lentamente, levantando en sus brazos el inanimado cuerpo de Margarita y colocándolo al borde de la sepultura.

Lanzó un grito desgarrador el caballero, arrojó al suelo su sombrero y su capa, extendió los brazos, y mientras que el enterrador salia de la fosa y se alejaba, dejóse caer de rodillas junto al cadáver de la jóven y fijó en él una mirada que expresaba lo mismo el dolor y la ternura que el espanto.

Un blanquísimo sudario envolvia el cuerpo de Margarita, que apenas tendria diez y ocho años.

La muerte habia cubierto su rostro de palidez, le habia robado la frescura y la expresion, pero no toda su incomparable belleza.

Nada decia, nada inspiraba ya aquel rostro encantador; pero aun podia admirarse.

—¡Margarita! —exclamó el caballero.

Y como si una mano de hierro oprimiese su garganta, no pudo articular una sílaba más.

Entonces, no impulsado por un sentimiento de mundano amor, sino de respeto profundo, de tierno y puro cariño, inclinóse y estampó un beso en la frente helada de Margarita.

La sangre pareció helarse tambien en sus venas.

La sensacion que produce el frio de un cadáver solo puede comprenderla el que la haya experimentado.

Otra vez intentó hablar el caballero; pero no pudo.

Quiso otra vez acercar sus lábios al rostro de la jóven; pero tampoco pudo moverse.

En su semblante, tan pálido como el de Margarita, horriblemente desfigurado, pintábase el completo trastorno de su espíritu, producido por su mortal dolor, por la fiebre que lo abrasaba.

Trascurrieron algunos segundos, no más que algunos segundos, pero que fueron para el desdichado jóven un siglo de tormentos espantosos.

El cuerpo de Margarita, mal colocado sobre el desigual terreno, resbalóse hácia la fosa.

—¡Ah!—exclamó el caballero, extendiendo los brazos y haciendo un esfuerzo dolorosísimo.—¡No, no me dejes!... ¡Margarita! No me dejes, que es la eternidad la que vá á ponerse entre nosotros.

El silencio le respondió.

—Me ahogo... me abraso,—murmuró, pasándose las manos por la frente y oprimiéndose el pecho.

Y como para buscar aire que respirar, levantóse y volvió la cabeza á uno y otro lado.

En aquel momento apareció á la puerta del cementerio el misterioso embozado, fijó en el oficial una penetrante mirada y se adelantó, parándose junto á una cruz de piedra.

Allí permaneció inmóvil, sin que pudiera adivinarse lo que sentia por la expresion de su semblante, porque lo tapaba con el embozo sin dejar ver más que sus ojos pardos y redondos, que brillaban como dos luciérnagas.

Acababa de ocultarse el sol.

Destacábase en el puro azul del horizonte el resplandor trasparente, vaporoso del vespertino crepúsculo, dorando las cumbres y las torres del pueblo, que allá lejos se divisaban, y bañando la frente de Margarita, que en aquellos momentos parecia coronada por una aureola de luz celestial.

Sintióse el caballero cada vez más quebrantado.

Menguábanse sus fuerzas por instantes.



Abrió los brazos para arrojarse otra vez sobre el frio cadáver.

Perdian sus miembros la facultad de moverse, como si estuviesen ateridos por el frio de la muerte, como si de ellos hubiese huido el calor al contacto del inanimado cuerpo de Margarita, como si despues del beso estampado en la pura frente de la jóven, se hubiese embotado la sensibilidad de todos sus miembros.

Sus ojos abiertos, como si fuesen á saltar de sus órbitas, estaban inyectados en sangre, relumbrando sus negras pupilas como dos áscuas.

Los objetos se presentaban á su vista confusos, vagos, como fantásticas sombras, como apariciones de un sueño.

Se sucedian, alternaban y confundian sus ideas, como se revuelven, mezclan, deshacen y forman las espumas del Océano cuando ruge la tempestad en su insondable seno y sobre sus olas.

Si el dolor no quitaba la vida al desdichado mancebo, le trastornaria la razon.

Allí debia quedar muerto, ó salir loco de allí.

No podia esperarse otra cosa de su estado.

Ya no intentaba contenerse ni dominarse, porque no sabia darse cuenta de lo que le sucedia.

El infeliz hizo el último esfuerzo.

Abrió los brazos para arrojarse otra vez sobre el frio cadáver.

Empero sus piernas se negaron á obedecerle, y quedó como petrificado.

Quiso gritar, pedir al cielo ayuda y blasfemar á la vez; pero tampoco pudo.

Entre el verdadero torbellino de ideas que brotaban en su exaltada mente, una le hizo sonreir con expresion horrible, con la alegría de la desesperacion cuando siente la fria mano de la muerte.

Era la idea de espirar allí, junto al cadáver de Margarita, y tal vez lo hubiera conseguido á prolongarse su situacion; empero en aquel instante sintió caer sobre uno de sus hombros una mano dura y pesada como el hierro, y oyó una voz reconcentrada y grave, que con acento severo dijo:

—Respetad la muerte.

El oficial sintió renacer sus fuerzas en un segundo; dejó escapar un rugido de rábia, y como el leon herido, volvióse para ver quién habia tenido el temerario atrevimiento de interpelarlo tan bruscamente.

Habrá comprendido el lector que el nuevo personaje era el embozado misterioso, el cual, sin descubrir el rostro ni moverse, sostuvo impávido la centellante mirada del portugués.

Hubo algunos momentos de silencio profundo, durante los cuales se contemplaron aquellos dos hombres como dos encarnizados enemigos que se preparan á un combate á muerte.

—¡Oh!—exclamó al fin el oficial.—¿Quién sois? ¿Con qué derecho venís á interrumpirme? ¿Por qué no respetais el dolor antes de aconsejar que se respete la muerte?

—Y vos,—replicó el embozado con aspereza,—¿con qué derecho interrumpís el silencio de la tumba? ¿Por qué dejais que vuestro dolor profane en vez de llorar? ¿Habeis venido á pedir al Omnipotente cuenta de sus fallos, ó á reiros delante de la muerte, porque sois de los que se rien ante la verdad?... Alejáos, dejad que repose con el sueño eterno esa que ya no es para el mundo, y vos, morid sufriendo ó consoláos olvidando.

—¿Quién sois?... ¡Oh!... ¿Quién sois?

—¿Qué os importa mi nombre?

—El de un villano será cuando lo ocultais, como el rostro, que tampoco podreis descubrir sin vergüenza.

—¡Villano!—murmuró el misterioso caballero con amargura.

—Sí...

—¡Oh!... Miradme y decidme si algo tengo que envidiaros en hidalguía.

—¡Patiño!—exclamó el portugués, llevando instintivamente la diestra á la empuñadura de su espada.

—El mismo.

—¡Patiño, mi rival!...

El embozado se habia descubierto.

Aparentaba tener unos treinta años.

Su rostro, ligeramente moreno y pálido, era enjuto, estrechando gradualmente hasta rematar casi en punta en la barba,

notándose más este defecto, porque los pómulos de sus mejillas eran demasiado salientes; de manera que esta circunstancia y la de ser curva su delgada nariz, y muy espesas sus negras cejas, hacia que sus ojos, casi perfectamente redondos, quedasen hundidos y medio ocultos, como en el fondo de una caja, de la cual se escapasen los luminosos destellos de dos diamantes de Sumatra, pues sus pupilas eran en extremo relucientes.

Sus dientes eran blanquísimos y bastante pequeños é iguales, y sus lábios muy delgados, estando cubierto el superior por un bigote negro, brillante y fino, pero mal peinado.

Si se hubiera quitado el sombrero, hubiérase podido ver una frente espaciosa y surcada por dos arrugas, que partian de entre la cejas.

En general, la mirada del llamado Patiño y la expresion de su rostro, cuyos músculos se movian con gran facilidad, revelaban una inteligencia privilegiada y mucha astucia, y daban á conocer al hombre dedicado al estudio de alguna ciencia, y habituado, por consiguiente, á meditar.

Era de regular estatura, bien formado, aunque enjuto de carnes, y presentaba un conjunto que no desagradaba, por más que examinado detenidamente no se encontraran en su rostro más que imperfecciones.

—Sí,—dijo despues de algunos instantes,—os conozco, don Manuel Freire de Silva, aunque no os he visto más que una vez: fuimos rivales; pero la muerte ha puesto término á nuestra rivalidad...

—Pero no á nuestro ódio,—interrumpió Silva, cuyas manos temblaban de coraje.

—Ya no tenemos nada que disputarnos...

—La vida.

—¡Oh!...

—Sí, es preciso que me mateis para que yo acabe de sufrir, ó que yo os mate para castigaros. ¡Oh!... Dios es justo, no queda jamás la culpa sin pena.

—Don Manuel...

—Mirad,—repuso arrebatadamente el militar, señalando al cadáver;—mirad vuestra obra: Margarita ha muerto ¡oh! ha

muerto cuando debia comenzar á vivir, cuando mi amor le ofrecia un porvenir de dicha incomparable.

—Dios lo ha dispuesto así...

—No, caballero: Margarita ha dejado de existir á impulsos de su dolor. Vuestra codicia ruin y la tiranía de su padre la han sacrificado. La veiais sucumbir, y ni siquiera por compasion habeis desistido de vuestro loco empeño para salvar su vida. La infeliz estaba sola, sin más defensa que sus lágrimas y... ¡La habeis asesinado!... ¡Sois un cobarde!...

—¡Caballero!—exclamó Patiño, esforzándose para contener su enojo.

—La justicia de los hombres,—repuso el de Silva con creciente exaltacion,—no puede castigaros; pero queda la justicia inexorable del Omnipotente, que os ha traido aquí para que expieis vuestro crímen ante ese cadáver que lo atestigua. Si me matais, me haceis un bien, porque dejaré de sufrir y vos arrastrareis una vida horrible de remordimientos que os atormentarán sin cesar; y si la suerte os es adversa, espirareis junto al cadáver de Margarita sin dejar de verla un instante, y vuestra agonía será tan espantosa como vuestro crímen.

—Habeis perdido la razon...

—¿Qué me importa, si me quedan alientos para vengar á vuestra víctima?

—Basta,—replicó Patiño.

—Sí, basta: el tiempo vuela; huyen los últimos resplandores del dia... ¡acabe con ellos vuestra vida ó la mia, y que para uno de los dos sea eterna la noche que ha de venir!

—¡Oh!... Mi dolor no es ménos intenso que el vuestro, porque yo amaba á Margarita con toda mi alma; ni es menor mi deseo de mataros que el vuestro de acabar con mi vida; pero la mano de Dios se ha puesto entre nosotros, y la respeto...

—En vano intentais disimular el miedo.

—¡Caballero!...

—Sí, sois un cobarde...

—¡Y he de sufrir tal ofensa!—exclamó Patiño, que apenas podia contener los ímpetus de su ira.—¡Oh!... No me hagais olvidar las consideraciones que enfrenan mi enojo...

—Sacad la espada...

—No...

—Sacadla,—repuso Silva fuera de sí, desenvainando la suya.

—¡Profano, sacrílego!...

—Cobarde...

—Insultadme,—replicó Patiño, cruzándose de brazos,—maltratadme, heridme...

—Defendéos...

—No.

—Os mataré...

—Me asesinareis, porque no me moveré.

—Os escupiré al rostro...

—Lo sufriré.

No habia medio de obligar á Patiño; su resolucion era firme, y se hubiera dejado matar cien veces antes que responder á las provocaciones de su rival.

¿Qué hacer en semejante situacion?

Silva queria á todo trance matar ó morir; pero no queria convertirse en asesino de un hombre que no se defendia.

—¿No deciais,—preguntó,—que amabais á Margarita?

—Sí.

—Pues despues de su muerte debeis apreciar muy poco la vida.

—Nada.

—¿No me odiais?

—Sí.

—Entonces, no os batís porque teneis miedo.

—¿De qué, si no estimo en nada la existencia?

—Mentís.

Patiño se encogió de hombros.

—¿Por qué no aceptais el duelo?

—¡Oh! Preciso es que esteis loco cuando en este recinto no os sentís más poseido de dolor y respeto que de rencor. ¡Quereis interrumpir el silencio de esta mansion con el ruido de las espadas!... Aquí no debe resonar más que la voz para elevar al Eterno fervientes súplicas por las almas de los que yacen bajo esas santas cruces; esta tierra debe regarse con lágrimas y no con sangre; delante de un cadáver no se piensa en esta vida ni

en sus borrascosas pasiones, sino en la eternidad y en la misericordia divina.

El cuerpo de Margarita volvió á resbalarse, cayendo pesadamente al fondo de la sepultura.

Silva no pudo contener un grito de terror.

La espada se escapó de su mano.

—Ya lo veis,—añadió Patiño;—hasta ese cuerpo inerte huye de vos, se esconde para no veros profanar su mansion sagrada y su espíritu os maldecirá desde el cielo.

La frente pálida del portugués se inundó de frio sudor.

Las fuerzas que le habia dado la fiebre empezaron á menguar.

Hubo algunos momentos de silencio profundo, durante los cuales permanecieron inmóviles aquellos dos hombres.

—Vámomos,—dijo al fin Patiño.

—¿Qué hareis fuera de aquí?—preguntó Silva.

—Volveré á ser vuestro enemigo irreconciliable.

—¿Aceptareis el duelo?

—Con una condicion.

—¿Cuál?

—Que antes me escucheis algunos minutos.

—¿Pensais convencerme?...

—Nada pienso; pero impongo esa condicion, y podeis aceptarla sin mengua.

—Bien.

—Salgamos.

Silva recogió la espada, la capa y el sombrero, y con vacilantes pasos siguió á Patiño, sin osar acercarse otra vez á la sepultura.

Alumbrados por los últimos resplandores del crepúsculo, tomaron una vereda que conducia á la poblacion.

El oficial andaba trabajosamente.

La fiebre se aumentaba.

Latíanle las sienes como si fuesen á romperse las arterias.

Sentia la frente abrasada y el pecho oprimido, hasta el punto de costarle gran trabajo respirar.

De vez en cuando la luz huia de sus ojos por algunos instantes.

Puede decirse que no le sostenia más que la voluntad, recurriendo á toda su prodigiosa fuerza.

Un cuarto de hora despues entraron en el pueblo y se detuvieron á la puerta de una posada.

—Aquí,—dijo Patiño,—tengo reservada una habitacion: si quereis, entraremos y podremos hablar sosegadamente.

—Como gusteis,—respondió el portugués.

Subieron; entraron en una sala casi desnuda de muebles; el posadero les llevó un velon encendido, y se sentaron.

Falta le hacia al oficial el descanso: no hubiera podido sostenerse de pié algunos minutos más. No le quedaban fuerzas para batirse, si llegaba á efectuarse el duelo que con tanta insistencia proponia.

Patiño inclinó la cabeza sobre el pecho, y pareció meditar.

Silva esperó, esforzándose para que no se le conociese el estado de debilidad y abatimiento en que se encontraba.

La rojiza luz del velon iluminaba aquellas dos figuras, tipos tan diversos en lo físico y en lo moral.

Oyóse el plañidero sonido de las campanas, que tocaban á difuntos.

El portugués se estremeció, y de sus ojos brotaron dos lágrimas, que él no sintió salir ni correr por sus pálidas mejillas.

Patiño inclinó más la cabeza y su respiracion se hizo más agitada.

Continuaron silenciosos durante algunos minutos.

¿Qué habian de decirse?

Las explicaciones no podian ser satisfactorias.

No tenian que hacer más que matarse ó volverse la espalda, llevándose cada cual su ódio y su dolor.

Si sucedia lo primero, Silva sucumbiria, porque su brazo apenas podria sostener la espada.

Para hacer lo segundo, debieron haber excusado aquella enojosa entrevista.

—¿Cuál es vuestra resolucion?—dijo al fin Patiño.

—Ya la conoceis,—respondió el portugués;—pero ¿y vuestras explicaciones?

—Poco tengo que deciros, porque solamente quiero haceros

comprender que son injustas vuestras duras acusaciones, y que si fuí vuestro rival, no cometí traicion alguna, ni sospeché siquiera que mi amor pudiese contribuir á la muerte de Margarita. La vida, ya os lo he dicho, nada me importa, y por consiguiente, no intento excusar el lance en que puedo sucumbir; pero haré cuanto me sea posible para que en vuestra opinion quede mi honra en el lugar que merece. Sé que me odiais; yo tambien os aborrezco: entre nosotros no hay reconciliacion posible; pero así como yo os hago la justicia de creer en vuestro limpio honor, sed vos tambien justo conmigo. Si por respeto á la memoria de Margarita no vertemos nuestra sangre ahora, nos haremos una cruda guerra, no lo dudo; pero por ser enemigos, no hemos de dejar de ser justos y leales.

—Caballero,—replicó el oficial, cuya exaltacion iba calmándose,—sabeis que Margarita me amaba y que su amor era su vida: ¿por qué, pues, no abandonásteis vuestras pretensiones?

—Porque yo la amaba tambien, y como nunca se pierde la esperanza de conseguir lo que se desea con afan, seguí un dia y otro dia rogando por si lograba vencer al fin la repugnancia de Margarita. Ya fuere con ambiciosas miras, ya por otra razon, don Juan quiso protegerme, usó de su autoridad de padre y prohibió á su hija pensar en vos, ordenándole que me diese su mano. Ella aparentó obedecer el mandato de su padre en cuanto á vos, y si no os olvidó, no volvió á pronunciar vuestro nombre. Por mi parte, no pude hacer más de lo que hice: dejé á Margarita en completa libertad para fijar el dia de nuestra union, y ni una sola vez le pregunté cuándo me haria feliz. Así han pasado ocho meses; mi afan crecia, pero no menguaba mi prudencia, y en todo ese tiempo me he limitado á visitar á don Juan y á su hija como un amigo. La desdichada empezó á entristecerse, enfermó y...

—Basta, caballero...

—¡Oh!—murmuró Patiño con voz ahogada por el dolor.—¡Me acusais de haber muerto á Margarita, cuando la amaba tanto!...

—Os acuso, porque...

—Porque estais desesperado, y la desesperacion es la locura.

No lo extraño, caballero; la sorpresa que habeis experimentado es horrible. Poco ménos que vos estoy yo, y no sé si deseo más vuestra muerte que la mia, porque en estos momentos me es odiosa la existencia.

El portugués no respondió: el dolor iba apoderándose por completo de su alma, robando á la ira su lugar. Por otra parte, las explicaciones francas de Patiño no le daban ocasion para que se encendiese más su enojo.

Ambos callaron.

Trascurrieron algunos minutos, y las campanas interrumpieron otra vez el silencio de la noche.

El rostro de Patiño se contrajo más de lo que estaba.

Silva volvió á estremecerse.

Cualquiera hubiese dicho que se habian olvidado el uno del otro.

Era que ambos meditaban sobre su situacion y buscaban en vano una solucion que conviniese á sus deseos.

Se odiaban, y hubieran querido exterminarse; pero ¿qué seria del que quedase vivo? ¿Templaria su dolor con la muerte del otro?

No.

A sus tristes recuerdos añadir otro de sangre, seria hacer el pasado más horrible, más atormentador el presente y más dudoso, más negro, más espantable lo porvenir.

Los pensamientos de aquellos hombres eran tan sombríos como sus semblantes.

Sus reflexiones concluyeron por convencerles de que la muerte era el único alivio de sus dolores.

—Sentir,—pensaba el portugués,— es sufrir, y por consiguiente, mi sufrimiento acabará cuando acabe mi sentimiento. ¡Oh!... ¡La muerte tiene tambien sus sonrisas!

—¿Qué es la muerte?—se decia entre tanto Patiño.—Una verdad que solo debe espantar á las almas débiles; es el descanso, el término de la horrible lucha que sostenemos desde que vemos la luz del mundo. El último soplo de la vida es el último dolor y la primera sonrisa de una tranquilidad eterna. ¡La paz del sepulcro!... Hé ahí la paz anhelada por el hombre... ¡Oh!... ¡La muerte es tambien dulce y bella!

—Cuando nada se tiene ni se espera,—añadia el oficial,—la vida no tiene objeto ni fin.

—El hombre,—pensaba Patiño,—no tiene razon de ser cuando no vive para nada, y es un absurdo, un imposible la existencia, si en lo presente y en lo porvenir no significa ni es más que el movimiento sin aplicacion.

Por tales razonamientos puede comprenderse el estado moral de aquellos hombres.

No mentian; en aquellos momentos de dolor y de trastorno no comprendian la posibilidad de vivir, ni que su existencia pudiese ya significar nada.

Empero intentaban engañarse.

Como impulsados por un mismo resorte, pusiéronse ambos repentinamente de pié, y cruzaron una mirada centellante.

Hubiéraseles creido animados por un mismo sentimiento, decididos á una misma cosa.

Sin embargo, sus resoluciones eran opuestas.

Habian cambiado de opinion, pensando el uno como habia pensando el otro poco antes.

Silva se habia levantado para irse, porque llegó á horrorizarle la idea de verter sangre en aquellos momentos solemnes.

Patiño se habia decidido á batirse con intento de dejarse matar, como si acabando así con su vida no cometiese la cobarde accion del suicidio.

Con tal resolucion, y como si hubiesen mediado las más ámplias explicaciones, puso mano á la espada, y dijo:

—Don Manuel, ya hemos hablado largamente: ninguna duda nos queda de nuestro proceder noble... Acabemos.

Sorprendióse el oficial con semejante determinacion; pero ya no pudo manifestar la suya de marcharse: estaba interesado su amor propio, no podia rehusar el lance sin mengua de su honra.

Entonces le ocurrió la misma idea que á su rival, y resolvió batirse para dejarse herir, sin pensar tampoco que esto no era ni más ni ménos que un suicidio.

Relumbraron las espadas.

Cruzáronse, y su chis-chás fué el único ruido que se oyó en la estancia.

Ambos creyeron que terminarian en pocos minutos, porque ninguno sospechó la intencion del otro.

Empero bien pronto, por el descuido en defenderse y la flojedad en atacarse, pudo comprenderse que no era el deseo de matar, sino el de morir, el que guiaba sus brazos.

Eran los dos valientes y consumados maestros en el arte de manejar la espada, y sin embargo, cien veces hubieran podido herirse sin ninguna dificultad.

Sin resultado alguno, chocaron los aceros por espacio de algunos minutos, y al fin, como no podia ménos de suceder, los bravos combatientes empezaron á convencerse de que habian tenido la misma idea.

—Probaré,—dijo Patiño para sí,—á dirigirle una estocada que pueda pararla fácilmente.

Y haciéndolo así, vió que su contrario, en vez de evitar el golpe, la favoreció fingiendo torpeza.

Hizo lo mismo Silva, y para no atravesar á su rival, tuvo que retroceder como si él fuese el amenazado.

Ya no cabia disimulo.

Hubiera sido, no solamente vano, sino ridículo el fingimiento.

Así lo pensaron, y como tenian necesidad de poner breve término á la situacion, bajaron las espadas.

—Caballero,—dijo Silva.

—¿No quereis seguir?—preguntó Patiño.

—Vos sois quien debeis decir si estais arrepentido.

—Como habeis bajado la espada...

—Porque vos lo habeis hecho.

—Antes vos.

—Perdonad, pero...

—Permitidme que os diga que estais equivocado.

—Creo que...

—Tengo seguridad...

—Pues nada se ha perdido.

—Es verdad.

—Comencemos otra vez.

—En guardia,—repuso Patiño sin moverse.

—En guardia,—repitió Silva, sin que la punta de su espada se separase de junto al extremo de su pié derecho, donde la habia colocado.

—¿A qué aguardais?

—¿Y vos?

—Como no os moveis...

—No he querido adelantarme.

—Yo tampoco.

—En guardia, pues...

—En guardia...

—¡Oh!...

—Caballero...

—Esperad...

—Sí; hablemos antes...

—Esplicáos con franqueza.

—¿No quereis batiros?

—Sí, ¿y vos?

—Tambien.

—Entonces, ¿por qué no me habeis herido?

—¿Y vos?

—Porque no he podido.

—Yo tampoco.

—¿Y por qué no parábais á tiempo mis golpes?

—Sin duda por torpeza.

—He conocido vuestra intencion...

—¡Mi intencion!... Creo que no os he dirigido ningun golpe de mala ley...

—No.

—Ni siquiera he recurrido á un falso ataque.

—Habeis perdido cien veces la línea...

—Y vos, no solamente habeis desaprovechado mi torpeza, sino que otras cien veces habeis buscado con vuestro pecho mi espada.

—¿Y de eso deducís?...

—¿Quereis que os lo diga claramente?

—Sí.

—Vuestro intento es...

El caballero fué interrumpido por la llegada del posadero, que habia abierto la puerta y entrado, diciendo despues de mirar las espadas desnudas:

—Pues tenia mucha razon el chico.

—¿Qué quereis?—le preguntó ásperamente Patiño.

—¿Qué he de querer, señor? ¿Pues no piensan vuestras mercedes que van á ser mi perdicion? Ya hace un rato que el chico empezó á decirme: «Padre, en la sala de arriba se dan de cuchilladas...»

—Salid.

—No saldré. Si quieren vuestras mercedes matarse, háganlo en buen hora; pero no aquí, porque si la justicia entra en mi casa, me quedaré sin camisa.

Los caballeros se contemplaron algunos segundos.

Luego envainaron las espadas.

—¡Oh!—murmuró Patiño.—La memoria de aquel ángel no debe mancharse con sangre...

—Hagamos lo posible para no encontrarnos jamás.

—Pero si nos encontrásemos...

—En todas las situaciones seremos siempre rivales.

Patiño sacó algunas monedas de plata, las echó en la mesa, y se dispuso á salir.

El oficial lo detuvo.

—Recoged,—le dijo,—ese dinero.

—¿Por qué?

—Porque si vos pagais la habitacion, tendré que agradeceros la hospitalidad, y no quiero que la gratitud me quite la libertad de haceros cruda guerra si nos encontramos alguna vez.

—Y si vos pagais...

—Lo haremos á medias.

—Me conformo.

Silva puso sobre la mesa diez y ocho reales, que era la cantidad que habia dejado Patiño.

Solo un ódio profundo, de esos que acaban con la muerte, pudo hacer que el oficial, en medio de su trastorno, llevase hasta el último grado de sutileza su conducta.

El posadero guardó las nueve pesetas y tomó el velon.

Silva volvió á sentirse sin fuerzas; dejóse caer en la silla, y dijo:

—No os lleveis la luz. Pasaré aquí la noche.

—Mande vuestra merced.

—Lo que ahora quiero es que vayais al camino de Madrid. Allí, cerca de la casa de don Juan Meneses, vereis un soldado con dos caballos...

—Entiendo, señor; le diré que venga...

—Eso es.

El portugués apoyó los codos en la mesa y dejó caer la cabeza entre las manos.

Quedó inmóvil.

Su respiracion se hacia por momentos más desigual y agitada.

Se le hubiera creido entregado á un sueño profundo.

Despues que dejaron de oirse las pisadas del caballo que montaba Patiño, y partió al galope, reinó el más profundo silencio en toda la posada y sus alrededores.

Un cuarto de hora pasó.

Abrióse la puerta y entró Martin, fijando en su amo una mirada afanosa.

—Señor,—dijo,—aquí estoy.

El oficial hizo un esfuerzo, exhaló un penoso suspiro, y levantó la cabeza.

Martin, á pesar de toda su calma, no pudo contener un grito de sorpresa y de temor.

El rostro del caballero estaba horriblemente desfigurado y cubierto de mortal palidez.

Sus ojos, extremadamente abiertos, se revolvian lentamente en sus órbitas, como si su mirada vaga buscase un objeto sin saber hácia dónde dirigirse.

Habíanse dilatado sus negras pupilas, y tenian un brillo extraño.

Sus labios estaban entreabiertos, secos y del color de la cera.

La fiebre se habia desarrollado en toda su intensidad.

El dolorido mancebo llevó á la frente sus manos crispadas; separó algunos mechones de sus descompuestos cabellos, y fijó en Martin su mirada como si quisiera reconocerlo.

—¡Voto á... no sé cuántos!—exclamó el fiel sirviente, á quien rarísima vez se le oia jurar.—¿Qué teneis, señor? ¿Estais malo?...

—Algo,—respondió el oficial con voz apagada;—el pecho... y la cabeza...

—Es preciso que os acosteis...

—Sí, pasaremos aquí la noche.

—Y el dia de mañana, y los que sean menester hasta que esteis firme. Nadie nos espera.

—Es verdad,—murmuró Silva con amargura;—nadie me espera... ¡Nadie!

Y como si esta palabra, tan tristísima para él, hubiese acabado con las pocas fuerzas que le quedaban, volvió á descansar los brazos en la mesa y á dejar caer sobre ellos su abrasada frente.

Martin salió del aposento, ordenó que dispusieran una cama, y comprendiendo que su señor estaba enfermo de alguna gravedad, dispuso que se llamase al médico.

Dos minutos despues estaba el caballero acostado.

El Hipócrates no tardó en llegar.

Pulsó al paciente, lo observó, y declaró que tenia una fiebre nerviosa, que esperaba combatir, si bien no podia responder de que se presentasen síntomas de otra enfermedad más peligrosa.

Recetó, recomendó el silencio y la quietud, y Martin juró al posadero cortar la lengua al primero que gritase.

Ocho dias fueron menester para que Silva estuviera en disposicion de montar á caballo.

Su dolor no habia disminuido; pero estaba más tranquila su alma.

Su violenta exaltacion habia sido sustituida por una tristeza profunda.

Sufria mucho, y miraba con indiferencia la vida; pero ya no deseaba la muerte y se acusaba de haber intentado buscarla.

Habia recobrado la razon su dominio.

Comprendia que aun estaba obligado á cumplir muchos deberes de los impuestos por Dios al hombre.

Como antes de ir al cementerio, habia comprendido que era una cobardía rehusar la lucha, y se decidió á luchar con la des-

gracia, con el dolor y hasta con la muerte para defender su existencia, por más que esta fuese muy amarga.

Ya nada esperaba en el mundo; pero ¿por qué negar á sus semejantes los beneficios que pudiera hacerles?

El hombre no vive para sí, sino para los demás hombres.

Una mañana á las diez, dijo el oficial á su criado:

—Paga al posadero, ensilla y pongámonos en marcha.

Martin obedeció sin pronunciar una palabra; pero cuando ya habia salido del pueblo, acercóse á su amo y le preguntó:

—¿Cómo os encontrais, señor?

—Muy bien.

—Veo que volvemos á Madrid...

—Sí, pero no estaremos en la córte más que hasta mañana al amanecer.

—¿Me permitireis que os pregunte?...

—¿Adónde vamos?

—Sí, señor.

—Á Pamplona.

—¡Á Pamplona!—repitió sorprendido el soldado.

—Si no quieres seguirme...

—¿Vais á quedaros allí?

—Sí.

—Lo pensaré mientras llegamos.

—Buen Martin, eres valiente como pocos hombres; pero la vida de soldado no es para tí.

—Teneis razon; me acomodo á cualquiera cosa; pero la vida de soldado tiene graves inconvenientes para mí; no siempre hay cama ni pan...

—Presumo que te quedarás conmigo.

—Lo pensaré, señor, lo pensaré.

—Ya sabes, mi fiel Martin, que particulares compromisos con nuestro buen rey de Portugal me hicieron tomar las armas, aceptando el empleo de capitan con que creyó favorecerme: he hecho cuanto he podido por corresponder á la confianza de su majestad; he probado que no es falta de corazon mi repugnancia á esta vida, y como además ha cambiado la faz de los negocios públicos, puedo honrosamente dejar mi empleo.

—¿Y si el rey os retira su proteccion?

—No me importa.

—Comprendo, señor.

—Aun podré prestar á su majestad importantes servicios, mayores que con la espada, y espero que los acepte.

—Creo, señor, que he adivinado vuestro plan y empieza á gustarme.

—Mucho te agradeceré que no me abandones.

Nada más hablaron.

Silva se entregó á sus tristes pensamientos.

Martin empezó desde entonces á meditar para poder decidir en el largo plazo que se habia fijado.

Al perder de vista el pueblo, el oficial exhaló un profundo suspiro.

FIN DEL PRÓLOGO.

CAPITULO I.

Uno que bebe para hablar y otro para oir.

Doce años habian trascurrido desde los tristes sucesos que acabamos de referir.

Tocaba á su fin el mes de Noviembre.

Eran las ocho de la noche; el cielo estaba encapotado por negras nubes y soplaba un aire húmedo y frio.

Las calles de Madrid no estaban desiertas; pero sí casi á oscuras, porque las moribundas luces de los mugrientos faroles, que en aquella época estaban colocados á largas distancias en las principales calles, apenas esclarecian un espacio de diez ó doce piés, y aun pudiera decirse que sus reflejos, por lo opacos y vacilantes, infundian más bien pavor, como los fuegos fátuos de de un cementerio. Con decir que en aquellos tiempos no se podia transitar por las calles sin llevar una linterna en una mano y la espada desnuda en la otra, puede formarse una idea de lo que era el alumbrado público y lo bien protegida que estaba la seguridad individual.

Entonces, despues de anochecido, salir á la calle era una empresa arriesgada, y bien probaban su valor los aventureros que á ciertas horas dejaban su casa, sin linterna que les alumbrase

ni más defensa que el afilado estoque, inútil y hasta estorboso cuando desde el hueco de una puerta descargaba el asesino su alevoso golpe.

Los galanteos nocturnos eran una verdadera prueba de amor.

Cuando el enamorado salia de su casa para cantar al objeto de su amor, ó hablarle y verlo por entre los hierros de una reja ó los agujeros de una celosía, no podia decir si volveria vivo ó lo llevarian muerto de una estocada.

En la estrecha calleja que desde la Plazuela de Santa Cruz, ó más bien desde la calle de Zaragoza, vá á la de Postas, y que entonces no estaba embaldosada, sino que era un verdadero lodazal, intransitable en los dias de lluvias, habia una puertecilla, que daba entrada, bajando tres resbaladizos escalones, á una cueva de techo abovedado y negras y húmedas paredes, donde habia establecida una taberna, que por lo mismo que era muy súcia y se hallaba en tan escondido lugar, era quizás la más concurrida de Madrid.

Para calabozo no se hubiera encontrado mejor local.

De dia no estaba alumbrado más que por la escasa luz que entraba por la puerta, y de noche por la humosa y rojiza luz de dos candiles de hierro, cuyos rayos, rompiendo difícilmente la pesada atmósfera, apenas llegaban á las paredes y el techo, dándoles un tinte particular y que hubiera sido imposible reproducir con el pincel.

En uno de los extremos de aquella lóbrega estancia habia un pequeño mostrador medio apolillado, sobre el cual se veian algunos jarros y vasos de estaño, ennegrecidos por el tiempo y el uso, y un cuero lleno de vino, si no que de aire, y que por el color indicaba una respetable antigüedad. Detrás del mostrador, y en un pequeño vasar, veíanse dos ó tres vasijas de vidrio, que contenian aguardiente.

El tabernero, sentado en un ancho sillon, dormitaba unas veces y otras contemplaba á sus parroquianos, llamando al órden á los que intentaban turbarlo con disputas.

El humo del tabaco, el que se escapaba por una puerta que daba á otra habitacion, donde se asaban chuletas de carnero, se hacia alguna tortilla y se freia bacalao, envolvia á los concur-

rentes y producia un olor el más desagradable, espesando de tal manera aquella nube, que á las diez de la noche, y á cuatro pasos de distancia, era imposible conocer á una persona, porque solo se veian bultos de formas vagas y confusas.

Frente á frente, y apoyando los brazos en una mesa, donde habia un jarro lleno de vino, dos vasos y un plato con sardinas saladas, estaban dos hombres, que parecian dispuestos á comer, beber y hablar como buenos amigos.

El uno iba vestido todo de paño verde oscuro, y aunque á la usanza de la gente de condicion humilde, advertíase en él la limpieza de un artesano bien acomodado, ó de un criado de una familia de mediana posicion. Su rostro, casi redondo y de abultadas facciones, era vulgar, y en la expresion de sus miradas, en sus gestos y hasta en sus ademanes, revelaba sencillez, candor y escasa inteligencia.

No sucedia lo mismo á su compañero, que era un hombre de regular estatura, formas musculares, rostro moreno, ovalado y de facciones pronunciadas. Representaba unos treinta años, y su ropa negra, lo mismo que su pelo, barba y espesas cejas, hacian más sombría la expresion de sus ojos verdes y brillantes y oscurecia más la nube que parecia velar su frente, señalada con dos arrugas verticales.

El rostro de aquel hombre no tenia nada de vulgar; pero sí mucho de repulsivo, de imponente, y aun casi de amedrentador. Al mirarlo se sentia una impresion desagradable, sin saber por qué razon, quedando su imágen tan grabada en la memoria, que era imposible olvidarla. Y sin embargo, aunque sus facciones eran bastante pronunciadas, como ya hemos dicho, guardaban armónicas proporciones, sin que tampoco presentase ninguna deformidad su cuerpo.

¿Por qué, pues, su aspecto producia tal desagrado?

Sin duda era la indiferencia glacial, amarga, sarcástica, que parecia brotar de sus labios y de sus ojos.

Aquel hombre debia ser uno de esos séres divorciados de la sociedad, en guerra con ella, enemigo de todos y por todos aborrecido. Parecia llevar en la frente el sello de la reprobacion, del anatema de la humanidad.

Es posible que la razon estuviera de parte de aquel hombre: cuando lo conozcamos, examinaremos hasta donde nos permita la índole de esta obra, dos gravísimas y trascendentales cuestiones íntimamente relacionadas con el personaje que damos á conocer.

Por ahora basta á nuestro propósito, y para inteligencia de lo que vamos á referir, saber que no hacia más que una semana que aquellos dos hombres concurrian á la taberna, donde bebian y hablaban por espacio de media hora, esmerándose el de la ropa negra en obsequiar al otro y pagando siempre el gasto que hacian.

El que los hubiese observado habria conocido fácilmente que no era antigua la amistad de los nuevos parroquianos, pues el primer dia se hicieron algunos cumplimientos, que fueron excusando despues, hasta concluir, la noche anterior á la en que estamos, por tutearse con la más cordial franqueza y beber más que de costumbre.

Alguno de los concurrentes á la taberna, al ver al del vestido negro, habia hecho un gesto de disgusto y aun hablado del nuevo personaje al tabernero; pero este, encogiéndose de hombros, habia contestado:

—¿Ha hecho más que lo que tú haces y estás dispuesto á hacer? Puede que te convenga ser su amigo.

Estas palabras habian hecho sonreir á los interpelantes, concluyendo por no cuidarse del sombrío parroquiano.

Cuando los presentamos á nuestros lectores no habian empezado á beber los dos amigos.

El de la ropa verde habia sonreido al ver las sardinas y el jarro.

El de la ropa negra fijaba una mirada escudriñadora en su compañero.

—¿Qué tal?—dijo este despues de algunos instantes.—¿Te encuentras con ánimos de hacerlo mejor que anoche?

—Espero dejarte muy atrás,—respondió el otro;—hace frio y el estómago necesita calor: además, las sardinas me darán sed, y si tú me haces tercio con el valor que siempre muestras, habremos de pedir más vino.

—Bien, amigo Juan; te veo con las mejores disposiciones. Vino sobrará...

—Por supuesto, que esta noche me dejarás pagar el gasto.

—Mañana será.

—Sabes que hemos convenido...

—Pero tú ignoras una circunstancia.

—Antonio,—replicó el de la ropa verde, llamado Juan,—es punto de honra y...

—Déjame que te explique...

—Sepamos.

—Hoy cumplo veintiocho años, y nada es más justo que me permitas celebrar el dia.

—Tienes razon.

—Por consiguiente, no perdamos el tiempo. Como de costumbre, querrás estar á las nueve en casa de tu ama...

—So pena de que me despida.

—Pues por esta misma razon debemos empezar cuanto antes.

Juan volvió á sonreir, llenó de vino los vasos y repuso:

—Nos enjuagaremos la boca.

—Limpiaremos el tragadero para que no se atasquen las sardinas.

Y llevando los vasos á los labios, empinaron tan garbosamente que no podia dudarse de que eran muy prácticos bebedores.

—Perdona,—dijo Juan, relamiéndose;—he cometido una falta.

—¿No has apurado el vino?

—No he brindado por tu salud, lo cual es doblemente imperdonable, siendo hoy tus cumpleaños.

—Yo tampoco he brindado por tí.

—Es distinto...

—Pues fácilmente se remedia tu olvido,—replicó Antonio, volviendo á echar vino en los vasos.

—¡A tu salud!

—¡A la tuya!

Entonces tocó su vez á las sardinas, y comiendo de estas y saboreando el espirituoso jugo, hablaron de cosas indiferentes, chanceando y riendo.

El rostro de Juan iba dilatándose gradualmente, como si se aumentase su alegría, hablando más á medida que repetian los brindis.

Por el contrario, como si el vino le produjese tédio, Antonio iba escaseando las palabras, reia poco y como quien finge un contento que está muy lejos de sentir, y bebia distraidamente, pues solo se ocupaba en observar á su amigo, procurando dar á la conversacion el giro que le convenia.

Nada de esto pudo comprenderlo Juan; era poco malicioso, no estaba dotado de mucha inteligencia, y además el vino le robaba toda su atencion.

No podia dudarse que Antonio abrigaba algun plan de mucha importancia, y parecia lo más probable que quisiera servirse de su compañero como de un instrumento ciego y fácil de manejar.

En pocos minutos quedó vacío el jarro, y aunque Juan no estaba enteramente dominado por la embriaguez, habia bebido lo bastante para sentir la más viva alegría y esos irresistibles deseos de hablar mucho que produce el vino cuando empieza á trastornar la razon.

—Bien,—dijo para sí Antonio despues de examinar atentamente el rostro de su amigo,—le falta poco, muy poco, para estar como yo deseo, porque completamente borracho no me conviene.

Y luego añadió en voz alta:

—Hemos calculado mal: quedan sardinas y se ha concluido el mosto.

—Es verdad,—respondió Juan, pasándose las manos por los ojos y mirando al interior del jarro;—no lo he advertido y... y el caso es que esas sardinas están diciendo «comedme.»

—Y nos las comeremos.

—Pero nos darán sed...

—¿Qué importa? Si tienes la cabeza firme, llenarán otra vez el jarro...

—¡Que si la tengo firme!... Más que antes. Lo que he bebido me ha calentado el estómago y nada más.

Antonio pidió más vino.

—Veamos si es lo mismo que el otro,—repuso Juan.

Y llenó los vasos.

—Cuidado,—replicó Antonio con gravedad,—que no soy exigente hasta el punto de perjudicar á mis amigos.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no quiero que el deseo de complacerme te haga beber más de lo que puedas resistir.

—Descuida.

—Como me tienes contadas mil rarezas de tu señora...

—Pero en el último apuro, la hija intercederia en mi favor.

—Así le conviene,—dijo maliciosamente Antonio.

Juan se encogió de hombros sonriéndose, y bebió.

—¡Ah!—exclamó, tomando una sardina.—Me siento ahora con tantas fuerzas y tan... y tan contento, que ni la vieja gruñona de mi ama...

—Voy á brindar por ella,—interrumpió Antonio.—¿Me acompañas?

—Sí,—repuso Juan:—brindaré por que el diablo cargue pronto con ella y nos deje en paz.

—¡Ingrato!

—Nada le debo: si fuera su hija...

—¿Doña Andrea?

—No tiene otra, y es un ángel. ¡Qué generosa y espléndida!... Es verdad que la he servido bien, he hecho por ella lo que no es decible...

—Olvidas el vino.

—Vaya por doña Andrea...

—¡Ah!—exclamó Antonio, cuyos ojos brillaron como dos luces.—¡Por ella!

Y bebió como si la sed lo abrasase, y por un segundo enrojeció su rostro como si fuese á brotar la sangre por sus mejillas.

Los ojos de Juan brillaron tambien, y sus pupilas se dilataron; pero sin que sus miradas expresasen otra cosa que la alegría producida por la embriaguez.

—Decias,—repuso el sombrío bebedor como si reanudase la conversacion,—que doña Andrea te ha pagado generosamente los servicios que le has prestado, y que no es tuya la culpa si

ese orgulloso segundon, que ha fingido amarla, la abandona en la situacion más crítica.

Juan se pasó las manos por la frente, se restregó los ojos y miró con sorpresa á su amigo.

—¿Ya no te acuerdas?—repuso este con aparente indiferencia y mientras llenaba los vasos.

—Francamente, no sé lo que te he dicho; pero me parece imposible haberte hablado de ciertas cosas...

—¿Te arrepientes?

—No; pero...

—Guarda tus secretos,—replicó Antonio:—nada me importa doña Andrea, ni su desgracia, ni su amante: te he escuchado y nada más; si te pesa haberme hablado con la confianza de amigos, excusa hacerlo otra vez.

—Antonio, no te incomodes.

—¿Acaso no me ofendes?

—Sabes que soy tu mejor amigo, y por consiguiente, no puedo ofenderte.

—Muestras desconfianza...

—Sorpresa, porque no me acuerdo; pero basta para mí tu palabra, y en prueba de que no me arrepiento, te diré de doña Andrea más de lo que te he dicho...

—Bebamos, y déjame de asuntos que no me interesan.

—Sí, bebamos; pero hablemos.

—Pues á la salud de tu señora vieja...

—Sí, á la salud de su alma,—dijo Juan.

Y apuró el vino de su vaso.

—Como te iba diciendo,—añadió, principiando á comerse otra sardina,—se aumentan cada dia más mis sospechas del mal proceder de tal amante, y juraria no tardará una semana en dar á doña Andrea un desengaño.

—Puedes jurarlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo mis razones...

—¿Acaso lo conoces?

—¡Ya lo creo!... Es íntimo amigo de mi amo y... hablando sin reserva, lo sé todo...

—Pero...

—He escuchado conversaciones; no ignoro que doña Andrea se ha dejado seducir, resultando de ello lo más natural.

—¡Antonio!—exclamó Juan en el colmo de su sorpresa.

—Ya ves que tu secreto...

—Ese hombre es un infame.

—¿Por qué?

—¿Te parece poco el publicar la deshonra de una infeliz mujer?

—No la publica: habla del asunto á un amigo, porque es preciso que le hable. Pero, en fin, sea de ello lo que quiera, nada tengo que ver en ese enredo.

—Amigo mio,—dijo Juan, volviendo á restregarse los ojos,—te repito que estoy agradecido á doña Andrea, me intereso por su suerte...

—Es tu deber.

—Por eso quiero evitar su desgracia.

—Es difícil.

—¡Oh!...

—¿Qué harás?

—Lo que pueda, y si no consigo mi deseo, habré cumplido con mi obligacion.

—Eso no es decir nada.

—¿Quieres explicarte?

—¿Y qué he de decirte que no sepas tú?

—Algo más, segun veo.

—Tal vez.

—Has escuchado conversaciones...

—Sí.

—Conocerás la intencion de ese hombre.

—Juan, hay cosas que no pueden decirse.

—¿Debo ofenderme yo ahora por tu reserva?

—Bebamos, y te convencerás de que no.

—Lo veremos,—repuso Juan despues que hubieron bebido.—Conoces un secreto de mucha importancia; quizás está en tu mano la honra de mi señora...

—Sí,—replicó Antonio;—tal vez dependan de mí su honra y su felicidad; pero no ahora, sino dentro de algunos dias.

—Bien, pero tu reserva...

—¿Crees que no pueda tener doña Andrea algun secreto que no quiera revelarte?

—Es posible.

—¿Y estás dispuesto á respetarlo?

—Sí.

—Ahí tienes el por qué no puedo decirte todo lo que sé; tendria que descubrirte lo que tu pobre señora quiere que ignores, y yo seria un miserable haciéndola esa traicion.

Juan meditó algunos instantes; pero era su entendimiento harto escaso para adivinar que su amigo le tendia un lazo con la mayor habilidad.

—¿Sabes,—le dijo al fin,—que cada vez entiendo ménos este enredo?

—Llegarás á entenderlo muy pronto, porque el mayor servicio que has de prestar á doña Andrea exige que estés al corriente de todo.

—Por de pronto me pones en gran cuidado...

—Ninguno tengas.

—¡Oh!...

—Se salvará el honor de tu señora si estás dispuesto á ayudarme.

—¿Lo dudas?

—Claro es que busco una recompensa...

—La tendrás, Antonio: ya te he dicho que doña Andrea paga generosamente á quien la sirve.

—No soy muy interesado; pero...

—Basta: desde ahora te aseguro que si consigues evitar el golpe que amenaza á mi pobre señora, encontrarás la recompensa de tu buena accion.

—Pues con esa promesa, la que me has hecho de ayudarme y mi buen deseo, todo se alcanzará.

—¿Quieres explicarte ahora?

—Antes has de hacerlo tú.

—¿Qué necesitas saber?

—Bebe primero para remojarte el paladar, habla, te escucharé, y luego te diré cuál es mi plan.

—¿Pero qué he de decirte, si sabes más que yo?

—Te preguntaré y me responderás, porque hay ciertas pequeñeces que nos servirán de mucho, aunque parecen de ningun valor: yo sé lo más interesante, ó como si dijésemos, lo de más bulto; pero necesito saber más.

—Convenidos,—repuso Juan, volviendo á beber.

Antonio apoyó la barba en las manos y los codos en la mesa, como para escuchar con toda calma, y clavó su mirada ardiente en el cándido Juan.

—Pregunta,—dijo este despues de restregarse por la cuarta vez los ojos, cuyos párpados empezaban á pesarle y á picarle.

—Cinco son las preguntas que he de hacerte.

—Sepamos.

—¿Sospecha la vieja el estado en que se encuentra su hija? ¿Sigue el galan la conducta de siempre? ¿Habla de hacer algun viaje antes de reparar el honor de doña Andrea? ¿Crees que esta teme más un desengaño por su amor que por su honra? ¿Es mujer de valor y capaz de hacer un gran sacrificio por salvar su reputacion y legitimar á su hijo?

—Mucho me preguntas.

—¿No quieres responder á todo?

—Sí, pero me confunden tantas cosas de una vez.

—Piensa solo en una y luego en otra, y así no te equivocarás.

—La vieja,—dijo Juan,—es muy impertinente, y desde que se ha quedado medio baldada con los dolores de las piernas, mucho más. Ella quisiera estar en todas partes y entender en todo, y como apenas puede moverse, se desespera, rabia y pega el coraje con el primero que se le presenta, como si alguien tuviera la culpa de su vejez y de sus males. Hay dias que no puede moverse sin que la llevemos como á un niño que no sabe andar, y entonces está peor que nunca. Te aseguro, Antonio, que los dos criados que estamos en la casa, ya la habriamos dejado á no ser por doña Andrea. ¡Qué manías le dan!

—¿Pero con su hija?...

—Lo mismo que con todos, no la deja un momento sosegada, y no sé cómo no se aburre y desespera la infeliz, cuando

despues de su desgracia tiene la del tormento de su madre. Preciso es que doña Andrea sea un ángel para sufrir lo que sufre; pero nada, ni siquiera se queja, tiene para todos sonrisas y palabras dulces, y si alguno empieza á perder la paciencia, le dá consejos, le infunde ánimos y resignacion, y le dice tales cosas, que no hay más que aguantar y estar agradecidos. Lo que es á doña Andrea, te lo aseguro, puede servírsele de balde. Ayer mismo...

—Bien,—interrumpió Antonio, viendo que el vino hacia hablar á su compañero más de lo que era menester, y sobre todo de lo que nada importaba,—bien; pero en cuanto á los amores de doña Andrea y á la debilidad que ha tenido...

—La vieja nada dice, porque nada sabe.

—¿Pero no lo sospecha?

—Ni por asomo. Si tal hubiese sucedido, tomaria el cielo con las manos. ¡A fé que es poco mirada y escrupulosa sobre ese punto!... Siempre está con la música del honor y el decoro, y no para de decir á su hija: «Andrea, mucho recato; no te asomes á la ventana; tápate bien cuando vayas á misa; Andrea, cuidado con la honra, que es primero que la vida; ya sabes, Andrea, que tu padre fué veinte años oidor, y apenas nos ha dejado para vivir, lo cual te prueba su honradez.» De manera que si hubiese llegado á sospechar lo más leve, de seguro se muere ó mata á su hija.

—Pero llegará un dia en que no pueda ocultársele la desgracia.

—Es verdad; pero como antes debe casarse doña Andrea...

—¿Te parece que sucederá así?

—Ya te he dicho, Antonio, que desconfio mucho del tal amante, y temo que, á pesar de ser un caballero de tan alta alcurnia, falte á sus juramentos y promesas.

—¿En qué te fundas?

—En que hace un mes ó poco ménos que escasea sus visitas, está pensativo y casi indiferente al lado de doña Andrea, cuando antes parecia querer comérsela con los ojos; y las citas á media noche, que antes eran casi diarias, no son ahora más que una vez á la semana, ó lo más dos, y aun eso por que creo que ella se queja del cambio. En otro tiempo nos despertaba el

amante cada dos por tres con su guitarra y sus canciones, y ya he perdido la cuenta de los dias que han pasado sin que la música nos quite el sueño.

—¿Hace muchos dias que no se ven de noche?

—La última vez fué el jueves pasado, y hoy esperaba yo que volviese; pero no sucederá, puesto que ningun aviso me han dado. Esta mañana á las doce fué él, y esta tarde lo hemos esperado en vano. ¿Qué te parece? ¿No tengo razon para creer que el dia ménos pensado volverá la espalda?

—Creo que sí.

—Ya se lo he dicho á doña Andrea.

—Ese casamiento presenta muchos inconvenientes.

—El mayor es la señora duquesa, que no consentirá que su segundo hijo, á quien puede ir el título por muerte del primero, se case con una mujer pobre y de una familia cualquiera.

—Es muy natural: pero lo peor de todo es que él se haya cansado del amor de doña Andrea.

—Por eso temo que ella se quede con su deshonra y sin marido, y él busque en otro casamiento las riquezas que no puede tener por haber nacido despues de su hermano.

—Amigo Juan, eres hombre de mucho entendimiento, y difícil es que nada se escape á tu penetracion.

—¡Ah!...—exclamó el sirviente, sonriendo con orgullo.—Cuando me engañan es por que quiero. Conozco á los hombres al primer golpe de vista y les adivino los pensamientos.

—¿Y no has aconsejado á doña Andrea?...

—¡Ya lo creo!... Pero no me escucha.

—¿De manera que ella no teme?...

—Sí; pero disimula.

—Es su desgracia demasiado horrible y quiere engañarse á sí misma.

—Lo has acertado.

—Tal vez si no hubiese cometido la debilidad de creer á su falso amante...

—Mucho lo ama, muchísimo; pero más que todo le espanta la idea de su deshonra, y más aun el que su hijo no tenga un padre ni un nombre.

—Tiene razon.

—No pensamos lo mismo: en mi concepto, lo peor es el chasco y la deshonra.

—Pero una criatura sin nombre á nada puede aspirar, ni aun á tener amigos, porque el mundo comete la injusticia de despreciarla; y una madre no puede mirar con indiferencia esta desgracia de su hijo, ni estar tranquila, puesto que ella ha sido la causa con su debilidad.

—No parece sino que has escuchado á doña Andrea.

—¿Dice lo mismo?

—Sin quitar ni poner palabra: esa es su pesadilla, y no hay quien la tranquilice.

—Ahora,—repuso Antonio, que no habia variado de postura ni apartado la mirada de Juan,—has de decirme si doña Andrea es mujer de alientos.

—Antes déjame beber: tengo seca la boca...

—Bebamos.

Apuraron el contenido de los vasos, y Juan repuso:

—¿Conque querias saber?...

—Hasta dónde alcanza el valor de doña Andrea, y si la crees capaz de sacrificar aunque sea su amor, por salvar su honor y dar á su hijo un nombre.

—Dices dos cosas contrarias, Antonio. ¿Te has mareado?

—No.

—Si doña Andrea sacrifica su amor, es por que no se casa con el hombre á quien ama, y entonces, ¿lo entiendes, Antonio? entonces, si no se casa, no pone á cubierto su honor ni dá nombre á su hijo.

—¿Qué te importa?

—Sí,—replicó Juan, que empezaba á trastornarse y á hablar con alguna dificultad;—me importa saber cómo se entiende eso, porque es... lo mismo que decirme que... si quiero beber mucho, sacrifique mi gusto de beber. ¿Lo entiendes, Antonio? Si doña Andrea... no se casa... su honra está perdida... y su hijo no tendrá padre...

—Respóndeme, que á su tiempo comprenderás lo que te parece ahora imposible.

—Ya te he respondido... Sentiré que... que por hacerme tercio hayas bebido mucho y...

—Juan, con dos mil diablos, díme si tu señora es tímida...

—¿La vieja?... Es un tigre... Dios te libre de ella...

—Bien, bien...

—Esta mañana me tiró el baston...

—Hablo de su hija.

—¡Ah!

—Necesito saber si tendria valor...

—Para todo: es... de las personas que... hablan poco y... hacen mucho... Así, como yo... ¿Lo entiendes, Antonio?

—Entiendo.

—Una mirada suya, nada más que una mirada, me hace temblar...

—Y á mí,—murmuró Antonio, estremeciéndose.

—¿La conoces?

—Sí.

—¿Pues cuándo la has visto?

—Muchos dias en su balcon...

—Se asoma pocas veces.

—Y en misa en Santo Domingo el Real.

—No mientes, allí vá... yo la acompaño... y como es tan hermosa...

—¡Como un ángel!—exclamó Antonio, cuyos ojos relumbraron como dos centellas.

—¿Tambien á tí te gusta?... Como á todos, es claro... á quién no encantan... aquellos ojos como el cielo... y aquel pelo como el oro fino... y... ¡qué pelo!... Pues ¿y la mano?... ¿Y el pié?... ¡Ay!... ¿Entiendes, Antonio?

Este no miraba ya á su amigo; tenia los ojos medio cerrados, permanecia inmóvil y parecia entregado á meditaciones profundas.

Su rostro estaba más contraido que antes.

Juan siguió hablando de la llamada Andrea cuanto se le ocurrió sin reparar que no era escuchado, hasta que algunos minutos despues Antonio le interrumpió, diciéndole:

—Ya es tarde.

—¿Y qué?

—Debes irte para evitar un disgusto con tu señora.

—Que me despida.

—¿Cómo favorecerias entonces á doña Andrea?

—Es verdad...

—Vamos.

—Antes apuraremos ese vino.

—No es prudente.

—¿Crees que estoy borracho?

—Sin estarlo, pueden conocer que has bebido.

—Sí; pero...

—En la primera fuente que encuentres lávate.

—Antonio, te has empeñado en que mi cabeza está mala, y te equivocas. ¿Lo entiendes?

—Toma mi consejo: no debes dar á la vieja el menor motivo para que te despida.

—Bien; pero acabemos la conversacion... porque aun no me has dicho...

—Mañana, porque ya es tarde.

—Perderemos un dia.

—Si te acuerdas, dí á doña Andrea que desconfie de su amante.

—¿Nada más?

—Nada, ó se perderá todo.

—Descuida.

Antonio pagó el vino y las sardinas.

Salieron de la taberna.

El aire puro y fresco de la noche empezó á despejar la cabeza del sirviente.

—¿Hasta mañana?—preguntó.

—Sí, á la misma hora y en el mismo sitio.

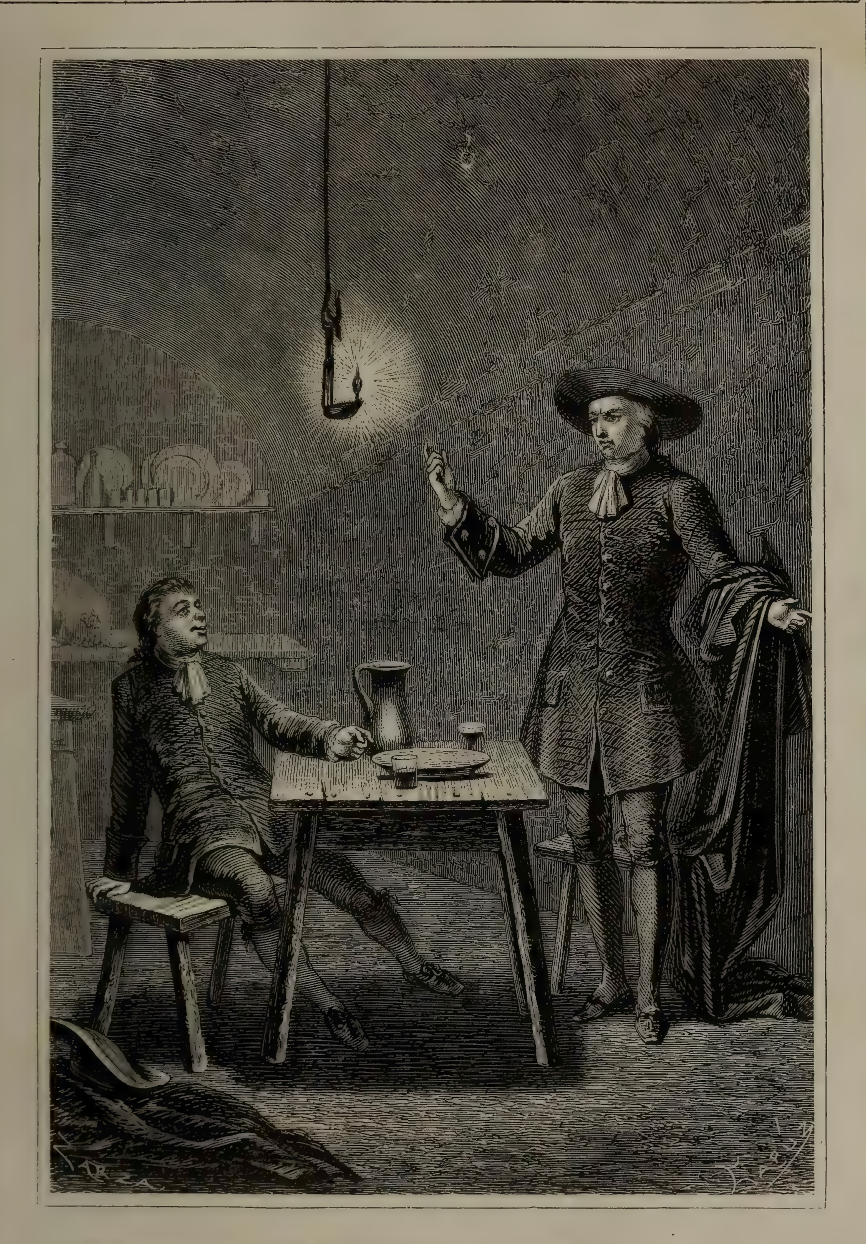
Apretáronse las manos y se despidieron.

Juan tomó calle abajo en direccion de la de Postas.

Antonio por el lado opuesto, hácia la Plazuela de Santa Cruz.

Las tinieblas los envolvieron.

Perdióse el ruido de sus pasos y no se oyó más que el murmullo sordo que salia de la taberna.



—Si te acuerdas, dí á doña Andrea que desconfie de su amante.

CAPITULO II.

Quién era el amante objeto de la conversacion de Antonio y Juan.

Cuando Juan, con la cabeza más despejada, atravesaba la calle Mayor, un coche, tirado por dos corpulentas mulas negras, entraba en el anchuroso portal de una casa grande que por entonces habia cerca de la calle de Coloreros.

El portero, que vestia librea verde, se apresuró á tirar de una cadenilla de hierro que pendia de una campana colocada á bastante altura de la pared, y cuyos vibrantes sonidos avisaban á los criados de escalera arriba para que se prepararan á recibir á los señores.

El lacayo abrió la portezuela del pesado vehículo, saliendo de él una mujer de pequeña estatura, envuelta en un ancho abrigo de paño negro, que no permitia ver más que una parte de su cabeza y su enjuto rostro.

Juan, que se habia detenido junto á la puerta para ver quién iba en el coche, murmuró, sonriendo segun su costumbre:

—Si antes la nombramos, antes la encuentro. Hé aquí á la madre del galan, la señora duquesa de Miraguas, que no consentirá jamás que su hijo, aunque segundon, se case con una mujer que se llama á secas Andrea Castillejo, hija de don Pedro,

simple hidalgo, que no fué más que un golilla, por más que muriese siendo oidor de la real chancillería de Granada.

Efectivamente, la mujer que acababa de salir del carruaje era la duquesa de Miraguas, dama de la reina.

En su rostro pálido, huesoso y arrugado llevaba escrita su edad, de cincuenta y dos años, y en sus ojuelos negros, redondos y despestañados, pero cuyo brillo no habia podido apagar el tiempo, se revelaba su altivo orgullo y un carácter duro, violento, que rara vez debia contenerse por una prudencia bien entendida.

Seguida del lacayo, subió la escalera y entró en las primeras habitaciones sin mirar á los criados, que se apresuraban á abrir puertas y levantar cortinas, haciendo profundas reverencias.

Dos doncellas la recibieron en un salon ricamente amueblado, y la acompañaron á un gabinete no ménos lujoso y con chimenea, donde ardian algunos troncos de encina.

Cuando la noble dama se quedó sin el abrigo que la envolvia, dejó ver su cuerpo flaco y mal formado, verdadero esqueleto ó mómia vestida. Lo mismo que su rostro, sus brazos parecian no tener más que los huesos y el pellejo, y á pesar de lo artístico y hábilmente que estaba hecho su vestido, no podia disimular completamente su pecho hundido y sus hombros estrechos y casi puntiagudos. De entre los ricos encajes flamencos que se levantaban rizados adornando su traje, salia su largo y delgado cuello, como sale de su concha el de un galápago, rematado por la cabeza, que si no muy abundante de pelo, estaba recargada de adornos de gran valor.

Toda la vida de aquella mujer parecia haberse concentrado en sus ojos, cuya mirada ardiente, enérgica, expresiva, daba idea de un espíritu tan fuerte como débil era su cuerpo.

Sin dejar que sus doncellas la despojasen de adornos y mudasen el vestido, se dejó caer en un ancho sillon, entre cuyos blandos almohadones de terciopelo azul quedó oculta.

Acercó los piés al fuego; quitóse los guantes, dejando descubiertas sus tabículas y largas manos, y con voz destemplada y breve acento dijo á una de las sirvientes:

—¿Y don Juan?

—Hace algunos minutos llegó, y segun entiendo, ha pedido otra ropa para volver á salir.

—Dejadme y que venga.

Salieron las criadas, y poco despues se presentó un jóven que podria tener veintidos años, de regular estatura y bien formado, rostro ligeramente moreno, nariz aguileña, negros y expresivos ojos, y que si no podia llamar la atencion por su belleza, era al ménos agradable el conjunto de sus facciones y fácilmente podia interesar el corazon de cualquiera mujer.

Llevaba un traje de paño azul oscuro sin bordados ni adornos, que sin duda, como habia dicho la doncella, acababa de cambiarlo por el que habia tenido puesto aquel dia.

—Buenas noches, madre mia,—dijo acercándose á la duquesa.

Esta clavó en el jóven su mirada penetrante, y con acento un tanto irónico, replicó:

—¿Os habeis vestido así para ir á ver á su majestad?

—No he pensado,—repuso el mancebo con alguna turbacion,—ir á palacio esta noche...

—Ni lo pensásteis ayer, ni lo pensareis mañana, ni probablemente os ha ocurrido jamás.

—Perdonad, madre mia; pero...

—Don Juan, sentáos y escuchadme. El asunto de que se trata os importa mucho; median en él personas muy respetables y no puede mirarse con indiferencia.

—Ha ocupado mi atencion constantemente,—dijo el jóven sentándose frente á la duquesa, cuyo semblante no perdia la gravedad sino para sonreir irónicamente.

Hubo entonces algunos instantes de silencio.

Don Juan, como si quisiese evitar la mirada incisiva de su madre, tenia la suya fija en las oscilantes llamas de la chimenea, y no procuraba ó no podia disimular el disgusto que le causaba aquella conversacion.

—Si os aguardan,—dijo al fin la duquesa,—excusáos conmigo, y quedará satisfecho el más exigente.

—Nadie me espera.

—Don Juan, la reina ha vuelto á hablarme de vos.

—Le agradezco la honra...

—Pero no mostrais deseos de pagarla.

—¿Por qué, señora?

—Hace muchos dias que habeis debido resolveros y tomar una parte activa en el asunto de vuestro casamiento.

—Me hablásteis de esa boda,—replicó Juan, procurando siempre no encontrar con la suya la mirada de su madre,—y os respondí que pensaria.

—Tiempo os ha sobrado.

—Señora, se trata de mi felicidad, del reposo de mi alma, de mi conciencia...

—De vuestra fortuna.

—Madre mia, en cuestiones de corazon, una ligereza es no solo una falta imperdonable, sino una desgracia horrible y que con nada se remedia.

—¡Corazon!—dijo con ironía la duquesa, revolviéndose impacientemente entre los almohadones.—Es preciso quedar en una situacion clara. Ya ha sucedido otras veces y no quiero que suceda ahora: despues de una larga conversacion nos hemos separado, y nada he podido deducir de vuestras palabras.

—Creo que siempre me he explicado con claridad.

—Muy claramente; pero aun no conozco vuestras intenciones.

—No me he negado á complaceros.

—Tampoco habeis dicho que sí. ¿Puedo tomar vuestro silencio ó vuestra reserva por una decision afirmativa? Respondedme y dejad para otra ocasion las disertaciones sobre el espíritu, porque á nada conducen; dejad vuestras consideraciones filosóficas sobre el amor como idea abstracta, y concretáos al amor de la mujer que os brinda con una fortuna inmensa. ¿Qué hareis?

—Voy á deciros una cosa con la franqueza que un hijo debe hablar á una madre.

—Sepamos.

—No he nacido para amar mucho tiempo á una mujer: mis pasiones son violentas, rayan en la locura; pero acaban pronto. Confieso mi debilidad, ó más bien dicho, mi desgracia, porque estoy privado de ser feliz con ninguna mujer. La que más amo, es luego la que miro con más indiferencia, y aun llego á aborre-

cer á la que se empeña en no romper los lazos de nuestro amor. Mil veces he intentado combatir esta horrible volublidad, esta instintiva, natural tendencia á la mudanza; pero ha sido en vano, solo he conseguido atormentarme y hacer una víctima más de mi desgracia. Ahora, decidme vos tambien con franqueza si debo pensar siquiera en casarme.

—Sí.

Don Juan miró con sorpresa á su madre.

—Vuestro mal,—añadió esta,—tiene fácil remedio, muy fácil.

—Señora...

—Os curará una mujer que pague vuestras caricias con desvíos, porque no habeis amado nunca.

—Creo que os equivocais.

—No, don Juan, no habeis amado; habeis buscado amorosos triunfos, que satisfagan vuestra vanidad, y alcanzados, habeis sentido el vacío, la necesidad de otros nuevos. Si os lo hubiéseis explicado así, habríais comprendido lo que era eso que llamais vuestra instintiva tendencia á la mudanza.

—Y aun siendo así,—dijo el mancebo, cada vez más turbado,—¿quién me asegura que la mujer cuya mano se me ofrece sabrá despertar en mí un verdadero amor? Todas, madre mia, no tienen vuestro talento.

—Puede esa tener mis consejos, y es bastante.

—¡Oh!...

—¿Habeis meditado bien sobre vuestra posicion?

—Demasiado bien,—dijo con amargura don Juan.—Ya sé que las leyes establecen una diferencia entre el hijo que nace primero y los que nacen despues; pero tengo la fortuna de que me gusta ser pobre. En este momento estoy mejor que he estado en todo el dia, cubierto de bordados, encajes y joyas: me incomoda el lujo, creedme.

—Sin embargo, llevais un nombre ilustre, estais dotado de una inteligencia superior, y podeis brillar en el mundo. Vos no lo deseais; pero yo soy vuestra madre y lo deseo, lo quiero.

—Gracias, madre mia.

—Contando con vuestra obediencia, me he comprometido, y

como nadie hubiera creido que en tantos dias no habíais decidido, me he visto obligada á responder á la reina por vos.

—Su majestad es...

—Muy bondadosa.

—Sí, conoce sus intereses: necesita tener en Portugal un hombre poderoso que sea suyo, y ha aprovechado la ocasion.

—¿Pero cuál es el resultado?

—Que me hacen rico...

—Luego si vos sois el primer beneficiado...

—Debo agradecer, callar y no meterme en buscar la causa de tan buenos efectos.

—No es la reina quien ha propuesto el casamiento...

—Es el rey de Portugal, lo sé; me hace rico por evitar que su sobrino sea más poderoso que él. Tampoco debe importarme esta causa; el efecto es bueno para mí.

—Don Juan, extraviais la cuestion.

—¿Quereis que la terminemos?

—Sí; pero antes es preciso que quedemos de acuerdo en lo que ha de hacerse.

—¿Es vuestro deseo que me case con la de Villanueva?

—Así lo quiero... os lo mando.

El jóven cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y no respondió.

La duquesa se movió otra vez con mal contenida impaciencia, fijó en su hijo una mirada ardiente, y luego dijo:

—Sabeis que la reina ha dado su palabra.

—Lo sé,—murmuró don Juan.

—No ignorais que del asunto está encargado fray Manuel, como persona de la mayor confianza del rey don Juan, y os he dicho que la reina, si ha de quedar en una posicion ventajosa, necesita desentenderse del fraile. Para esto hay que tomar una determinacion que nadie espere, que dar un golpe decisivo, á fin de que cuando fray Manuel quiera oponer su influencia á nuestra habilidad, sea ya tarde.

—¿Y habeis convenido?...

—En todo.

—¿De manera que?...

—Ya no es tiempo de retroceder,—respondió la duquesa.

—¡Oh!...

—Don Juan, preparáos para marchar á Portugal al primer aviso.

—¡Señora!...

—Os he dicho que ya es tarde,—replicó enérgicamente la dama.—Si no queríais casaros, pudísteis haberlo dicho con tiempo.

—Pedí el necesario para pensarlo...

—Para decidirse á aceptar una fortuna inmensa basta un segundo.

—Para decidirse á hacer lo que no puede deshacerse, es poco un año. Además, me gusta la pobreza, ya os lo he dicho.

—Casáos y luego sed pobre.

—Señora...

—Si no quereis, decidlo á la reina.

—¿Por qué no?

—Echad sobre mí el ridículo, promoved un escándalo.

—Exagerais.

—¿Falta mucho para que suceda así?

—Nadie se ha ocupado de este asunto, es un secreto, y por consiguiente...

—Palabras he oido esta noche de boca del de Osuna, que me han herido en el alma.

—No acierto...

—Ni es menester; pero os advierto, don Juan, que es preciso que acaben vuestros amorosos devaneos.

El jóven palideció.

—A mi edad,—dijo,—no hay hombre que no galantee.

—Sin embargo, vuestras locuras empiezan á ser objeto de la murmuracion.

—¿Qué puede echárseme en cara?

—Líbreme Dios de averiguarlo.

—¿Me permitís que me retire?—preguntó don Juan.

—Sí, porque nada tengo ya que deciros.

El mancebo se puso de pié.

—Madre mia...

—Sabeis mi resolucion y... la órden de su majestad, caballero.

—Bien, señora.

—Al primer aviso saldreis de Madrid.

—Saldré,—respondió el jóven, apretando los puños.

Y con el rostro pálido dejó el aposento.

—Temí mayor resistencia,—murmuró la dama á la vez que tiraba del cordon de una campanilla para que entrasen sus doncellas.

Don Juan se encerró en su habitacion y se dejó caer pesadamente en una silla.

—¡Oh!—exclamó.—Esto es horrible: mi madre y la reina de un lado; Andrea y su honra del otro... ¡Vive el cielo!... ¿Qué he de hacer? No puedo librarme de un mal sino con otro; me encuentro entre un puñal y un abismo... ¿Hay eleccion posible? Una mujer á quien no amo ni amaré jamás, y otra á quien amé y que ya no puede inspirarme más que cariño tranquilo, fraternal; ambas me piden el mismo sacrificio, el de mi libertad querida. ¿Cómo desobedezco á mi madre y á la reina, poniéndolas en ridículo? ¿Cómo desoigo las súplicas de Andrea en nombre de nuestro hijo y de su honor?

Ciertamente, era difícil la situacion del jóven.

Sin embargo, antes de que se le quisiese obligar al casamiento de conveniencia que se le proponia, estaba decidido á abannar á Andrea, porque su amor, como él mismo habia dicho, era siempre fugaz y le habia sucedido con aquella mujer lo que con todas. No se le pedia, pues, más sacrificio que el de su libertad, que renunciase á sus amorosos devaneos y entrase en una vida tranquila.

Andrea estaba, por consiguiente, destinada á ser una de tantas víctimas de la ligereza de don Juan; pero como no era lo mismo hacer el propósito que llevarlo á cabo, cuando llegó el dia de abandonar á la infeliz que habia perdido su honra, la conciencia del mancebo, que no era un hombre depravado, empezó á atormentarle.

Por primera vez en su vida sintió que le faltaba el valor para rechazar las súplicas de una mujer, y era que hasta entonces no habia visto correr las lágrimas de la madre.

Aunque siempre es tiempo de obrar bien, don Juan consideró que ya era tarde para reparar su falta. La reina, fiada en que ningun inconveniente encontraria por parte del jóven, habia contraido compromisos sérios, y era arriesgado dejarla en una falsa posicion, obligarla á confesar que habia procedido de ligero y que no tenia ni autoridad ni influencia para hacerse obedecer.

Además, ¿qué seria entonces de la duquesa? Tendria que responder de todo, porque ella no más habia comprometido á la reina, respondiendo de su hijo, y á este le faltaba el valor para luchar con su madre, única persona que, sin saber por qué, le infundia, no solo respeto, sino miedo. La ardiente mirada de la duquesa no la habia podido nunca resistir don Juan sin sentirse subyugado, amedrentado. Aquel sér débil era el único que habia conseguido dominar el espíritu fuerte, independiente del mancebo.

Iré á Portugal, habia dicho el jóven, y ya no era tiempo de retroceder.

Una hora ó más pasó haciéndose estas reflexiones, y á no interrumpirlas, hubiera concluido por sentirse completamente trastornado.

Era la primera vez que en caso semejante despertaba su conciencia.

Para él era una travesura inocente engañar á una mujer en asuntos de amor.

No debia tardar en comprender que cometia una infamia imperdonable.

A veces duerme la conciencia mucho tiempo; pero al fin despierta más inexorable que nunca.

La atmósfera del aposento parecia ahogarle.

Necesitaba respirar un aire más puro y más frio.

—¿Por qué me atormento?—dijo, poniéndose de pié.—Andrea no ha de ser mi esposa, y por consiguiente, la alternativa que tanto me dá que pensar es imaginaria; no es más que un peligro el que debo temer, y como ese no puedo evitarlo... ¡Oh!... Aun no ha llegado el dia.

Don Juan se esforzaba para tranquilizarse; pero en vano,

porque su conciencia no respondia á sus deseos, sino que le acusaba sin cesar.

—Andrea me esperará esta noche,—añadió;—iré á verla... ¿Quién sabe si será la última vez? Además, no hay razon para faltarle en las consideraciones que se merece como señora, aunque se la engañe como mujer.

Ya habian dado las diez y la cita era á las once.

El jóven ciñó su espada, tomó su capa y su sombrero sin llamar á ningun criado, y salió.

Lo dejaremos pasear mientras llega la hora de la cita, y nos trasladaremos á la calle de la Justa para dar á conocer á su pobre víctima.



CAPÍTULO III.

Donde daremos á conocer á doña Andrea.

Ahora es estrecha, tortuosa y fea la calle de la Justa; pero en la época á que nos referimos era más irregular, estaba más súcia y presentaba peor aspecto. Ya no existe, esquina á la calleja de Peralta, una casa que entonces habia, compuesta de tres pisos; hace algunos años que se derribó, y en su lugar se ha levantado otra mucho más elevada, tanto como se permite á la especulacion contra la salud pública.

En el cuarto principal de aquella casa era donde vivia Andrea con su anciana madre, Juan y otra criada que hacia las veces de cocinera, doncella y lavandera.

Como ya hemos oido decir á Juan, el padre de Andrea habia sido oidor en la chancillería de Granada, habia vivido decorosa, pero modestamente, y habia muerto sin dejar á su familia más que lo que él habia heredado de su padre, dos ó tres censos y algunos pedazos de tierra en la Mancha, cuya mezquina renta no hubiera podido cubrir las primeras necesidades de la vida sin un régimen admirablemente ordenado y una constante economía.

Andrea estaba dotada de una belleza singular, y como toda

mujer hermosa, pobre y huérfana, se habia visto perseguida por muchos enamorados que la hicieron deslumbrantes promesas; pero su virtud habia salido siempre triunfante, y si habia aceptado los galanteos de don Juan, fué porque este no le ofreció mas que su corazon.

Que la infeliz llegó á enamorarse ciegamente, no es menester que lo digamos: su debilidad dice que su pasion rayó en locura, ó más bien fué bastante para enloquecerla.

Creyó ella que su amante, aunque de una familia tan ilustre como la de Miraguas, pobre como segundon, seria su esposo, y esta confianza ayudó á perderla.

El dia del desengaño, que como vamos viendo se acercaba, debia ser terrible, mortal para Andrea.

No tenia más que su honra, y la habia perdido.

No le quedaban más afecciones que su madre, y esta la rechazaria.

Sin padre, sin fortuna, sin honor, ¿adónde iria, llevando además el testimonio vivo de su flaqueza, el hijo de su falta?

Desde que don Juan se mostraba indiferente y frio, habian surgido en la mente de Andrea estos tristes pensamientos; pero habia procurado desecharlos, porque la más leve sospecha la atormentaba horriblemente.

Su madre debia vivir poco: hacia dos años que apenas podia moverse; pero la tranquilizaba la idea de que su hija se casaria con don Juan, quedando así á cubierto de los azares de la vida.

Un desengaño hubiera sido un golpe mortal para la anciana, doblemente si al perder la esperanza de la felicidad de su hija veia tambien manchada su honra.

La conducta de don Juan iba, pues, á ser causa de desgracias horribles: no pensaba el mancebo que iba á llevar á una honrada familia el dolor, el llanto y la muerte, condenando á una vida de remordimientos, de tormentos horribles, á la mujer que todo se lo habia sacrificado.

Cuando Juan llegó á casa de su señora, su compañera de servidumbre le abrió la puerta, diciéndole:

—Ya era hora.

—¿Han preguntado?

—La vieja antes de acostarse murmuró un poco.

—¿Pero ya duerme?

—Sí.

—¡Qué felicidad!—exclamó el sirviente, restregándose las manos con alegría.

—¿Tienes frio?—le preguntó, sonriendo irónicamente su compañera.

—No, Petra de mi vida.

—Deja los requiebros para otra.

—En cuanto te veo se me pone el pecho como una fragua.

—Ya se conoce que has procurado calentar tu estómago; pero ten cuidado con la cabeza.

—¡Petra!...

—Hueles á vino.

—No me lo digas.

—Procura no acercarte mucho á doña Andrea.

—Ni siquiera la veré.

—Me ha dicho que entres en cuanto vengas...

—¿Para qué?

—Lo ignoro.

—¿Tendremos cita?

—Sospecho que sí.

—Lo siento, porque el cuerpo me pide cama.

—Si no bebieras...

—Compromisos, Petra, compromisos que no pueden evitar los hombres.

—Hace muchas noches que te sucede lo mismo.

—Y las que quedan,—dijo para sí el sirviente, siguiendo á Petra.

Esta entró en la cocina y colgó el candil.

—¿Qué haces?—preguntó, viendo que Juan se sentaba.

—Ya lo ves.

—¿No te he dicho que te aguarda doña Andrea?

—Es verdad; pero...

—Levántate.

—Pienso descansar un momento...

—No está buena tu cabeza, Juan.

—¿Otra vez la manía?

—¡Si supiera la señora que pasas la noche en la taberna!... ¡Dios mio!...

—Te equivocas.

—Bien; pero si continúas así...

—¿Qué sucederá?

—Ya lo sabes, no quiero hombres viciosos.

—Ni yo mujeres murmuradoras.

—Entonces...

—Te convenceré de que no puedes encontrar un marido como yo.

—Juan, doña Andrea te aguarda.

—Allá voy.

Levantóse de mala gana el sirviente, salió de la cocina y se dirigió á un gabinete, donde estaba la hija del oidor sentada cerca de un brasero.

No tendria la jóven más de diez y ocho años.

Su cuerpo era esbelto y su rostro de una blancura trasparente como el nácar.

Bajo sus arqueadas cejas, rubias como el oro, y sombreados por largas pestañas, brillaban sus grandes ojos azules, expresivos, de mirar lánguido y tierno.

Era su frente espaciosa y altiva, revelando inteligencia y dignidad.

Sus labios tenian una frescura encantadora; pero en sus mejillas no se veia el carmin que en leve tinta brota á los pocos años.

Un inteligente observador hubiera conocido que el alma de aquella mujer abrigaba algun pesar.

Estaba la tristeza pintada en su semblante, lo mismo cuando se encontraba sola, que cuando delante de su madre se sonreia.

Pero la anciana, preocupada con sus males, no habia podido advertir la mudanza de su hija, la diferencia entre las sonrisas de otro tiempo y las de entonces. Verdad es que una madre, cuando es virtuosa y ha enseñado á serlo á su hija, no comprende que esta pueda faltar á sus deberes.

Andrea estaba encantadora á pesar de la nube de tristeza que velaba su rostro, y aun nos atreveriamos á decir que la

hacia más interesante la expresion melancólica de sus miradas.

Juan entró en el aposento, y sin acercarse á su señora por miedo de que le sucediese lo mismo que con Petra, preguntó:

—¿Me esperábais?

—Sí,—respondió la jóven con acento dulcísimo.

—A saberlo, me hubiese apresurado á venir; pero me encontré á un amigo y paisano...

—No importa.

—Sois muy bondadosa y...

—Acércate.

Juan no se atrevió á dar más que un paso.

—Mandadme,—dijo.

—Esta noche,—repuso Andrea,—vendrá don Juan.

—¡Ah!...

—¿Hay algun inconveniente?

—Ninguno por mi parte; pero me sorprendo, porque como hace ya tantos dias que no viene sino por la mañana...

—Por eso precisamente vendrá esta noche.

—Bien,—repuso Juan, encogiéndose de hombros;—si así lo disponeis...

—Acaba.

—Obedeceré y le abriré.

Andrea fijó una mirada escudriñadora en el rostro de su criado, y luego dijo:

—Tú piensas ó sabes algo que me importa.

—Nada, señorita,—respondió el sirviente con un acento que significaba:

—Sé, pero no quiero hablar.

La curiosidad y el temor de Andrea crecieron.

Juan no sabia cómo decir lo convenido entre él y Antonio, y precisamente su torpeza le hizo obrar como un hábil intrigante.

—No puedes negarlo,—repuso la jóven;—algo me ocultas.

—Pensaba que... ¡Oh!... Temo que os enfadeis.

—No, explícate...

—Como otras veces...

—¿Vas á hablarme de don Juan?

—Eso es.

—Tus sospechas, tu desconfianza...

—Ni más, ni ménos.

Andrea sonrió tristemente.

—Yo,—dijo,—estoy tranquila.

—Pues yo...

—¿Tienes algun motivo en que fundar tu sospecha?

—La misma conducta de don Juan.

—Es poco.

—Veremos quién acierta.

—¡Oh!... Me haces temblar...

—¿Por qué?

—Nunca me has hablado como ahora...

—Es porque nunca he pensado tanto en vos.

—Pero tú,—replicó vivamente Andrea,—sabes más de lo que dices.

—No...

—Juan, nada me ocultes; no desmientas tu lealtad; en nombre de mi honra....

—Callad, señorita,—interrumpió el sirviente.—No me digais esas cosas...

—Todo lo sabes: no se trata solamente de tener que atormentarse para olvidar un amor desgraciado...

—Pues bien, es preciso que esteis con cuidado: don Juan no es el mismo, nadie lo conoceria.

—Es verdad: su conducta me inspira sérios temores: hace algun tiempo que tú tampoco estás tranquilo; pero nunca me has hablado con tanta seguridad, y hasta tu semblante te hace traicion.

—Mi semblante... no sé...

—Ya lo ves,—replicó la jóven con firmeza,—me engañas.

Y fijó una mirada penetrante en su criado.

Este no supo qué decir, se creyó perdido, y para salir del apuro decidióse á hablar sobre su amigo Antonio.

—Nada sé,—dijo despues de algunos instantes;—pero sabré hasta lo que piensa don Juan.

—¿Cómo? ¿Por quién?—preguntó afanosamente Andrea.

—Por un amigo mio, criado de otro amigo de don Juan, con quien suele hablar de vos.

—¡Ah... ¿Y qué le ha dicho?

—Mi compañero es muy reservado, y no he conseguido que me cuente lo que sabe; pero no pierdo la esperanza.

—Querrá dinero...

—Tal vez.

—¿Y nada absolutamente te ha indicado?

—Solo me dijo: «Bueno será que tu señora no se fie mucho de su amante.»

—¡Dios mio!

—Tranquilizáos, señorita, que aun no puede decirse lo que sucederá.

—¿Cómo se llama ese amigo de don Juan?

—Lo ignoro.

—¡Ah!...

—Tampoco nos importa.

—Juan,—repuso Andrea con afan creciente,—refiéreme cuanto hayas oido á ese hombre.

—Lo que os he dicho, y eso me ha hecho pensar que no ando descaminado en mis dudas.

—¡Mi honor de boca en boca!

—No ha tocado semejante punto mi amigo; solamente á vuestros amoríos ha hecho relacion, y me ha ofrecido su ayuda. Estamos citados para mañana, y me ha prometido decirme cuanto sabe por las conversaciones entre don Juan y su amo, que escucha.

La enamorada jóven inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó pensativa.

—¿A qué hora vendrá don Juan?—preguntó el sirviente, que queria acabar aquella entrevista.

—A las once,—respondió distraidamente Andrea.

—Está bien; ¿quereis algo más?

—Nada,—murmuró la jóven.

No esperó el sirviente nueva órden.

Volvióse y se dirigió á la puerta; pero su señora, levantando la cabeza repentinamente, lo llamó.

—Malo,—dijo para sí Juan, haciendo un gesto de disgusto;—si me pide más explicaciones estoy perdido.

Y luego añadió en voz alta:

—¿Qué me mandais?

—Jura que no sabes más de lo que has dicho...

—¡Señorita!...

—Júralo...

—¿Desde cuándo os merezco tan mal concepto?

—No dudo de tu lealtad ni del cariño que me tienes.

—¿Entonces?...

—Pero quizás, creyendo equivocadamente hacerme un bien, me ocultas algo.

—Solo una cosa he dejado de deciros, porque no la creo de importancia.

—¿Qué es?

—Mi amigo,—repuso el sirviente,—asegura que cuenta con medios para evitar que tengais el disgusto de que os vuelva la espalda don Juan.

—¡Ah!... ¿Qué dices?... Eso seria disponer, no solo de la voluntad de don Juan, sino de su corazon.

—Me parece imposible, y por eso no he hecho caso de sus palabras. ¿Quién sabe si así quiere explotaros? Sin embargo, lo afirma con mucha seriedad.

—Preciso es que lo averigües todo... ¡Oh!... tiemblo al pensar si alguna indiscrecion...

—No lo creo.

—Juan, no dejes de acudir mañana á la cita.

—Pero tened en cuenta que mi amigo reservará para conmigo lo mejor, porque dice que al fin soy un criado, y no debe revelarme ciertos secretos.

—¡Dios mio!—exclamó la jóven, elevando al cielo una mirada de dolor.—¡Mi deshonra no es ya un secreto!

Y se cubrió el rostro con las manos.

El llanto corrió en abundancia por sus mejillas.

—Está visto,—dijo para sí el sirviente;—tengo la cabeza trastornada, y cada vez lo hago peor. Antonio tenia razon al aconsejarme que no bebiera más. Creo que lo más acertado será

aprovechar estos momentos y salirme; así evitaré cometer otra torpeza.

Hízolo así el cándido Juan, añadiendo:

—Mi ilustre tocayo me arrancaria las orejas si llegara á saber lo que he dicho.

Andrea no se apercibió de la ausencia del sirviente.

Siguió entregada á las atormentadoras ideas de sus dudas y temores y dando á sus lágrimas libre curso.

—¡Mi honra, mi honra!—solia murmurar con voz ahogada por los sollozos.

Y su llanto corria, y profundos y dolorosos suspiros se escapaban de su agitado pecho.

Así pasó cerca de una hora.

Cuando se hubieron secado sus ojos, brillaron intensamente sus pupilas.

Su frente se contrajo y su rostro cambió de expresion.

Su amor de madre y su dignidad de señora se hicieron sentir en su alma como nunca, más que su pasion ni el natural deseo de ser feliz.

Por fin dieron las once.

Andrea se estremeció como si el vibrante sonido de la campana que anunció la hora hubiese sido un dardo que se hubiera clavado en su corazon.

Pocos minutos despues se sintió ruido de pasos en la calle Ancha de San Bernardo, y entró en la de la Justa un hombre, que se detuvo frente á la casa de Andrea, tosiendo dos ó tres veces.

No tardó en abrirse silenciosamente la puerta de la casa, y el hombre, sin bajar el embozo, entró, encontrándose con Juan, que iba provisto de una luz.

El embozado, que como se figurarán nuestros lectores, era el hijo de la duquesa, preguntó á media voz:

—¿Duerme la vieja?

—Sí, señor,—le respondió el sirviente.

Y cerrando la puerta, siguió á don Juan.

Cuando llegaron arriba, el noble mancebo se dirigió al gabinete de Andrea, y el criado volvió á la cocina para seguir, al

amor de la lumbre, el interrumpido sueño á que estaba entregado cuando aquel llegó.

Don Juan se quitó la capa y el sombrero y se acercó á la jóven, intentando sonreir; pero su rostro pálido y contraido delataba el estado de agitacion en que su espíritu se encontraba.

Ella quiso tambien sonreir; pero fácilmente se conocia en su triste mirada el dolor de sus negros temores.

—Ya ves,—dijo el mancebo sentándose,—que he sido puntual esta noche.

Y tomó una de las blancas y mórbidas manos de Andrea, y la besó con frialdad ceremoniosa.

La infeliz se estremeció ligeramente y retiró la mano, murmurando con voz ahogada:

—Gracias, don Juan.

—¿Estás indispuesta?

—No.

—Tus mejillas parecen más pálidas que otras veces...

—Casualidad... Podeis estar tranquilo.

—¿Por qué usas ese tono, ese lenguaje?... ¡Oh!—repuso el mancebo, cuya frente se contrajo más de lo que estaba.

—Don Juan, preguntáos á vos mismo, á vuestra conciencia...

—¡A mi conciencia!... En nada os he faltado,—dijo el caballero, cambiando tambien de tono, como si le enojaran las palabras de Andrea.—Hace ya algunos dias que os quejais contínuamente de mí, me tratais con frialdad, hasta con dureza, pero sin determinar el motivo, y así jamás llegaremos á entendernos. Dejad las palabras vagas, las reticencias, y decidme de una vez y con claridad lo que os ha disgustado.

La jóven levantó la cabeza, su frente se contrajo, tiñéronse por un instante de púrpura sus mejillas, y fijando en su amante una altiva mirada, dijo:

—Las explicaciones deben ser vuestras y no mias; sobradamente me comprendeis, y no puedo hacer el triste papel de aclarar mis quejas cuando no han de ser por eso más atendidas.

—¡Andrea!...

—Don Juan, si por que os sacrifiqué mi honra de mujer habeis creido que abdiqué mi dignidad de señora, os equivocásteis.

Podré verme abandonada de vos; pero no rechazada, porque no os suplicaré. Vuestra conducta es...

—Calificadla sin temor.

—No os importa, ¿es verdad?

—Me gustan las situaciones claras.

—Pues yo,—repuso Andrea, palideciendo como un cadáver y estremeciéndose convulsivamente,—yo tiemblo de que se aclaren mis dudas...

—¡Vuestras dudas!—dijo el mancebo con fingida sorpresa.—¿Acaso las abrigais con respeto á mi amor?

—Comparad,—replicó la infeliz con amargura y oprimiéndose el pecho,—comparad con los presentes otros dias, y dejad que hable vuestra conciencia.

—Estais incomprensible,—replicó don Juan con alguna aspereza.—¿Cómo he de responderos, ni qué tiene que ver mi conciencia, cuando ninguna falta he cometido? Os amaba y os amo: ¿no estais satisfecha? ¿De qué dudais? ¿Qué temeis?

Las mejillas de Andrea volvieron á teñirse de púrpura. Como un puñal se habian clavado en su corazon las palabras del mancebo, y en algunos instantes le fué imposible contestar.

—Basta,—dijo al fin con voz ahogada;—si ya no me amais, al menos no me atormenteis. No os pido el imposible de una ternura que ya no podeis tener para mí; pero tengo que hablaros de mi honra...

—Limpia está para el mundo mientras no se descubra el secreto...

—Si sabeis guardarlo...

—Doña Andrea,—replicó vivamente el jóven, cuya frente se contrajo, y fijando una sombría mirada en su víctima,—esa ofensa no os la toleraré jamás. Caballero nací y caballero soy...

—Entonces, como buen caballero, pagad la deuda que habeis contraido, cumplid vuestras promesas, vuestros juramentos. Alguien más que vos conoce mi falta, ya lo sabeis; no es, como vos, hidalgo, y puede cometer la deslealtad de publicar mi deshonra.

—Juan es bueno, os quiere...

—Además, llegará un dia, no muy lejano, en que será imposible ocultar nada...

—Para entonces...

—El tiempo vuela.

—Es verdad; pero...

—Mi madre morirá el dia que conozca mi falta...

—Ya sabeis,—repuso don Juan,—que tengo que vencer obstáculos gravísimos.

—Con tal que no sea el de vuestra voluntad que se oponga á vuestro deber...

—Mi madre...

—¿No teneis esperanza de convencerla?

—Por ahora...

—¡Dios mio!—exclamó Andrea con acento desgarrador.

Y por sus pálidas mejillas corrieron lágrimas abrasadoras, que le fué imposible contener.

—Don Juan,—dijo la infeliz,—no soy la mujer que os pide amor en cambio del suyo, olvidando su dignidad y su decoro; soy una desdichada sin honra, una madre sin nombre para su hijo...

—De eso ya hemos hablado,—interrumpió el caballero, sintiéndose turbado;—no es menester que me expliqueis lo crítico de vuestra situacion, porque la conozco bien; ni vos tampoco ignorais que no basta mi deseo de cumplir lo prometido. ¿Puedo ser vuestro esposo sin consentimiento de mi madre? No, ya lo sabeis.

—Lo sé; pero me habeis hecho abrigar la esperanza de que vuestra madre cederia á vuestros ruegos.

—Ciertamente.

—Y ahora vais perdiendo la esperanza...

—Un poco...

—¡Ah!—exclamó Andrea, fijando en el caballero una mirada de angustioso, de mortal afan.—¡Mi honra, mi hijo, nuestro hijo, don Juan!... ¿Qué será de nuestro hijo, sin padre y sin nombre? Nada os pido para mí: no me ameis, abandonadme, despreciadme; pero antes dad un nombre á la inocente criatura que no debe responder de mi falta, evitad á mi madre infeliz

que muera de dolor y maldiciendo á su única hija, á su única afeccion.

—Cálmate, Andrea,—repuso don Juan con dulzura;—te atormentas sin motivo...

—¡Mi madre, mi hijo!—exclamó la jóven con febril arrebato y sin poder apenas respirar.

Y se oprimió el pecho y extendió los brazos, añadiendo con acento de súplica desgarradora:

—Nada para mí; pero tened compasion de dos séres inocentes... ¡Ah!... Vuestra madre no puede cerrar los oidos á vuestros ruegos de padre y de hombre honrado, no es posible que mire con indiferencia tanto dolor.

El caballero se sintió vivamente conmovido.

Aunque de su pasion por Andrea no le quedaba ya más que el recuerdo, el grito de una madre habia penetrado hasta el fondo de su alma; la voz de la desdichada mujer que pedia su honra habia despertado más su conciencia.

A dejarse llevar de los nobles, aunque pasajeros impulsos de su corazon, en aquel momento habria don Juan pagado su sagrada deuda.

Empero no podia hacerlo así, y al dia siguiente no se debia contar con él.

El mancebo se conocia perfectamente y habia confesado con ingenuidad á su madre su mayor defecto.

Era en extremo impresionable; pero ligero, veleidoso, inconsecuente.

Al recibir una impresion, se le encontraba dispuesto para todo; á las dos horas, para nada.

Por eso prometió amor eterno y justa reparacion á la pobre Andrea, sin importarle los inconvenientes con que habria de luchar, y algun tiempo despues, pasada la amorosa impresion, le hemos visto prometer á su madre ciega obediencia.

En aquellos momentos, bajo la influencia del acento conmovedor de la jóven, y con el recuerdo del compromiso que habia contraido dos horas antes, don Juan sintió desgarrada su alma por una lucha tenaz entre sus deberes y el invencible miedo que le infundia su madre.

Su rostro se contrajo hasta desfigurarse.

Su corazon palpitó con violencia.

Quiso mirar á Andrea, pero no se atrevió.

Intentó levantarse, y no acertó á moverse.

Abrióse su boca para hablar, pero ni una sílaba salió de sus labios.

¿Qué habia de decir?

¿Iba á hacer nuevas promesas, que no podia cumplir?

Esto hubiera sido horriblemente criminal, y ya hemos dicho que don Juan no era un hombre depravado.

¿Iba á desengañar á la infeliz Andrea?

De ello se encargarian el tiempo y los sucesos, y no habia para qué adelantar la desgracia, los tormentos de aquella pobre mujer, que por mucho que sufriese con sus dudas y sus temores, deberia sufrir más con el desengaño.

Hé ahí por qué el mancebo, ni acertaba á hablar ni á moverse, ni á mirar á su víctima.

Ella, como si hubiese agotado sus fuerzas con sus últimas palabras, calló tambien.

Ocultó el rostro entre las manos.

Sus lágrimas corrieron.

Sus penosos suspiros interrumpieron el silencio profundo que reinó en la estancia.

Largo rato pasó.

Andrea seguia llorando.

El caballero se puso de pié, y con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, paseóse de un lado á otro de la habitacion con desiguales pasos.

Su agitacion crecia por instantes.

Muchas veces se le vió apretar los puños con toda la fuerza de una ira reconcentrada y mal reprimida.

Desesperábase por que no encontraba medio de salir de la crítica situacion en que lo ponian las órdenes de su severa madre y de la reina, y las justas reclamaciones de Andrea.

Como antes habia dicho, estaba colocado entre un abismo y un puñal.

Y lo peor de todo era que, aun haciendo el sacrificio de su

libertad, de sus sentimientos, de sus convicciones, nada adelantaria, porque obedeciendo á su madre haria horriblemente desdichada á Andrea y á su hijo, y atendiendo á estos tendria que sufrir aquella las consecuencias gravísimas del enojo de la reina. Uno de ambos peligros era inevitable.

Habia que conformarse con la desgracia y sufrir con resignacion.

Empero don Juan, ni queria conformarse, ni estaba dispuesto á sufrir resignado.

Por eso luchaba y se desesperaba.

Al fin hizo lo que todo el que encuentra lo imposible por obstáculo, y no quiere darse por vencido.

Dejó la resolucion del problema al tiempo, con la esperanza de que este le diera ocasion para salir del apuro.

Se entregó al azar.

Decidió seguir los sucesos; pero no provocarlos.

De repente se detuvo, limpióse el sudor que corria por su pálida frente, hizo un esfuerzo para aparecer tranquilo, y volviendo á sentarse, dijo:

—Bien, así se remediará todo; con quejas y lágrimas, con temores vanos...

—Don Juan,—interrumpió Andrea, descubriéndose el rostro y fijando en el caballero una mirada dolorosa,—soy muy desgraciada.

—Yo tampoco soy feliz; pero...

—Tenedme lástima.

—¿Aun me hablas con ese lenguaje sério?

—¡Oh!...

—Creí que mis palabras te habian hecho comprender la injusticia de tus acusaciones...

—¡Injusticia!... En otro tiempo jurábais con un acento de verdad, que parecia arrancado del alma, que hasta la vida la sacrificaríais para salvar mi honor...

—Y ahora,—replicó el mancebo,—juro tambien que ningun sacrificio dejaré de hacer para limpiar tu honra y legitimar á nuestro hijo; pero no puedo responder de los sucesos, solo Dios sabe lo porvenir...

—¡Ah!—exclamó Andrea con amargura.—Entonces sí respondíais del triunfo...

—¡Andrea!...

—¿Habeis olvidado vuestros proyectos?

—Y vos, ¿habeis olvidado á mi madre?

—Antes era un inconveniente que estábais seguro de vencer...

—No he perdido la esperanza.

—Pero sí la firme resolucion de que nada os arredre ni os detenga.

—Tampoco ahora...

—¿Qué ha sido de vuestros planes?—dijo Andrea, clavando en el mancebo una penetrante mirada.

—Mis planes,—repuso don Juan turbado,—son siempre los mismos... ya os lo he dicho.

—¿Quereis,—interrumpió Andrea con creciente exaltacion,—quereis que repita vuestras palabras de otro tiempo?

—No comprendo...

—«Si mi madre, me dijísteis, se muestra sorda á mis ruegos, podrá más en mí el deber de salvarte que el respeto de hijo, y abandonaré mi casa...»

—Andrea,—replicó el mancebo sin poder escuchar tranquilamente aquellas palabras,—todo eso...

—Ha llegado el dia, don Juan,—dijo severamente la jóven, cuyas fuerzas parecian haber renacido en pocos instantes;—es preciso acabar de una vez; hablad á vuestra madre, suplicadle, emplead toda vuestra influencia de hijo, y si se niega terminantemente á consentir nuestra union, entonces... ¡oh!... entonces...

—¿Qué he de hacer?

—Vos, nada; pero yo,—repuso enérgicamente Andrea,—yo, en nombre de mi hijo, de mi honra, iré á pedirle justicia, le rogaré como ruega una madre, y mi dolor, mi llanto...

—¡Ah!—exclamó don Juan, mirando con sorpresa á la jóven.—¿Habeis perdido la razon?

—Tal vez.

—¿No comprendeis que ese imprudente paso nos colocaria en peor situacion?

—¿Por qué?

—Andrea,—repuso el doncel, procurando dulcificar su acento,—no conoces el mundo.

—Conozco mi desgracia.

—Tranquilízate, escucha mis consejos, deja que el tiempo nos presente alguna ocasion favorable...

—No podemos esperar mucho sin que sea conocida mi falta por todo el mundo...

—Aun tenemos algunos dias... ¿Has perdido la fé en mi cariño?—repuso don Juan, estrechando entre las suyas las ardientes y temblorosas manos de Andrea.

Esta inclinó la frente y calló.

No se habia olvidado de la advertencia de su criado, y buscaba medio de hablar á su amante del amigo á quien confiaba sus secretos de amor.

—¿No tienes,—dijo despues de algunos instantes,—un amigo verdadero, que sea respetado por tu madre, y que quisiera interceder en nuestro favor?

—¡Amigo!... No los hay para eso. Muchos me ofrecerian servirme , y abusarian de mi confianza.

—¿No has intentado?...

—Nunca.

—Pero alguno que conozca nuestros amores...

—Es un secreto que á nadie he confiado.

—Nada de particular tendria.

—Tus criados son los únicos.

—Entonces... estoy tranquila...

—Andrea, tú me ocultas algo...

—No...

—¿Qué significan esas vagas indicaciones?

—Te equivocas... Hablo de eso por hablar...

—Quiero saber...

—Olvida eso: sigue tranquilizándome, lo necesito.

Don Juan fijó una mirada escudriñadora en la jóven; pero esta pudo disimular por algunos momentos, y su rostro no expresó más que su profunda tristeza.

Hubo algunos instantes de silencio, embarazoso para ambos.

Dieron las doce.

—¡Con cuánta rapidez,—dijo don Juan,—se pasan las horas á tu lado!

Andrea sonrió tristemente y respondió:

—Sí, el tiempo pasa veloz cuando se espera la desgracia ó se goza de completa felicidad; pero cuando se aguarda esta ó se sufre, son siglos los instantes.

—¿Vuelves á tus sombríos pensamientos? Te he rogado que no te atormentes en vano; aun cuando hubiera de suceder lo que tanto temes, no lo evitarias con tales pensamientos. Esta noche está exaltada tu imaginacion: todo lo ves negro y horrible. Descansa, Andrea,—añadió el mancebo, poniéndose de pié:—es preciso que te tranquilices, tu salud puede quebrantarse...

—Gracias...

—Si enfermases...

—No seré tan dichosa.

—¡Andrea!

—¡Ah!... Si Dios se apiadara de mí, me enviaria la muerte... Ese es el remedio único de todos mis males.

—Estás provocando la cólera divina.

—¿Qué es la existencia para mí?—repuso Andrea, cuyos ojos brillaban más cada vez con el fuego de la fiebre.—Cuando se sufre noche y dia, y se espera sufrir más, la vida es una carga insoportable, una contínua agonía, que no puede acabar sino con la desesperacion, la locura ó la muerte. ¡Ah!... Levanto al Eterno mis suplicantes miradas para que me dé alivio; recurro á todas las fuerzas de la cristiana resignacion; pero...

—Que me haces sufrir horriblemente,—interrumpió el doncel.

Y se acercó á la jóven, le tomó una mano, y se la besó, añadiendo:

—En nombre de nuestro amor, Andrea, de nuestro hijo, que necesita una madre, no mengües así tu existencia.

—Es verdad, no me pertenece,—replicó la jóven, esforzándose para sonreir.

—Acuéstate, y reposa...

—Tengo miedo al sueño.

—¿Por qué?

—¡Oh!... Apenas se cierran mis ojos, se me presentan espantables fantasmas envueltos en la negra bruma del horizonte de mi porvenir.

—Andrea...

—Ya estoy tranquila... Véte y... piensa en mí...

—Nunca te olvido.

—¡Piensa en mi honra, en nuestro hijo!—exclamó la jóven con desgarrador acento.

Don Juan no acertó á responder.

Sentia herida la fibra más delicada de su corazon.

No podia escuchar el nombre de hijo sin conmoverse profundamente.

—No podré resistir cinco minutos más,—dijo para sí.

Y tomó la capa y el sombrero, dijo algunas palabras de ternura á la jóven, y salió del gabinete.

Andrea se pasó las manos por la frente, se oprimió el pecho, meditó algunos instantes, y dijo:

—Preciso es que yo vea á ese hombre que conoce el secreto de nuestro amor, á ménos que le dé á Juan satisfactorias explicaciones. ¡Oh!... Estoy perdida... ¡Dios mio!...

Entre tanto el mancebo salia de la casa, diciendo al criado:

—Cuida de tu señora; no está buena...

—Cuidaré como acostumbro,—respondió el sirviente con soñolienta voz.

Y cerró la puerta.

A pesar de que era intenso el frio, don Juan aspiró con avidez el aire libre, y exclamó:

—¡Vive el cielo!... Me ahogaba... ¡Oh!... No puede comprender mi madre lo que me hace sufrir... ¡Pobre Andrea!... Dentro de pocos dias se habrán realizado sus temores, estaré yo en Portugal y... no habrá remedio, ningun remedio más que la muerte, como ella dice.

Con precipitados pasos tomó el turbado mancebo el mismo camino que habia llevado.

Apenas volvió la esquina de la calle de la Justa, del hueco de una puerta salió un hombre, se detuvo algunos instantes, y bajo el embozo de su capa se le oyó murmurar con sorda voz:

—¡Oh!... Ya puedo respirar... Parece que tengo el infierno dentro del corazon... Un poco más, algunos dias, y quedaré satisfecho... Gracias, ilustre don Juan; sin vos tendria que ahorcarme. Juan me ha engañado: me dijo que esta noche no vendria el galan... Tal vez lo haya ignorado hasta el momento de abrir la puerta. Mañana veremos.

Al concluir estas palabras echó á andar hácia la calle del Perro, y pocos instantes despues se perdió entre las tinieblas.

Cuando ya no se oyó el ruido de sus pasos, del hueco de otra puerta salió un segundo bulto.

No habló, pero se detuvo tambien, sin duda á escuchar, y despues de algunos segundos tomó con tardos pasos calle arriba.

—Bien,—dijo al fin, cuando estuvo lejos de la casa de Andrea,—somos dos á observar. Si esto se enreda mucho, tendrá que desenredarlo mi señor, porque no estoy en el caso de volverme loco. Pero sea lo que fuere, no hay duda que se aman: el galan entra en la casa á deshora de la noche y ocultamente: lo demás, Dios lo sabe y yo lo sospecho. Lo más importante está averiguado... ¡Lástima de sueño que estoy perdiendo!...

El embozado se interrumpió para bostezar, y luego añadió:

—Tendré que cenar otra vez.

Pero ni el frio, ni el hambre, ni el sueño, le hicieron andar más de prisa, y siguió tranquilamente en direccion á las calles de la Estrella y de la Luna.

CAPÍTULO IV.

Donde volveremos á encontrar á dos antiguos conocidos.

Cuando el embozado se encontró en la calle de la Estrella, seguro sin duda de que nadie lo seguia, sacó una linterna sorda, la abrió, y favorecido por la luz, aceleró un poco el paso, aunque no tanto que pudiera fatigarse ni caer.

Debia ser hombre precavido, pues no volvia ninguna esquina sin convencerse de que nadie se ocultaba allí ni se acercaba á las paredes, por lo cual hubiera sido imposible sorprenderlo.

Nada podemos decir del rostro de aquel hombre, porque lo tapaba con el embozo de su larga capa y con el sombrero negro ó pardo, de anchas alas, que llevaba metido hasta las cejas.

Su estatura era regular; parecia más bien grueso que delgado, á juzgar por el bulto y por la parte de pierna que dejaba ver.

No volvió á pronunciar una palabra, y como á nadie encontró ni nada de particular le sucedió, nos permitirán nuestros lectores que no lo sigamos paso á paso, y digamos solamente que un cuarto de hora despues se encontraba en la calle del Caballero de Gracia, y á los pocos minutos entraba en la de Alcalá.

—Voy llegando felizmente,—dijo entonces.

Y llevó devotamente la diestra al sombrero al pasar frente á

la iglesia del Cármen Calzado, cuyas paredes estaban en parte iluminadas débilmente por los dos faroles, que aún se conservan y encienden delante de la imágen de la Vírgen que corona el pórtico.

Siguió, volvió á la izquierda, entró en la calle del Barquillo, y luego se detuvo junto á una puertecilla que daba entrada al convento y que ha sido tapiada en una de las cien reformas que ha sufrido el edificio.

Siempre con su sistema de precauciones, el embozado aplicó el oido al agujero de la cerradura, escuchó, y como nada oyese, sacó una llave y abrió la puerta sin hacer el más leve ruido, entrando y volviendo á cerrar, y encontrándose en un sótano ó pasillo, que todo podia ser, lóbrego y húmedo.

Ayudado por la luz de la linterna, atravesó una parte de aquella habitacion, subió una escalerilla pendiente, y se encontró en otro aposento solitario.

De allí, dejando atrás pasillos, galerías, escaleras y habitaciones, llegó á una del último piso, estrecha y súcia, donde se veian algunos muebles rotos, y entonces, dejando la linterna en una mesa, se quitó la capa, el sombrero y la espada, y siguió despojándose de ropa hasta quedarse sin chupa, zapatos ni medias.

Nunca mejor para examinar su rostro y su cuerpo, que efectivamente, era lleno de carnes, segun antes dijimos.

Su cara redonda, de facciones vulgares y un poco abultada, estaba dilatada como para sonreir, y la mirada de sus ojos pequeños, redondos y pardos, expresaba la satisfaccion de una completa dicha.

Aparentaba una edad de treinta y cinco años.

El pelo era negro y lo tenia todo cortado, de manera que podia verse perfectamente la forma de su cabeza.

Cuando hubo terminado su operacion de desnudarse, hizo con la ropa un lio, en cuyo interior colocó la espada, se subió sobre la mesa y trepó á un desvan, despues de haber metido en él la linterna.

Aquel desvan ó camaranchon no era otra cosa que el hueco que quedaba entre el tejado y el techo de otras habitaciones: te-

nia bastante extension; pero en algunos sitios, ni sentado podia estar un hombre sin dar con la cabeza en las vigas, cubiertas de telarañas.

En el fondo se veian en monton algunas sillas rotas, un arcon apolillado y los restos de una ó dos mesas.

Algunos ratones corrieron despavoridos al iluminarse aquel escondite.

Nuestro personaje, que empezaba á tiritar de frio, se apresuró á llegar donde estaban los muebles rotos, separó algunos, metió en el arca el lio de ropa, sacó otro y una palmatoria con vela de cera, encendióla, apagó la linterna y la guardó tambien, y despues de colocar los muebles como estaban, salió de allí, bajando como habia subido.

El lio que habia sacado era la ropa de fraile, y en pocos momentos quedó vestido.

Ya sabemos que no era un ladron, ni persona extraña á la comunidad; pero tampoco un fraile, porque le faltaba el cerquillo y la corona: debia ser simplemente un donado, es decir, uno de aquellos sirvientes que habia en los conventos y que asistian con cierta especie de hábito religioso, pero sin hacer profesion.

Trasformado sin temor ya al encuentro con algun compañero ó padre, tomó la palmatoria, dejó aquel aposento, y volviendo á bajar escaleras y atravesar galerías y habitaciones, llegó á una celda, cuya puerta abrió sin hacer el más leve ruido.

La celda de un fraile, especialmente de la órden de carmelitas descalzos, nada presentaba que pudiera llamar la atencion. Las reglas interiores de la comunidad se observaban con bastante rigor, porque no habian podido olvidarse sus severas prescripciones en el tiempo que contaba la reforma hecha por la insigne Santa Teresa á costa de tantos sinsabores y padecimientos.

Sin duda por una gracia especial, de que gozaba el indivíduo que habitaba aquella celda, habia en ella luz á hora tan avanzada de la noche.

Allí no se veia más que la pobre cama, sobre cuya cabecera habia colgado en la pared un Crucifijo de talla de dos piés de altura, y en el extremo opuesto, cerca de una ventana, una mesa grande de nogal, que sostenia un pequeño armario de pino, al-

gunos libros, papeles, un tintero de piedra jaspe y una salvadera de bronce.

Sentado en una de dos macizas sillas, únicas que habia en la celda, delante de la mesa y leyendo en uno de los libros, estaba un fraile, cuya edad era dudosa á primera vista, pero que no pasaria de los cuarenta años, y aun parecia no llegar cuando tomaba su rostro, que podemos llamar hermoso, cierta expresion de tranquilidad y dulzura, que rara vez duraba mas de un minuto.

Eran sus ojos grandes, negros, brillantes y expresivos; estaban rodeados de largas pestañas y coronados de relucientes y finas cejas, y por sus pupilas parecia escaparse el fuego de un alma ardiente, grande y sensible.

Su frente, de una blancura mate, era espaciosa y altiva; estaba surcada por dos arrugas que partian de entre las cejas, y revelaba una inteligencia superior.

Todas sus facciones eran de un dibujo admirablemente correcto, y hasta su dentadura pudiera haberla envidiado la mujer más presumida.

Sus maneras tenian á la vez un aire de dignidad y grave modestia, que infundia respeto; pero les faltaba algo de esa especie de retraimiento, de humildad, propios de los que se educaban y pasaban su vida apartados del mundo.

Al verlo y observarlo con atencion, habia que preguntarse si aquel hombre habia nacido para cortesano ó fraile.

Fácilmente se comprendia que habia abrazado la vida religiosa, ó por obedecer á sus padres en una edad en que no tuviese aún valor para resistir, ó huyendo desesperado del mundo, donde hubiese sufrido alguna horrible desgracia.

En lo que no podia haber duda, era en que habia recibido una educacion esmerada, y que tenia costumbre de tratar con personas de distincion.

Si el lector tiene buena memoria y quiere tomarse el trabajo de hacer algunas comparaciones, es posible que conozca á este personaje, á pesar de que se lo presentamos de muy distinto modo cuando lo dimos á conocer; pero si no lo recuerda, sabrá más adelante quién es: ahora diremos solamente que su nombre de

religion era el de fray Manuel de San José, y que hacia poco tiempo que habia sido trasladado desde su convento de Pamplona al de Madrid.

Tratábasele con distincion particular hasta por el mismo prior, y se le dispensaba de ciertos deberes, cuya falta á nadie se le hubiera tolerado.

Fray Manuel de San José estaba protegido y apoyado por altos personajes, principiando por el rey, y tanto por sus relaciones como por su talento privilegiado y su instruccion, era muy respetado, y en la córte representaba algo más que un fraile, hacia el papel de un cortesano.

Su mayor influencia la tenia con el rey de Portugal, de quien podia llamarse amigo, á pesar de la diferencia de posiciones.

Como ya hemos dicho, el donado entró silenciosamente, cerró la puerta, y acercándose á fray Manuel, dejó en la mesa la luz, y dijo, mientras se restregaba las manos:

—Buen frio hace.

—Pronto has vuelto,—interrumpió el fraile, cerrando el libro y mirando al sirviente.—¿Acaso me equivoqué?

—Señor,—repuso el donado, que cuando hablaba á solas con fray Manuel, ni lo llamaba padre, ni usaba el lenguaje que era costumbre en la comunidad,—muy lejos de eso, he visto más de lo que pensaba ver.

—Explícate, Martin.

—Poco tengo que deciros; pero muy interesante, porque confirma vuestras sospechas.

—Sepamos.

—Antes de las once,—repuso Martin,—estaba yo escondido en el hueco de una puerta, lo mismo que las tres noches anteriores; pero esta, á los pocos minutos, llegó un embozado, se paró frente á la casa, suspiró ruidosamente, tanto, que sus suspiros parecian, más que tales, los resoplidos de un toro; rechinó los dientes y murmuró algunas palabras que no pude entender, pero que debieron ser maldiciones y blasfemias en vez de requiebros.

—Supongo que no seria don Juan.

—Nada de eso.

—Las señas son de un hombre rudo, algun asesino...

—Todo lo contrario: es un hombre que piensa ahorcarse...

—¡Martin!—interrumpió sorprendido el fraile.

—Es la verdad,—replicó con calma el donado.

—Dices cosas tan extrañas...

—Me explicaré, señor.

—Sepamos.

—El embozado debe amar á doña Andrea y estar desesperado, por lo cual desearia morir. Así lo comprendí despues; pero no paso adelante para no confundirme, y os referiré lo que he visto por órden de sucesos.

—Bien.

—Cuando el hombre suspiró, rechinó los dientes y murmuró, escondióse tras una esquina de la calle de Peralta.

—¿Y luego?

—Dieron las once, y llegó otro embozado.

—¿Era don Juan?

—El mismo, que tosió, le abrieron y entró en casa de doña Andrea.

—¡Oh!...

—Despues, nada de particular,—repuso Martin, siempre con su calma y su sonrisa;—don Juan salió despues de las doce, y se fué.

—¿Y el hombre de los suspiros?

—Salió tambien de su escondite, volvió á pararse delante de la casa y á suspirar.

—¿Y de dónde deduces que quiere ahorcarse?

—De que volvió á murmurar, y entre otras palabras que dijo, pude entender las de «gracias, ilustre don Juan,» acabando la frase con estas otras: «hubiera tenido que ahorcarme.»

—Has debido seguir á ese hombre.

—Se fué en seguida, y no me dió tiempo á pensar si era prudente hacerlo así.

—Martin,—replicó el fraile con marcada impaciencia;—tu calma ha de causarnos gravísimos males.

—Señor, más vale meditar ántes que arrepentirse despues: el tiempo que se pierde en pensar, luego se gana, porque seobra con seguridad completa.

—Siempre el mismo.

—Es verdad, y por eso no debe sorprenderos.

—Sabes que no podemos perder un dia.

—Mañana volveré, aunque apriete el frio como esta noche, y si el embozado se presenta...

—Bien, bien.

—En cuanto á lo más interesante, ya lo tenemos averiguado. No hay duda que don Juan es amante de doña Andrea, y esas entradas y salidas á media noche hacen sospechar que no han de romper el amoroso trato con tanta facilidad como desearia la reina. ¿Quién sabe si la conciencia del galan es un estorbo para el casamiento que se le propone?

Fray Manuel cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza, meditó por espacio de algunos segundos, y luego dijo:

—Tal vez no te equivoques.

—Por eso...

—Me alegraria.

—No hay mal que por bien no venga.

—Algunas palabras de la reina me han hecho sospechar que quiere prescindir, no solamente de mí, sino de nuestro buen rey de Portugal, en cuyo caso seria preciso poner á cubierto la dignidad del rey, haciendo comprender á la reina cuán poco vale sin la ayuda de su noble aliado...

—Y sin la vuestra,—repuso Martin, sonriendo.

—Yo nada valgo.

—En el asunto de que se trata...

—Ya lo sabes, no tengo más interés que corresponder á la confianza con que me honró el rey de Portugal, encargándome tratar de esa boda, que á todos convenia menos á la que ha de casarse. Ella tiene dos que solicitan su mano: uno de ilustre cuna, pero pobre; su amor es correspondido; pero el conde no lo quiere para su hija; el otro, que es Saldanha, lleva riquezas y el primer nombre del reino; pero el rey conoce bien á su sobrino, y teme que se haga demasiado poderoso. En esta alternativa, se ha buscado un término medio y se ha pensado en don Juan. ¿Pero cuál será el resultado? Hacer desgraciadas á dos personas. La condesa no será feliz con don Juan, porque no lo ama, ni él tam-

poco, porque ama á otra. He obedecido, ignorando lo que ahora sé, y cuando ya parece todo arreglado, porque don Juan se aviene y la condesa no resiste, la reina, para no estar obligada á nadie, quiere obrar por sí, probar que para nada necesita nuestro apoyo, con lo cual ofende al rey.

—Y vos,—repuso Martin,—vos que no me pareceis, es decir, que pensais las cosas en un instante, habreis pensado cómo desbaratar esa boda, dejando burladas á la reina y á la duquesa, y haciendo felices á la condesa, á don Juan, á doña Andrea y al otro pretendiente pobre.

—No es imposible lo primero, pero lo segundo...

—Es la consecuencia natural.

—¡Quién sabe!

—Si don Juan queda libre...

—Temo, sin embargo, que doña Andrea sea víctima. Por lo poco que sé y he podido observar, sospecho que la desgraciada no es correspondida en su pasion: así lo prueba la facilidad con que don Juan ha convenido en casarse con la hija del conde.

—¡Dios me libre de esa horrible enfermedad que llaman amor!—dijo filosóficamente el donado.

—Sea como quiera,—repuso el fraile;—en esta ocasion necesito tu ayuda como nunca, buen Martin.

—¿Habeis dudado?...

—No puedo dudar de tí: me tienes dadas hartas pruebas de tu cariño y lealtad. Por mí fuiste soldado, á pesar de tu aficion á la vida sosegada.

—¡Qué tiempo aquel!—dijo Martin, exhalando un suspiro.

—¿Lo echas de ménos?

—Por lo de andar á tiros y cuchilladas, siempre á media racion y sin cama donde dormir, no, señor; pero entonces érais feliz, esperábais serlo más, y á mí me quedaban más años de vida.

—Sí, yo era dichoso,—murmuró fray Manuel, cuya frente se contrajo, y ahogando un doloroso suspiro.

—Señor...

—Dejemos esos recuerdos.

—Es verdad, lo pasado no puede deshacerse... Pues como os decia, contad conmigo.

—Segun el aspecto que toma el asunto, creo, Martin, que tendrás que dejar por algunos dias tu calma, montar á caballo y correr mucho.

—No importa.

—Como te has acostumbrado á la quietud...

—Aun sabré tenerme á caballo, y en llevando las alforjas bien provistas, vengan penas.

—Prepárate, pues.

—Lo principal es, señor, que probeis á la reina que no sois un pobre fraile, que solo sabe rezar.

—No he pensado mortificar el amor propio de nadie, ni hacer daño alguno; pero cumpliré con el deber que me impone la gratitud. De buena fé acepté el encargo del rey don Juan, y traté con la reina y la duquesa, sin creer que lo que era un asunto de conveniencia para todos, se convirtiese en una intriga. Pero ya no tiene remedio lo sucedido: han provocado la lucha, y es preciso que quede en su lugar el rey; no puedo abandonarlo, sobre todo, estando de su parte la razon y la justicia. Conozco el mundo, y temo que algun dia cueste mucha sangre á dos pueblos valientes la herida hecha en el amor propio de una mujer, que aun no ha sufrido ninguna contrariedad. Una chispa puede producir una hoguera. Despues de amargos desengaños, perdidas todas las ilusiones y la última esperanza de ser feliz, me retiré del mundo con el alma transida de dolor. Creí que me dejarian, entregado á mis tristes recuerdos, llorar mis desdichas en la soledad del cláustro, sin que otro pensamiento que el de Dios ocupase mi mente; pero no han querido los hombres; vinieron á interrumpir el silencio de mi morada, y como no respondí, llamó la gratitud á la puerta de mi retiro y obligóme á abrir mi conciencia. No quieren dejarme: se empeñan hace un año en que he de estar en el mundo, y al fin conseguirán colocarme en tal posicion, que no pueda cumplir mi deseo.

—Pero de nada pueden acusaros, porque ninguna mala intencion os guia ni os ha movido á cambiar de conducta.

—Pero ¿y mi tranquilidad? Solo pido al mundo que se olvide de mí. ¿No tengo derecho á que me concedan el olvido?

Fray Manuel decia lo que sentia: no era fingido su deseo de

vivir fuera de todo trato, para consagrarse á la oracion y al estudio, únicos medios que habia encontrado de calmar sus dolores; pero se le habia obligado á mezclarse en el asunto de la boda de don Juan, haciéndole ver que se trataba de hacer un beneficio, y nada de extraño tendria que tuviere, mal de su grado, que seguir entendiendo en las consecuencias que aquello podria tener.

—Espero,—dijo Martin,—que terminado, mal ó bien, este negocio, no vuelvan á molestaros, y como antes, podamos volver á nuestra antigua vida, vos rezando y leyendo, y yo durmiendo y mascando.

—No, porque todo se combina para que yo no logre lo que quiero. Empiezan á ser demasiado frecuentes las visitas de Patiño á la reina, y creo que esta lo escucha más de lo que debiera.

—Jamás, señor, hubiera yo creido que en el cuerpo ruin de la duquesa de Miraguas, que parece una mona vestida, se encerrara tanta malicia y astucia.

—No es una mujer vulgar, y tiene mucha influencia en la córte. Ella ha conseguido sacar de la oscuridad á Patiño.

—Mientras él no sepa que el fray Manuel encargado del asunto, es el antiguo capitan llamado don Manuel Freire de Silva...

—Lo sabrá por mi desgracia.

—En último caso, nada teneis que temer.

—Martin, en un momento de exaltacion, de locura, nos juramos ódio eterno, guerra sin tregua, si volvíamos á encontrarnos.

—Pero vos...

—No conservo ódio para nadie, renuncio á la guerra; pero ¿me dejará él en paz?

—Señor, dice el refran que cuando uno no quiere, dos no riñen.

—Sí; pero cuando uno ataca y hiere, otro tiene, si no que herir, al ménos que defenderse.

—Eso...

—Consiste tambien en el temperamento de cada cual.

—Ciertamente.

—Es posible que tú, una vez decidido á no defenderte, te dejes matar.

—De seguro, si habia hecho el propósito; pero comprendo que no todos tienen mi calma.

—Haré cuanto pueda, es mi deber...

—Pero veo,—replicó Martin, que se habia restregado los ojos dos ó tres veces,—que estais atormentándoos por lo que puede suceder, pero que tal vez no sucederá.

—Me habia olvidado de tu sueño,—dijo el fraile, comprendiendo la intencion del donado.

—Señor...

—¿Vas á negarlo?

—Verdad es que tengo sueño y hambre.

—¿No has cenado?

—Sí; pero el paseo de aquí á la calle de la Justa, y de allí aquí, y el haber subido dos veces al camaranchon que me sirve de guarda-ropa, es bastante para abrir el apetito á cualquiera.

—Véte, Martin, y descansa.

—¿Y qué vais á hacer vos?

—Seguiré leyendo un rato...

—Son las dos de la madrugada ó poco ménos.

—¿Qué me importa?

—Pensad que os quitareis la vida.

—Ya ves que no se quebranta mi salud.

—Os quedareis ciego... ¡Siempre con los libros!

—Son mi única distraccion.

—Pero no tanto, señor, no tanto.

—Sin ellos, el dolor y la tristeza hubieran acabado por matarme ó desesperarme.

Martin se encogió de hombros, tomó la palmatoria, dió las buenas noches á fray Manuel y salió de la celda.

El antiguo capitan portugués se pasó las manos por la frente, que habia palidecido más de lo que estaba, cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho, y olvidándose del libro, se entregó á sus tristes pensamientos.

CAPITULO V.

Donde procuraremos dar á conocer á la reina, y diremos algo sobre el rey, su córte y la nacion.

No vamos á hacer una reseña histórica del reinado de Felipe V, ni á ocuparnos de todos los importantes personajes de aquella época, porque iremos dándolos á conocer cuando lo requiera el relato de los sucesos de esta interesante historia: nombraremos alguno, mencionaremos algun hecho y nos ocuparemos de la reina, cuya figura se destaca entre todas en el interesante cuadro de España en los dos primeros tercios del pasado siglo.

Isabel de Farnesio, hija del duque de Parma, fué la segunda esposa de Felipe V.

Cuando vamos á presentarla á nuestros lectores tenia treinta y cuatro años, si bien no aparentaba más de treinta.

Era gruesa, ó como dijo Alberoni cuando habilísimamente hizo la pintura de ella, engañando á la astuta princesa de los Ursinos, fuerte, robusta, saludable, y aunque no estaba dotada de una belleza singular, era, sin embargo, bastante hermosa para agradar, y tenia sobrado entendimiento para hacer encantador su trato.

Su severa madre la habia educado con bastante sencillez, la habia tenido casi aislada de la sociedad, y más que en hacerle conocer el mundo y los negocios, por si un dia se sentaba en el trono de su padre, se ocupó en inculcarle sanos principios de virtud.

Empero la elevada inteligencia de la jóven, su voluntad de hierro, suplieron el descuido ó capricho de la madre, y aprovechando su soledad, estudió y se esforzó por aprender con una constancia admirable.

La vida que hacia, casi siempre encerrada en su aposento, sin ver más que á sus padres y á sus criados, no le era nada agradable; pero nunca pronunció una palabra que revelase su disgusto, porque era demasiado altiva para quejarse cuando no tenia medios de luchar y vencer.

Decir que estaba mal y sufrir sin rebelarse, hubiera sido para la orgullosa Isabel una humillacion, y antes que humillarse preferia morir.

Toda pasion ó instinto que se contiene por una fuerza extraña, cuando cobra la libertad vá hasta el desenfreno.

Nunca la corriente de un rio vá con más violencia que despues de haber roto el dique que la contenia.

Por esta razon, cuando Isabel de Farnesio se vió libre del yugo de sus padres, dió rienda suelta á sus instintos dominadores, sin que la detuviese ninguna consideracion.

Ningun hombre hubiera sido más á propósito que su esposo para el carácter de Isabel.

Felipe V era débil como esposo é indolente como rey, así como fuera de su palacio y de los negocios de la administracion pública, como general, como soldado, era incansable, valiente hasta rayar en temerario, y merecia el cognomento de *Animoso* que se le dió.

Ha sido Felipe de Borbon uno de los hombres más dignos de estudio por los contrastes rarísimos que presentaba su carácter.

Veíasele constantemente entregado á una profunda melancolía, y aunque amaba sinceramente á su pueblo, le deseaba prosperidad y estaba animado del más ardiente deseo de que España recobrase su antiguo esplendor y preponderancia, dejaba

obrar á sus ministros, aprobando y desaprobando con arreglo á la opinion de su esposa, y nunca tomó la iniciativa sino cuando se trataba de asuntos que podian dar lugar á una guerra.

Hablaba poco, mostrábase á todo indiferente, y algun gesto, ó lo más una palabra, solia arrancársele en los asuntos de mayor gravedad.

Empero decirle que era preciso salir al encuentro de un enemigo formidable, sufrir las privaciones de una campaña y arriesgar la vida en los horribles peligros de las batallas; decirle esto, repetimos, y relumbrar sus apagados ojos, erguirse con fiereza su frente pálida y enderezarse su cuerpo con la energía propia de un alma ardiente y entusiasta, todo era uno.

Si en los más críticos momentos de una batalla queria encontrarse al rey Felipe V, no habia que buscarle en su tienda, ni en una lejana cumbre, observando y dirigiendo como general, sino entre la metralla y el humo de la pólvora, donde la sangre corria con más abundancia, delante de todos y batiéndose como el último soldado.

Y sin embargo, aquel hombre valeroso, que no se estremecia al oir el silbido de las balas y los desgarradores ecos de la agonía, ni al ver la sangre y la destruccion; aquel hombre que sonría y aun parecia entusiasmarse ante la muerte, era débil, no tenia voluntad, ni siquiera se atrevia á acariciar un pensamiento ante su mujer.

Al encontrarse fuera de su palacio, lejos de su familia, era otro hombre: como por encanto se disipaba su melancolía y renacian sus fuerzas.

Al volver á su opulenta morada, caia repentinamente en su tristeza y para todo le faltaba el valor.

Hé ahí por qué hemos dicho que los rarísimos contrastes que presentaba lo hacian digno de un profundo estudio.

Lo mismo que su primera mujer, su segunda, doña Isabel de Farnesio, fué dueña absoluta del corazon y de la voluntad de Felipe V.

Ella gobernaba el reino por medio de él.

Con ella consultaban los ministros y los embajadores.

A ella acudian, adulándola y halagando sus ambiciosos y do-

minadores instintos, los que querian alcanzar altos puestos, y aun durante el brevísimo reinado de Luis I, cuyo tiempo pasó con su esposo en su retiro de San Ildefonso, de ella tambien se valian, porque ganada su voluntad se tenia conquistada la de Felipe, y lo que este ordenaba en tono de consejo, lo ejecutaba ciegamente el jóven rey.

La primera mujer de Felipe V gobernó sin contradiccion; pero á su vez estuvo gobernada, fué un instrumento, un juguete de la princesa de los Ursinos, verdadera soberana.

La segunda no se dejó dominar: solamente escuchó los consejos de Alberoni, se sirvió de él como de un libro para estudiar al pueblo español; pero cuando aprendió bastante, el maestro fué más bien un estorbo y vióse al célebre cardenal caer desde su inmensa altura.

Desde entonces nada se opuso á la despótica voluntad de Isabel.

Más de una vez puso en conmocion á los gobiernos europeos con una órden, con una palabra.

Para conservar el dominio sobre su esposo, siguió un sistema que prueba su claro entendimiento: no le contradecia, aprobaba todas sus determinaciones, y hasta lo apremiaba para que las ejecutase; pero siempre encontraba medios de hacerle variar de opinion cuando así le convenia.

Su altivez, la dureza de su carácter, sabia disimularla y dominarla, y era con todos dulce, tenia para todos palabras agradables y sonrisas de benevolencia.

Una sola persona poseia su confianza íntima, y con razon, porque supo corresponder lealmente: era su antigua azafata doña Laura, viuda de un noble sin fortuna, y á ella solia confiar Isabel muchos importantes secretos.

En cuanto á Felipe V, solo tenemos que advertir que, á pesar de su debilidad y su indolencia, estaba dotado de un talento superior y de un alma noble y generosa.

Réstanos solamente decir algunas palabras no más sobre el estado de España en aquella época.

Los gastos enormes, fabulosos pudiera decirse, que para sostener su descabellada política de ambicion habian hecho Cár-

los I y Felipe II; la gran parte de poblacion y tesoros perdidos, y el golpe terrible que sufrió la agricultura y la industria con la expulsion de los moriscos en el reinado de Felipe III; el completo abandono en que estuvieron todos los negocios públicos mientras la córte de Felipe IV hacia comedias y bailaba en el Buen Retiro, dejando perder territorio y marina, y que se arruinase el comercio, fueron causa de que durante el reinado tristísimo del desdichado Cárlos II llegase á ser completa la ruina de España.

Sin administracion, sin gobierno, y aun pudiéramos decir sin monarca, el último vástago de la casa de Austria nos dejó el último y más doloroso recuerdo de su dinastía.

A la muerte de Cárlos II no teniamos marina, ni ejército, ni armas, ni municiones, ni fortalezas; habia disminuido, casi en su mitad, la poblacion; los campos se cultivaban poco y mal; la industria era desconocida; el comercio nulo; la miseria horrible, y la desmoralizacion habia llegado á su último grado.

Y en tan triste situacion, sin recursos, porque el gobierno de Cárlos II habia apelado hasta el vergonzoso medio de abrir suscriciones para atender á las más perentorias necesidades del monarca y del tesoro público, encendióse la sangrienta guerra de sucesion, cuyo término, felizmente, fué la victoria de la casa de Borbon, que vino á borrar hasta la última huella de la política fatal de la dinastía de Austria.

No es nuestro propósito, ni cabe en la índole de esta obra, hacer la apología del primer Borbon; pero bajo su reinado principió la regeneracion de España y le somos deudores de gratitud.

Felipe V tuvo sus defectos, no hizo todo lo que pudo hacer; pero hizo mucho, porque luchando con inconvenientes que parecian insuperables, empezó á ponerse órden en la administracion pública; se corrigió la inmoralidad; aumentóse considerablemente la marina; convirtióse en ejército disciplinado y fuerte lo que era un puñado de bandidos; fomentóse la agricultura, la industria y el comercio; creáronse academias y escuelas, que dieron gran impulso á las ciencias, la literatura y las artes, y fuimos, en fin, respetados por todas las naciones.

Si Felipe V hubiera tenido más experiencia para evitar escollos en que otros habian caido, y menos debilidad para romper con determinadas influencias y preocupaciones, el pueblo español, con su patriotismo, la fuerza de sus honrosas tradiciones, su noble carácter, su buen juicio, su hidalguía y los poderosos medios que le ha dado la naturaleza, seria hoy una de las principales naciones del mundo.

Empero el nieto de Luis XIV era un niño cuando ciñó la corona; desconocia en todos sentidos al pueblo que iba á gobernar; todo aquí era nuevo para él, todo le sorprendió: el carácter, las costumbres, el idioma y hasta el traje y la etiqueta rigorosísima de nuestra severa córte, y tuvo que perder mucho tiempo en estudiar y conocer lo que era enteramente opuesto á cuanto habia visto desde que nació.

Los escritores de aquella época acusan más ó ménos duramente á los ministros; pero ninguno al rey, cuya bondad de instintos y capacidad reconocen.

Prueba de esto la tenemos en el periódico de que hemos hecho mencion, y cuyo título es el de esta novela: en él se hacen, en tono festivo ó sério, gravísimos cargos al ministerio Patiño, injustos muchas veces; pero solo de demasiada bondad, de debilidad por no sobreponerse á ciertas influencias, se acusa al monarca.

Y no seria ciertamente por que su autor escribiese bajo la presion de leyes restrictivas, ni por que temiese el enojo de Felipe: no, porque no daba su nombre, y tenia la seguridad de que no habian de descubrirlo. Además, el satírico escritor sabia muy bien que ofender á Patiño era herir á la reina y disgustar profundamente al rey, y lo mismo debia temer atacando á este que al otro.

Los hechos no mienten, y los mayores enemigos de Felipe de Borbon no han podido negar los beneficios de aquel reinado.

La dinastía de Austria cubrió de oropeles un esqueleto, y la decantada preponderancia y riqueza española del siglo XVI no fué la verdadera fuerza, sino el esfuerzo poderosísimo, pero breve, de nuestra agonía.

Brillamos, deslumbramos y llegamos en aquella época á cau-

sar tanto espanto como admiracion, porque de una vez gastamos cuanto teniamos.

¿Cómo debiamos acabar?

Como acaba el mancebo disipado, que en pocos dias gasta todo su caudal, apareciendo el más rico.

Muere de hambre.

Miseria, horrible miseria, desórden y desmoralizacion habia no más al advenimiento de Felipe de Borbon al trono.

¿Cómo estaba la nacion cuando Fernando VI ciñó la corona?

Teniamos administracion, marina, ejército, comercio, industria, agricultura y una política, más ó ménos buena, pero española, y un poder, más ó ménos grande, pero independiente.

La casa de Austria fué siempre extranjera, desde Felipe el *Hermoso* á Cárlos el *Hechizado*.

Felipe V nació francés y murió español.

Combatió con armas francesas para ganar el trono de España.

Pero llegó un dia en que buscaba ocasiones de emplear las armas españolas contra el gobierno de Francia.

Conoció lo que era nuestro pueblo, nos hizo justicia, y debemos pagarle con gratitud, sean cuales fuesen nuestros principios políticos.

En los dias en que comienza esta historia, estaba para terminar su carrera uno de los ministros más tristemente célebres de aquel reinado.

Hablamos de Riperdá, hombre de clara inteligencia, pero que no le servia más que para concebir grandes proyectos; torpe cuando habia de realizarlos, y falto de valor para resistir los ataques de sus enemigos. Perdiéronle su vanidad, su jactancia y su poco disimulo. Sus proyectos eran adivinados fácilmente en sus conversaciones, porque los revelaban su turbacion, sus palabras impremeditadas y hasta sus gestos. Tampoco trataba de disimular su ambicion desmedida, porque creia que ninguna influencia podria contrarestar la suya con Isabel de Farnesio, llegando su imprudencia hasta decir públicamente: «Sé harto que me aborrece la nacion española; pero me burlo de su malquerer en tanto que pueda contar con la proteccion de la reina, á quien

he prestado los mayores servicios. Tengo seis amigos especiales: Dios, la Vírgen María, el emperador, la emperatriz, el rey y la reina de España.»

Riperdá no pudo cumplir ninguna de las promesas que habia hecho al emperador de Austria desde que principió las negociaciones para la alianza de aquella potencia con España, contra la política inglesa y francesa; y combatido en todos terrenos, sin recursos y espantado de las proporciones que tomaba la negociacion y del resultado que prometia, intentó cambiar repentinamente de plan, aconsejando al rey y á la reina que se uniesen á Inglaterra.

Esto disgustó á Felipe, que empezó á mirar como locuras los planes de su ministro, cuyas halagüeñas promesas empezaron tambien á ser dudosas para Isabel.

La declaracion publicada por Inglaterra y Francia de su union íntima, acabó de espantar á Riperdá y disgustar á los reyes.

La voz pública pregonó sin rebozo el descontento de España.

Entonces el partido de oposicion, á cuyo frente se hallaban los hermanos Castelar y Patiño, emplearon todos sus medios de ataque, y se resolvió la caida del ministerio.

Sin embargo, haciendo los esfuerzos de la desesperacion, como el moribundo que lucha con la agonía, Riperdá pudo aún sostenerse algunos dias, fingiendo no comprender las manifestaciones de disgusto del monarca. Tenia un rayo de esperanza en la reina, engañado por el disimulo de su enojo, con que esta pensaba hacer más duro el golpe por lo inesperado.

Felipe V buscaba un pretexto para despedir claramente á su ministro, ya que de nada servian las insinuaciones.

De esto se encargó la reina, porque estaba segura de que apenas diese á entender que se hallaba dispuesta á seguir protegiendo contra todos á Riperdá, este cometeria más de una imprudencia, que daria la ocasion deseada:

El favorito debia caer en el lazo y acabar allí su carrera, que pudo ser gloriosa.

La córte se encontraba, pues, en dias de agitacion.

Unos temian y otros esperaban ansiosamente, segun eran partidarios ó amigos de tal ó cual personaje.

Era de ver en las antecámaras de palacio las miradas recelosas, las sonrisas fingidas y los gestos de mal disimulada impaciencia de los cortesanos.

En tales momentos meditaban todos mucho antes de hablar y escuchaban con grande atencion.

No habia que esperar respuesta categórica á pregunta alguna, porque los interrogados temian comprometerse al contestar.

Sucedia con esto, que todos caian en el escollo de que iban huyendo, y aparecian preocupados cuando querian engañar con fingida indiferencia.

Así estaba la córte y los negocios cuando principia esta historia.

Creo, lector, que lo dicho basta para comprender los extraños sucesos que voy á referirte, y con tu licencia vuelvo la hoja para comenzar otro capítulo.

CAPÍTULO VI.

Donde volveremos á encontrar á otro antiguo conocido.

A las once de la mañana del siguiente dia, la duquesa de Miraguas, que hacia más de una hora que habia almorzado y estaba vestida como para salir, se encontraba en el gabinete que ya conocemos, junto á la chimenea, y como la noche anterior, escondida, puede decirse, entre los almohadones de su sillon.

Sus ojuelos, medio cerrados, como si empezase á dormir, se abrian de vez en cuando y relumbraban como dos centellas.

Luego extendia un brazo, tiraba del cordon de la campanilla, y cuando asomaba por entre la cortina de una puerta la cabeza de una sirviente, le preguntaba:

—¿No ha venido?

—No, señora duquesa,—le respondia la criada.

Y haciendo un gesto de impaciencia, volvia á quedar oculta entre los blandos almohadones.

Así trascurrieron diez minutos, durante los cuales repitió la vieja cuatro veces su pregunta, y al fin, cuando iba á llamar por quinta vez, se levantó la cortina, diciendo un criado en alta voz:

—El señor don José Patiño.

Y se presentó un caballero de más de cuarenta años, de ros-

tro aguileño, ojos redondos y hundidos, de pupila ardiente y mirada expresiva y penetrante.

Su frente era espaciosa y estaba surcada de arrugas.

Su cabeza se inclinaba ligeramente sobre el pecho, no agobiada por el peso de los años, sino por la costumbre adquirida despues de muchos años de estudio y trabajo constante.

Esta circunstancia hacia que su mirada pareciese más recelosa de lo que era, más extraña, pues tenia que suplir la inclinacion de cabeza levantando las pupilas.

Su estatura era regular y sus formas proporcionadas; pero enjuto de carnes.

Aunque nada podia pedírsele á su vestido, que era hasta cierto punto lujoso, ni á sus maneras, que revelaban al hombre de esmerada educacion, advertíase en él ese descuido natural de los que nunca piensan en cómo van vestidos ó se vestirán, porque su imaginacion está ocupada con más importantes ideas.

El caballero, que no era otro que el que ya dimos á conocer con el mismo nombre en el prólogo de esta historia, aunque de la ilustre familia de los marqueses de Castelar, era pobre como segundon, habia servido al Estado á las órdenes de Alberoni, y se le separó de su destino al entrar Riperdá en el ministerio.

Desde entonces habia trabajado Patiño, en union de su hermano Castelar y demás ministros caidos, para derribar á Riperdá, y ya no se contentaba con que le volviesen su antiguo empleo, queria ser ministro de cualquier ramo, y confiaba en que, si esto conseguia, llegaria en breve á ser otro omnipotente Alberoni. Sentíase con fuerzas, tenia fé en sí mismo, y por eso no pedia más que los medios de darse á conocer, tomando á su cargo hacer lo demás.

No se equivocaba: habíale dotado la naturaleza de un talento privilegiado; comprendia los más árduos negocios á la primera insinuacion; no perdia la serenidad en las situaciones de mayor apuro; nunca pidió en vano recursos á su imaginacion fecunda, y combinaba con claridad y órden admirable los más complicados proyectos.

No le bastaba la proteccion de su hermano, y por eso al trabajar con él y los de su partido en provecho de todos, habia bus-

cado los medios de hacer algo más en provecho propio, empezando á conseguirlo con la amistad de la duquesa y las relaciones de la azafata doña Laura, madre política del duque de Monteleon.

La duquesa de Miraguas, que contaba como hecho el casamiento de su segundo hijo, y como consecuencia de este acontecimiento el favor ilimitado de la reina, para asegurar su valimiento habia pensado que fuese hechura suya el primer ministro, y por esta razon protegió á Patiño con toda la influencia que le daban las circunstancias.

Se comprende fácilmente que á la penetracion de Patiño no se escaparia el plan de la duquesa; pero aceptó la partida, puesto que se le ofrecia la ganancia, sin temor á lo que sobreviniera despues, porque una vez logrado su intento estaba seguro de que no habian de faltarle medios de romper los lazos á que aparentaba gustoso sujetar su libertad de accion.

En cuanto á doña Laura, el astuto Patiño habia sabido cómo ponerla de su parte. La antigua azafata tenia dos hijas, una de ellas casada con Monteleon, y era una de esas mujeres en quienes el amor maternal raya en delirio. Patiño alababa en todas partes la hermosura, el talento y las virtudes de las hijas, y conquistó el corazon de la madre.

Cuando el aspirante á ministro entró en el gabinete de la duquesa, esta le dijo vivamente:

—Caballero, me habeis hecho sufrir mucho: debo estar en palacio antes de las once y media.

—Perdonadme,—respondió Patiño con gravedad,—no es mia la culpa, sino de mi reloj, que atrasa.

—Vuestro reloj es vuestro enemigo, conspira contra vuestra fortuna.

—Es verdad, señora,—replicó el caballero, sonriendo con cuanta dulzura le permitia su severo rostro;—pero hay que tolerarlo, so pena de dar con otro peor: el vuestro os esclaviza, y os habrá hecho muchas veces perder la tranquilidad, que es prenda más estimable que la fortuna que espero de vuestra proteccion.

—Sentáos,—dijo la duquesa;—ahora estamos bajo el domi-

nio de mi reloj tirano, y como sus minutos vuelan, es preciso no perderlos.

—En todo, señora duquesa,—repuso Patiño, haciendo una profunda reverencia y sentándose,—dais pruebas de vuestra brillante imaginacion...

—Gracias, caballero...

—Me teneis á vuestras órdenes, señora.

—Nuestro asunto,—dijo la de Miraguas despues de meditar algunos instantes,—está en el mejor estado.

—No me sorprende siendo vos la mediadora.

—La reina está casi decidida.

—Entonces falta solamente...

—Que vos acabeis de decidirla.

—¿Y cómo?

—¿Eso me preguntais?

—Señora, vuestros consejos valen mucho.

—Teneis sobrado entendimiento para necesitarlos en esta ocasion.

—Sin embargo, conoceis mejor que yo á su majestad...

—Y vos sabeis que no necesita sino convencerse de que valeis más que cuantos la adulan y le hacen promesas irrealizables.

—¿La adulan y le prometen?

—¿Acaso lo ignorais?

—Tengo, pues, entonces muy poderosos contrarios.

—¿Os acobardais?

—Desconfio, señora.

—Hoy os desconozco,—replicó ásperamente la duquesa.

—Señora,—repuso Patiño con calma,—si hay quien adule á la reina, diciéndole que sin ella se perderia la nacion, y quien le prometa que se realizarán los proyectos respecto á Italia, y le hable mal de los franceses, de los ingleses y portugueses, y le haga soñar con pactos con los alemanes, mi derrota es segura.

—¿Y por qué no habeis de hacer vos lo mismo?

—Porque de todo eso no puedo prometer por completo más que una parte, otra á medias y nada de lo restante.

—Os aconsejo por vuestro bien: lo que se gane ó se pierda es para vos.

—Y á vos tambien os interesa el asunto.

La astuta duquesa fijó con insistencia su penetrante mirada en Patiño.

—Y digo que os interesa,—añadió este sin turbarse,—porque me teneis particular estimacion y deseais mi fortuna, y porque habeis hecho vuestra la cuestion, y vuestra, más que mia, seria la derrota.

La de Miraguas se mordió los labios.

—Ya sabeis,—prosiguió diciendo el caballero con su inalterable tranquilidad,—que nada de lo que en palacio sucede queda oculto, y por eso no es extraño que nadie en la córte ignore que vos, con vuestra poderosa influencia y con los datos suministrados por mí, habeis apresurado la caida, que es ya casi un hecho, de Riperdá, y trabajais en mi favor.

—Mirada así la cuestion...

—¿Puede colocársela en otro terreno?

—En fin,—replicó la duquesa, procurando disimular su impaciencia,—ya no es tiempo de retroceder.

—Dispuesto me teneis á seguir adelante.

—Es preciso que veais á la reina.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo, antes de una hora.

—¿No vais á palacio?

—Sí, y cuando vos llegueis, ya estará dada la órden para que os anuncien á su majestad, que os espera, aunque fingirá sorprenderse con vuestra visita.

—Iré.

—Pensad bien lo que habeis de decirle.

—La verdad. ¿Quién sabe si mi franqueza producirá en su ánimo mejor efecto que las halagüeñas mentiras de mis contrarios?

—Adivino vuestro plan,—repuso la duquesa sonriendo,—y estoy tranquila.

—Señora...

—Basta, señor Patiño; veo que vuestros estudios no se han concretado al de las graves cuestiones de la política y la Hacienda: tambien conoceis á la mujer, y sobre todo, á la reina.

—Mientras no le adivine todos sus pensamientos, nada tendré que temer de mis enemigos.

Estas palabras, cuyo significado nadie hubiera comprendido, hicieron palidecer á la duquesa, cuyos ojuelos, brillando como nunca, lanzaron á Patiño una mirada escudriñadora.

El caballero aparentó no advertir la alteracion de la dama, y varió de postura con su calma habitual.

—No os comprendo,—repuso la duquesa.—¿Quereis explicaros con más claridad?

—Quiero decir, que algunas veces disgustará á su majestad que yo le adivine el pensamiento, porque así la privaria de la satisfaccion que habia de sentir su vanidad al ser iniciadora de alguna buena idea.

La explicacion era completamente falsa; pero tuvo que aceptarla la duquesa.

—¿Me habeis entendido ahora?—añadió Patiño.

—Sí, nosotros nos entendemos perfectamente.

—¿Conque aprobais mi plan de conducta?

—Lo apruebo completamente.

—Pues bien, en palacio me tendreis antes de una hora.

—Tened entendido que la reina piensa hablaros del casamiento de mi hijo, y conviene que no se os adelante fray Manuel.

—¡Oh!... Siempre ese fraile...

—¿Le temeis?

—No debo temerle, porque en nada de lo que me interesa se ha mezclado; pero el proyecto de la reina puede convertirlo en nuestro enemigo.

—¿Qué importa?

—No lo conozco; pero tengo noticias de que vale mucho, lo creo por lo que de él me habeis referido, y un hombre así puede hacer tanto bien como mal. ¿Quién es? ¿Por qué el rey de Portugal es su amigo, y el de España le guarda tantas consideraciones, y lo atienden los ministros, y hasta la misma reina no se atreve á romper con él abiertamente, ni siquiera á excusarse de recibirlo á cualquiera hora que se presente en palacio? Nada hace el tal fray Manuel más que cumplir las órdenes del mo-

narca portugués; en ninguna intriga se mete; contra nadie ha mostrado ódios; parece que nada pide para sí ni nada desea, y hasta ha rehusado aceptar lo que le han ofrecido; pero, ¿qué quereis? en mi opinion, ese hombre hace algo más de lo que vemos, y si llega á recibir de la reina algun desaire, no lo perderé de vista. Confieso que es una preocupacion mia que no tiene fundamento, una verdadera manía, tanto más caprichosa y sin valor, cuanto que ni siquiera conozco á fray Manuel, y por eso á nadie más que á vos os hablaria de esta manera; pero hay preocupaciones contra las que lucha en vano la razon.

—Pues bien,—respondió la duquesa:—ya que con esa franqueza me hablais, cumpliendo nuestro pacto de leal correspondencia, os diré que me sucede lo mismo que á vos; el fraile me preocupa, no sé por qué, y estoy segura de que cuando llegueis á conocerlo, veais aquella frente y aquellos ojos, que revelan un tesoro de inteligencia y una voluntad poderosísima, os afirmareis más en vuestra opinion.

—¿Qué dice de él la reina?

—¡Oh!... La reina, admiráos, con todo su valor, con todo su talento, con todo su poder, le teme.

—¿Y por qué?

—No sabe explicarlo; pero se siente subyugada, verdaderamente fascinada ante el que se presenta como un pobre fraile, suplicando que le dejen tranquilo en su celda.

—¿Es decir, que acabareis todos por justificar mi manía?

—Nadie ha conseguido infundir á su majestad ese temor, ni aun el cardenal Alberoni con su mirada de águila y su rostro tan imponente y severo como feo.

—Y sin embargo, fray Manuel...

—Ha hecho bajar alguna vez los ojos á la reina; yo lo he visto: le ha hecho bajar los ojos con su mirada serena, le ha infundido miedo con su rostro, que es hermosísimo y que nunca se altera; con aquel rostro, velado siempre por una nube de tristeza, que lo hace más interesante, y donde no se adivina jamás, ni la alegría ni el enojo, como si su alma fuese indiferente á todo, estuviese enteramente poseida del amor divino, sin dar lugar á ningun otro sentimiento.

—Necesito conocer á ese hombre.

—Y estudiarlo con tanto acierto como á la reina,—dijo la de Miraguas con acento que revelaba una segunda intencion.—Preciso es que llegueis á conocer el corazon del fraile como habeis conocido el de su majestad, sin que una sola fibra se escape á vuestro escalpelo.

—Sí, es preciso,—repuso el caballero friamente, como si no hubiese comprendido la grave intencion de las palabras de la duquesa.

—Mucho nos importa.

—Creo que lo conseguiré.

—Debe haber en su vida algun misterio, quizás horrible.

—Podeis asegurarlo.

—Ya tiene probado que no es un hombre vulgar.

—¡Y nadie conoce sus antecedentes!...

—Nadie sabe lo que fué en el mundo, ni siquiera el nombre que llevó: solamente ha podido averiguarse, y aun no sé si con certeza, que es portugués.

—El rey don Juan sabrá su historia.

—Debe ser el único depositario de ese secreto.

—¡Oh!... No hay duda, amigo mio, que fray Manuel ha sufrido mucho ó ha hecho sufrir.

—Un hombre como ese no se ha separado de la sociedad por vocacion religiosa.

—No.

—Lo ha llevado á la celda una gran desgracia ó un gran remordimiento.

—Extraño es,—repuso la duquesa,—que no lo conozcais, cuando rara es la persona en la córte que no lo ha tratado; vuestro mismo hermano...

—Ha tenido la ocasion de hablarle alguna vez.

—¿Y qué opinion ha formado?

—Señora, á vos puedo hablaros con franqueza: mi hermano tiene muy buen entendimiento; pero nunca vé más que el exterior, la superficie. Dice que fray Manuel vale mucho; pero no le dá la importancia que debiera, y por esta razon, ni trata de conquistarlo como amigo, ni guardarse de él como adversario. Un

fraile que en nada se mezcla, que nada ha pedido ni aceptado, que de nadie murmura ni á nadie adula, no es para mi hermano más que lo que aparenta: un fraile á quien reconoce más ó ménos talento, en quien respeta más ó ménos virtud y sabiduría.

—Teneis razon, y por eso vereis que, si triunfamos, sin caer en desgracia, vuestro hermano se eclipsará lentamente y vos ireis ganando terreno hasta quedar dueño de la situacion.

—Afortunadamente, su ambicion se satisface con el triunfo, cuyos resultados, lisonjeros para otro, llegarian á enojarle.

—No sereis el jefe del ministerio cuando salga ese vanidoso Riperdá; pero llegareis pronto á su puesto, porque comenzais mejor que ninguno. La prueba de confianza que la reina os dá al hablaros del casamiento de mi hijo...

—Es muy grande.

—Un asunto de conveniencia privada...

—No estamos de acuerdo, perdonad.

—Convengo en que alguna parte política tiene...

—El todo, señora. Ya conoceis las leyes de sucesion portuguesa, y comprendeis que si su majestad fidelísima quiere evitar el casamiento de su sobrino con la hija del conde, es para impedir que aquel llegue á ser más poderoso de lo que conviene á la tranquilidad del reino y á la suya, y este inconveniente se obvia haciendo que el esposo sea extranjero. Nuestra reina encuentra en este plan cuanto deseaba, porque con el matrimonio proyectado tendria en la córte de Portugal un vigilante fiel que le serviria de mucho.

—No hay para qué negarlo.

—¿Y qué fin se propone su majestad al querer que fray Manuel no entienda en el asunto?

—Primeramente, es ofensivo á la dignidad de la reina tratar con un hombre oscuro, que al fin no es más que un simple fraile, y que este tenga poderes bastante ámplios para imponer y aceptar condiciones á su antojo.

—Ahí encontramos ya á la mujer, no á la reina.

—¡Oh!

—Cuestion de amor propio.

—Exagerais.

—Su majestad cree rebajarse al estipular condiciones con un hombre oscuro, y sin embargo, ese mismo hombre, pobre fraile, le infunde respeto y aun temor. ¿No es esta la verdad, señora duquesa.

—Pero esas juiciosas consideraciones hay que sacrificarlas á la dignidad, al rango, á exigencias sociales, que serán injustas, nécias, pero que tenemos todos que aceptar.

—Bien,—repuso con calma Patiño,—que la reina haga un enemigo de fray Manuel, y que para combatirlo despues acuda á la dignidad.

—¿Os habeis convertido en defensor del fraile?

—No, sino de los intereses de su majestad, de los vuestros y los mios. Es una desgracia, señora, y convendreis conmigo, porque vos no teneis el juicio de mujer. ¿No es achaque de vuestro sexo olvidar lo pasado, y ocuparse solo de lo présente, sin pensar en lo futuro?

—Siento que no estemos conformes, amigo mio.

—Yo tambien.

—La opinion de la reina es la mia.

—Principiaremos por estar en desacuerdo.

—Cuidado, señor Patiño, con herirle el amor propio, porque, segun vos mismo asegurais, es la peor herida que puede hacerse á la mujer.

—Si para cada sentimiento tuviese una fibra el corazon, las más delicadas del femenil serian las del amor propio, la vanidad y la envidia.

—¿Cuándo,—replicó la duquesa, sonriendo y con tono de dulce reconvencion,—cuándo aprendereis á ser galante?

—¿Acaso no lo soy?

—Afortunadamente, las mujeres se han acostumbrado á oiros hablar así, y toman por gracias lo que en boca de otro les parecerian ofensas.

—Y vos, señora duquesa, ¿qué opinion teneis de mí con respecto al bello sexo?

Iba la dama á responder; pero la vibrante campana del reloj la interrumpió.

—¡Las once y media!—dijo, poniéndose de pié.—Y aun ten-

go que ir á palacio... ¡El coche, el coche!—gritó á la vez que tiraba repetidas veces del cordon de la campanilla.

—Está esperando,—le respondió una doncella que acudió.

—¿Y don Juan?

—No ha vuelto.

—¡Oh!... No puede venir ahora... Tampoco verá hoy á la reina... Dentro de media hora, ó más bien antes, señor Patiño, ya lo sabeis...

—Estaré en palacio.

—Eso es.

—Descuidad.

—No os fieis de vuestro reloj...

—Echad la culpa al vuestro para excusaros con su majestad.

—Bien necesito sérias disculpas... ¡Todo puede perderse por algunos minutos!

—Señora duquesa,—dijo Patiño, inclinándose,—procuraré demostraros que la ingratitud no cabe en mi alma.

—¿Y el olvido?

—Ya sabeis que á la naturaleza plugo darme de memoria lo que me negó de talento.

—Soy vuestra mejor amiga...

—Mi generosa protectora...

—Guárdeos Dios...

—Y á vos os dé larga vida y felicidad.

El caballero salió.

—¡Oh!—murmuró la dama, dirigiéndose tambien á la puerta, donde la esperaban sus doncellas y un lacayo.—Ha adivinado la chispa que empieza á inflamar el corazon de la reina. Si algun dia llegase Patiño á abusar de esa ventaja, habria yo trabajado para otro... pero no, porque entonces su perdicion seria cierta.

Dos minutos despues, con el rostro contraido y las pupilas destellantes, se dejaba caer en el fondo del coche, diciendo al lacayo:

—A palacio.

Y las corpulentas mulas, arrastrando la pesada máquina, partieron hácia el Buen Retiro.

Patiño se habia detenido cerca de la casa y permaneció inmóvil hasta que desapareció el carruaje.

—Bien,—dijo luego, doblando la esquina de la calle de Bordadores,—creo que esta será la última de tus intrigas. Me elevas para convertirme luego en instrumento de tus ambiciosas miras, obligándome con el temor de que emplees contra mí tu influencia; pero yo haré que esa influencia se disipe, como una ráfaga de viento disipa el humo.

CAPÍTULO VII.

Isabel de Farnesio.

La morada de los reyes de la dinastía de Austria habia desaparecido con el último de los vástagos de aquella familia que habia dominado dos mundos por espacio de más de dos siglos, disponiendo á su placer de la suerte de todas las naciones. Un incendio habia destruido el antiguo alcázar real, y Felipe V habitó alternativamente los palacios del Buen Retiro y del Pardo, mientras hacia construir el de San Ildefonso, que le sirvió de retiro los pocos meses que, á consecuencia de su abdicacion, reinó su hijo Luis I.

El palacio del Buen Retiro no era vivienda digna de un rey más que por la riqueza y lujo con que se habian decorado sus habitaciones, cuya construccion no tenia ni belleza artística ni solidez; por esta razon excusamos hacer descripciones que podrian ser enojosas, y sin más permiso que el del lector, pasaremos al interior del edificio y llegaremos hasta la cámara de la reina, donde acababa de entrar la duquesa de Miraguas.

El interior del aposento estaba adornado con singular gusto y riqueza. Todos los muebles estaban primorosamente tallados

y dorados, haciendo resaltar más el forro de los sillones y divanes y las colgaduras, que eran de riquísimo damasco azul. Sobre la chimenea, que era de mármol blanco, habia un magnífico reloj de bronce dorado, obra de arte, dos candelabros del mismo metal y dos grandes floreros de porcelana de la China con flores llevadas de los invernaderos reales. Bellísimos cuadros, grandes espejos y cornucopias de caprichosas formas cubrian las paredes, y con otros muchos y riquísimos objetos completaban el adorno de aquella deslumbradora estancia.

La reina estaba sentada indolentemente cerca del fuego.

Al lado opuesto, de pié y apoyando una mano en la chimenea, habia una mujer que frisaba en los sesenta años, y cuyo rostro, de grave expresion, revelaba la bondad de un espíritu tranquilo.

Era doña Laura, la azafata de quien hemos hecho mencion en los capítulos anteriores, y que, como casi siempre sucedia, era testigo de las conversaciones más reservadas de la reina.

Segun hemos dicho, la duquesa acababa de entrar, y se hubiera considerado en el colmo de la privacion real y de la dicha, si á la sonrisa de benevolencia con que la recibió Isabel de Farnesio, no hubiese acompañado una mirada al reloj, que significaba:

—Habeis venido tarde.

La astuta duquesa, como antigua cortesana, y por consiguiente, acostumbrada á traducir miradas y gestos, se apresuró á decir:

—Pido á vuestra majestad perdon, y le ruego acepte la excusa de mi tardanza. La conversacion que acabo de tener con Patiño era demasiado interesante para dejarla á medias, y me he atrevido por esta razon á dilatar algunos minutos el cumplimiento de mi deber.

—¿No piensa venir?—preguntó la reina, que en el tiempo que llevaba en España no habia perdido aún el acento de su país.

—Precisamente,—repuso la duquesa, comprendiendo que ya estaba perdonada,—me ha preguntado si me parecia oportuna su visita á vuestra majestad.

—¿Cuándo he dejado de recibirlo bien, para que así tema ser importuno?

—Quiere evitar en lo posible que se le llame intrigante, y vuestra majestad no ignora que desde hace algunos dias se murmura mucho, y él, más que nadie, es el blanco de la murmuracion.

—Pero ello es que vendrá...

—Muy pronto.

—Doña Laura,—repuso la reina, dirigiéndose á su azafata,—ordenad de mi parte que en cuanto venga Patiño lo anuncien.

—¿Y si está fray Manuel?—preguntó doña Laura.—Creo que no tardará en venir...

—¡Oh!—murmuró doña Isabel con marcado disgusto.—No puedo dejar de recibir al fraile, porque sospecharia...

Y despues de reflexionar algunos instantes, añadió resueltamente:

—Tambien. ¿Qué importa que se vean aquí? Son dos hombres que valen mucho, es posible que lleguen á ser enemigos, y bueno es que antes de luchar se conozcan. Además, así ganaré un dia ó siquiera medio, porque fray Manuel no se atreverá á tocar la cuestion delante del otro. Sí, que ambos entren cuando vengan.

—Entonces yo misma esperaré en la antecámara.

Doña Laura salió y ocupó su sitio la duquesa.

—Y bien,—dijo la reina despues de algunos instantes,—¿qué opina Patiño?

—Tiene miedo, señora.

—¡Miedo!

—La situacion es grave. Los desaciertos de Riperdá han traido compromisos que colocarán en un terreno muy falso á los que le sucedan, y como á nadie le agrada pagar ajenas culpas, es natural que Patiño tema responder de los resultados infelices de desaciertos que no cometió. Sin embargo, por servir á vuestra majestad arrostrará con gusto todos los peligros de la situacion.

—Comprendo,—dijo la reina con frialdad:—Patiño quiere

que yo aprecie en lo que él cree que vale su talento ó... su atrevimiento.

—Señora,—balbuceó la duquesa,—Patiño...

—Cumple con su deber sirviendo á su rey, aunque tenga que arrostrar peligros, como es obligacion de todo vasallo.

—Perdone vuestra majestad,—repuso la de Miraguas, comprendiendo tarde una torpeza, que nadie hubiera esperado de su astucia, ni de su experiencia cortesana.—Me he explicado mal. Lo que desea Patiño que vuestra majestad comprenda es, que toda su voluntad no será bastante para vencer en seguida los obstáculos que se le han de presentar, y para cumplir con prontitud los deseos de vuestra majestad.

—No acostumbro á pedir imposibles.

—Pero él teme no complacer á vuestra majestad, lo cual consideraria como la mayor desgracia, y su temor lo funda en que cree que jamás podrán realizarse ciertos proyectos.

—¿No piensa en todo como yo?—preguntó Isabel, mirando con alguna ansiedad á la duquesa.

—Señora,—respondió esta, que parecia no atreverse á decir la verdad,—piensa... pero...

—Quiero saber su opinion, y si vos me la ocultais, él será más leal para manifestármela.

—Pues sepa vuestra majestad que en algunas cuestiones...

—¿Es de distinto parecer?

—Enteramente opuesto.

—¡Ah!—exclamó la reina.—Me felicito por haber encontrado un hombre que sirva para decirme que no... Bien, duquesa; Patiño vale más de lo que yo creia.

La de Miraguas, sorprendida en extremo, no acertó á responder, y miró á Isabel de Farnesio, diciendo para sí:

—Más de lo que yo creia, tambien la conoce Patiño.

Y luego añadió en voz alta:

—Señora, la felicidad es mia por haber traido á vuestra majestad una nueva agradable.

—Podemos equivocarnos, lo mismo el rey que yo, y necesitamos hombres que nos hagan ver nuestro error y evitar desgracias como las que han sucedido.

La duquesa estaba cada vez más sorprendida: nunca habia oido hablar así á la reina, y aun hubiera jurado que era imposible que se explicase jamás de tal manera.

¿Qué significaba semejante cambio?

¿Cómo la altiva italiana, tan poseida de vanidad, confesaba lisa y llanamente que podia equivocarse, y lo que era más, que habian sucedido desgracias, hijas de errores que indudablemente habia cometido ella?

¿Decia lo que sentia?

¿Eran sus palabras un lazo tendido á la duquesa para averiguar cuánto pensase Patiño?

La conducta de la reina era tanto más sospechosa, cuanto que en las muchas veces que habian hablado del mismo asunto, no se habia expresado como entonces.

Una sola palabra podia comprometer el éxito del bien combinado plan de la duquesa, y dar la victoria á sus enemigos; pero como el silencio hubiera sido sospechoso, la astuta dama, despues de algunos instantes de meditacion y de intentar en vano adivinar en el rostro de Isabel lo que esta sentia, decidióse á dar otro giro á la conversacion para evitar el riesgo de cometer una torpeza.

—Creo,—dijo,—que vuestra majestad quedará enteramente satisfecha de Patiño: le sobra talento, actividad, y sobre todo, es muy previsor. Por eso me alegro de que vuestra majestad haya decidido consultarle en el asunto del casamiento de mi hijo...

—¿Le habeis indicado algo?

—Nada, señora.

—Como ya sabíais mi intencion...

—Sin embargo, por si vuestra majestad determinaba otra cosa, no he creido conveniente hablarle de semejante asunto.

—No he variado de parecer.

—En cuanto á mi hijo,—repuso la duquesa, contentísima por que habia conseguido su objeto,—dispuesto está á salir de Madrid á la primera órden de vuestra majestad.

—Duquesa,—replicó Isabel, mirando fijamente á la dama,—aun no me he convencido de que vuestro hijo os obedece gustoso.

—Señora...

—Os lo tengo dicho, su conducta es extraña.

—Conoce vuestra majestad su carácter...

—Por lo mismo; ya sé que es impresionable, y á ser de su agrado la proposicion, estaria impaciente por verla realizada.

—Nada he ocultado á vuestra majestad,—repuso la duquesa, que empezó á temer dar en un escollo peor del que habia huido:—mi hijo es opuesto al matrimonio, y jamás se le verá entusiasmado tratando de casarse. ¿Pero qué importa si obedece? Ya se convencerá de que está equivocado sobre ese punto, mucho más si la esposa que le den lleva riquezas y honores que él no puede heredar.

—Si no fuera más que ese el motivo de su retraimiento...

—Ninguno, señora.

—Desde que se trata de su matrimonio apenas viene á palacio.

—Nunca ha venido con mucha frecuencia...

—Pero ahora...

—Una de tantas alternativas, nada raras en él...

—Parece,—replicó la reina, sonriendo ligeramente,—que para esta ocasion ha guardado el período del retraimiento.

—Señora,—balbuceó la duquesa turbada,—es una coincidencia casual...

—Así como,—repuso Isabel de Farnesio, volviendo á sonreir y sin apartar su mirada de la dama,—tambien es una coincidencia casual la del alejamiento, retraimiento, reserva, ó como quiera llamársele, de vuestro hijo, con lo de ciertos devaneos amorosos, envueltos en misterio impenetrable, que de él se cuentan.

La de Miraguas palideció.

—¿Qué os parece, mi querida duquesa,—añadió Isabel, variando de postura y volviendo el rostro hácia la chimenea,—no encontrais rarísimas esas cualidades?

—Siempre,—respondió más turbada la duquesa,—se ha murmurado de mi hijo, haciéndole héroe de aventuras de comedia, inventadas las más veces por los mismos que las referian... Suya es la culpa en gran parte, lo confieso, porque las extravagancias

de su carácter se prestan admirablemente á semejante entretenimiento de los ociosos; pero si hubiésemos de juzgar por lo que dice la murmuracion, nuestros juicios serian casi siempre desacertados.

—Tranquila estoy, porque me habeis respondido de él...

—Y respondo á vuestra majestad. Se habla de unos amores... ¿Quién es la mujer amada? Nadie sabe decirlo.

—Pero sí que á ciertas horas de la noche, y no las primeras, deja á sus amigos sin decir adónde vá, ni retirarse á vuestra casa.

—Bien puede ser que pierda algunas horas galanteando á cualquiera mujer; pero ¿acaso probaria eso que está su corazon interesado?

—No.

—Anoche mismo me preguntó por vuestra majestad con el interés que siempre lo hace, y cuando le hablé de la posibilidad de que tuviese que partir muy pronto para Lisboa, me prometió ciega obediencia con aire de estar sumamente satisfecho.

—Bien, duquesa; no hago más que advertiros, porque todas las precauciones son pocas en tan delicado asunto.

—Yo, señora, más que nadie, desearia saber si hay algo de verdad en lo que se dice.

—¡Oh!—murmuró la reina, cuya frente se contrajo.—Si vuestro hijo estuviese enamorado, fray Manuel tendria un arma terrible en caso de rompimiento.

—Un rompimiento...

—¿Lo temeis?

—Francamente, señora, no quisiera tener por adversario al fraile.

—¿Creeis, duquesa,—repuso vivamente Isabel de Farnesio,—creeis que pueda valer más la influencia del fraile que la mia?

—Creo solamente que es un hombre que vale mucho.

—¿Qué ha de hacer desde su celda?

—No lo sé; pero...

—Vanos temores,—replicó desdeñosamente la reina.—Ningun interés tiene fray Manuel en ese casamiento.

—El de servir al rey de Portugal.

—Ya os he dicho, duquesa, que, en mi concepto, ese fraile no

es tan ajeno á las cosas del mundo como parece, y aunque sospecho que algun dia, ya por cariño al rey de Portugal, ya por que sienta herido su amor propio, intente desbaratar nuestros planes, estoy segura de que nada podrá conseguir.

—Señora...

—Sobre todo, su mediacion en el asunto del casamiento es perjudicial, y su nueva exigencia de dar parte de todo al príncipe de Astúrias me ofende, porque significa que mi resolucion no es bastante.

—Pienso como vuestra majestad.

—¿Qué he de hacer entonces sino oponerme á sus deseos?

—¿Y qué hará el rey de Portugal cuando fray Manuel le diga que os oponeis?

—Creo, duquesa, que estamos dando al fraile demasiada importancia.

—Tal vez.

—Soy la reina,—replicó Isabel con acento de enojo,—y me ofende la sola idea de que un vasallo mio pueda valer más que yo, ó se atreva á luchar conmigo, siquiera á contrariarme.

—Señora...

—Descuidad, mis planes están bien meditados y vuestro hijo se casará con la condesa sin que nadie más tome parte en este asunto, mal que pese á fray Manuel.

—Ese es mi deseo.

—¿En tan poco ha de tenerme el rey de Portugal, que no le baste mi aviso sin la aprobacion del extraño embajador que me ha enviado?

—No, no,—repuso la duquesa;—no es posible que tal desaire os haga. Además, él ha hecho la proposicion y debe bastarle con vuestra conformidad, una vez que yo consiento y mi hijo acepta.

—Haré la última tentativa, y si aun insiste el astuto mercenario, disimularé, lo entretendré tres ó cuatro dias, y cuando piense en dar el primer paso ya estará todo hecho.

—Tengo que echarme en cara la necedad de mis temores,—dijo la de Miraguas, sonriendo,—porque habiendo tomado vuestra majestad á su cargo el asunto, no he debido dudar un instante del éxito.

La duquesa mentia: el miedo que le habia infundido Patiño no lo habian disipado las palabras de la reina.

Los planes de esta, urdidos con toda su admirable habilidad, hubieran dado el mejor resultado tratándose de otro hombre ménos sagaz que fray Manuel, y que no hubiese contado, como este, con la voluntad y decidido apoyo del rey de Portugal.

Fray Manuel no era hipócrita: el deseo que mostraba de que lo dejasen en paz en su retiro era verdadero, su única aspiracion, su solo afan; pero estaba obligado á servir al que habia depositado en él toda su confianza y á velar por los intereses de su antiguo señor, cuyos señalados favores no podia olvidar sin dar pruebas de la mayor ingratitud.

Ni la reina ni la duquesa comprendian esto: veian solamente á un hombre que por su talento y su misteriosa influencia podia ser un adversario temible; pero no temian que aquel hombre pensase siquiera en hacer uso de sus poderosos medios, mientras no sintiese herido su amor propio ó su dignidad, ó se viese atacado en alguna ambicion que ocultase cuidadosamente; pero que hasta entonces nadie habia podido traslucir en su conducta ejemplar.

Una imprudencia hija del carácter apasionado, violento y altivo de Isabel de Farnesio, debia producir un cambio en la vida de fray Manuel, obligándolo á volver al mundo, por más que no anhelase sino vivir ignorado en su celda, entregado al rezo y al estudio.

Grave era la responsabilidad del que apartase al dolorido sacerdote de su santa ocupacion; pero la reina, juzgando, como mujer, por sus impresiones, sin atender á la reflexion, no vió en la humildad de fray Manuel más que una estudiada hipocresía, creyendo que aquella indiferencia hácia las cosas del mundo era una máscara de hielo con que intentaba ocultar el fuego de su desmedida ambicion.

Sin embargo, fray Manuel nada habia pedido ni nada habia aceptado cuando el rey le habia ofrecido, insistiendo siempre en vivir y morir en su humilde retiro; pero esto, mirado con la malicia que en la mujer suele suplir á la perspicacia, era para Isabel un plan bien meditado para que nadie desconfiase del que

á nadie podia estorbar, pudiendo así dar el golpe con seguridad completa en el momento oportuno.

Algunos minutos permaneció callada la reina, con la mirada fija en las oscilantes llamas de la chimenea, como si estuviese absorta en aquella pueril contemplacion.

Hasta dónde fué en aquellos momentos su imaginacion ardiente, es imposible decirlo.

Forjó, modificó y desechó mil planes sobre el asunto de que se trataba, lo cual hubo de recordarle necesariamente, no solo al príncipe de Astúrias, sino á su hijo don Cárlos, y como consecuencia inmediata su ambicion de madre, sus miras sobre Italia, y por último, todas las cuestiones políticas que estaban pendientes en aquella época y que eran de una trascendencia incalculable.

Repentinamente se tiñó de púrpura el blanco rostro de Isabel.

—¿Qué pensará?—se preguntó la duquesa, á cuya penetrante mirada no se escapó la alteracion del semblante de la reina.

No era fácil adivinarlo.

Sin embargo, la astuta cortesana añadió para sí:

—Ha de venir Patiño... ¡Oh!... La chispa no se apaga... y esa chispa puede llegar á ser una hoguera... ¿Qué sucederá entonces?... Con la confianza del rey, el corazon de la reina y el poder en sus manos, Patiño seria más que el rey... Sin embargo, ¡ay de él si se deja arrastrar por una pasion que abriria á sus piés un abismo!

Palideció el enjunto rostro de la duquesa á medida que se coloraba la frente de Isabel.

Y ambas meditaron y guardaron silencio, abrigando tantas esperanzas risueñas, como atormentadoras dudas y temores.

Solo se oyó el ruido igual y acompasado de la péndola del reloj, que marcaba los instantes de vida que perdian aquellas dos mujeres, y algun crugido de los troncos que ardian, consumiéndose para convertirse en polvo, que debia llevar el viento con un soplo débil, por más que antes en los bosques hubiesen desafiado la furia del huracan.

Al fin la reina, volviendo á dar á su rostro la expresion tranquila y risueña que antes tenia, levantó la cabeza, y dijo, como siguiendo la conversacion:

—Eso no quiere decir, mi querida duquesa, que deba perderse de vista á fray Manuel ni fiar en las apariencias.

—Por supuesto,—murmuró la de Miraguas, que en su preocupacion no sabia qué responder.

—Nuestro disimulo ha de ser grande, para que no se adivine el plan.

—Por mi parte...

—Seria conveniente que cuando habláseis con fray Manuel aparentáseis inclinaros en su favor.

—De ese modo...

—Estaria completamente descuidado...

La reina se interrumpió.

Habíase levantado la cortina de una puerta, y doña Laura anunció á Patiño.

Por un instante volvió á encenderse el rostro de Isabel y á palidecer el de la duquesa.

El presunto ministro entró en la cámara.

CAPÍTULO VIII.

De cómo el rostro de Patiño se vió alterado por primera vez.

Patiño entró en la cámara de la reina con la misma tranquilidad que una hora antes habia entrado en el gabinete de la duquesa de Miraguas.

Cualquiera otro cortesano hubiera dejado ver la mas víva satisfaccion al escuchar de Isabel de Farnesio las palabras de,

—Bien venido sois.

Empero el rostro de Patiño no expresó ni alegría ni tristeza, y con su acento frio respondió:

—Gracias, señora.

—La duquesa me habia anunciado vuestra visita,— repuso la reina sin apartar su ardiente mirada del presunto ministro,— y como son tan pocas las que me haceis, confieso que me sorprendí.

—Señora,—dijo Patiño con la misma calma que antes,—son tantos y tan graves los negocios que pesan sobre vuestra majestad, que no me atrevo...

—Precisamente por que negocios graves me agobian, necesito la ayuda de mis amigos leales. Hoy, por ejemplo, habeis estado muy oportuno en venir: tengo que consultaros y pediros un consejo.

—Mucho me honra vuestra majestad, y si puedo servirla seré muy afortunado.

La reina calló como si meditase.

Despues de algunos momentos entreabrió los labios como para hablar; pero no pronunció una palabra, porque volvió á levantarse la cortina y se oyó la voz de doña Laura, que anunció á fray Manuel de San José.

La frente de Isabel de Farnesio se contrajo ligeramente.

Patiño permaneció inmóvil; pero su penetrante mirada se fijó en la puerta. Si á pesar de los años trascurridos reconocia á su antiguo rival, su sorpresa debia llegar al último grado.

El fraile entró.

Su continente grave, severo, imponente, no habia variado; su aparente tranquilidad era la misma de siempre.

Sus primeras palabras fueron sencillas y respetuosas; pero pronunciadas con acento de una dignidad que probaba cuán lejos estaba aquel hombre de la humillacion, cuán distante de adular para conseguir favores que indudablemente despreciaba.

La reina le contestó con su acostumbrada dulzura, procurando disimular su disgusto con una leve sonrisa de satisfaccion, y luego miró á Patiño para ver el efecto que le habia producido el religioso.

Empero el presunto ministro, á pesar de su sangre fria, de su calma inalterable en todas las situaciones, habia empezado á palidecer.

El rostro de fray Manuel habia despertado en el alma de Patiño el recuerdo de una tristísima historia, y su frente se contrajo, oscureciéndose como si una espesa nube la velase.

Dudó un momento.

Sus redondos ojuelos se abrieron como si fueran á salirse de sus órbitas.

Relumbraron como dos áscuas sus pupilas y clavaron en el religioso una mirada de indescriptible avidez.

En pocos segundos aquella mirada habia examinado hasta los más insignificantes detalles del hermoso rostro de fray Manuel.

A cualquier otro le hubiera sido imposible reconocer en el severo fraile, sin más pelo que el del cerquillo y envuelto en su

ropa talar, al bizarro capitan portugués, de bigote retorcido marcialmente y empolvados bucles.

Empero Patiño encontró trazos característicos que disiparon completamente sus dudas, y sus mejillas siguieron palideciendo hasta ponerse como las de un cadáver, y su frente se contrajo más y más, y sus delgados labios se entreabrieron como para dar salida á una exclamacion de sorpresa y miedo.

Tan notable alteracion no era posible que pasase desapercibida para Isabel de Farnesio ni para la duquesa, acostumbradas á leer en el rostro lo que el alma sentia.

Ignoraban la causa del incomprensible efecto producido por la presencia, nada extraña, del religioso en Patiño, y su sorpresa fué mayor, porque conocian la calma de este, nunca alterada por nada.

¿Qué misteriosa influencia era la de fray Manuel que habia logrado arrancar la máscara de hielo con que el presunto ministro ocultaba todas sus emociones?

Si hasta entonces el fraile habia infundido respeto y aun temor á la reina, desde aquel momento se sintió esta más dominada por la severa mirada de aquel.

Ya no era posible dudarlo: fray Manuel era un hombre extraordinario, y por consiguiente muy temible como enemigo.

Sin embargo, la vanidad, tan mala como íntima y querida consejera de la mujer, no podia permitir que Isabel de Farnesio, obrando con juiciosa prudencia, decidiese hacer del religioso un amigo y poderoso auxiliar, sino por el contrario, que ciega y locamente confiada en sus fuerzas, resolviese entrar en una lucha, cuya victoria favoreciese sus miras y halagase su amor propio.

La reina quiso convencerse de si se habia equivocado en cuanto á la turbacion de Patiño, y para ello le dirigió la palabra, diciéndole:

—Me alegro que esteis aquí ahora... Supongo que conoceis al reverendo fray Manuel de San José...

Patiño no oyó lo que Isabel le decia: estaba tan entregado á sus tristes recuerdos, que no veia á nadie más que al religioso, y aun pudiera decirse que se habia olvidado del lugar en que se encontraba.

—A vos,—le dijo fray Manuel con tranquilo acento,—á vos os habla su majestad...

—¡Ah!—murmuró Patiño con voz ahogada.—Si... si...

Pero ni acertó á moverse, ni apartó su mirada del fraile.

—¿Qué os sucede?—le preguntó la reina.—No me respondeis...

El presunto ministro hizo un esfuerzo sobrenatural para dominar lo que sentia, y volviéndose á la reina, dijo con insegura voz:

—Señora... perdóneme vuestra majestad... pero me sentí indispuesto, y... ya pasó... no ha sido nada... Sin duda la falta de sueño, porque he estudiado casi toda la noche... y luego he madrugado. Vuelvo á pedir perdon á vuestra majestad.

—¿Quereis tomar algo que pueda aliviaros?

—Gracias, señora; ya estoy muy bien,—repuso Patiño, que iba recobrando su serenidad.—Suele sucederme esto; pero me dura pocos instantes.

La reina comprendió fácilmente que era una mentira el repentino mal; pero aceptó la excusa, porque hubiera sido favorecer al fraile el poner en mayor apuro á Patiño.

Este, cuya situacion era en aquellos momentos muy difícil, hubiera pedido permiso para retirarse; pero no lo hizo, pensando que el alejarse entonces era declararse desde luego en derrota, y dar á su antiguo rival una ocasion que aprovecharia ventajosamente.

Fray Manuel habia permanecido silencioso, indiferente, como si nada comprendiera y Patiño fuera para él la persona más desconocida.

La duquesa se habia estremecido cien veces; sus diminutos ojos habian relumbrado como centellas y observado con afan angustioso; pero no se habia atrevido á pronunciar una palabra por miedo de desconcertar los planes de Isabel, ó de colocar en peor situacion á su protegido.

Hubo algunos momentos de silencio, embarazoso para todos menos para el fraile, que esperaba, como debia, á que le hablase la reina.

—Padre,—dijo esta al fin con toda la dulzura de su acento

italiano,—Patiño merece toda mi confianza, y no debeis tener reparo en hablar delante de él. Conoce el asunto de que habeis de tratar, porque le he consultado; y por consiguiente, podeis explicaros con entera franqueza.

—Mucho me alegro,—repuso fray Manuel,—que vuestra majestad haya consultado á una persona de tan elevado entendimiento como el señor Patiño: sus consejos pueden ser de mucha utilidad en negocios árduos. Y en cuanto á la reserva que deba guardarse sobre el proyectado matrimonio de don Juan, sabe vuestra majestad que siempre he opinado que no debia ocultarse el asunto con el cuidado que lo hemos hecho, sino al contrario, hacer que tomasen parte en él cuantos pudiesen contribuir á su éxito.

Patiño volvió á fijar su penetrante mirada en el fraile.

Este siguió aparentando que no advertia el interés con que se observaban hasta sus menores gestos, y añadió tranquilamente:

—Supongo, señora, que despues de saber la opinion del señor Patiño, habrá cambiado la de vuestra majestad en cuanto se refiere á su alteza el príncipe de Astúrias.

—Antes,—replicó Isabel,—debiérais haber preguntado si Patiño opina como yo.

—Así lo creo de su talento y experiencia.

—¿Y qué diríais si os equivocáseis?

—Nada,—repuso con indiferencia fray Manuel;—ni me sorprenderia, ni me disgustaria.

—Padre...

—Señora, soy una miserable criatura, tan sujeta á errores y debilidades como todo pobre mortal.

—Pero tal vez confiado en vuestro buen juicio...

—Confio más en el ajeno, señora.

—Entonces,—replicó Isabel, sonriendo con satisfaccion,—la opinion de Patiño, en quien tanto entendimiento reconoceis, ¿podria cambiar la vuestra?

—¿Quién lo duda? Así sucederia, señora, si con claras razones me probaba mi error, y me daba á conocer los medios de evitar los peligros que pudieran tocarse.

—Mucho pedís.

—Yo no, señora: la buena lógica nada admite sin demostracion, y en esto, seguro estoy que opinará como yo el señor Patiño.

—Fray Manuel,—replicó la reina con acento de disgusto,—empezais á divagar.

—Señora...

—Por lo menos os separais de la cuestion.

—Creo,—repuso tranquilamente el fraile,—que sigo á vuestra majestad.

—Bien, bien; concretémonos al punto que nos importa.

El religioso hizo una reverencia, y fijó su expresiva mirada en Isabel de Farnesio.

El presunto ministro, cuyo rostro habia tomado otra vez su fria expresion, permaneció inmóvil como una estátua.

La duquesa variaba de postura cada instante sin poder disimular su impaciencia.

Reinó un silencio profundo.

La reina, despues de meditar algunos instantes, dijo:

—Se trata únicamente de si el príncipe debe entender en el asunto del proyectado matrimonio de don Juan.

—¿Y el señor Patiño?...

—Cree que tales asuntos no importan al príncipe.

—Señora,—repuso fray Manuel,—el matrimonio en cuestion no puede ser un suceso aislado, sin consecuencia, ó como si se dijese, un asunto de familia, sino que puede algun dia tener influencia en las relaciones y amistad de dos naciones.

—Le dais demasiada importancia.

—Si no la tiene, poco ó nada debe interesar que se guarde el secreto. ¿Por qué el heredero del trono ha de ignorar lo que se confia á un vasallo?

—¿Y por qué,—replicó Isabel de Farnesio con alguna aspereza,—teneis tal empeño en que el príncipe entienda en el asunto? ¿Cuál es vuestra mision? ¿Cuáles las instrucciones que habeis recibido del rey de Portugal? Decidlo de una vez, explicáos claramente y sabremos á qué atenernos.

—Señora,—respondió fray Manuel con más calma que antes, pero con mayor firmeza,—la mision que el rey de Portugal me

ha confiado, es sencillísima: proponer á la duquesa de Miraguas el casamiento de su hijo segundo con la primogénita del conde de Villanova, porque así le conviene á su majestad para evitar que su sobrino pretenda la mano de la condesa. En cuanto á mis instrucciones, puede verlas vuestra majestad en la carta que tuve la honra de entregarle.

—¿Pero estais autorizado para imponerme condiciones?

—Estoy solamente encargado de dar mi opinion sobre la conveniencia de ese casamiento, en vista de las condiciones con que se ajuste...

—Decidlo de una vez,—interrumpió la reina, cuya frente se contrajo;—sois el juez que ha de fallar...

—Soy el consejero.

—Hasta ahora,—repuso Isabel sin procurar contener el arrebato de su orgullo,—habeis cumplido mal vuestra mision. Aprobais ó desaprobais sin miramiento alguno, quizás sin poderes para tanto.

No se turbó fray Manuel; al contrario, pareció dulcificarse la expresion de su rostro, y dijo:

—Señora, el rey de Portugal os dice entre otras cosas en su carta: «El portador hará presente á vuestra majestad cómo y por qué propongo esta boda, y cómo puedo consentirla.»

—¡Oh!...

—Así lo he cumplido: me falta solamente saber la resolucion de vuestra majestad para cumplir mi encargo de consejero.

—¿Y ese consejo cuál será?

—Que no se efectúe la boda sin la aprobacion de su alteza.

—¿No basta la mia?—preguntó vivamente Isabel en tanto que sus mejillas se ponian rojas.

—Sí, señora.

—Entonces no os comprendo.

—Señora, no basta mi deseo ni la confianza que vuestra majestad me inspira; tengo forzosamente que atender á otras circunstancias.

—Tampoco os comprendo.

—Basta y aun sobra vuestra aprobacion para el presente; pero ¿me responde vuestra majestad de lo futuro?

—Sí,—dijo la reina con altivez.

—¿No teme vuestra majestad equivocarse?

—No,—repuso ásperamente Isabel.

El fraile desplegó una leve sonrisa, que hubiera podido tomarse por la expresion de un sentimiento de humillante lástima.

La reina palideció: aquella sonrisa habia herido su orgullo.

Empero no podia mostrarse ofendida, so pena de aceptar una ofensa que tenia que dejar sin castigo.

Patiño arrugó el entrecejo, porque habia adivinado el plan de fray Manuel, y veia la derrota de la reina.

—Muy bien, señora,—dijo el fraile con más calma y más dulzura que nunca.—La cuestion varia: ya estamos de acuerdo, y me es indiferente que se consulte ó no á su alteza.

Isabel de Farnesio no pudo disimular su sorpresa, y fijó en el religioso una mirada de desconfianza, de duda, y aun casi de temor.

—¿Qué decís?—preguntó.

—Que ya estamos de acuerdo...

—¿Tan repentinamente habeis cambiado de opinion?

—Tan pronto como vuestra majestad se ha dignado darme una seguridad que nunca creí obtener.

—¡Oh!—murmuró Isabel, á quien ya era imposible fingir calma.—Si habeis de seguir hablando enigmáticamente, callad y dejadme.

—¡Enigmáticamente!... Será mi torpeza...

—O vuestra astucia,—interrumpió la reina.

Fray Manuel se encogió de hombros y repuso tranquilamente:

—Me explicaré.

—Sí, explicáos ó callad.

—He dicho que tenia seguridades que nunca creí obtener.

—¿Y qué seguridades son esas?

—Las que me ha dado vuestra majestad sobre lo porvenir, y más particularmente las de que vuestra majestad no se equivoca.

—Así lo he dicho.

—¿Debí nunca esperarlo?

Patiño, que comprendia la turbacion de Isabel de Farnesio, quiso ayudarla, tomando parte en la conversacion con el fin de

darle un nuevo giro y evitar que fray Manuel acabase por donde queria.

—Padre,—dijo sin dar tiempo á que la reina contestase, y quebrantando la etiqueta,—habeis entendido mal: su majestad ha querido decir...

—Entiendo,—interrumpió el fraile:—ha querido decir... ha dicho que no se equivoca, ó lo que es lo mismo, que es infalible...

—¡Oh!—exclamó la reina, por cuyas mejillas parecia que iba á brotar la sangre.

—¡Infalible como Dios!...

—¡Respetadme!—dijo imperiosamente Isabel.

—Señora,—repuso el fraile con severo acento,—el sacerdote puede predicar la humildad delante de los reyes.

Nadie se habia atrevido á hablar así á la altiva Isabel de Farnesio.

Y sin embargo, nada tenia esta que responder.

No podia humillarse hasta el punto de confesar su falta, ni defender su imprudente vanidad.

La soberbia y la ira acabaron de trastornarla, y no acertó en algunos momentos á articular una sílaba.

Lo difícil de aquella situacion lo comprendió sobradamente Patiño; pero no se atrevió á hablar hasta que pudiese hacerlo con seguridad completa de no cometer un error, dando nuevas armas á su contrario.

—En este momento,—dijo al fin la reina,—no teneis para qué ocuparos de vuestra mision de sacerdote, porque habeis venido á tratar de un asunto puramente mundano. Ahora sois el vasallo.

—Pero el vasallo que habla en nombre del rey de Portugal... ¡Imponga vuestra majestad silencio y mande salir al representante de su majestad fidelísima!

Así lo hubiera hecho Isabel, porque así se lo aconsejaban su orgullo y su ciego coraje; pero la contuvo una expresiva mirada de Patiño, y despues de hacer un supremo esfuerzo para dominarse, dijo:

—La cuestion está debatida.

—Sobradamente, señora.

—Os he dado cuantas razones tengo para no querer que el príncipe tome parte en el asunto.

—No disipan mis temores.

—¿Qué hemos de hacer?

—Si vuestra majestad no cambia de opinion, escribiré al rey de Portugal, diciéndole que no me parece conveniente el matrimonio, y que puede hacer feliz á dos criaturas permitiendo que la hija del conde se case con el hidalgo pobre á quien ama.

—Esa ofensa...

—¿A quién?

—A mí con el desaire á mi protegido.

—Tal vez así,—repuso el carmelita,—hariamos tambien la felicidad de don Juan.

—¡Su felicidad, quitándole la ocasion de hacer su fortuna!... ¿Por qué decís eso?

—Porque no parece inclinado al matrimonio.

La duquesa palideció y miró al fraile para no encontrar la mirada que le lanzó la reina.

—Bien,—dijo esta despues de algunos instantes;—quiero meditar, y os comunicaré mi última resolucion mañana ó... pasado...

—No tengo prisa, señora.

—Me bastan dos dias.

—Vendré cuando haya terminado ese plazo.

—Pero os aconsejo que vengais como particular, como embajador, como gusteis, menos como sacerdote para predicar.

—Y yo me consideraré feliz,—repuso fray Manuel, haciendo una profunda reverencia,—si vuestra majestad guarda su enojo para los que la ofendan.

—Ninguno quedará sin castigo.

—Temo que haya mal entendida indulgencia para alguno...

—Nombradlo y vereis...

—Hace dos horas que, sin respeto á la real jurisdiccion, sin miramiento alguno, se ha puesto preso como al último criminal á un guarda de su alteza el príncipe de Astúrias.

—¿Por qué?

—Porque ha matado un perro que se metió en los jardines de la casa de campo y estropeó las flores.

—¿Y quién,—preguntó sin alterarse la reina,—ha dispuesto la prision?

—Vuestro ministro Riperdá.

Este nombre produjo en Isabel un efecto mágico.

Se contrajo su frente, brillaron sus ojos y exclamó:

—¡Riperdá!... ¡Tanto atrevimiento!... Gracias, padre, por vuestro oportuno aviso... Decís bien: una indulgencia mal entendida ha dado lugar al abuso; pero bien sabeis que es difícil encontrar un hombre que pueda ser buen ministro.

—Los hay, señora, con sobrado talento y experiencia en los negocios públicos, honrados y leales...

—¿Son muchos?

—Con uno teneis bastante, y ese no está lejos,—repuso el fraile, señalando á Patiño.

Tan inesperado era esto, que la reina no pudo contener una exclamacion de sorpresa, y con más motivo Patiño, á pesar de su calma, quedó con la mirada fija en el fraile sin saber qué decir.

—Señora,—añadió fray Manuel con acento de profunda sinceridad,—nunca he dicho sino lo que sentia, y si vuestra majestad me permite hablar con franqueza...

—Sí, sí,—dijo Isabel, dejándose dominar por aquella nueva impresion y olvidándose del casamiento de don Juan.

—No es para nadie un secreto que Riperdá será pocos dias ministro, ni que el señor Patiño puede sustituirle; si así sucediese, felicitaré de todo corazon á vuestra majestad y á la nacion, y ofreceré al nuevo gobierno mi pobre influencia y mi escaso talento, por supuesto que á condicion de que nada, absolutamente nada ha de dárseme.

—Os agradezco el consejo.

—Y yo,—dijo Patiño, que aun no habia salido de su aturdimiento,—os agradezco tambien...

—Nada, porque os hago justicia,—replicó gravemente fray Manuel.

—¡Oh!...

—Señora, si vuestra majestad me lo permite, vuelvo á mi convento...

—Dios os guie...

—En su santo nombre os bendigo,—repuso el fraile.

Y salió murmurando:

—Pax vobis.

La reina miró alternativamente á la duquesa y á Patiño.

Empero este, con la cabeza inclinada sobre el pecho, guardó silencio profundo.

La de Miraguas temblaba aún de coraje y de miedo.

—¿Qué significa todo esto?—dijo para sí Isabel.—¿Qué proyecta el fraile?

—Ha dicho *pax vobis*,—pensaba Patiño.—¿Es que ha olvidado su antiguo ódio y renuncia á la venganza? ¿Me tiende un lazo? Me recomienda, me ofrece sus servicios, y dice *pax vobis*... ¡Oh!... Que es él no lo dudo... Calma y prudencia.

Tal efecto habian producido las últimas palabras de fray Manuel, que Isabel de Farnesio permaneció callada, meditando para encontrar explicacion á lo que tan extraño y misterioso le parecia.

Tampoco la de Miraguas se atrevió á romper el silencio: temia que la reina tocase nuevamente el punto de la conducta de don Juan.

Patiño aprovechó aquella tregua para pensar lo que más le convenia decir sobre su turbacion cuando habia visto al fraile, porque indudablemente le pediria explicaciones la reina.

Esta fijó al fin en Patiño una mirada afanosa, y le preguntó:

—¿Quién es ese hombre? Vos lo conoceis...

—Señora...

—Sí, lo conoceis, porque al verlo se ha inmutado vuestro rostro... ¡Oh!... Su historia debe ser muy interesante.

—Ese hombre,—dijo Patiño,—es portugués...

—Lo sé.

—Fué en su juventud capitan...

—¿Y despues de ser soldado?...

—Se retiró á un convento.

—Bien, pero...

—Nada más, señora: esa es su historia.

—Es el compendio...

—¿Quiere vuestra majestad detalles?

—Sí.

—Son de escaso ó ningun interés.

—Imposible.

—Yo, al menos, no sé de su vida otra cosa sino que siempre lo ha distinguido el rey de Portugal con un especial cariño; que fué el soldado más valiente de su época, un verdadero héroe, y que terminada la guerra desapareció. Ahora lo encuentro por primera vez hecho fraile, y el mismo fraile de quien tanto se habla, y mi sorpresa ha sido grande al reconocerlo, tan grande, que en aquel momento no pude pensar en otra cosa y puse toda mi atencion para convencerme de que no me equivocaba, porque me parecia imposible que hubiese buscado descanso en una celda aquel impetuoso jóven que con su valor, su talento y sus buenas relaciones tenia en su patria un brillante porvenir.

La reina habia escuchado con religiosa atencion las palabras de Patiño, diciendo al concluir este:

—Proseguid, proseguid.

—Nada más sé.

—¡Nada más!

—Ignoro su historia secreta, es decir, la historia del corazon.

—¿Fuísteis amigos?

—No, señora.

—¿Pero os conoció él en su juventud?

—Creo que sí,—respondió con indiferencia Patiño.—¿Pero qué nos importa el pasado de ese hombre?

—Necesito conocerlo para hacer deducciones en cuanto á su carácter.

—Serian inútiles.

—¿Por qué?

—Porque ha cambiado mucho.

—Siempre queda...

—Nada en ese.

—¡Oh!...

—Antes era un jóven impetuoso, impaciente, franco y que

no sabia dominarse; y ahora es un hombre astuto, reservado y de una calma inalterable.

—Le digo que vuestras opiniones son contrarias á las suyas, y me recomienda que deposite en vos mi confianza. ¿Cómo entendeis eso?

—De ninguna manera,—repuso el caballero,—porque temo equivocarme y prefiero la duda, dejando al tiempo la aclaracion de la verdad.

—Sea como quiera, ese hombre me ha ofendido, me ha herido en lo más profundo del alma.

—¿Y vuestra majestad quiere castigarlo?

—Sí.

—Señora,—replicó Patiño,—creo que seria más prudente esperar otra ocasion.

—¿He de dejar sin correctivo las atrevidas palabras del fraile? No, Patiño: quiero hacerle comprender quién soy, lo que valgo y lo que puedo, y que no en vano se me ofende y provoca.

—Pues yo, en el lugar de vuestra majestad, cederia ahora para dar con más seguridad el golpe despues.

—O al ménos, se atrevió al fin á decir la duquesa,—buscar un término medio...

—¡Un término medio!—replicó vivamente la reina, cuya frente se contrajo.—¡Ceder!... Está interesado mi amor propio, se opone mi dignidad... ¡Oh!... Cuando el fraile escuche de mis labios una negativa terminante á sus exigencias, don Juan estará en Portugal. Decís que es reservado y astuto... No importa, tengo bien combinado mi plan.

—¿Y si fray Manuel adivina ese plan?

—Es imposible: él mismo me ha propuesto esperar para darme tiempo á meditar mi resolucion, y no lo hubiera hecho á sospechar que me daba armas para combatirlo.

—Señora,—dijo Patiño, moviendo la cabeza con aire de duda,—yo traduzco de distinta manera el proceder del fraile: no creo que ha querido dar tiempo á vuestra majestad para que medite, sino tomárselo para avisar al rey de Portugal.

—Esa traicion...

—No de tal la calificará fray Manuel, sino de ardid, de un medio lícito para vencer.

—¡Oh!

—Y si es que no me equivoco, sucederá al contrario de como vuestra majestad desea, y no el aviso del fraile, sino don Juan será el que llegue tarde á Lisboa.

—No retrocederé,—replicó enérgicamente Isabel de Farnesio:—la lucha está empeñada, y antes que proponer una vergonzosa transaccion, quiero la derrota.

Patiño se encogió de hombros y luego se inclinó con su acostumbrada frialdad.

—Sí, sí,—dijo la duquesa:—eso pide la dignidad de vuestra majestad y la mia.

—Todo lo que puede suceder,—repuso la reina,—es que el aviso de fray Manuel y don Juan lleguen al mismo tiempo á Lisboa, y entonces el rey de Portugal elegirá entre la reina de España y el fraile.

—Exponerse á recibir esa ofensa...

—¿No me ayudaríais á vengarla si llegase el caso?—preguntó vivamente Isabel de Farnesio.

—Vuestra majestad puede contar conmigo para todo: una cosa es mi opinion y otra mi deber.

—Duquesa, no perdais un momento; ordenad á vuestro hijo que se prepare...

—¿Para cuándo?

—Para mañana... para esta noche...

—Señora,—dijo la dama,—despues de comer saldrá mi hijo de Madrid.

—Ya sabeis lo que importa la reserva.

—Nada sabrán ni los criados que lo acompañen,—repuso la duquesa:—se les dirá que van á Toledo á cazar como otras veces, y cuando estén fuera de la poblacion tomarán el camino conveniente.

—Bien.

—¿Nada más tiene vuestra majestad que ordenarme?

—Nada.

La duquesa, cuyos ojuelos relucian más que nunca, salió de

la cámara, y doña Laura entró, á pesar de que no la habia llamado la reina.

—Patiño,—dijo esta,—avisad á vuestro hermano para que venga á ver al rey... Dentro de una hora dejará Riperdá de ser ministro.

Patiño obedeció con tan fria calma como si no se tratase de su fortuna.

Isabel de Farnesio, sin cuidarse de su azafata, se recostó en su sillon, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil y silenciosa.

Su frente palideció y se contrajo.

Luego vagó en sus labios una ligera sonrisa.

Gozaba anticipadamente con el terrible golpe que tenia preparado á Riperdá.

No dudaba tampoco del triunfo en la lucha empeñada con fray Manuel.

Su vanidad empezaba á sentirse halagada.

Empezaban á verse satisfechos sus deseos más vivos, sus más ardientes ambiciones.

CAPÍTULO IX.

Donde se verá que Patiño no se habia equivocado.

Cuando fray Manuel salió de palacio se dirigió apresuradamente á su convento.

La expresion tranquila de su rostro habia cambiado.

Habíase contraido su frente, y brillaban sus negros ojos como en su juventud.

—¡Oh!—murmuró con sorda voz.—Ofrezco la paz y la rechazan. Quieren la lucha, la provocan, yo la excuso y me obligan... Haré el último esfuerzo... ¡Será en vano!... La reina es mujer y no perdonará al que ha herido su orgullo, su vanidad, su amor propio. Intentará vengarse; pero le ha faltado el disimulo, y he adivinado su plan. ¡Cuán fácilmente puedo darle una dura leccion!... Sin embargo, no quiero tener que echarme en cara una ligereza, y aguardaré hasta que no me quede duda de sus intenciones; pero si mi franqueza y mi lealtad quieren pagarlas con el engaño y la traicion, entonces habré de probar á la soberbia italiana que no todo está sujeto á su voluntad, y que el humilde fraile sabe representar dignamente á un monarca. Nada temo, porque nada deseo ni ambiciono, y mi conciencia está tranquila; no pueden hacerme sufrir más de lo que he sufrido, y por consiguiente, lucho con la ventaja de que mi adversa-

rio no puede encontrar sitio donde herirme, mientras que él me presenta por todos lados el corazon para recibir mis golpes.

No tardó fray Manuel en llegar á su convento, subir y abrir la puerta de su celda, encontrando allí á su antiguo criado, que sin duda lo aguardaba para darle alguna noticia de interés, porque dijo:

—Gracias á Dios que habeis llegado.

—¿Tanto tiempo hace que me esperas?—preguntó el fraile.

—Más de media hora,—respondió Martin, poniéndose de pié con calma.—Ya empezaba á dormirme, á pesar de...

—Para eso no necesitas estar cansado ni fastidiado.

—Bien, señor, bien; no podré convenceros...

—Sepamos,—interrumpió fray Manuel, dejándose caer en una silla,—lo que tenias que decirme.

—Lo que he visto y lo que pienso.

—¿Dónde has estado?

—En acecho en la calle de la Justa.

—Empiezas á corregirte, buen Martin; te tomas el trabajo de pensar, lo cual es mucho para tí.

—Señor, tarde ó temprano habreis de reconocer...

—Al asunto, Martin: nunca has hablado más que lo preciso y me alegraré que en esa parte no cambies.

—Estuve,—repuso con calma el donado,—en la calle de la Justa; esperé, salió doña Andrea con su criado, fueron á oir misa á Santo Domingo, y los siguió un hombre del pueblo embozado hasta los ojos. Doña Andrea se arrodilló en el lugar más solitario de la iglesia, y el embozado á corta distancia.

—Entonces pudiste verle el rostro.

—Se lo ví.

—¿Sus señas?

—Una cara que infunde miedo, repugnancia ó no sé qué; pero es lo cierto que al mirarlo sentí un escalofrío. No quiere esto decir, que si me encontrase frente á él con espada en mano me hiciese huir ó dejar de acometerlo briosamente.

—Al asunto.

—Moreno, ceñudo, mirada penetrante... una cara que repele, pero que no es de tonto.

—¿Y doña Andrea lo miraba?

—Puede asegurarse que no se apercibió de la presencia de semejante hombre. El criado sí lo vió, y áun creo que le lanzó alguna mirada significativa.

—¿Quién crees que sea?

—El que anoche habló de ahorcarse.

—Soy de tu opinion.

—Si es un enamorado, galantea de distinto modo que los demás: procuraba ocultarse y ni á la entrada ni á la salida ofreció agua bendita al objeto de su amor.

—Bien.

—Doña Andrea, con la cabeza inclinada, no apartó la mirada de su libro de devociones, y yo, que estaba muy cerca de ella, aunque no le veia los ojos, pude ver las hojas del libro manchadas con lágrimas.

—¡Pobre mujer!—murmuró tristemente el fraile.

—Se acabó la misa, salió doña Andrea, seguida de su criado, que tiene cara de estúpido, y detrás el embozado y yo.

—¿Y al llegar á su casa?

—Entráronse ama y sirviente, y los espías quedamos como dos guarda-cantones junto á dos esquinas.

—Ese hombre, si como crees no es tonto, ha debido conocer que observabas...

—¿Quién lo duda?

—¡Oh!...

—Despues de algunos momentos, el embozado clavó en mí su mirada de demonio, acercóseme y me dijo: «Hermano, os evitaré la molestia de averiguar: esa mujer se llama...» Pero yo lo interrumpí, replicándole sin alterarme: «Lo sé, hermano.»

—¿Y entonces?

—El embozado volvió á decirme: «Ama al hijo segundo...» Y volví á interrumpirle para decirle: «Lo sé.»

—¿Qué hizo despues de tu respuesta?

—Añadió tranquilamente: «Pero ignorais que don Juan no la ama ya...» «Sé más que eso, hermano,» le repliqué. «No necesito noticias; lo que quiero son chuletas, pues aunque es viernes, como soy simple donado...»

—¡Martin!

—Señor, el embozado no tiene un pelo de tonto, y puede uno entenderse con él. Comprendió mi indirecta, y si bien no aceptó la proposicion, tampoco la rechazó, porque volviendo la espalda, y alejándose, me dijo: «¿Quién sabe si algun dia las almorzaremos juntos?»

—Es preciso saber quién es ese hombre.

—Lo sabremos, señor; pero no lo seguí, porque es demasiado listo y se hubiera reido de mi candidez.

—Tienes razon.

—Eso es lo que ha sucedido.

—Falta lo que de ello piensas.

—Pienso, señor, que cuando una mujer que tiene amante de su gusto, reza mucho y llora más, es porque teme verse abandonada, olvidada y algo más.

—¿Y en cuanto al embozado?

—Lo que ya os dije: ama á doña Andrea, y funda sus esperanzas en la inconstancia de don Juan y en la desesperacion de ella.

—Bien,—dijo el fraile, despues de meditar algunos momentos;—pues es preciso seguir el hilo de esas intrigas.

—No lo perderé.

—Se trata de la honra y la felicidad de una mujer.

—Tal creo.

—Escucha, Martin, y guarda bien en la memoria lo que voy á decirte, y has de ejecutar.

El sirviente cruzó los brazos y se dispuso á escuchar con religiosa atencion.

—Es menester,—repuso fray Manuel,—que sepa doña Andrea que su amante la engaña y que dentro de pocos dias marchará á Lisboa para casarse.

—¿Y cómo ha de hacerse eso?

—Como quieras.

—No es tan fácil...

—Mucho: sabes escribir...

—Bien, señor.

—Doña Andrea empleará todos los medios de que puede disponer para estorbar ó dilatar el viaje de don Juan.

—Siquiera por salvar su honra...

—Además, es preciso que sepamos fijamente el papel que representa ese misterioso embozado.

—Para eso, —replicó Martin, —habrá que esperar á que quiera aceptar mi convite...

—Esperaremos.

—¿Qué más?

—Vas á convertirte en espia de don Juan, siguiéndolo á todas partes.

—¡Oh!...

—Sospecho que de hoy á mañana saldrá de Madrid, y esto es muy interesante.

—Comprendo, señor; quieren tomaros la delantera.

—Sí.

—Aun sé montar á caballo y hacerle correr hasta que reviente...

—No necesito darte más explicaciones.

—Ningunas: conozco vuestros planes, veo que quieren engañaros y engañar al rey de Portugal...

—Sí, creo que me tienden un lazo...

—Servirá para ellos.

—Confio en tu lealtad y buen entendimiento.

—Descuidad.

—Puedes empezar desde ahora...

—Vos excusareis mi falta...

—Sí, diré al superior que te tengo ocupado, lo cual no es nuevo.

—Voy, pues, á tomar un bocado, —repuso Martin.

Y sin hacer más observaciones, salió tranquilamente de la celda.

Contra su costumbre, comió con alguna prisa, bebió un vaso de vino y dejó el convento, encaminándose por el Prado á la calle de San Juan, donde se detuvo á la puerta de una casa de miserable aparencia y que no tenia más que el piso bajo.

Martin dió algunos golpes en la puerta y pocos instantes despues preguntó desde adentro una voz gangosa y en extremo desagradable:

—¿Quién es?

—Abrid, hermana,—respondió el donado.

La puerta se abrió, apareciendo una vieja horrible y miserablemente vestida.

El rostro flaco, verdoso y barbilargo de la vieja, con su boca descomunal, donde solo un diente negro y corroido habia; con sus ojuelos despestañados, lagrimosos y torcidos; con su nariz remangada, presentando anchas aberturas, ennegrecidas por el tabaco rapé, como el tuvo de una chimenea por el hollin; con sus cabellos grises, ásperos y desarreglados; tal rostro, decimos, repugnaba y no hubiera podido imaginarse más á propósito para una bruja. Tenia un hombro más alto que otro, la espalda prominente y hundido el pecho, de tal manera que no parecia sino que le habian colocado la cabeza al revés, y su estatura era tan menguada como debia ser su alma, que se traslucia con ruines sentimientos por su aviesos ojos.

—Alabado sea Dios,—dijo Martin, entrando.

—Por siempre alabado y bendito,—respondió la vieja, sonriendo.—Bien venido seais, hermano Martin. Dos dias hace que no honrais esta pobre casa y he temido que estuviéseis enfermo.

—No.

—¿Y el padre Manuel?

—Bueno tambien.

—¡Ay!—exclamó la vieja suspirando.—Me quitais un peso de encima. Con tanto cuidado me teníais, que esta tarde pensaba ir al convento á preguntar por vos: hace muy poco que he comido, de vigilia por supuesto, y estaba acabando de rezar para salir...

—Gracias, hermana Gregoria...

—Venid aquí y sentáos,—repuso esta.

Y seguida de Martin, entró en un reducido aposento casi desamueblado.

—No he tenido un momento mio,—dijo el donado, sentándose en una banqueta medio apolillada,—y si ahora vengo á veros es por que necesitamos de vos en un asunto de importancia, muy grave, hermana Gregoria; como que se trata nada menos que de abrir los ojos á una incauta y virtuosa doncella, á

quien la venenosa seduccion de un libertino galan tiende un lazo infame.

—¡Jesús!—exclamó Gregoria, santiguándose y haciendo un gesto de horror.

Y luego sacó de la faltriquera una caja de estaño, cuya tapa golpeó suavemente, y abriéndola, alargóla á Martin mientras decia:

—Vaya, hermano, tomad un polvo...

—Os daré del mio,—replicó el sirviente, sacando á su vez una caja redonda de pasta negra charolada.

Y despues de los golpecitos indispensables para que se desprendiese de la tapa el polvo que hubiese en ella, abrióla, dejando que la vieja metiese los dedos, tomase del aromático tabaco y lo aspirase de una vez, diciendo:

—¡Qué diferencia vá de este al mio!

—Es del que gasta el padre prior.

—¿Con que decíais?...

—Que el asunto que me trae es gravísimo; pero muy sencillo en cuanto á su ejecucion.

—¿Y qué he de hacer?

—Voy á poner cuatro letras, dando aviso de la intriga...

—Entiendo.

—Y es preciso, buena Gregoria, que os encargueis de entregar hoy mismo el papel á la persona á quien debemos salvar.

—Fio en vos...

—Caso de conciencia, hermana,—repuso gravemente Martin.—Además, podeis fácilmente desempeñar vuestro encargo, y ganar así un par de pesetas, que no he querido que se lleve otro.

La mezquina cantidad que ofreció el donado debia ser de mucha importancia para la vieja, porque sus ojuelos brillaron alegremente, y respondió:

—¿Cómo he de negarme á serviros? Sea lo que quiera, ya sé que no puede comprometerme nada que venga de vos.

—Tomad, pues,—dijo Martin, sacando una moneda de plata;—guardad ese medio duro...

—Es más de lo ofrecido...

—No importa.

—¡Siempre tan generoso!...

—Supongo que no os faltará un pedazo de papel; ya sé que teneis tintero y pluma...

—Aunque no lo gasto, de todo hay, porque suelen necesitarlo los señores que me honran para socorrerme.

—Dáos prisa...

—Al instante.

Gregoria se levantó, abrió una alhacena, sacó un tintero de plomo con una pluma, cuyo primitivo color blanco habia cambiado ya en amarillo, y un pedazo de papel, poniéndolo todo sobre la mesa que habia en la estancia, y diciendo:

—No sé si tendrá bastante tinta, porque hace ya algunos dias que no ha servido; si quereis le echaré un poco vinagre...

—No es menester,—replicó Martin.

Y tomando la pluma, con letras grandes y mal trazadas, porque no sabia escribir de otra manera, puso lo siguiente:

«Don Juan se irá muy pronto á Lisboa para casarse con la primogénita del conde de Villanova; si no estorbais el viaje, estais perdida.»

—Me parece,—dijo para sí,—que no es menester más.

Y doblando el papel, lo entregó á la vieja, añadiendo:

—En la calle de la Justa, esquina á la de Peralta, vive una señora viuda, anciana y enferma, que se llama doña Luisa Mendoza, aunque se la conoce por el apellido de Corbalan, que era el de su marido.

—¿Tiene alguna hija?—preguntó maliciosamente la vieja.

—Lo habeis adivinado, pero os equivocais en cuanto á vuestras sospechas...

—Dios me libre...

—A esa hija,—repuso Martin,—habeis de entregar secretamente este papel, y si podeis hablarle, decidle: «El hombre á quien amais os engaña: aquí está vuestra salvacion.»

—Ya.

—¿Comprendeis ahora?

—Sí, perdonadme.

—Eso ha de quedar hecho hoy.

—¿Precisamente?

—No puede dejarse para mañana.

Gregoria cerró los ojos y meditó.

—¿En qué cuarto vive?—preguntó despues de algunos instantes.

—En el principal.

—Bien; sereis servido, hermano...

—Volveré á la tarde para saber...

—Volved... ¿Quereis un polvo?

—Tomad otro del mio.

Sorbió la vieja una buena cantidad de tabaco, y Martin se levantó.

—¿Ya os vais?

—Tengo que hacer mucho y vos tambien.

—El cielo os bendiga...

—No perdais tiempo, hermana.

El donado salió, y tomando calle arriba llegó á la de Atocha, siguiéndola para buscar la de la Almudena.

—Bien,—decia con su calma habitual,—tengo arreglada una parte del negocio. Esa pícara bruja cumplirá el encargo: yo no hubiera podido hacerlo en algunos dias, hasta que se me hubiera presentado una ocasion favorable, y segun mi amo se explica, la cosa es urgente. En buena danza nos hemos metido, ó mejor dicho, nos ha metido la reina y esa intrigantuela de Miraguas, que tiene ya un pié en la sepultura y no debia ocuparse más que en rezar y pedir á Dios la perdone. Esto no me gusta: me encontraba muy bien con mi sosegada vida de fraile, comiendo mucho, durmiendo más y sin tener que ocuparme del dia de mañana ni que acordarme del pasado. Pero en fin, no es tampoco la desgracia para desesperarse: así variaré y luego me parecerá mejor la tranquilidad.

Martin no sabia cómo podria cumplir la órden de su señor en lo referente á don Juan. El traje que vestia no era el más á propósito para ponerse en acecho tras una esquina ni seguir á nadie mucho tiempo, y por esta razon se encontraba apurado.

En tal situacion, ocurriéronle algunas ideas y formó algun plan; pero ninguno aceptable.

La fortuna se encargó de ayudar á Martin, y cuando este,

sin saber aún que hacer, llegó á la puerta de la casa de don Juan, vió que en el portal estaba un coche esperando y que un lacayo abria la portezuela.

—A pedir de boca,—dijo el donado.

Y apartándose á un lado, añadió:

—Desde aquí veré quién vá dentro.

Efectivamente, pocos momentos despues salió el coche, y en su interior, á través del cristal de una de sus ventanillas, pudo ver Martin á la duquesa y á don Juan.

—¡Oh!—murmuró el sirviente.—Juntos la madre y el hijo: esto sucede rara vez... Se dirigen hácia San Felipe... tal vez á palacio... No se equivoca mi señor; quieren jugarle una mala partida; pero ignoran que en el convento hay un pobre donado que conoce el camino de Portugal mejor que las calles de Madrid, y es tan buen jinete como el primero... Veamos: no podré alcanzar el coche ni seguirlo; pero si van al Buen Retiro, los veré volver. Me alegro, así pasearé, que es sano y lo mejor para abrir el apetito.

El buen Martin no se dió prisa.

Con tranquilo paso siguió en la misma direccion que el coche.

Este atravesó la Puerta del Sol, entró en la Carrera de San Jerónimo, y atravesando el Prado, llegó al Buen Retiro y á la morada real.

La duquesa y su hijo encontraron á doña Laura en la antecámara de doña Isabel.

—¿Y su majestad?—preguntó la de Miraguas.

—Está en el despacho del rey.

—¿Hay alguna novedad?—preguntó afanosamente la vieja.

—Creo que sí.

—¿Favorable?

—Tal vez...

—¡Oh!

—Esperáos.

—Es que si tarda...

—No puedo avisarle: ha mandado terminantemente que nadie más que su alteza el príncipe y Riperdá entren.

—¿Y Castelar?

—Por órden de su majestad esperan en la antecámara...

—¡Patiño es ministro!—exclamó la duquesa sin poder contenerse ni disimular su alegría.

Don Juan, que no habia pronunciado más palabras que las indispensables para saludar á doña Laura, y que parecia en extremo preocupado, se dejó caer en un sillon.

—¿No me oís?—le preguntó su madre con impaciencia.

—Sí, señora...

—¡Y permaneceis indiferente!...

—Es que no me sorprendo, porque nunca he dudado del triunfo... Teneis demasiado talento, madre mia, para no haber salido victoriosa.

—Como sucederá tambien en vuestro casamiento, á pesar de vuestra indiferencia y de las intrigas de fray Manuel.

—No lo dudo,—dijo don Juan.

Y luego añadió para sí:

—Mi casamiento es mi desgracia más horrible y por eso se realizará á pesar de todo.

La de Miraguas se sentó tambien, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil y silenciosa.

—Veamos lo que entre tanto sucedia en la habitacion de Felipe V.

CAPÍTULO X.

Donde daremos á conocer al rey.

Los muebles de la habitacion donde acostumbraba á trabajar y á despachar Felipe V tenian un sello de severidad, de tristeza, puede decirse, que revelaban el carácter y gustos de aquel monarca. Veíanse allí objetos de bastante valor y mérito artístico, que si bien daban idea del hombre amante de lo bello, no podian satisfacer al que fuese amigo del lujo y la ostentacion.

En la forma eran los muebles del gusto de la época, y estaban primorosamente tallados; pero no así en la materia: el palo santo y terciopelo verde dominaban, y solo algun toque dorado se veia en los adornos de bronce. Hasta la alfombra era de colores oscuros y sencillo dibujo, y el mármol negro, y ya sin brillo, de la chimenea, acababa de hacer triste y sombrío el aposento.

El silencio, la soledad y la gravedad en su morada, ó el sol, el campo y el estrépito de la caza en los bosques ó en la guerra.

Felipe V no podia vivir sin tocar uno ú otro estremo.

Cuando lo presentamos á nuestros lectores tenia el nieto de Luis XIV cincuenta y tres años.

Su rostro, de facciones regulares, tenia la expresion de una profunda melancolía.

Su mirada era vaga, indiferente, pues ya hemos dicho que sus ojos brillaban con el fuego del entusiasmo solamente cuando se trataba de lanzarse á los peligros de la guerra.

No era Felipe V uno de esos hombres inclinados á la tranquilidad y para los cuales la quietud es la única felicidad positiva: su espíritu necesitaba conmociones violentas, rudas, y solo así podia vivir; la tranquilidad le hacia languidecer, y la languidez era su muerte.

Sin embargo, á pesar de su taciturno aspecto, de que su estatura no era más que mediana, de la pequeña deformidad que en su cuerpo se advertia, su continente grave y noble le daba un aspecto agradable.

En su córte infundia respeto, pero no temor.

En los combates se trasformaba, aparecia imponente, y nadie podia adivinar en él al monarca, porque no se veia más que al soldado.

En cuanto á su vestido, puede decirse lo mismo que de los muebles de su aposento: era costoso, de buen gusto, pero sencillo.

Estaba Felipe V sentado delante de la mesa y habia interrumpido la lectura de unos papeles manuscritos para escuchar á su esposa, que se habia colocado cerca de él.

Acababa la reina de hablar.

El monarca habia guardado silencio como si meditase, y apenas trascurrieron algunos segundos, preguntó con alguna impaciencia Isabel de Farnesio:

—¿No quereis contestarme?

—Sí, sí,—respondió Felipe con dulzura;—pero me habeis dicho tantas cosas á la vez...

—Todas,—repuso la reina,—con un mismo fin, sobre un mismo asunto.

—Comprendo: todo ello no significa más si no que es conveniente reemplazar á mi primer ministro.

—Precisamente.

—¿No hemos convenido ya en hacerlo así?

—¿Pero cuándo?

—No espero más que la ocasion, ya lo sabeis, y no puede tardar, porque...

El monarca se interrumpió, y poniendo una mano sobre los papeles que tenia delante, añadió, cambiando de tono:

—Ahora que hablamos de asuntos de Estado, me ocurre que podríais llevaros estos apuntes y examinarlos... Es un gran pensamiento, un plan...

—¿De quién?

—De Riperdá... ¿no hablamos de él?

—¿Y aun os ocupais de las locuras de ese hombre? Veo, señor,—repuso con alguna dureza Isabel,—que el propósito de vuestra majestad...

—Os equivocais,—interrumpió Felipe;—es que mientras llega el caso...

—¿Qué haríais si se presentase hoy mismo una ocasion?—preguntó la reina, fijando una penetrante mirada en su esposo.

—¡Oh!—murmuró este con vacilacion.—Si se presentase hoy mismo...

—La dejaríais pasar,—replicó desdeñosamente Isabel de Farnesio;—la fatuidad de ese hombre es para vos...

—Nada, absolutamente nada. ¿Sospechais acaso que me falta resolucion?

—Pienso, señor...

—Tranquilizáos,—repuso con dulzura el monarca:—no quiero prolongar esta situacion.

—Hoy ha sufrido un nuevo ataque vuestra dignidad, vuestra autoridad...

—¿Pues qué sucede?

—Riperdá ha dispuesto la prision de un guarda del príncipe...

—¿Y con qué motivo?—preguntó Felipe, cuyo rostro se animó por un instante.

—El guarda ha cumplido con su deber, matando un perro que se metió en la casa de Campo y estropeó las mejores plantas de los jardines.

—¿Y solo por eso?...

—El perro era de Riperdá, que no ha vacilado para atropellarlo todo, y algunos miserables alguaciles han penetrado en vuestra real jurisdiccion...

—Basta, Isabel,—replicó el monarca.

—¿Es bastante?

—Sobra... ¿Habeis visto hoy á Castelar?

—Sé que espera en la antecámara.

—Nada me han dicho... ¡Oh!... No puedo hacerme obedecer... Mis criados cumplen mis mandatos cuando les acomoda... Por eso me gusta la guerra: los soldados obedecen mis órdenes... Haré entrar á Castelar...

—¿No seria mejor,—interrumpió Isabel,—que esperáseis á Riperdá, y por escrito?...

—Sí, sí,—dijo el rey.

Y sonriendo levemente, añadió:

—Os he comprendido y soy de vuestra opinion... Gracias, mi buena Isabel, gracias por vuestros cuidados, vuestros desvelos... Me tienen aburrido, y si no fuese por vos...

—Abusan de vuestra bondad y os tienen por débil.

—¡Débil!—murmuró Felipe con amargura.

Y á la vez que una fugaz centella se escapó de sus pupilas, añadió:

—Vengan enemigos para luchar noblemente, peligros que arrostrar, y veremos. Pero ¿qué he de hacer con los hipócritas cobardes, con los falsos aduladores, con los intrigantes por ambicion? Los desprecio: son serpientes que aplastaré si se ponen en mi camino; pero si se apartan...

—Aquí, señor, no se puede luchar como en la guerra; pero puesto que conoceis á los intrigantes ambiciosos...

—Pocos no lo son de cuantos me rodean.

—Los más humildes, los que aparentan ser más indiferentes á todo, aquellos son los más temibles.

—Preciso es,—repuso el monarca despues de algunos instantes,—separar la buena de la mala semilla.

—Ante todo,—dijo Isabel de Farnesio con dulzura y bajando los ojos con un aire de humildad, que su esposo encontraba encantador,—ante todo, señor, quiero que vuestra majestad se

convenza de que no intento intervenir en los negocios del Estado, ni al hablar de Riperdá he pensado siquiera influir en su caida.

—¿Por qué me decís eso?—preguntó Felipe con tono de cariñosa reconvencion.—¿Acaso he puesto en duda la rectitud y sinceridad de vuestras intenciones? Vuestras palabras no son una excusa, sino una acusacion.

—Señor, se murmura...

—¡Que se murmura!...

—No lo ignorais: se me acusa de que os impongo mi voluntad en los más graves asuntos...

—¿Qué os importa?—replicó Felipe, estrechando cariñosamente una de las mórbidas manos de Isabel.—Ese es el desahogo de los descontentos. ¿No está tranquila vuestra conciencia? ¿No conozco yo vuestro proceder mejor que nadie?

—Sin embargo, mi más ardiente deseo es que nadie se ocupe de mí; quiero ser vuestra esposa, y no ocuparme más que de amaros y complaceros.

—Pues bien; mi esposa y nada más sois, y hartas pruebas me habeis dado de vuestro amor. ¿Qué quieren los intrigantes ambiciosos? ¿Les pesa que os consulte y escuche los consejos de vuestro talento privilegiado? Como buena esposa, teneis el deber de señalarme los peligros que yo no conozca: así lo habeis hecho; pero sin exigirme nunca que adopte resoluciones contrarias á mi opinion. He escuchado siempre vuestras palabras con la atencion que debia; he meditado y he decidido con arreglo á mi juicio y á mi conciencia; y si mis decisiones han estado conformes con vuestra opinion, prueba que teneis buen juicio, que mis ideas son las vuestras; pero no que me he sometido ciegamente á vuestra voluntad.

—Esa es la verdad, señor; pero no se me juzga así, y estoy resuelta...

—A nada,—interrumpió Felipe.—Os debo mucho...

—Cariño nada más, que me teneis pagado con creces,—replicó la reina.

—Nunca, mi querida Isabel, he necesitado de vos tanto como ahora. Mis fuerzas disminuyen, porque se aumentan mis años y se agravan mis dolencias, y apenas puedo soportar el peso de la

corona. ¿Dónde encontraré una ayuda leal, desinteresada? Si me abandonais, lo abandonaré yo todo; abdicaré otra vez, y buscaré en la soledad de mi retiro la tranquilidad y el descanso. Esto traeria complicaciones graves, y ofreceria muchos peligros. ¿Es prudente hacerlo?

—Señor, los derechos de nuestros hijos podrian perjudicarse.

—Tenemos, pues, que sacrificarnos por ellos.

—Además, nuestro pueblo...

—Tambien es acreedor á mis sacrificios, porque es un pueblo desgraciado; porque ha sido siempre noble y generoso; porque en épocas en que debiera haberse convertido en un pueblo depravado, miserable, abyecto, ha conservado su dignidad y sus virtudes, y un pueblo así tiene derecho á que se le haga feliz.

—Pensais noblemente.

—Pues bien: eso no podré hacerlo si me negais vuestra ayuda. Proseguid, mi buena Isabel, y vivid tranquila. Si de la caida de Riperdá se culpa á vuestra influencia, que respondan los que antes os han acusado de apoyar á un ministro que estaba labrando la desgracia de la nacion. Ved,—añadió el monarca, sonriendo con amargura,—con cuánto acierto se os juzga, y cuánta consideracion merecen tales juicios.

—Señor,—dijo Isabel disimulando su alegría con la gravedad que dió á su rostro,—si he de serviros, todo lo arrostraré, todo lo sufriré.

—Gracias, esposa mia.

—Hay momentos en que me falta el valor, porque me hieren en el alma...

—Despreciad á los ruines.

—Ya veis lo que acaba de suceder: han ofendido á nuestro hijo, á vos...

—Castigaré la ofensa.

—Y temo que,—repuso Isabel, fijando una escudriñadora mirada en su esposo,—temo que antes de pocos dias, otra persona en quien tenemos ciega confianza...

—¿Quién?

—Fray Manuel.

—¡Fray Manuel!—repitió sorprendido el rey.

—Sí.

—¿Dudais de su lealtad?

—Dios me perdone, pero...

—Eso es muy grave,—replicó Felipe.

—Mucho.

—¿En qué os fundais?

—En algunas palabras suyas, al tratar del asunto del casamiento de don Juan...

—Hace algunos dias que no hemos hablado de eso,—repuso el monarca con indiferencia.

—¿No os habeis convencido aún de la gravedad del negocio?

—Aun admitiéndola, no comprendo que fray Manuel pueda hacer otra cosa más que cumplir bien ó mal su encargo.

—El rey de Portugal tiene sus miras...

—Y nosotros las nuestras.

—¿No las aprobais, señor?

—Sí, ya lo sabeis.

—Pues bien, esas miras de conveniencia que tenemos, quedarán ilusorias si se acepta la proposicion del fraile.

—Doña Isabel,—repuso Felipe con calma,—supongo que fray Manuel hará cuanto pueda en favor del rey de Portugal, y así dará una prueba de que sabe corresponder á la confianza que en él depositan.

—Es muy justo.

—¿Entonces?...

—Ignorais que fray Manuel, por supuesto con gran disimulo, se jacta de que sin su aprobacion no se hará el casamiento, lo cual quiere decir que cree valer para el rey de Portugal mas que vos y que yo.

—¿Os ha dicho eso?

—No; pero se comprende por su conducta y por su lenguaje.

—Me basta vuestra opinion,—dijo el monarca, despues de algunos instantes.—¿Y qué pensais hacer?

—Espero vuestras instrucciones...

—Es puramente vuestro el asunto. El rey de Portugal, ya por no dar á ese casamiento un carácter de gravedad que no le conviene descubrir, ya por cualquiera otra razon, se ha dirigi-

do á vos, y no puedo, por consiguiente, darme por entendido.

—Pero sí podeis darme un consejo.

—Eso es otra cosa.

—No os pido más.

—Bien, decidme lo que habeis pensado hacer, y con franqueza os manifestaré mi opinion.

—Si aprobais mi plan, don Juan irá á Lisboa sin que lo sepa fray Manuel; llevará una carta mia...

—Y se casará,—añadió Felipe.

—Veo con alegría,—repuso Isabel,—que pensais lo mismo que yo.

—Sí, sí; de esa manera quedarán cumplidos nuestros deseos.

—Sobre una sola cosa falta discurrir, y es preciso preverlo todo.

—¿Qué?

—Si el rey de Portugal no atendiese mi carta por faltar la aprobacion de fray Manuel...

—Esa ofensa...

—Puede hacérseme.

—El que os ofende es mi enemigo.

—Gracias,—murmuró la reina sin poder disimular su alegría.

—¿Habeis podido dudarlo?

—No; pero no hubiera sido prudente exponerse á la derrota sin contar con los medios de intentar la reparacion, lo cual hubiera sido aceptar la humillacion.

—Podeis estar tranquila. El rey de Portugal no es nuestro amigo de corazon: la guerra que sostuvimos terminó por necesidad y no por nuestro gusto, y aun no sabré decir si deberiamos considerar una desgracia otro rompimiento. El casamiento de don Juan no puede jamás ponerse en la balanza de los negocios de Estado; pero sí en la de nuestras particulares afecciones, y cuando se desea romper no falta un pretexto.

Nunca habia hablado Felipe V tanto, ni tan explícitamente, por grave que fuera el negocio de que se tratara. Un gesto, ó todo lo más una frase vaga, era lo que se conseguia de él en casi todas las ocasiones.

Isabel de Farnesio extrañó encontrar á su esposo tan dis-

puesto á entrar en explicaciones, y aunque no acertó la causa del cambio, decidió aprovechar tan favorables momentos, y dijo:

—Entre tanto, soy de vuestra opinion; es preciso separar la buena de la mala semilla, desenmascarar á los hipócritas.

Sin duda el monarca habia gastado de una vez toda su fuerza y buena disposicion para hablar, porque cayendo repentinamente en su indiferencia, murmuró distraidamente:

—Sí... sí...

Y no articuló una sílaba más.

—Es fácil conocerlos,—repuso Isabel;—los unos son demasiado imprudentes para no delatarse ellos mismos con poco que se haga, y los otros se descubrirán tambien si se pone á prueba el desinterés fingido con que nos engañan.

—Hemos de tratar de eso,—dijo Felipe en tanto que miraba un reloj que habia sobre la chimenea.

Y luego, variando de postura, añadió:

—Extraño que Riperdá no haya venido...

—Estará ocupado en combinar alguno de los planes con que os entretiene, ó en consolar á su esposa por la pérdida del perro.

El monarca volvió á mirar al reloj, y no pronunció una palabra.

—Si teneis que trabajar me iré,—dijo la reina.

—No, no os vayais.

En aquel momento se levantó la cortina de una de las puertas del aposento, y Riperdá fué anunciado.

El tristemente célebre ministro era un hombre de escasa estatura, muy grueso, de abultado abdómen, de marcada complexion apoplética. Su rostro era redondo, colorado, de facciones vulgares y pronunciadas, si bien su frente era espaciosa y su mirada inteligente.

Vestia con extraordinario lujo: su casaca y su chupa estaban cuajadas de riquísimos bordados; los encajes de su camisa eran de los mejores que salian de Flandes, y los sellos que pendian de los extremos de las cintas de sus relojes estaban cubiertos de diamantes.

El rey y el ministro formaban raro contraste.

Este, lleno de relumbrones, con su aire jactancioso y altivo,

revelando en todo su deseo de ostentar, hubiera hecho creer que su robustez exagerada era hinchazon de vanidad, pues no parecia otra cosa, y aun se hubiera pensado que en el cuerpo no le cabia el orgullo y el amor propio, y que lo desahogaba con su violenta respiracion, que era una série no interrumpida de prolongados resoplidos.

¿Y quién hubiera dicho que semejante hombre, con tan altivo continente, se turbaba, se aturdia, se espantaba al primer gesto, á la primera palabra de desagrado del rey, y cambiando su aspecto, se humillaba, se arrodillaba, y más de una vez hasta lágrimas vertieron sus ojos para aplacar el enojo de su señor?

Así habia sucedido: la caida de Riperdá estaba decretada hacia mucho tiempo; pero á la primera indicacion que el rey le hacia para que dejase el codiciado puesto, en vez de retirarse con la dignidad de un hombre, demandaba perdon con la debilidad y el llanto de un niño.

Felipe V no habia tenido nunca valor para rechazar á su ministro al verlo de hinojos y llorando.

Por eso el monarca encontró felicísima la idea de su esposa, idea manifestada con tanto disimulo, tan embozadamente, que era menester adivinarla, que se habria ocultado al más astuto, y solo podia ser comprensible para el que conocia el lenguaje especial de aquella mujer.

Riperdá saludó respetuosamente á los régios esposos, y poniendo en la mesa la magnífica cartera de piel de armiño, con broches y cordones de oro, en que llevaba los papeles para el despacho, dijo:

—Señor, espero las órdenes de vuestra majestad.

Pero no bien hubo pronunciado estas palabras, la cortina de la puerta volvió á levantarse, apareciendo el jóven príncipe de Astúrias, que dijo con grave tono:

—Si vuestra majestad me lo permite, entraré.

—Adelante, hijo mio,—respondió cariñosamente el monarca.—Voy á despachar, pero no me estorbais.

—Volveré despues,—repuso don Fernando sin contestar al profundo saludo que le hizo Riperdá.—Para que vuestra majestad me otorgue justicia, es buena toda hora.

—¡Justicia á vos!—exclamó el rey, mirando con sorpresa á su hijo.—¿Contra quién la necesitais?

—Señor, la necesito contra quien se atreve á penetrar en nuestra real jurisdiccion, y atenta contra la seguridad individual de mis criados.

Riperdá palideció como un cadáver; estremecióse convulsivamente, y queriendo evitar el peligro que le amenazaba, dijo con entrecortada voz y acento de súplica:

—Ruego á vuestra majestad...

Empero el monarca lo interrumpió, diciéndole ásperamente:

—Está hablando su alteza.

El infeliz ministro, turbado, aturdido por el miedo, creyó que lo más conveniente, el único recurso que le quedaba, era dejar pasar el primer impulso del enojo de Felipe, y ablandarlo despues con ruegos y lágrimas como en otras ocasiones; pero vió esta esperanza desvanecida, porque al dar un paso para retirarse, el rey lo detuvo, diciéndole:

—Quedáos: se trata de hacer justicia y os necesito.

Riperdá quedó inmóvil como una estátua.

Sus ojos abiertos, como si fuesen á saltar de sus órbitas, fijaron en el príncipe una mirada de terror.

Faltóle la respiracion por algunos instantes, y por su pálida frente corrieron gruesas gotas de frio sudor.

Isabel de Farnesio permaneció indiferente y grave.

—¿Y quién,—preguntó el monarca á su hijo,—ha osado ofendernos así?

—Uno de vuestros ministros,—respondió don Fernando.

—¡Uno de mis ministros!...

—Delante lo tiene vuestra majestad.

Riperdá quiso arrodillarse, suplicar y llorar como otras veces; pero no acertó á moverse ni á articular una sílaba; solo pudo exhalar un gemido ahogado.

—Basta, hijo mio,—dijo el rey.—Los pormenores de ese suceso me los referireis despues; ahora no quiero perder un instante en hacer justicia.

—Señor,—murmuró al fin el ministro;—señor...

—Esta vez,—repuso el monarca,—os perdono.

—¡Ah!...

—Se pondrá en libertad á ese criado, lo cual se hará en la forma que yo determine... ¡Oh!... Quiero que este asunto no deje lastimados nuestros derechos... Vos mismo, Riperdá, ejecutareis mi órden... Callad...

Felipe V tomó una pluma y escribió, cerrando luego el papel.

El ministro se creyó salvado, y pudo respirar.

—No os impongo el castigo que mereceis,—repuso el monarca, dando el pliego á Riperdá;—pero he dictado disposiciones que harán imposible la repeticion de tales abusos. En la antecámara encontrareis al marqués de Castelar; entregadle esa órden, decidle que la lea, y... él os comunicará su contenido.

—Gracias, señor...

—Es urgente la órden,—replicó Felipe.

Riperdá, sin haberse aún repuesto de su turbacion, salió del aposento, diciendo para sí:

—Castelar, mi mayor enemigo... Comprendo el plan... quiere imponerme el castigo de una humillacion... pero no dejaré de ser ministro.

El hermano de Patiño estaba efectivamente en la antecámara, escuchando las adulaciones de algunos cortesanos que tenian ya por cierta la elevacion de los dos hermanos.

El ministro, cuyo rostro tomó en aquel lugar la expresion de orgullo que lo caracterizaba, acercóse á Castelar, y le dijo:

—Mi querido marqués, servíos escucharme un momento.

Y apartándose á un lado, entregó la órden real, cuyo contenido ignoraba.

El marqués abrió el pliego, leyó, dos centellas de alegría se escaparon de sus ojos, y preguntó á Riperdá:

—¿Sabeis lo que es esto?

—No...

—Leed... Vuestra destitucion de ministro y prohibicion de que os presenteis á su majestad... Siento haber sido elegido para daros tan desagradable noticia...

Riperdá extendió los brazos para coger el papel; pero no acertó.

Volvió á palidecer su rostro y á faltarle la respiracion por algunos instantes.

—¡Ah!—murmuró con voz ahogada, y mirando á Castelar como si este fuera un mensajero de la muerte.

Un sudor copioso y frio inundó su rostro, y tuvo necesidad de apoyarse en el respaldo de una silla para no caer, porque sus piernas se negaban á sostenerlo.

Aunque los demás cortesanos no habian oido las palabras del marqués, vieron el efecto que habian producido en Riperdá, y cruzaron una mirada de inteligencia, porque adivinaron lo que sucedia.

El golpe habia sido terrible, tanto más por lo inesperado, y porque quitaba al ex-ministro la ocasion de recurrir á las súplicas y lágrimas que tan buen resultado le habian dado en otras ocasiones.

Hubo algunos momentos de silencio.

Silencio horrible, espantable, aterrador para el infeliz Riperdá, á quien las miradas, á la vez compasivas y burlonas, fijas en él, le parecieron rayos que iban á descargarse sobre su cabeza.

El desdichado hizo un supremo esfuerzo, y con voz balbuciente preguntó al marqués:

—¿Qué habeis dicho?

—Que aquí,—respondió Castelar friamente,—está vuestra destitucion...

—Es imposible... Su majestad...

—Leed...

—¡Ah!—exclamó el obeso magnate, logrando exhalar un suspiro.—He sido engañado...

—Os aconsejo,—replicó el marqués, bajando la voz,—que no perdais el tiempo en quejaros, porque os conviene más aprovecharlo en poneros á cubierto de cualquier otro golpe...

Riperdá se estremeció como si le hubiese picado una víbora, miró con espantados ojos á su enemigo, y sacando fuerzas de su mismo miedo, preguntó con angustioso afan:

—¿Estoy en peligro?

—Lo ignoro; pero...

—Señor marqués, siempre he sido vuestro amigo leal, por más que la política nos haya separado... Ya veis de la manera indigna que se me trata... Sois generoso, no me abandoneis... es de nobles dar la mano al caido.

—No os niego mi ayuda...

—Pero...

—Nada sé.

—Siquiera... por compasion...

—No me supliqueis,—replicó el marqués con glacial cortesanía;—vuestra triste situacion me aflige; pero nada puedo hacer en vuestro favor...

—Podeis advertirme...

—Ya lo hago.

—¿Pero su majestad?...

—Desconozco sus intenciones.

—Y sin embargo,—repuso Riperdá más agitado cada vez,—me aconsejais que me aleje...

—Vuestra desgracia estaba prevista; se esperaba lo que ha sucedido, se hablaba de ello, y los vagos...

—¿Qué?...

—Murmuran... amenazan...

—¡Oh!...

—Y... no sé...

—Esto es horrible... ¡Me ahogo!—exclamó el ex-ministro, limpiándose el sudor que bañaba su rostro.

—El populacho es brutal,—repuso el marqués con la misma calma;—se deja arrebatar fácilmente...

—¿Es decir que mi persona peligra?

—No lo creo; pero se ven algunos grupos de gente sospechosa en estos alrededores.

—¡Dios mio!...

—Y como nunca faltan mal intencionados, ó villanos que á título de buenos españoles quieren satisfacer particulares venganzas...

—En una palabra, temeis que me asesinen...

—No tanto; pero sí que os insulten...

—¡Oh!...

—Y aun tal vez que os apedreen.

—Entonces no debo irme.

—Sí; pero no á vuestra casa, porque si luego el pueblo se desborda... Ahora se espera vuestra caida y no se atreverán á mucho; pero cuando se sepa...

—Gracias por el aviso...

—Su majestad me espera... Que el cielo os guarde,—dijo el marqués...

Y se dirigió á la cámara del rey.

Riperdá miró á su alrededor, y no vió á nadie.

Los cortesanos habian desaparecido, y la noticia corria de boca en boca con rapidez.

—¿Dónde me refugiaré?—se preguntó Riperdá, oprimiéndose las sienes, que le latian como si fuesen á romperse las arterias.—¿Dónde encontraré un amigo?... ¡Oh!... ¡Amigos en la desgracia!...

El infeliz sonrió con amargura, meditó algunos instantes, y luego, como si hubiese encontrado la salvacion, exclamó con voz ahogada:

—¡Ah!... Sí, sí... allí estaré seguro... y si se niega á recibirme, le ofreceré lo que nunca ha podido pensar conseguir... ¡Aun puedo mucho!.. ¡Aun soy temible!... ¡Golpe por golpe, traicion por traicion!

Agitado, trastornado aún por el miedo y la ira, salió de la antecámara con cuanta prisa pudo.

En las habitaciones que tuvo que atravesar encontró á muchos palaciegos, pero no recibió ninguno de los saludos humildes á que pocos minutos antes contestaba con sonrisas de proteccion ó gestos de desden. Todos lo dejaron pasar, sin hacer más que fijar en el infeliz miradas de desden, de compasion, de burla ó de ódio.

Riperdá no perdió el tiempo en entregarse á las amargas consideraciones á que daba lugar la conducta de los que se habian llamado sus leales amigos, sus fieles servidores, ó sus defensores ardientes; habia comprendido que corria su persona un inminente riesgo, y lo que más le importaba entonces era salvarse.

Por fin salió de palacio, y respiró como si hubiese logrado escaparse de un calabozo.

Cuando vió que el coche de la duquesa esperaba cerca del suyo, murmuró:

—Sí, sí; todo es obra de esa pícara vieja y de la reina.

Entró en el carruaje, y sentándose en un rincon, dijo al lacayo:

—A casa del embajador de Inglaterra.

El coche partió.

Riperdá habia concebido un proyecto diabólico de venganza, pero que debia aumentar los peligros, ya grandes, de su crítica situacion.

El marqués habia dicho la verdad.

Cerca del Buen Retiro habia más gente que de costumbre, y algunos grupos, de donde partieron siniestras miradas y algun silbido.

Al atravesar el Prado fueron más vivas y claras las demostraciones: además de las miradas y los silbidos, se oyeron algunas voces gritar:

—¡Muera!

—¡Ahí vá el ladron!

—¡Que se le ahorque!

—¡Más aprisa, más aprisa! —dijo Riperdá á su cochero.

Y crugió el látigo, sin que los alborotadores se atraviesen á más que á tirar dos ó tres piedras al coche sin causar ningun daño.

CAPÍTULO XI.

Cómo desempeñó su comision la vieja Gregoria.

Mientras tenia lugar la escena que acabamos de referir, la devota Gregoria entraba en la calle de la Justa con pasos más tardos y vacilantes de los que la habian llevado hasta allí. Su rostro habia tomado una expresion de dolor y tristeza profunda, y solia dejar escapar algun suspiro lastimero, capaz de conmover al corazon más duro.

Aquel aire dolorido tenia su explicacion: era un plan muy meditado, era una habilísima traza de verdadera bruja hipócrita, que no repara en los medios con tal de llegar al fin.

La hermana Gregoria, por razones que daremos á conocer más tarde, estaba obligada á servir á Martin, y como además tenia que legitimar el derecho á la propiedad del medio duro recibido, habia recurrido á toda su astucia, que no era poca, para salir del lance como era menester.

Algo habia abusado ó se habia extralimitado tambien Martin, tomando el nombre de su señor, quien, á decir verdad, no tenia más trato ni otro conocimiento con la vieja que el haberla socorrido alguna vez; pero el donado obró así por dar más fuer-

za á su pretension, y considerando que en nada perjudicaba á fray Manuel.

La casa de Andrea no podia equivocarse: así que, Gregoria no vaciló, y entrando en el portal, comenzó á subir la escalera, exhalando con más frecuencia sus lastimeros suspiros y sosteniéndose en las paredes como si estuviese próxima á desfallecer.

De aquella manera llegó á la puerta de la habitacion, y llamando con dos ó tres golpes, aguardó mientras se quejaba con voz débil.

—¿Quién es?—preguntó desde adentro la voz de Petra, que asomó por un ventanillo.

—Por el amor de Dios,—respondió Gregoria, fijando en la sirviente una mirada suplicante,—una limosna...

—Perdone la hermana,—replicó Petra.

—¡Ay!—exclamó la vieja, como si exhalara el último aliento.—Por la Vírgen... No he comido...y... siquiera...

Y se interrumpió como si le faltasen las fuerzas para hablar.

A pesar de que representaba habilísimamente su papel, y á cualquiera hubiese conmovido, la criada, que no debia ser muy tierna de corazon, iba á cerrar, despidiendo nuevamente á la fingida mendiga; pero otra voz dulce y grata preguntó en aquel instante:

—¿Quién es?

—Una pobre,—dijo Petra:—dice que no ha comido; pero...

Por el ventanillo se vió el bellísimo y pálido rostro de Andrea, que fijó una compasiva mirada en Gregoria, y exclamó:

—¡Infeliz!... Está á punto de desfallecer.

Y abrió la puerta.

Gregoria pareció querer hablar; pero solo hizo un gesto, extendió los brazos, y al intentar moverse cayó en el suelo.

—Corre, Petra,—dijo entonces Andrea:—una taza de caldo... ¡Pobre anciana!

Y se inclinó, cogiendo cariñosamente las manos de la bruja.

La sirviente obedeció.

Gregoria abrió los ojos, miró al interior del aposento, se convenció de que nadie la observaba, y reanimándose repentinamente, dijo:



—Esa es la salvacion de vuestra honra.

—Señora, os amenaza un gran peligro...

Andrea dejó escapar un grito de sorpresa y miedo, y quiso apartarse de aquella mujer.

Empero no pudo: la vieja no soltó sus manos, y añadió:

—Silencio y nada temais...

—¿Quién sois?

—Vengo á salvaros...

—¿Quién sois?—repitió Andrea más espantada cada vez, y temblando convulsivamente.—Dejadme...

—Tomad...

—Gritaré...

—Tomad,—repuso Gregoria, metiendo entre los dedos de la jóven el papel escrito por Martin:—esa es la salvacion de vuestra honra...

—¡Ah!...

—Callad... vuestra criada...

Sonaron los pasos de Petra.

La bruja exhaló un suspiro.

Andrea, sin acertar á moverse ni hablar, quedó inmóvil.

Se le hablaba en nombre de la honra.

Se le prometia salvacion.

¿Qué habia de hacer?

Lo único que pensó la enamorada jóven fué que nada arriesgaba ni podia perder con leer aquel papel y romperlo.

Esta única idea, que le ocurrió en medio de su turbacion, le hizo callar y conservar en su mano el papel.

¿Pero quién era aquella mujer misteriosa?

¿Quién la enviaba?

Era preciso averiguarlo.

Petra llegó con el caldo.

—Yo se lo daré,—dijo Andrea:—entre tanto, vé á mi gabinete, abre el cajon de mi mesa y trae dinero...

—Tengo aquí para darle,—replicó la sirviente;—dejadme, y retiráos, señorita... estais pálida... ¡No faltaba más!

Y acercó la taza á la vieja.

Esta comprendió el plan de Andrea, y fingiendo que se reanimaba, dijo:

—Sí, retiráos, buena señora... Dios os bendiga... Yo puedo tomar el caldo... ¡Sois una santa!...

No esperó la bruja más: bebió algunos sorbos del sustancioso líquido, se enderezó, y cuando hubo dejado la taza vacía, se asió á un brazo de Petra, con cuya ayuda se levantó.

—¡Ah!—exclamó.—Me habeis vuelto la vida... Dios os lo premie...

Y al recibir algunas monedas de cobre de mano de la sirviente, añadió:

—No pasará dia sin que ruegue á Dios y al milagroso San Antonio por vos...

—Esperad,—dijo Andrea con intencion de ganar tiempo y buscar un nuevo pretexto para quedar á solas con la vieja;—estais muy débil...

—No, mi caritativa señora; me siento ya bien...

—Pero...

—¡La santísima Vírgen os bendiga y os dé salud!—dijo Gregoria, disponiéndose á marchar.

—Es una imprudencia... Aguardad...

—Estoy bien... Dios os lo pague... Dios os lo pague.

Y repitiendo estas palabras, empezó á bajar la escalera.

Aun intentó detenerla la jóven; pero oyó la voz de su madre que llamaba y preguntaba lo que sucedia, y hubo de retirarse, tan turbada y confusa, que le parecia un sueño cuanto acababa de suceder.

—No sé,—decia la criada mientras cerraba la puerta,—no sé por qué esa vieja me dá mala espina... Dios me perdone el mal pensamiento; pero no me gusta su cara.

Apenas Andrea satisfizo la curiosidad de su madre, corrió á su aposento, desdobló el misterioso papel, y fijó en él una mirada de medroso afan.

Sus manos temblaban convulsivamente, y era tal su agitacion y trastorno, que no pudo leer al primer golpe de vista.

—¡Dios mio!—murmuró, oprimiéndose el pecho, como si quisiera contener las violentas y desiguales palpitaciones de su corazon.—Presiento una horrible desgracia...

La infeliz hizo un esfuerzo, volvió á fijar la mirada en el pa-

pel, y apenas leyó el nombre de don Juan y el anuncio del viaje de este, exhaló un grito desgarrador y se dejó caer en una silla.

—¡Fuerzas, Dios mio!—exclamó, levantando al cielo los ojos.

No derramó una lágrima; sus azules pupilas brillaron con el fuego de la calentura, y su frente, pálida y ardorosa, se contrajo.

Acabó de leer.

Con fuerza convulsiva estrujó el papel entre sus dedos.

—¡Mi honra!—dijo con voz reconcentrada.—¡Mi honra, mi madre, mi hijo!...

Un torbellino de contrarias ideas pareció agolparse á la mente de la desdichada jóven, cuyo trastorno crecia por instantes.

Su desgracia no podia ser más horrible.

Amaba ciegamente á don Juan, y se veia despreciada.

El hombre á cuyo honor habia la infeliz confiado el suyo, la abandonaba.

Tenia que ocultar con vergüenza su manchado rostro.

En la locura de su amor habia creido que el sacrificio de su honra probaba á los ojos de su amante la intensidad de su pasion; pero no habia pensado que la debilidad no puede jamás producir más que la deshonra y el desprecio, no puede probar más que la falta de la virtud.

Debia verse, pues, abandonada y despreciada.

Su hijo inocente no tendria padre ni nombre.

Su anciana madre sucumbiria al terrible golpe, despues de una vida de privaciones y sufrimientos, y espirando con la más amarga y desconsoladora de las agonías.

Aquella pobre madre, al exhalar el último aliento, no podria mirar á su hija sin sentir el más agudo de los dolores.

Todas estas tristísimas ideas surgieron á la vez en la mente calenturienta de la desgraciada jóven, cuyo tormento se aumentaba con las acusaciones de su inexorable conciencia.

¿Qué hacer en tal situacion?

Podria ocultar al mundo su falta, pero no á su madre; y aun consiguiendo esto tambien, no libraria á su hijo de la desdicha que le estaba reservada.

Andrea debió sucumbir á impulsos de su dolor; pero la fie-

bre le dió fuerzas, le hizo cobrar alientos la consideracion de que dependian de ella la felicidad y la vida de dos séres inocentes, su madre y su hijo.

Era preciso luchar.

Tenia el deber de imponerse nuevos sacrificios.

No se trataba ya de ver realizadas las ilusiones de un amor ardiente.

Nada importaban ya para Andrea los desengaños con toda su hiel.

Su madre, su hijo y su honra, fueron desde aquel instante los únicos móviles que debian impulsarla para la nueva lucha que iba á sostener.

Si un resto de amor quedaba en su pecho, ella sabria ahogarlo.

—¡Ah!—decia con el acento de su febril excitacion.—Salve á mi madre de la muerte y á mi hijo de una vergonzosa orfandad; oculte yo al mundo mi falta, y me creeré feliz aunque mi pasion y los remordimientos me desgarren el alma y me hagan morir con la más dolorosa de las agonías.

El que es muy desgraciado, se contenta, y aun se cree feliz, con librarse de la parte más horrible de su desgracia.

Largo rato pasó Andrea luchando y atormentándose con las negras reflexiones á que daba lugar su crítica situacion.

Al fin se humedecieron sus ojos por dos lágrimas y pudo exhalar un consolador suspiro.

Empezaba á sentir la enervacion consiguiente á la excitacion por que habia pasado.

Entonces fué cuando pensó que podria ser falso cuanto se le decia en el misterioso papel.

Ella no creia tener enemigos, pero podia tenerlos don Juan.

—¿Quién sabe,—se preguntó la infeliz, que buscaba con el afan del dolor una idea consoladora,—quién sabe si esto es una venganza? ¿Por qué he de entregarme á la desesperacion sin la prueba de que es cierto cuanto se me dice en este escrito?

Y como si lo amargo y lo consolador alternasen para aumentar su tormento, tras la idea tranquilizadora brotó la triste de que, fuese ó no cierta la traicion de don Juan, no podia dudarse que su deshonra no era un secreto.

Estaba justificado lo que su criado le habia dicho la noche anterior.

Tal vez el misterioso papel estaba escrito por el amigo de don Juan, á quien el sirviente se habia referido.

Andrea creyó que habia encontrado un punto de partida para sus averiguaciones.

—Es preciso,—murmuró,—no perder un momento, no despreciar ningun incidente, no desaprovechar ninguna ocasion.

Y más que nunca, se afirmó en su propósito de tener una entrevista con el amigo del cándido sirviente, á ménos que este pudiera obtener claras explicaciones.

Antonio iba, pues, ganando terreno.

La fatalidad, que precipitaba hácia un abismo á la dolorida Andrea, ayudaba en sus planes al misterioso personaje, cuyas intenciones no habian podido ser adivinadas por el bueno de Juan.

La jóven, sin experiencia y aturdida por la gravedad de su situacion, no habia sospechado siquiera que podria encontrar mayores peligros donde mismo buscaba su salvacion.

La voz de doña Luisa volvió á dejarse oir.

Andrea secó apresuradamente sus ojos, guardó el papel y salió del aposento con vacilantes pasos.

CAPÍTULO XII.

Lo que resultó de la segunda entrevista de Juan y Antonio.

Apenas Andrea tuvo ocasion de hablar á su criado, le refirió cuanto habia sucedido, y hasta le leyó el misterioso papel en que se le anunciaba la partida de don Juan.

El fiel sirviente quedó sorprendido, se aumentaron sus temores, y no permitiéndole su inocencia y escaso entendimiento examinar á fondo la cuestion para buscar la causa del mal y aplicar el remedio, fijóse solamente en que sus sospechas se iban justificando, y acabó por asegurar que el hijo de la duquesa era un mal caballero.

—Ya lo veis,—dijo,—hoy no ha parecido por aquí don Juan, y quizás no venga tampoco esta tarde.

—Pero ¿de quién,—preguntó Andrea,—sospechas que procede este papel?

—De nadie,—respondió sencillamente Juan:—no soy adivino...

—Esto es obra de ese amigo de don Juan...

—¡Ah!—interrumpió el criado, dándose una palmada en la frente.—El amo de mi amigo...

—Sí.

—Teneis razon... ¡Y no se me habia ocurrido una cosa tan sencilla!... Verdad es que estoy trastornado.

—Juan, de tu lealtad espero mi salvacion...

—Si es bastante mi lealtad, ya estais salvada.

—Es preciso que ese amigo tuyo se explique...

—De eso os respondo.

—¿No dices que has de verlo esta noche?

—A menos que vuestra madre y mi señora...

—No advertirá tu falta: le diré que te sentias malo, y te has acostado...

—Buena idea.

—Así podrás hablar tranquilamente y despacio con él.

—Pero os advierto, que ya sea por hacer valer la ayuda que promete, ya por otro motivo, mi amigo Antonio me dijo que solamente algunas cosas me confiaria.

—Si es para sacar más partido de sus revelaciones, págale...

—Lo sé, señorita; por el dinero baila el perro; pero si efectivamente calla por prudencia...

—Díle que deposito en tí toda mi confianza, que no tengo secretos para tí...

—Ya lo hice.

—Pues bien,—replicó Andrea resueltamente;—si ese hombre se empeña en callarse, que venga. Se trata de mi honra, de la felicidad de mi hijo, de la vida de mi madre, y á todo, absolutamente á todo estoy dispuesta.

—Es que...

—Mi falta no es un secreto para tu amigo, ya lo ves...

—Tal creo.

—¿Qué perderé con escucharlo?

—Bien, lo vereis si se empeña en ello.

—Juan, piensa en mi desgracia,—repuso la jóven, por cuyas mejillas corrieron algunas lágrimas:—no más que á tí en el mundo puedo acudir...

—Por Dios, señorita,—interrumpió conmovido el sirviente:—no me digais esas cosas, porque me haceis llorar tambien... ¡Voto al diablo!... Si don Juan os engaña, juro que no ha de valerle su nobleza y... En fin, consoláos; Dios no os desamparará,

porque sois buena y todo se remediará. ¿Quién sabe si mi amigo Antonio tiene medios de salvaros como asegura? Esperad, que tiempo teneis para sentir.

Andrea pagó con algunas cariñosas palabras los sinceros consuelos de su criado, y este salió para meditar sobre la conducta que debia observar con su amigo.

Aquella tarde fué don Juan á casa de Andrea.

Su visita duró pocos minutos, y aunque se esforzó para hablar y sonreir como siempre, su semblante delataba que su espíritu estaba más intranquilo que nunca.

Al salir dijo á Juan:

—Esta noche volveré; adviértelo á tu señora.

—¿A la hora de costumbre?

—Sí, á las once.

Llegó la noche, tan ardientemente esperada por Andrea y tan temida por don Juan.

Este habia dilatado su viaje hasta la siguiente mañana, de acuerdo con su madre y con la reina, las cuales, sospechando si fray Manuel espiaria los pasos del mancebo, quisieron inspirarle más confianza.

A la hora convenida, el sirviente se dirigió á la taberna, y excusado es decir que ningun plan habia combinado, porque no alcanzaba á tanto su entendimiento.

Antonio, con la frente apoyada en las manos y los codos en la mesa, esperaba en el mismo sitio que la noche anterior, y no se apercibió de la llegada de su amigo hasta que este le tocó en un hombro y le dió las buenas noches.

Las sardinas y el vino de costumbre estaban preparados.

Juan se sentó frente al misterioso personaje, cuyo rostro parecia más sombrío que nunca.

—Mi buen amigo Antonio,—dijo el sirviente,—antes de empezar, debo advertirte que esta noche pagaré yo el gasto ó no beberé.

Si te empeñas,—respondió Antonio,—pagarás; pero antes que acabemos espero convencerte de lo contrario.

—Lo veremos.

—Hoy, como siempre, vendrás de prisa...

—No.

—¿Tienes licencia de la vieja?

—La tengo de la jóven, á quien he dicho que me esperaba un amigo y paisano, y ella lo arreglará con su madre.

—Bien.

—Quiero que hablemos despacio...

—Bebe y empieza,—replicó Antonio, llenando los vasos.

Bebieron, miráronse un instante, y mientras descarnaban el esqueleto de una sardina, dijo el sirviente:

—¿Sabes, Antonio, que has cometido una imprudencia?

—No te comprendo, Juan.

—¿Por qué nos has seguido esta mañana cuando fuimos á misa?

—Por que tuve que hacerlo así.

—Eso no es decir nada.

—¿Quieres saber el motivo?

—Sí.

—Antes es justo y natural que tú me digas en qué consiste mi imprudencia.

—Has podido comprometerme...

—No sé cómo.

—Si mi señora te hubiese visto...

—Hubiera dicho que un hombre la seguia, lo cual le hubiera desagradado más ó ménos; pero ¿qué tenias tú que ver con un desconocido? ¿Podias tú evitarlo? ¿No le habrá sucedido cien veces como á toda mujer bonita?

—Es verdad; pero...

—Juan, ves visiones,—replicó Antonio, sonriendo burlonamente.—Bebamos á la salud de la vieja, y así podrás discurrir con más acierto.

—Bebamos cuanto quieras, Antonio,—repuso el sirviente, tomando su vaso y comprendiendo que acababa de cometer una torpeza:—sí, bebamos; pero ten entendido que no veo visiones...

—Bien, concedido; pero no negarás que por mirar lo que nada importa, dejas de ver lo que te interesa.

—Ahora me toca á mí no entenderte,—dijo Juan, mirando con sorpresa á su amigo.

—Te olvidas del mosto...

—No... A tu salud... ¡Bueno!... ¿Quieres explicarte?

—¿Quieres tú decirme lo que piensas del fraile carmelita?

—¡Del fraile!—repitió Juan, abriendo extremadamente los ojos y mirando con estupefaccion á su amigo.

—Sí.

—¿Has bebido ántes de venir yo?

—Juan, eres demasiado bueno,—repuso Antonio, volviendo á sonreir.

—Si con la palabra bueno quieres llamarme inocente ó tonto...

—No.

—Seré lo que quieras; pero es difícil engañarme.

—Te probaré lo contrario.

—Antes,—replicó el sirviente, que no acertaba á comprender á su amigo,—quiero que te expliques sobre lo del carmelita.

—¿Acaso no lo viste esta mañana?

—Pero ¿á quién?

—Al fraile, hombre, al fraile regordete y con cara de pascua, pero con ojos de ladino, que os siguió á misa...

—¡Antonio!

—¿Tampoco lo vió tu señora?

—¿Te has propuesto volverme loco?

—No, y dejo este punto; doña Andrea podrá darte explicaciones...

—Sabe lo mismo que yo...

—Eso me sucede á mí, sin más diferencia que yo me apercibí del carmelita y tú no...

—Pero ella...

—Pregúntale, porque no puedo decirte más.

Juan se pasó las manos por la frente.

Empezaba á aturdirse, lo cual era muy fácil que le sucediera.

En su limitada imaginacion no cabia más que una idea: dos á la vez lo trastornaban.

—No entiendo este enredo,—dijo despues de algunos instantes.—Por un lado don Juan, que dice una cosa y hace otra; por

otro tú, que hablas de tu amo y de doña Andrea, sin que pueda comprenderte nadie; además la vieja, y para que no falte nada, salimos ahora con que tambien hay de por medio un fraile...

—Un fraile que no lo es.

—¡Que no lo es!

—Un simple donado...

—¡Ah!...

—¿Lo entiendes?

—Sí, lo mismo que la vieja,—repuso Juan, sin pensar que decia lo que más importaba callar,—una vieja que parece una mendiga y es una bruja.

—¿De qué vieja hablas?—preguntó vivamente Antonio.

—¡Yo!... De ninguna,—respondió el sirviente, mirando recelosamente á su amigo.

—Sí, de una con apariencias de mendiga.

—No te importa, ó mejor dicho, no quiero explicarme; si quieres saber más, pregúntale á tu amo.

Y Juan, muy satisfecho, porque creia haberse vengado hiriendo por los mismos filos, se sonrió con candidez, añadiendo:

—Donde las dan las toman.

Antonio sonrió tambien, llenó su vaso, bebió con calma y replicó:

—Veremos si todo lo que te dan puedes devolverlo.

—¿Me provocas?... Bien, aguardo sin temor,—replicó Juan, apurando tambien un vaso de vino.

—Esa vieja,—repuso Antonio,—se presentó fingiéndose mendiga para conseguir su intento, como lo consiguió.

La sorpresa del sirviente llegó á su colmo.

Ya no le quedó duda de que Andrea no se habia equivocado, y que el papel llevado por la bruja estaba escrito por el desconocido amigo de don Juan.

Todo fingimiento era, pues, inútil, y aun podia ser perjudicial, porque debia ser conocido por Antonio, y este no llevaria á bien la reserva, cuando se le pedia ayuda.

El sombrío personaje habia aventurado demasiado al hablar de lo que ignoraba; pero se atrevió á hacerlo así, fiado en la torpeza del criado, y creyendo que este no podia mezclar en el

asunto á la vieja en cuestion, sino por que esta se hubiese dejado ver en cualquiera situacion y con cualquier motivo.

No podia ser otra cosa; se hablaba de personas desconocidas que habian aparecido con ocultos fines.

Hubo algunos momentos de silencio, que dieron á Antonio tiempo para meditar y al sirviente ocasion de calentarse más la cabeza, trastornándose más.

—Bebamos,—dijo al fin el del negro vestido,—sosiégate y hablemos con calma.

—Amigo Antonio,—replicó Juan mientras llenaba los vasos,—seamos leales, francos...

—Convenidos.

—¡A tu salud!

—¡A la de doña Andrea!

—¡Pobrecita!... Poco ha faltado para que hoy me hiciese llorar.

—Puedes hacer mucho por ella.

—Veo, Antonio, que sabes de este enredo tanto ó más que yo, y por consiguiente...

—Sí, de nada te servirá mentir.

—Por eso te diré con franqueza que ya no me cabe duda de que el papel que llevó la vieja es cosa de tu amo.

La frente de Antonio se contrajo.

—El papel,—dijo,—que llevó la vieja... Explícate, Juan.

—¿No hemos convenido en decir la verdad?

—Sí.

—Entonces no empieces por aparentar que ignoras lo que sabes.

—Bien.

—Digo que el papel que en tanto cuidado ha puesto á doña Andrea está escrito por tu amo.

—¿Y suponiendo que así sea?...

—Tú puedes decirme si efectivamente don Juan se irá muy pronto á Lisboa para casarse.

—¿Lo duda tu señora?

—¡Vive el cielo!... Esa villanía...

—Juan, en asuntos de amores se perdona todo.

—Es asunto de honra.

—Lo cual prueba que don Juan, como tú dices, es un villano.

—Y yo vengaré á mi pobre señora...

—Harás mejor en salvarla.

—¿Cómo?

—Ese es mi secreto.

—Antonio, lo convenido...

—Ya te lo dije anoche, solo una cosa te oculto...

—Pero...

—Debes ignorarla ahora, y así lo quiere doña Andrea.

—Entonces no adelantaremos nada.

—Mucho.

—¿Qué importa que tú tengas medio de salvar á mi señora, si ese medio lo desconoce ella?

—El remedio es fácil.

—No acierto, Juan.

—Yo revelaré el secreto á doña Andrea.

—¿Y cómo?

—Hablando con ella despacio.

—¡Oh!...

—¿No te parece bien?

—Eso es imposible.

—Entonces demos por terminado el asunto,—replicó Antonio con tono de indiferencia, y volviendo á llenar los vasos.—Amigo Juan, bebamos para olvidar penas, hablemos de cosas alegres como buenos camaradas, y dejemos que ruede la bola. ¿Por qué hemos de mezclarnos en asuntos ajenos?

El sirviente hizo un gesto de impaciencia.

—Antonio,—dijo,—esta noche debo yo estar loco ó tú borracho.

—Tal vez, y para no cometer ningun desacierto, ocupémonos solamente de beber y reir...

—¡Vive Dios!...

—Juan, el vaso se derrama...

—Como quieras,—repuso el sirviente, volviendo á beber y restregándose los ojos.—Reiremos, sí; pero no por eso dejaré de tener razon para quejarme...

—¿De qué?

—Me prometiste salvar á doña Andrea...

—¿Sigues con el mismo cantar?

—Y seguiré eternamente...

—Lo que prometí estoy dispuesto á cumplirlo; pero tú me lo estorbas.

—La condicion que pones...

—Es precisa.

—No tal. Doña Andrea me ha dicho está tarde: «Ningun secreto tengo para tí.»

—A pesar de eso...

—Antonio, las cosas claras: justo es que cada cual mire su conveniencia: tú vas á servir á mi señora y debes ser recompensado...

—Es verdad.

—Pues bien, sin necesidad de verla, tendrás el premio de tu buena accion...

—¿Quién me lo dará?

—Yo, que estoy autorizado...

—Envidio tu candidez,—interrumpió Antonio, sonriendo de una manera extraña.

—¡Mi candidez!

—Amigo Juan, veamos lo que me ofreces en pago de mis servicios.

—Cuanto dinero quieras, si no es más del que mi señora puede darte.

—¡Dinero!—murmuró con amargura el misterioso personaje.—No lo quiero, me sobra.

Juan volvió á restregarse los ojos, y miró á su amigo con más sorpresa que nunca.

—¿Qué deseas?—preguntó despues de algunos instantes.—¿Acaso buscas favor para que te den un empleo?...

—No,—replicó vivamente Antonio.

—Entonces...

—La recompensa que busco no es otra que la satisfaccion sin igual que me proporcionaria el poner á cubierto la honra de doña Andrea y dar un nombre á su hijo.

El sirviente se encogió de hombros, y cruzó los brazos con aire de resignacion.

Empezaban á confundirse sus ideas, y tenia que darse por vencido.

—Escucha,—dijo, queriendo hacer la última tentativa,—es menester que sepas...

—Nada me expliques,—interrumpió Antonio.

—Pero...

—Dentro ó fuera.

—Así me gusta.

—¿Quiere tu señora mi ayuda?

—Sí.

—La tendrá y salvará su honor si quiere entenderse conmigo.

—¿Y si se negara á recibirte?

—No volverás á hablarme de ella, ó dejaré de ser tu amigo.

—Bien, la verás,—dijo resueltamente el criado;—pero me queda el sentimiento de tu reserva conmigo...

—Antes de ocho dias lo sabrás todo y me harás justicia. Ahora bebamos, bebamos á la salud de doña Andrea,—repuso Antonio, cuyas pardas pupilas relumbraron como dos áscuas.—¡Me abraso!... ¡Tengo sed!...

Y su mano, convulsa y ardiente como la de un calenturiento, asió el vaso y lo levantó, añadiendo:

—¡Bebe, Juan, bebe!

A cualquiera otro que al cándido sirviente le habria llamado la atencion el repentino cambio de Antonio, cuya calma sombría desapareció en un instante; pero Juan no paraba mientes en semejantes cosas, mucho ménos entonces que el vino empezaba á trastornar su cabeza.

Entre alegres risotadas y brindis, dieron fin al espirituoso líquido y á las sardinas.

El fiel criado tenia ya por cierta la salvacion de su señora, y no cabia en sí de gozo y de orgullo, porque se atribuia la gloria de haber conquistado á su amigo.

Antonio, si no creia seguro el logro de sus ardientes deseos, tenia por lo ménos grande esperanza, y dejaba que por sus ojos se escapase en relucientes centellas el fuego de su alegría.

¿Quién era aquel hombre?

¿Cuáles eran sus proyectos?

Estas dos preguntas debió habérselas hecho Juan antes de adquirir ningun compromiso; pero el inexperto sirviente creyó que le bastaba con saber que su amigo se llamaba Antonio, y que era, segun decia, criado de un caballero rico.

El misterioso personaje apuró vaso tras vaso con la avidez del calenturiento que quiere apagar su devoradora sed; y sin embargo, no bebia impulsado por el vicio de hacerlo ni para alegrarse como Juan; su intento era embriagarse para olvidar, para no sentir.

Empero su cabeza era demasiado firme, y no lo consiguió.

—Vamos,—dijo al fin, poniéndose de pié;—aquí hace un calor insoportable.

—Es verdad,—respondió el sirviente, que con lo que habia bebido, y en medio de aquella pesada atmósfera, no hubiera podido resistir algunos minutos más sin dormirse.—Pero te advierto, amigo mio... ¿lo entiendes?... te advierto que... no estoy borracho...

—Ya lo veo.

—Es que... ¿lo entiendes, Antonio?

—Sí, vamos...

—¿Y... quién paga?

—¿No lo has visto?

—Pero...

—Ya está pagado.

—No es lo convenido...

—Como no te has opuesto...

—Pero mañana... ¿lo entiendes?... mañana...

—Vamos, Juan.

Salieron de la taberna y ambos respiraron con avidez el aire húmedo y frio que corria.

—Mañana,—dijo Antonio,—me dirás el dia en que he de ver á tu señora.

—Sí.

—Adviértele que no puede perderse el tiempo.

—No se perderá.

Apretáronse las manos y se separaron.

—¡Oh!—exclamó Antonio, dirigiéndose á la Plazuela de Santa Cruz.—¡Si supiera quién soy!...

Detúvose como si le faltase el aliento, se pasó las manos por la frente, y añadió:

—¡Tengo el infierno en el pecho!... ¡Estoy loco!

CAPÍTULO XIII.

Explicaciones.

El frio y el movimiento despejaron la cabeza del sirviente, y gracias á esta circunstancia, pudo entrar en explicaciones cuando se presentó á su dolorida señora.

Esta aguardaba á su fiel criado con el afan y el temor consiguientes á su apurada situacion. La infeliz habia contado los instantes como el que cuenta los que le quedan de vida.

Entre esperanzas y temores, á solas en un aposento unas veces, derramando lágrimas de intenso dolor otras, exaltada por la fiebre que desde aquella tarde abrasaba su pecho y trastornaba su razon, habia sufrido horriblemente.

Reinaba en toda la casa el silencio más profundo.

La rojiza luz de un velon iluminaba débilmente la habitacion de Andrea, cuyo rostro pálido y desfigurado daba claras muestras de su pesar.

Eran las diez cuando Juan llegó.

—¿Lo has visto?—le preguntó vivamente la jóven, abriendo sus melancólicos ojos y fijando en el sirviente una angustiosa mirada.

—Sí, señora,—respondió el sirviente con su calma habitual:—acabo de separarme de él, y...

—Explícate... ¡Oh!... No sabes con cuánta ansiedad te he esperado.

—No he podido acabar antes, señorita: para hacer hablar á mi amigo...

—¿Te ha dicho al fin?...

—Nada.

—¡Nada!—repitió Andrea con sorda voz.

—Se empeña en callar sobre los medios con que cuenta para salvaros...

—¿Pero el papel que trajo la vieja?...

—Eso es otra cosa: mi amigo no dice claramente que lo haya escrito su amo, pero tampoco lo niega.

—¡Ah!...

—Y además, me ha hablado de la vieja que se fingia mendiga.

—No debe dudarse.

—Y asegura que don Juan se irá á Lisboa y se casará allí...

—¡Dios mio!—exclamó Andrea con acento desgarrador.

—Sin embargo,—repuso Juan,—no hay que apurarse por eso: mi amigo Antonio asegura y jura que puede libraros de los males que os amenazan.

—¿Cómo puede ser eso, si es cierto que se casa don Juan?

—No lo entiendo,—dijo el sirviente, encogiéndose de hombros.—En eso consiste el secreto...

—Ese hombre te engaña...

—¿Con qué fin?...

—Querrá dinero...

—No lo acepta.

—¿Entonces?...

—Me ha dicho que no busca más recompensa que la satisfaccion que ha de causarle el poner á salvo vuestra honra y dar un nombre á vuestro hijo.

—Pero los medios...

—A vos, señorita, solo á vos quiere confiar el secreto...

—Andrea dejó caer la cabeza entre las manos, y meditó algunos instantes.

—¿Crees,—preguntó luego,—que tu amigo es un hombre tan generoso?

—Yo lo tengo por bueno...

—Pero tanto desinterés...

—Le sucede lo mismo que á mí.

—Es verdad, tú tambien eres pobre, y sin embargo, no te mueve á hacer bien la esperanza de la recompensa, sino tu buen corazon... Estoy decidida; veré á tu amigo...

—Eso quiere él: con esa condicion se compromete á ayudaros.

—¿Hace mucho tiempo que tú lo conoces?

Juan, que no esperaba esta pregunta, vaciló, y despues de rascarse la frente, como si así llamase á la memoria, dijo:

—Hace... como... seis meses...

—¿Y el nombre de su amo?

—¡Oh!... Nunca ha querido decírmelo.

—Tanta reserva...

—Es muy discreto, muy prudente y...

—Juan, la conducta de ese hombre es misteriosa, y tengo miedo.

—Es su carácter, señorita; tiene un génio muy raro; pero es leal, buen amigo. Verdad es que algunas veces dice cosas que lo dejan á uno con la boca abierta; pero yo creo que son palabrotas que aprende de su señor.

—Tanto empeño en verme; tanta seguridad en sus promesas, y tanto cuidado en ocultar sus planes...

—¿Qué perdereis por escucharlo?

—¡Oh!...

—Por mi parte, haced lo que os plazca.

—¿Qué le has dicho?

—Que le contestaré...

—Bien,—replicó Andrea con resolucion;—le recibiré mañana si se confirman mis sospechas.

—Además,—repuso el sirviente,—es preciso que sepais que otra persona os vigila...

—¿Quién?—preguntó vivamente la jóven.

—Un fraile.

—¡Juan!...

—Es decir, un donado carmelita...

—Pero...

—¿No lo vísteis esta mañana?

—A nadie ví...

—Pues nos siguió hasta la iglesia, y despues hasta dejarnos en casa.

—Nada me has dicho...

—Porque nada advertí; pero esta noche me lo ha dicho mi amigo Antonio.

—¿Y cómo lo sabe él?

—Lo sabe,—respondió el sirviente, volviendo á vacilar,—lo sabe... porque... En fin, es otro secreto suyo.

—Ese amigo desconocido de don Juan, su misterioso criado, la vieja, el religioso... ¡Oh!—murmuró la pobre Andrea, oprimiéndose las sienes.—Parece que soy objeto de alguna intriga horrible... ¿Qué significa todo eso?... ¡Dios mio!... Acabarán por trastornar mi razon.

El sirviente no se atrevió á decir más, porque veia que sus explicaciones no servian sino para confundir á su señora y atormentarla.

Tampoco se atrevió Andrea á preguntar más; empezaba á sospechar una cosa horrible: que su deshonra era pública, y no queria convencerse de ello.

La razon más firme se hubiera trastornado en semejante situacion.

Lo que sucedia era en extremo sencillo; pero como la jóven ignoraba los proyectos de Antonio, creia en la existencia del amo de este, y con impenetrable misterio veia aparecer desconocidos personajes, no acertaba á comprender más, si no que ella era el blanco de una tenebrosa intriga, cuyo fin no podia ser bueno, puesto que tan cuidadosamente se ocultaba.

¿Habia tenido la desgracia de interesar con su belleza á alguno de esos hombres ricos y de costumbres desenfrenadas, y se le tendia un lazo?

¿Era todo obra de don Juan para romper sus compromisos? Andrea no acertaba á responderse á estas preguntas.

Aumentábase su confusion cuanto más meditaba.

Lo único que encontraba indudable, horriblemente claro y

cierto, era la mudanza de don Juan, y el que su falta fuese conocida al ménos por una ó dos personas, segun lo probaba el papel llevado por la vieja y cuanto habia dicho Antonio al sirviente.

Largo rato permaneció la jóven con el rostro oculto entre las manos, entregada á sus desconsoladores y sombríos pensamientos.

Juan, que temia nuevas explicaciones, y sentia la necesidad de dormir, siquiera fuese sentado, hasta que llegase la hora de abrir la puerta al amante, retrocedió un paso, luego otro, y como nada le dijese su señora, siguió andando hácia atrás hasta encontrarse fuera del aposento.

Andrea no varió de postura.

Estaba demasiado preocupada para advertir lo que pasaba á su alrededor, mucho ménos la silenciosa retirada del sirviente.

Así pasó cerca de una hora.

En la calle sonaron pisadas y una tos bastante conocida.

Petra interrumpió el sueño profundo de Juan, que, sentado en una silla, roncaba descuidadamente.

—Despierta, animal,—le dijo.

—¿Qué quieres?—preguntó el criado, restregándose los ojos.—¿No me dejarás sosegar? Ya te he dicho que ahora no puedo explicarte nada...

—Ni quiero.

—Entonces...

—Ahí está don Juan.

—¡Ah!...

—Levántate...

—Voy corriendo...

—¡Maldito vino!

—¡Pícara lengua!

Pocos minutos despues entraba don Juan en el gabinete de Andrea.

El rostro del mancebo estaba contraido y pálido como nunca.

Su mirada pareció fijarse con miedo en la desdichada jóven.

Los azules ojos de esta brillaron con el ardor de la fiebre, y examinaron con indecible afan el semblante anublado del caballero.

Hubo algunos momentos de vacilacion, de silencio verdaderamente embarazoso para ambos.

Quizás por primera vez en su vida se habia sentido don Juan turbado delante de una mujer.

Andrea se oprimió el pecho y ahogó un doloroso suspiro.

Su hermosa frente se contrajo más de lo que estaba.

Habia comprendido que su perdicion era cierta.

En aquel momento su espíritu elevado y fuerte, sus nobles instintos se rebelaron contra toda idea de humillacion.

Ya que todo se perdiese, queria salvar al ménos la dignidad.

¿Podria conseguirlo?

Cuando agotase sus fuerzas la mujer, apelaria la madre á todo para salvar á su hijo.

Esto no lo sospechaba Andrea.

Iba á pedir explicaciones, y era probable que las obtuviese; pero cuando de las explicaciones pasase á las reclamaciones encontraria todas las dificultades que aun no habia tocado en su crítica situacion.

Ardientes protestas de amor podian salir de los labios de don Juan; pero no formales promesas que disipasen las dudas y los temores de Andrea.

Al fin el noble doncel procuró sonreir con dulzura, y mientras dejaba en una silla la capa y el sombrero, y se sentaba cerca de la jóven, pronunció algunas frases lisonjeras, de estudiada galantería, recibiendo en contestacion algunas palabras vagas, que ningun significado tenian.

Como no podia dejar de suceder, la conversacion se interrumpió, porque él no sabia cómo expresar lo que tenia que decir, ni ella acertaba á preguntar lo que deseaba saber.

Para poner en el mayor apuro á don Juan y colocarse en un terreno ventajoso, Andrea no tenia que hacer más que hablar de cosas indiferentes; pero no estaba su cabeza para formar plan alguno, ni creia tampoco que su amante hubiese ido para tratar de lo que otras veces ni mencionar queria.

La infeliz jóven hizo, pues, todo lo contrario de lo que le convenia, y fijando en don Juan una severa mirada, dijo con acento breve:

—Don Juan, es preciso que me escucheis, que os expliqueis, que yo sepa lo que debo esperar, que de una vez, en fin, se resuelva esta situacion...

—De una vez,—interrumpió el mancebo sin manifestar sorpresa,—de una vez ha de resolverse; así lo deseo, porque es demasiado violenta, demasiado comprometida para mí.

—¡Para vos!—murmuró con amargura Andrea.

—¿Lo dudais?

—¿Y para mí, caballero?

—Os he hablado con franqueza, y conoceis mis intenciones tan bien como yo.

—No basta.

—Lo sé; quereis mucho más, exigís lo que es un imposible ahora...

—Don Juan...

—Sí, un imposible ahora y...

—¿Y despues?—preguntó afanosamente Andrea.

—Despues... si logro vencer todas las dificultades con que lucho...

—¡Ah!—exclamó la jóven arrebatadamente.—Me engañais, don Juan...

—¡Andrea!

—Sin duda al entrar aquí os olvidais de quién sois, de lo que me debeis, de lo que os debeis á vos...

—Señora,—replicó enérgicamente el mancebo,—yo jamás me olvido de mi hidalguía...

—¡Hidalgo el que engaña, el que hiere al débil, al indefenso!... ¡Oh!...

—Me ofendeis...

—Os acuso...

—Basta, señora,—interrumpió vivamente el doncel.—¿No teníais otra cosa que decirme?

—Antes de blasonar de noble y caballero,—repuso Andrea con creciente exaltacion,—debiérais consultar vuestra conciencia, preguntaros si con las pruebas de vuestro proceder podian haceros doblar la frente, que tan alta levantais para hablar de vuestra hidalguía.

—¿Sabeis lo que decís?

—Que me engañais villanamente.

—¡Doña Andrea!

—Don Juan, vais á partir para Lisboa...

—¡Ah!...

—Vais á casaros... ¡Decid que sois caballero!

El mancebo no acertó á responder en algunos instantes.

Fijó en la jóven una mirada de sorpresa, y sus mejillas se tiñeron por un momento de púrpura.

—¡Que me voy á Portugal!—murmuró al fin.

—¿Os atrevereis á negarlo?

—No... pero... un viaje no es un crímen...

—¿Y vuestro casamiento?

—Es... es un proyecto de mi madre... pero nada más que un proyecto...

—¡Ah!—exclamó Andrea con acento desgarrador.—¡Estoy perdida!...

—Señora...

—No era un lazo que se me tendia, no es la mentira de un enemigo, es la advertencia de un amigo oculto, leal y desinteresado...

—¿Qué estais diciendo?

—No me engañaban, era verdad...

—¿De quién hablais? ¿Quién os ha dado esas noticias?

—Ya lo veis, don Juan; vuestro proceder es indigno de un hombre honrado...

—Pero...

—Me abandonais y...

—Calmáos.

—¡Que me tranquilice!—replicó la jovén con febril acento.—¿Y mi honra, mi hijo, mi madre?...

—No os he abandonado aún,—dijo el caballero, á quien empezaba á faltarle el valor;—todavía...

—¿No partireis?

—Sí; pero...

—¿Y mi honor? ¿Qué habeis hecho de mi honor? Decid.

—Para el mundo...

—Está manchado.

—Es un secreto.

—¡Un secreto!—exclamó Andrea con amargura.

Y mientras dejaba escapar una carcajada nerviosa, sacó de su agitado seno el papel escrito por Martin y lo arrojó á don Juan, diciéndole:

—Ved si el secreto está bien guardado.

El mancebo fijó en el escrito su sombría mirada, y estrujando luego el papel entre sus dedos con toda la fuerza de su reconcentrada ira, exclamó:

—¡Oh!... ¿Quién es, decid, el villano miserable que ha hecho esto?

—¡Villano!—repuso Andrea con ironía.—¡Villano miserable quien advierte el peligro, quien presta generosa ayuda al débil!...

—Quien oculta su nombre no es bien nacido.

—Ocultarlo para hacer bien, es noble; así como dar el nombre y el rostro para hacer mal, es no solo villanía, sino repugnante cinismo.

—Señora, me hareis perder la razon...

—Yo he perdido más...

—¿Quién os ha dado este papel?

—Una persona á quien no conozco, una anciana, una mendiga á quien socorrí...

—¿Cuándo?

—Esta tarde... ¿Pero qué importa todo eso?

—Quiero averiguar...

—¿Es ó no verdad lo que se me dice?

—Tranquilizáos un poco,—repuso el doncel, limpiándose el sudor que empezaba á correr por su frente;—yo tambien procuraré dominarme; es preciso discurrir con calma si hemos de adelantar algo. Esos que vos llamais vuestros amigos ocultos, son mis enemigos alevosos.

—¿No son los mismos nuestros intereses?

—Sí.

—Entonces no pueden ser enemigos vuestros mis amigos, no son para vos traidores los que me favorecen.

—Los que me acusan...

—No tal,—interrumpió Andrea,—no os acusan; me advierten...

—Bien, bien, como os plazca; pero en todo caso, preciso es aclarar...

—¿Quereis saber quién ha escrito este papel?

—Sí.

—Un amigo vuestro, á quien habeis confiado el secreto de nuestros amores.

—A nadie he hablado de vos.

—¿Estais seguro de que la memoria no os es infiel?

—Os lo juro, Andrea; lo juro por mi fé de caballero, por Dios, por la inocente criatura que se abriga en vuestras entrañas...

—Don Juan...

—Por mi madre, por mi alma,—repuso el doncel con solemne acento.

—¡Oh!...

—Una prueba, señora, una prueba...

—El criado de vuestro amigo dice que ha escuchado vuestras conversaciones, y así debe ser, porque ha referido á Juan hasta lo que este no sabia...

—¿Quién es ese hombre?

—Lo ignoro.

—Pero su criado...

—Me ofrece la salvacion, y nada más...

—Miente.

—Don Juan...

—Miente como un miserable; os engañan, sabe Dios con qué fin...

—No me engañan, puesto que me dicen la verdad.

El caballero estaba tan aturdido como Andrea.

Levantóse, paseó agitado de un extremo á otro de la habitacion.

Meditó, puso en verdadera tortura su imaginacion acalorada, y pensó en cuantas personas conocia y podian tener más ó ménos interés en su casamiento.

Empero nada consiguió.

Su madre no podia tener parte en aquella intriga, cuyo fin aparente era favorecer á Andrea.

Esta esperaba con ansiedad.

Su mirada afanosa seguia todos los movimientos del doncel, observaba todos sus gestos, y parecia querer penetrar hasta el alma para averiguar lo que en ella sucedia.

Hubieran podido contarse las palpitaciones del corazon de la infeliz.

Un temblor convulsivo agitaba sus miembros.

Su frente parecia abrasarse por la calentura.

—Esto es horrible,—dijo al fin don Juan con voz sombría.

Y sentándose otra vez, añadió:

—Preciso es que yo sepa quién es ese miserable impostor que se llama mi amigo.

—Su criado lo oculta...

—Pero ese criado...

—¿Quereis verlo?

—Sí.

—Mañana á esta hora lo encontrareis aquí.

—¡Mañana!—murmuró el doncel, pensando que aquella madrugada debia salir de Madrid.

—¿Os parece largo el plazo?

—Sí.

—Antes es imposible: Juan no sabe dónde vive, y no lo verá hasta la noche...

—Es tarde...

—Sufrid un dia más como yo.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Mañana á la noche,—repuso don Juan, despues de vacilar algunos instantes,—estaré lejos de Madrid.

Andrea no pudo contener un grito desgarrador.

—¡Mañana!—exclamó.

—Sí,— dijo resueltamente el caballero,—mañana... Dentro de seis horas partiré...

—¡Dios mio!

—Pero... volveré... así lo espero...

—No,—replicó la jóven,—no partireis, esperareis un dia...

—Es imposible...

—Un solo dia, don Juan; un solo dia por mi honra, por vuestro hijo...

—Mi madre...

—Vuestro hijo....

—La reina, sabedlo de una vez, me ha mandado salir hoy para Lisboa...

—¿Qué importa la reina, ni vuestra madre, ni consideracion alguna, ante deberes sagrados que os sujetan aquí? Nada os pido más que el cumplimiento de vuestras promesas, de vuestros juramentos...

—Basta,—interrumpió don Juan, volviendo á levantarse;—basta... ¡Oh!... Es imposible, imposible... Os juro que lucharé hasta el último instante, que haré todos los sacrificios; pero debo partir dentro de seis horas, y partiré.

Andrea no pudo resistir más.

Acabó la falsa energía que le habia comunicado la fiebre.

La mujer habia agotado sus fuerzas.

Ya no quedaba más que la madre, que queria á toda costa salvar á su hijo, aunque hubiese de humillarse suplicando.

Ambos callaron algunos instantes, como si quisiesen recobrar el aliento para proseguir la lucha.

Don Juan recorrió la estancia como el tigre su prision.

Sus ojos brillaban como dos luciérnagas.

—Es preciso que lo sepais,—dijo al fin:—mi madre y la reina han contraido un compromiso formal, y me exigen el sacrificio de mi corazon; pero aun no me he casado, hay que vencer algunas dificultades, y por consiguiente, no debeis todavía entregaros á esa loca desesperacion. En cuanto á mi viaje, es otra cosa: no puedo evitarlo, solamente he conseguido, Dios sabe á costa de qué, dilatarlo hasta mañana para tener tiempo de despedirme de vos, de rogaros que confieis en mi cariño, y de juraros que si sucede la desgracia que yo temo tanto como vos, no será por haber dejado de hacer todo género de sacrificios.

—¡Por vuestro hijo, don Juan, por vuestro hijo!—exclamó Andrea, extendiendo los brazos con suplicante ademan.

—Me atormentais....

—¡Mi honra!...

—Callad... me desgarrais el alma...

—Suspended vuestro viaje...

—Imposible.

—Un solo dia...

—Ni una hora.

—¡En nombre de Dios!—exclamó la jóven, cuyos ojos dejaron al fin escapar dos raudales de lágrimas.

—Dejadme,—murmuró el doncel con voz ahogada por la emocion y sin atreverse á mirar á Andrea.

Esta se puso de pié, y acercándose á su amante, le asió de un brazo, diciendo:

—No, no saldreis sin prometerme que volvereis mañana...

—¡Oh!...

—Mañana vereis á ese hombre, le obligareis á explicarse...

—Os tienden un lazo...

—Pero ya que no se remedie mi desgracia, conoceré á mis amigos y á mis enemigos; se aclarará el misterio con que se rodea ese hombre, el que encubre á la fingida mendiga, el que hace incomprensible la presencia de un fraile que espía mis acciones...

—¡Un fraile!—interrumpió vivamente don Juan.—¡Un fraile!... Explicáos...

—Sí, un carmelita que esta mañana me siguió á la iglesia.

—¡Ahora lo comprendo todo!...

—¿Qué decís?... Don Juan, hablad...

—¿A qué hora salísteis?

—A las doce...

—¡Oh!...

En aquel instante se oyó una voz destemplada y estridente, que gritaba:

—¡Andrea, Andrea!

—¡Mi madre!...

—¡Vuestra madre!... Corred.

—Esperadme...

—No,—replicó don Juan, dando un paso hácia la puerta.



—No,—dijo Andrea con el acento de una loca,—no saldreis sin arrastrarme.

—¡Deteneós!—exclamó la jóven, cayendo de rodillas; pero sin soltar el brazo de su amante.

Este intentó desasirse y salir.

—No,—dijo Andrea con el acento de una loca,—no saldreis sin arrastrarme.

Y sus azules ojos, extremadamente abiertos, relumbrantes como dos luces fosfóricas, clavaban en don Juan una mirada de desgarradora súplica.

La frente del mancebo, pálida y contraida, estaba inundada de frio sudor.

Su respiracion era trabajosa y desigual.

Su corazon palpitaba como si fuese á romperse en cien pedazos.

No sufria ménos que Andrea.

No era un hombre depravado, ya lo hemos dicho, y en aquel momento le faltaba el valor para abandonar á la infeliz que todo se lo habia sacrificado.

—Ya que no un dia,—decia la desdichada,—una hora siquiera... ¡cinco minutos!...

—¡Andrea, Andrea!—volvió á gritar doña Luisa con más fuerza.

—Vuestra madre...

—Esperad... es la última súplica.

—¡Dios mio!—murmuró el doncel con voz ahogada.

—¡Por vuestro hijo!...

—¡Oh!...

—¡Por mi honra!... ¡Por caridad!...

—¡Andrea!—gritó la anciana con acento de ira.—¡Andrea, Andrea!

Juan entró precipitadamente en la habitacion.

—Que llama la señora,—dijo.

La infeliz jóven, aunque sin pensar lo que hacia, impulsada por un sentimiento instintivo de dignidad, se levantó para que su criado no la viese en la humillante posicion en que se encontraba.

Don Juan aprovechó aquellos instantes, y tomando su capa y sombrero, exclamó:

—¡Adios!...

—¡El adios postrero, eterno!—murmuró Andrea, apoyándose en un hombro de su fiel criado.

El noble mancebo, sin poder apenas respirar, trastornado, loco, salió del gabinete.

Petra acudió tambien, y al ver el rostro pálido y desfigurado de Andrea, dijo:

—¡Dios mio!... ¿Qué os sucede, señorita?

Y corrió á sostener á la jóven, que estaba próxima á desfallecer.

El criado salió entonces para abrir la puerta de la calle á don Juan.

Seguia doña Luisa gritando cada vez con más fuerza y mayor ira.

La desdichada Andrea se oprimió el pecho, exhaló un penoso suspiro, hizo un esfuerzo sobrenatural, y levantando al cielo los ojos, exclamó:

—¡Compasion, Dios mio!

Luego se desprendió de los brazos de Petra, y con vacilantes pasos salió del aposento para ir á ver á su madre.

Tenemos que hablar de la entrevista de Andrea con su madre y de lo que hizo don Juan, y como ambas cosas no podemos referirlas á la vez, nos permitirá el lector que sigamos á la jóven y dejemos al doncel bajar la escalera para encontrarlo despues en la calle.

Vuélvase, pues, la hoja.

CAPÍTULO XIV.

La madre y la hija.

En cualquiera otra ocasion y en iguales circunstancias, doña Luisa hubiera prorumpido en quejas y ágrias reconvenciones, porque habia llamado muchas veces sin que nadie le respondiera y acudiera; pero aquella noche, sin que podamos decir por qué, recibió á su hija con dulzura, dilatándose, al verla, su pálido y demacrado rostro.

La anciana se encontraba en su lecho.

El dormitorio estaba casi á oscuras, porque delante de la débil luz de una lamparilla que ardia sobre una mesa en un rincon, habia una pantalla que impedia que se esparciesen los rojizos rayos.

Esta circunstancia favoreció á la jóven, porque era imposible ver su palidez, ni las señales del llanto en su desfigurado rostro.

—Perdonadme, madre mia,—dijo al entrar y acercándose al lecho;—no he venido en seguida, porque...

—Siéntate, hija mia,—interrumpió la anciana con dulzura.—No me oiste, ¿es verdad.

—No, señora,—respondió la jóven, sorprendida por el tono cariñoso de su madre.

—Desperté,—repuso doña Luisa;—me pareció oir ruido de voces, y te he llamado para preguntarte lo que sucedia, aunque presumo que Petra ó Juan...

—Ambos y ninguno,—respondió Andrea, procurando disimular su agitacion.

—¿Qué han hecho?

—Siento disgustaros, y...

—No, hija mia; una torpeza más ó ménos, no puede ser otra cosa, porque ellos son buenos, leales...

—Sí, una torpeza, un descuido...

—¿Han roto?...

—Han perdido, es decir, no se encuentra hasta ahora una cuchara...

—Descuida.

—Son las únicas alhajas que poseemos, un recuerdo de m buen padre...

—Ya se encontrará, hija mia; Juan y Petra son fieles, y la cuchara no puede estar perdida.

Andrea miró con mayor sorpresa á su madre.

¿Qué significaba aquel cambio en la anciana?

Era inexplicable.

—Mucho te has incomodado,—añadió doña Luisa, cogiendo una mano de la jóven:—tiemblas...

—Ya estoy tranquila.

—Todo se arreglará.

—Sí, pero...

—Además, es preciso disimular algo, perdonar una torpeza sin intencion á los que nos aman. El dia que yo te deje para siempre, que está cercano...

—No hableis de eso,—interrumpió la jóven.

—¿Por qué? Mi enfermedad se agrava, mis años son muchos...

—Madre mia...

—Si te hago sufrir...

—Es tarde, os conviene reposar...

—Bien, dormiré; pero queria decirte que debes disimular á

nuestros antiguos criados algunas de sus faltas, porque todos las cometemos. Además, son leales, nos aman, y sus servicios pueden serte muy útiles. Cuando yo deje el mundo, ni parientes, ni amigos te quedarán, y en tu soledad, pobre y sin experiencia, esos servidores fieles no te abandonarán y serán para tí verdaderos protectores. Mis esperanzas de vida...

—Mi querida madre,—interrumpió la jóven, que queria terminar la conversacion, porque sus fuerzas menguaban por momentos,—¿os sentís peor?

—No,—respondió la anciana.

—Como no pensais más que en la muerte...

—¿En qué ha de pensar un viejo enfermo? No estoy peor, Andrea; pero siento una cosa que no acierto á explicar, y... lo único que puedo decirte es que esta noche me parece que te quiero más que nunca.

Y la anciana fijó una mirada tan tierna en su hija, que esta sintió una conmocion profunda y no pudo contener algunas lágrimas que brotaron de sus ojos.

—¿Por qué lloras, hija mia?—preguntó con dulce acento la enferma.

—Vuestras ideas son tan tristes...

—Ha de llegar el momento terrible, y debemos esperarlo con resignacion. La idea de la muerte no me espanta sino por tí, que has de quedarte sola; pero en cambio de ese pesar, tengo la consoladora esperanza de que el esposo que te ofrece la fortuna te hará feliz.

Andrea se estremeció ligeramente, y no acertó á responder.

—Don Juan,—prosiguió la anciana,—sabrá apreciar tu virtud...

—Hablais más de lo que conviene á vuestra salud.

—No importa.

—Es muy tarde.

—Déjame disfrutar de estos momentos...¡Te encuentro tan hermosa esta noche!—dijo la anciana con toda la ternura y el orgullo de una madre, y oprimiendo contra su pecho la mano de su hija.—¡Dios te bendiga!... ¡Bendita seas!... Me has hecho feliz con tu cariño y tu virtud... Acércate, hija mia, acércate...

La jóven inclinó la cabeza.

Apenas podia respirar.

Las últimas palabras de doña Luisa habian producido en su alma una conmocion tierna y dolorosa á la vez, que nunca habia sentido.

Los labios secos y frios de la anciana estamparon un beso en la abrasada frente de su hija.

Esta permaneció inmóvil, y sus lágrimas ardientes cayeron sobre el pecho agitado de su madre.

Trascurrieron algunos segundos de silencio solemne.

—¡Madre mia!—murmuró la infeliz jóven como si una dura mano le oprimiese la garganta.

—¡Hija mia, hija mia!...

—¡Madre mia,—repuso Andrea,—yo quisiera morir con vos!... ¡Ah!...

—¡Morir conmigo!—dijo la enferma, cuyos ojos se habian humedecido.—¡Morir conmigo, cuando tan pocos dias me restan de vida!

—¿Qué me espera sola en el mundo?

—Goces, felicidad...

—Sufrimientos, llanto...

—El sepulcro es negro...

—La orfandad es triste, dolorosa, horrible...

—No para tí, hija mia, que eres amada por un corazon noble... ¡Ah! Dios ha querido compensar en mis últimas horas mis amarguras de muchos años, y espiraré sonriendo como ahora, porque te dejo en el camino de la dicha.

No sospechaba la anciana que sus palabras, en vez de un bálsamo consolador, eran un puñal que desgarraba el alma de su pobre hija.

La dolorida jóven seguia vertiendo lágrimas, y á pesar del estado en que se encontraba, agotadas sus fuerzas y trastornada su razon, no podia separarse de su madre en aquellos momentos solemnes, en que recibia bendiciones y caricias en vez de las acusaciones y castigo que merecia por su grave falta.

Nunca como entonces comprendió Andrea todo lo horrible de su situacion.

La anciana se consideraba feliz en su agonía, porque dejaba á su hija virtuosa y amada.

¡Cuánto debia sufrir la desdichada madre el dia que se desvaneciese su ilusion, y enseñándole la realidad, viese la deshonra de su hija y el criminal proceder de don Juan!

Entonces, las amarguras de muchos años, que esperaba ver compensadas con un momento de suprema felicidad, las veria concluir con penosas horas de una espantosa agonía.

Esto solamente Andrea lo podia comprender, y es imposible explicar lo que padecia.

Además, se aumentaba el intenso dolor de la jóven con el cambio que advertia en su madre.

Parecia que esta presentia su cercano fin, y hacia el último esfuerzo de amor maternal.

Tal vez no se equivocaba.

La fria razon de un extraño hubiera juzgado quizás que la muerte de doña Luisa era, como vulgarmente se dice, una desgracia con fortuna para la jóven.

Empero esta consideraba la muerte de su madre como la mayor desgracia.

Despues de un largo intervalo de silencio, durante el cual solamente los sollozos de la hija y los besos de la madre sonaron en la estancia, hizo Andrea un esfuerzo, recordó nuevamente la hora que era, y manifestó deseos de descansar.

—Sí, sí,—dijo la anciana;—te estoy robando el sueño...

—Nada importa por mí; pero vos...

—Dormiré... soñaré contigo... ¡Ah!... Otro beso... Adios...

Andrea no pudo responder.

El adios de su madre habia sonado en sus oidos como una despedida eterna.

En el trascurso de media hora le habian dicho adios, quizás para siempre, los dos séres más queridos, las dos únicas afecciones de su alma.

Era demasiado sufrir.

Cuando entró en su dormitorio, pálida, desfigurada, vacilante, se dejó caer pesadamente en el lecho y quedó inmóvil.

Un gemido leve se escapó de sus labios.

CAPÍTULO XV.

Lo que hizo don Juan cuando salió de casa de Andrea.

Como si huyese de un enemigo, don Juan bajó precipitadamente la escalera.

—¡Me ahogo!—exclamó.

Y aspiró con avidez el aire húmedo y frio que soplaba aquella noche, y sus ojos relumbraron en la oscuridad como los de un tigre.

Por algunos instantes contempló la silenciosa morada donde acababa de dejar la desgracia, los más horribles sufrimientos y el llanto, y con voz trémula murmuró:

—¡Adios!... ¡Adios para siempre!... ¡Pobre Andrea!... Hoy he comprendido cuánto vale; hasta hoy no ha respondido mi corazon á un sentimiento que siempre desconocí... ¡Ya es tarde!... Aquí dejo una felicidad que nunca comprendí... Pero cumpliré mi última promesa, haré el postrer esfuerzo... ¡Oh!...

El mancebo se interrumpió, pareció meditar, y despues de algunos momentos dijo:

—Sí, todo es obra del fraile... ¿Lo impulsa un sentimiento noble, ó solo el deseo de desbaratar los planes de mi madre y de

la reina?... No es fácil adivinarlo; pero sea cual fuere el móvil de su conducta, quiero verlo, necesito explicaciones... ¡Y no puedo disponer más que de algunas horas!... No importa, lo intentaré: iré al convento, llamaré á todas sus puertas, alguien me responderá, y... entonces veré el medio de conseguir entrar, aunque tenga que valerme de una mentira.

El mancebo miró otra vez los balcones de la casa de Andrea; un sordo gemido se escapó de su pecho agitado, y se alejó rápidamente, maldiciendo su mala ventura, como si él no fuese la causa de sus propios males.

Del hueco de una puerta salió entonces un hombre, miró á un extremo de la calle, y tomando el mismo camino que don Juan, dijo con calma:

—Bien: ahora sí que no entiendo este enredo... No ha venido el otro, y don Juan sale desesperado; habla de un fraile y dice que ahora vá al convento... No hay duda que el fraile es mi señor, y por consiguiente, no necesito correr, porque encontraré al loco mancebo llamando á una y otra puerta, sin que nadie le responda, y entonces veremos lo que conviene hacer.

Don Juan habia desaparecido ya.

Martin, despues de escuchar y convencerse de que nadie se acercaba, sacó la linterna sorda que bajo la capa llevaba oculta, abrióla y siguió tranquilamente, meditando lo que deberia hacer cuando encontrase al galan en los alrededores ó á las puertas del convento.

No encontró el buen donado alma viviente en el camino.

El ruido de sus pasos era el único que interrumpia el silencio de las solitarias calles, y la luz de su linterna se esparcia trabajosamente entre las tinieblas de aquella noche.

Aunque Martin era tardío en adoptar resoluciones, como el camino que tuvo que andar era largo, sobróle tiempo para pensar y decidir.

—Bien,—dijo cuando llegaba á la calle de Alcalá,—no encuentro inconveniente en que don Juan cumpla su deseo de ver á mi señor; pero tampoco debo ofrecérselo de buenas á primeras, ni dejarle comprender que busco la ocasion de que lo solicite.

Miró á todos lados á favor de la linterna, y á nadie vió.

—¿Habrá variado de propósito?—se preguntó.

Y siguió hasta encontrarse en la calle del Barquillo.

Allí la rojiza luz de la linterna dió de lleno en un bulto que estaba inmóvil junto á la puertecilla por donde el donado habia de entrar.

Martin siguió andando tranquilamente; pero cuando estuvo á corta distancia del embozado, este, subiendo más el embozo y dejando ver la reluciente punta de su espada, dijo con acento breve:

—Al otro lado ó atrás.

El donado se detuvo, enseñó tambien la hoja de su estoque, aunque sin levantar el brazo, y respondió con su tranquilidad habitual:

—Ni atrás, ni al otro lado.

—¡Atrás, vive Dios!

—¿Es que no quereis que pase adelante?

—No.

—Entonces,—repuso Martin con calma,—me quedaré donde estoy, y así no os disgustaré.

—¿Os burlais?—preguntó don Juan con iracundo acento.

—En mi vida me he tomado el trabajo infructuoso de burlarme de nadie.

—Entonces...

—Es que no quiero moverme de aquí.

—Sois tenaz...

—No lo niego: me llaman testarudo y creo que tienen razon.

—Pues sabed que mi paciencia se acaba muy pronto.

—La que á mí me sobra suplirá á la que á vos os falta.

—Acabemos.

—¿Para qué habeis principiado?

—Me estorbais...

—Y vos á mí.

—Siendo así,—replicó arrebatadamente el caballero, dando un paso hácia Martin,—el acero decidirá quién ha de quedarse.

—Más calma, señor don Juan,—dijo el donado.

Al oir su nombre el caballero, no pudo contener una exclamacion de sorpresa; pero reponiéndose al punto, replicó:

—Os equivocais...

—Puede ser.

—Ni me conoceis, ni os diré quién soy.

—No os lo pregunto.

—Lo que importa es ver quién queda dueño de este sitio; y si buscais excusas para ganar tiempo...

—No me asusta vuestra espada,—replicó el sirviente;—pero no quiero batirme, porque no sois enemigo mio.

—Pues retroceded ó apartáos...

—¿Y lo que he de hacer aquí?

—Yo tambien tengo que hacer, y no quiero testigos.

—Os diré dos palabras, señor don Juan...

—¿Otra vez?

—¿Qué os importa que os dé ese nombre, si por eso no dejareis de ser quien quiera que seais?

—Sed breve.

—Digo, señor don Juan, que vengo á mi casa; y no se comprende que un hombre tan razonable como vos me estorbe el paso. ¿No quereis testigos? Pues dejadme seguir, y pronto estareis solo.

Ni el caballero pudo comprender cómo habia sido conocido, ni cuál era la casa del hombre de la linterna, puesto que allí no habia más que el convento.

Noche era aquella de sorpresas y misterios.

El galan habia salido aturdido y confuso de casa de Andrea, y su aturdimiento y confusion se aumentaron con la aparicion y palabras de Martin.

No eran ya cuchilladas lo que convenia para terminar la extraña aventura, sino explicaciones que diesen á conocer la relacion que pudiera haber entre unos y otros sucesos, entre unos y otros personajes.

—Las pocas horas que he de estar en Madrid,—dijo para sí don Juan,—debo aprovecharlas.

Y convencido de que la espada era en aquellos momentos un estorbo, la envainó, y cambiando de tono, dijo á Martin:

—Puesto que mostrais el propósito de no batiros y apelais á la razon, daré por algunos momentos tregua al enojo que me

ha causado vuestro impertinente empeño, y os convenceré de que no conseguireis conocerme ni averiguar mis intenciones, porque teneis poca habilidad para mentir ni engañarme.

—¡Mentir!

—Ante todo, ocultad esa luz.

—La ocultaré,—respondió el sirviente, haciéndolo como lo decia.—Ahora, si no lo llevais á mal, decidme en qué consiste mi engaño...

—Vuestra torpeza.

—Me es igual, no tengo amor propio.

—Decís que vais á vuestra casa...

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no echais por el otro lado de la calle?

—Porque me alejaria de mi vivienda.

—No comprendo cómo pueda ser así.

—Ni podeis comprenderlo sin saber adónde me dirijo.

—Aquí no hay más que el convento.

—Pues precisamente en el convento he de entrar. ¿Lo entendeis ahora?

—¡Ah!—exclamó don Juan sorprendido alegremente por la buena ocasion que se le presentaba.

Pero sospechando que su interlocutor podia mentir, guardó silencio, reflexionó, y luego dijo:

—Eso no es verdad.

—Si es ó no cierto, señor don Juan, lo vereis tan pronto como os separeis de esa puerta, cuya llave tengo en la mano.

—¿Quién sois?

—No os importa.

—Mucho.

—Don Juan, no volvais á separaros de la razon. Mi nombre nada tiene que ver para el caso...

—Pero...

—¿Quereis ó no dejarme entrar?

—Os digo que me interesa saber quién sois....

—Pues si solamente con esa condicion habeis de apartaros, será tiempo perdido el que empleemos en hablar, y me iré, porque la noche está fria y no me encuentro bien aquí parado.

—¿No pretendeis haberme conocido?

—Estoy seguro de ello.

—Justo es entonces que yo sepa con quién hablo, como vos lo sabeis.

—Tambien es justo que, como yo, tambien lo adivineis sin que os lo digan.

—No creo que seais un religioso...

—No lo soy.

—Entonces...

—¿Me dejais pasar?—interrumpió Martin.—Tengo frio y hambre, y si no he de entrar en el convento, iré á buscar á otra parte cama y cena.

Don Juan, que tampoco queria perder tiempo, se apartó dos pasos de la puerta, y repuso:

—Entrad, pues.

—Gracias,—dijo Martin.

Y metió la llave en la cerradura y abrió, añadiendo á la vez que entraba:

—Buenas noches.

—¡El cielo me lo envia!—murmuró el caballero.

Y se acercó á la puerta, vuelta á cerrar por Martin, diciendo:

—Aguardad, tengo que hablaros.

—El sirviente abrió, asomó la cabeza y preguntó:

—¿Qué se os ofrece, señor don Juan?

—Os repito que no me llamo Juan...

—Pues que Dios os guarde...

—Esperad... ¡Vive el cielo!

—Si os empeñais en negar vuestro nombre,—repuso Martin,—no os escucharé, porque á estas horas es peligroso hablar á un desconocido.

—¡Oh!... Esa calma...

—¿Qué quereis?

—Entrar,—respondió el mancebo con tono de impaciencia.

—¿Para qué?

—Para ver á un religioso.

—Volved mañana.

—Tengo que comunicarle un asunto urgente, importantísimo...

—Es imposible.

—¿No entrais vos?

—Pertenezco á la comunidad, soy donado; tengo á un pariente enfermo, y el superior me ha dado licencia para salir y volver á esta hora.

Apenas don Juan supo que aquel hombre era un sirviente, creyó que con ofrecer dinero allanaria todas las dificultades; así que, sacando algunas monedas y alargándolas á Martin, á la vez que las hacia sonar, repuso:

—Tomad y...

—No os molesteis,—interrumpió el criado,—ni aceptaré dinero, ni os escucharé si me lo ofreceis otra vez. ¿Pensais que he puesto inconvenientes para hacerme pagar el servicio que me pedís?

—Esto no era más que una muestra de...

—De lo poco en que me teneis.

—Todo es raro esta noche.

—Ciertamente, un criado fiel es cosa bien extraña.

—Puesto que os resistís...

—Si otra cosa no teneis que decirme...

—Repetiros mi súplica.

—¿De entrar?

—Sí.

—Os he dicho que no puede ser.

—Habiéndome conocido, no sé lo que temeis...

—Nada; pero aunque os dejase entrar, ¿qué adelantaríais?

—Ver á la persona á quien busco.

—Todos los padres duermen.

—Despertándolo...

—¡Dios me libre!

—Ya que no sois codicioso, satisfaré vuestra curiosidad, que es lo que quereis.

—Tal vez.

—¿Sabeis de parte de quién vengo?

—No.

—Del rey,—dijo don Juan, creyendo producir gran efecto en el donado.

Este soltó una carcajada.

—¿Por qué os reis?

—¿Conque os envia su majestad?

—Ya os lo he dicho.

—Podreis convencerme con razones; pero engañarme con mentiras...

—¡Oh!...

—No os enfadeis...

—Acabemos...

—Sí, acabemos... Buenas noches...

—Aguardad... ¡Vive el cielo!

—Señor don Juan, me haceis perder el sueño y el descanso...

—Necesito ver á fray Manuel...

—¡Ah!...

—¿Qué os admira?

—Quiero decir, que fray Manuel de San José no es un fraile como todos; tiene licencia para acostarse á la hora que le place, y es posible que aun esté despierto.

—De que yo lo vea depende quizás la suerte de una familia...

—Eso es otra cosa. ¿Por qué no me lo dijísteis antes? La suerte de una familia... ¡Oh!... Si no conseguís vuestro deseo, no será por que yo deje de ayudaros.

—Os deberé...

—Nada, aunque me comprometo. Esperad sin impacientaros, porque antes de ver á fray Manuel he de mudar de vestido.

Martin cerró la puerta sin escuchar las palabras de gratitud de don Juan, y se encaminó al camaranchon donde guardaba su ropa.

—¿Cómo,—se preguntaba,—tomará mi señor lo que acabo de hacer? Es la primera vez en mi vida que pongo algo de mi parte, y hago más de lo que se me manda. Veremos si acierto.

Fray Manuel esperaba á su antiguo criado como la noche anterior; pero con más afan, porque habian variado las circunstancias.

—Mucho has tardado,—dijo apenas entró en la celda Martin,—y de ello deduzco que alguna nueva me traes.

—No os equivocais, señor,—respondió el sirviente;—pero es lo malo, que no sé por dónde empezar, porque estoy algo aturdido con tanto enredo.

—Refiere simplemente y por órden de sucesos cuanto hayas visto, y todo se aclarará.

—Así lo haré,—dijo Martin con calma, como si nadie le esperase.

Y despues de meditar, como para coordinar sus ideas, añadió:

—Esta noche no ha ido el hombre del vestido negro.

—¿Y don Juan?

—A las once en punto.

—¿Ha estado mucho tiempo?

—Más que anoche.

—¿Y así que salió?...

—De un brinco se puso en la calle, como si lo persiguiesen; los ojos le relumbraban ni más ni ménos que los de un gato, y respiraba como quien se ahoga.

—¡Pobre Andrea!

—La entrevista no debe haber sido nada agradable.

—¿Qué hizo despues don Juan?

—Se detuvo, miró á los balcones y pronunció algunas palabras.

—¿No las entendistes?

—Algunas.

—Repítelas, Martin,—repuso el fraile con muestras del más vivo interés.

—«Adios para siempre,»—dijo.

—¡Se vá!... ¡Intentan engañarme!...

—No hay duda, señor.

—Prosigue.

—Luego calló, y hablando despues de algunos instantes, pude entender solamente estas ó equivalentes palabras: «Todo es

obra del fraile... ¡Y no puedo disponer más que de algunas horas!... Es preciso que yo lo vea... Iré al convento...»

—¡Sospecha de mí!

—Tal vez por mi carta...

—Acaba, Martin; nada olvides...

—En seguida partió como una centella.

—¿Lo seguistes?—preguntó afanosamente fray Manuel.

—Corria mucho y...

—¡Martin!—replicó el fraile con aspereza y clavando en su sirviente una severa mirada.

—Dejadme concluir, señor.

—¿Qué hicistes?

—El galan venia al convento, y como yo venia tambien, no corrí tras él, porque aquí habia de encontrarlo.

—Y sin embargo...

—No me equivoqué.

—¿Ha venido?

—En la calle espera á que yo lo traiga aquí.

—¿Le has hablado? ¡Oh!... Temo que me hayas comprometido.

—Esperad á que me explique, y despues juzgareis, señor.

—Ya te escucho.

El donado se restregó los ojos, meditó algunos instantes, y no muy tranquilo, porque temia haber cometido una torpeza, empezó á relatar punto por punto su conversacion con don Juan.

Cuando concluyó, fray Manuel sonrió levemente, y dijo:

—Buen Martin, no has desmentido tu claro entendimiento.

—¡Ah!... Ya estoy sin cuidado...

—Vé á buscar á don Juan. Conviene que ahora muestres algunas dudas sobre si es él ó no, porque así no sospechará que has seguido sus pasos.

—Entiendo, señor.

Cuando Martin volvió al sitio donde esperaba el galan, este dejó escapar una exclamacion de alegría.

—Un instante,—dijo el sirviente estorbando el paso al mancebo.

—¿No venís por mí?

—Sí, caballero; pero no quiero tener un segundo disgusto; y me perdonareis la desconfianza que me obliga á no permitiros entrar, sin convencerme antes de que sois el hijo de la señora duquesa de Miraguas.

—¿Pues no me habíais conocido?

—Vuestra voz me ha parecido la de don Juan, pero no es eso una prueba segura. Fray Manuel, que me ha reconvenido ágriamente, os recibe en el concepto de que sois el hijo de la señora duquesa, y si me equivoco, no me perdonará la torpeza y saldré para siempre del convento.

—¿Y qué prueba quereis?

—Descubrid el rostro...

—¿Estais convencido?—preguntó el caballero bajando el embozo.

—Sí,—respondió el sirviente.

—Entonces...

—Seguidme,—repuso Martin.

Y sin pronunciar una palabra más, atravesaron las silenciosas galerías del convento, y en pocos minutos llegaron á la celda del fraile.

Este recibió á don Juan con amistosas palabras; ofrecióle una silla, y como si verdaderamente ignorase el motivo de aquella inesperada visita, dijo :

—Grave debe ser el asunto que os trae, mi buen amigo don Juan, cuando á tales horas y sin la seguridad de poder verme habeis venido.

—Gravísimo,—respondió el mancebo, sin poder ocultar su agitacion, ni evitar que su rostro pálido y desfigurado revelase el estado lastimoso de su espíritu.

—¿Puedo serviros?

—De mucho.

—Explicáos,—repuso fray Manuel, cuya penetrante mirada observaba atentamente el semblante de don Juan.

—¡Ah!—exclamó este al hacer un gesto de dolor y exhalar un penoso suspiro.—El reposo de mi conciencia, mi felicidad y...

Interrumpióse, cogió entre las suyas, temblorosas y ardien-

tes, una mano del portugués, y mirándolo con angustiosa ansiedad, añadió:

—Padre mio, decidme que vuestra noble franqueza responderá á mi voz...

—¿Lo dudais?

—No, perdonad...

—Don Juan, estais pálido y agitado...

—¡Oh!—exclamó el doncel con reconcentrada voz y apretando los puños con toda la fuerza de su ira impotente.—Estoy trastornado, loco, desesperado...

—Tranquilizáos,—repuso con dulzura fray Manuel;—la desesperacion no es el remedio de ningun mal, sino el camino de los peores. La calma es la luz del entendimiento, y la confianza en la misericordia divina es la mayor fuerza del espíritu. La desesperacion es la falta de fé y la ceguedad de la razon, y entre tinieblas y sin aliento no puede encontrarse jamás el camino de la salvacion en los momentos de desgracia.

—La calma,—replicó el mancebo,—es imposible en mi situacion; y si he perdido la esperanza de que se remedien mis males, ha sido por que me amenazan dos igualmente horribles, y solo puedo librarme de uno buscando el otro.

—No puede ser.

—¿Sabeis acaso?....

—Nada.

—¿Entonces?...

—Sin temor de equivocarme, presumo que es falta de buena apreciacion, y que no son igualmente temibles ambas desgracias.

—¡Oh!...

—Y aun siendo vuestra situacion tal como la veis y decís, os queda Dios, cuya misericordia no niega jamás consuelo al que confia en su justicia y obra con rectitud.

—Vos juzgareis,—replicó el doncel, sonriendo con amargura.—Si está mi entendimiento cegado por el dolor, vos disipareis las tinieblas.

—Si os parece imposible el remedio, ¿por qué habeis venido á buscarlo?

—Ni sé lo que busco, ni lo que me conviene...

—Don Juan, sosegáos os digo, y explicáos, que aun ignoro vuestra desgracia. Vuestra visita me ha sorprendido, y mucho más las sentidas quejas de vuestros males, precisamente en los momentos en que os brinda la fortuna con un porvenir el más halagüeño.

—Esa es mi desventura.

Fray Manuel miró á don Juan como si no comprendiese lo que oia.

—Me llevais,—dijo,—de sorpresa en sorpresa... ¿Adónde vais á parar?

—Padre,—repuso el mancebo,—creo haberos dicho que confiaba en vuestra noble franqueza...

—Y no teneis motivo para ponerla en duda, porque si para aconsejaros ó ayudaros me faltan entendimiento y fuerzas, estad seguro de que me sobra lealtad y buen deseo.

Don Juan inclinó la cabeza sobre el pecho, quedó inmóvil y silencioso por algunos instantes, y luego, más tranquilo ó más debilitado, dijo:

—No sois extraño al asunto de mi proyectado casamiento...

—No.

—Sabeis que mi madre ha respondido por mí en lo que toca á mi voluntad...

—Sin duda,—interrumpió el fraile,—la señora duquesa ha respondido de vos, porque contaba con vuestro consentimiento.

—Contaba con mi obediencia de siempre; creia que sus órdenes sobre este punto no podrian dejar de ser cumplidas sin violencia de mi parte, y se ha comprometido...

—Ha comprometido á la reina.

—Eso es.

—¿Y vos,—preguntó fray Manuel, mirando con mayor afan al caballero,—vos no quereis casaros con la hija del conde?

—No puedo.

—¡Que no podeis!

—No, padre mio,—repuso el mancebo,—no puedo sin faltar á otros deberes.

—Basta, don Juan,—replicó gravemente el religioso:—no necesito más explicaciones: sea cual fuere vuestra situacion, si

teneis conciencia que os advierta con tiempo, para nada habeis de menester mis consejos.

—¡Mi conciencia!... Me atormenta; pero no me ayuda...

—Obrad como hombre honrado, y acertareis.

—Preciso es que lo sepais todo: estoy decidido á depositar en vos toda mi confianza, ya que me habeis prometido ser franco y no ocultarme la verdad de cuanto sabeis.

—No os comprendo,—replicó el fraile con tono de extrañeza.—Nada sé que vos no sepais: lo que se ha tratado sobre vuestro casamiento...

—Tambien sabeis que otra mujer...

—¿No sois dueño de vuestro corazon?

—Mi corazon sufre, pero no ama...

—Se murmura de vuestros galanteos, ya lo presumireis; pero ningun valor he dado á la murmuracion, como tampoco vuestra madre...

—¡Oh!—interrumpió con impaciencia el mancebo.—Hablemos con claridad, padre mio.

—Eso quiero, don Juan. ¿Qué buscais aquí? ¿Venís á participarme vuestra resolucion de no casaros con la condesa? Basta para eso que lo digais así: no necesito saber los fundamentos de tal decision, ni creo que el comunicármelo fuese tan urgente.

—¿Lo deseais así?

—Me es indiferente.

—Padre,—replicó el caballero, que empezaba á dejarse arrebatar otra vez por su dolor,—lo que habeis hecho, movido tal vez por un sentimiento de noble generosidad...

—Lo que he hecho,—interrumpió con calma fray Manuel,—ha sido cumplir las órdenes del rey de Portugal, proponiendo la boda...

—Hablo de Andrea.

—¡Andrea!... No os comprendo.

—La mujer cuya honra, por mí sacrificada sin compasion, habeis intentado salvar, advirtiéndole mi viaje á Lisboa y aconsejándole que me detenga...

—Don Juan, vuestro dolor os ha trastornado el juicio...

—Padre,—replicó el doncel con dureza,—me prometísteis...

—Cuidado, caballero, con lo que decís.

—¿Quién es,—repuso con exaltacion don Juan,—quién es el carmelita que espía las acciones de Andrea, que ha penetrado el secreto de su debilidad y que le advierte el peligro que corre su honra? Vos sois, nadie más que vos, porque todo el mundo ignora que debo partir en breve. Vos, fray Manuel, seguísteis esta mañana á esa mujer...

—¿A qué hora?—preguntó el fraile, cuya tranquilidad no se habia alterado.

—A las doce...

—A esa hora conferenciaba yo con la reina en presencia de vuestra madre y de Patiño.

—¡Oh!...

—Otro es el fraile, don Juan.

—¿Y la mendiga?

Fray Manuel se encogió de hombros, y respondió con calma:

—Estais trastornado, creedme.

—No he venido á escuchar ofensas...

—Ni yo os he recibido para que me acuseis, porque así se os antoja. Os perdono, don Juan, porque hay momentos en que los hombres son injustos á su pesar. ¿Quereis que os diga cuanto sé de vuestros amores con esa mujer á quien habeis engañado? Preguntadlo así, y os responderé con la leal franqueza que os prometí.

—Pues bien, decídmelo.

—No es para mí un secreto,—repuso fray Manuel,—la desgracia de esa pobre huérfana; sé que la habeis prometido poner á cubierto su honor, y que os ha faltado valor para cumplir vuestra promesa. Esto no es nuevo para vos; pero sí ignorais que teneis un rival.

—¡Un rival!...

—Que sigue constantemente á Andrea, que observa de noche oculto tras una esquina, y que oye las palabras que imprudentemente pronunciais al salir de la casa de vuestra víctima. De qué medios se vale ese hombre para llegar á conseguir su deseo, lo ignoro; pero sí puedo aseguraros que dá muestras de una constancia muy firme.

El caballero miraba á fray Manuel y no acertaba á articular una sílaba.

Un rival no era cosa extraña siendo tan hermosa Andrea.

Lo que no se explicaba era cómo el rival daba á la jóven avisos como el que llevó la mendiga.

A esta observacion, hecha por el mancebo, se encogió de hombros el fraile.

No habia, pues, medio de aclarar las dudas.

¿Qué recursos quedaban á don Juan?

Hasta aquel momento no comprendió que habia estado muy torpe al hablar con fray Manuel.

Este no perdió la ocasion que se le presentaba de averiguar con certeza si estaba dispuesto el viaje de don Juan á Lisboa.

—Ahora,—dijo despues de algunos momentos de silencio,—permitidme que os haga algunas preguntas, porque si no, será imposible que lleguemos á entendernos.

—Sí, padre; preciso es que conozcamos nuestra respectiva posicion.

—¿Habeis venido á pedirme consejos, ó explicaciones que aclaren vuestras dudas?

—Si he de deciros la verdad...

—No lo sabeis,—repuso el fraile:—os ha traido la desesperacion; necesitais un imposible, y lo habeis buscado aquí. Por eso principiásteis llamándome vuestro salvador, y habeis concluido acusándome de intrigante. ¿Estais convencido de que el dolor ha trastornado vuestro juicio?

—Padre...

—Don Juan,—repuso el religioso con dulzura,—si buscais consejos, no os los negaré; pero no aguardeis explicaciones que no puedo daros. En el asunto de vuestro casamiento he procedido con lealtad, aunque he comprendido que se hacia objeto de intriga lo que no debió ser nunca más que un amistoso y desinteresado convenio; lo que era privado asunto de familia, se ha convertido en grave y trascendental negocio de Estado, y antes que vuestra felicidad, se ha tenido en cuenta el provecho que se reportaria. Sin embargo de todo esto, no me he separado del

buen camino, y si sé de vuestros amores lo que os he contado, es por que la casualidad me ha revelado el secreto que no tuve interés en descubrir.

—¿Conoceis á mi rival?

—No.

—¿Ni sabeis de él más de lo que me habeis dicho?

—Solamente que su vestido y sus maneras revelan que pertenece á la última clase...

—¡Un plebeyo!

—Así parece.

—¡Cada vez más confusion, más oscuridad!

—No consiste en eso vuestra desgracia.

—¡Ah!—exclamó el jóven.—Un consejo, padre mio, un consejo...

—Dejadme meditar, y os lo daré mañana.

—Ahora...

—Es el asunto muy grave, y no me perdonaria jamás una ligereza.

—Pero yo necesito decidirme, y...

—Algunas horas más no pueden influir en el resultado de vuestra resolucion.

—No puedo esperar esas pocas horas.

—¿Por qué?

—¡Oh!... no puedo esperar; creedme, os lo juro.

—Don Juan, no os comprendo,—replicó fray Manuel, á quien ya no quedó duda de que el doncel debia salir de la córte al otro dia.

—No necesitais comprenderme: respetad mi secreto y atended mi súplica.

—Pues bien,—repuso el fraile,—os aconsejaré ahora mismo, puesto que así lo quereis.

—¿Qué debo hacer?

—Casáos con doña Andrea.

—¡Ah!...

—Reparad vuestra falta, cumplid vuestra promesa.

—Imposible.

—¿No teneis valor?

—Mi madre...

—Vuestro deber...

—La reina...

—La honra de esa desdichada...

—¡Dios mio!—exclamó el doncel apretando con desesperacion los puños y elevando al cielo una mirada de súplica desgarradora.

—¿Por qué,—dijo fray Manuel con severidad,—no rechazásteis á tiempo las proposiciones de vuestra madre? ¡Y llamais desgracia á lo que es obra vuestra! Don Juan, no queda sin castigo ninguna falta, y habeis de expiar la que habeis cometido. ¿Qué pedís? ¿La impunidad? Os equivocais. La misericordia divina lo perdona todo; pero su justicia es inexorable. Perdonado sereis el dia del arrepentimiento; pero ese dia no ha llegado y el de la justicia sí.

El mancebo habia inclinado la cabeza sin atreverse á sostener la ardiente mirada del religioso.

—Don Juan,—añadió este, cuya voz era por instantes más grave y solemne,—habeis engañado á una mujer cándida y trastornada por la pasion, le habeis robado la honra, que es cuanto poseia... ¡Sois un ladron, arrepentíos, restituid, y os absolveré en nombre de la infinita misericordia del Omnipotente!

Don Juan se estremeció convulsivamente, y su rostro pálido se inundó de sudor frio.

Sus labios se entreabrieron sin poder articular una sílaba, y su frente se inclinó más, como agobiado por el peso de las imponentes palabras del fraile.

Reinó en la celda un profundo silencio.

Ya hemos dicho que el hijo de la duquesa era extremadamente impresionable, y en aquel momento, ante el sacerdote que le hablaba en nombre de Dios, sintióse como subyugado, aterrado, y su primer impulso fué el de postrarse de hinojos é implorar la bendicion divina como pecador arrepentido.

Media hora antes, Andrea, con el rostro pálido y descompuesto, el cabello en desórden, los ojos llenos de lágrimas y la mirada febril, habia parecido más bella que nunca al galan.

Media hora antes, cuando la infeliz jóven no pedia amor, sino reparacion, justicia; cuando ningun valor tenian los juramentos; cuando iban á romperse todos los lazos, y debian hasta borrarse todos los recuerdos, don Juan sintió reavivarse el fuego de la pasion, que habia creido apagado, inflamarse como nunca su corazon.

El mancebo se habia separado, pues, de Andrea con el alma transida, como se separa uno del objeto amado.

Habia visto en las lágrimas de Andrea lo que nunca habia comprendido en las sonrisas amorosas.

Los ayes de la jóven le habian revelado lo que nunca habia podido adivinar.

El acento maternal y el grito de la honra sonaron en los oidos del mancebo, no como una enojosa acusacion, sino como una promesa de felicidad incomparable.

Por eso el adios postrero que salió de sus labios desgarró su alma.

Se separaba de Andrea, la perdia para siempre, y en aquel instante Andrea era para don Juan la dicha suprema, la felicidad soñada.

Y perder la felicidad cuando empieza á conocerse, es más horrible que perder la vida.

Hé aquí por qué don Juan, cuando llegó al convento, estaba preparado para recibir todas las impresiones que tuviesen relacion con las que acababa de experimentar.

Su amor habia renacido.

Debian seguir los remordimientos.

Hasta entonces habia callado su conciencia, porque dormia; pero un solo grito debia despertarla.

Responderia al primer llamamiento.

Fray Manuel habia hablado en nombre de la justicia divina, y la conciencia dijo entonces: «Yo soy la voz del Omnipotente.»

El orgullo suele robar el nombre á la dignidad, y engaña al hombre, haciéndole creer que lo engrandece.

Y sin embargo, nunca es el hombre más pequeño que cuando el orgullo lo levanta; nunca está más por el suelo que cuan-

do se hace la ilusion de que se remonta en las alas de cera de su loca vanidad, tan digna de compasion como de risa.

No es el orgullo más que una de tantas debilidades de la pobre humanidad.

Por eso el modesto, el humilde, que está más lejos de las miserias de esta vida, se encuentra más cerca del cielo.

Muchas veces el hombre no tiene valor para declararse pequeño ante lo grande, y cree que se engrandece con no reconocer su pequeñez.

¡Y á esta cobardía se le dá el nombre de valor!

Don Juan, aunque modesto relativamente á su clase, no podia, sin embargo, desentenderse por completo de su orgullo de raza, y tenia de la dignidad falsas ideas, de que no era justo hacerle responsable, porque eran vicios de aquella generacion, el último esfuerzo de una sociedad caduca, fanática é ignorante, que moria ante otra sociedad naciente, y que se preparaba á lanzarse por el camino de la justicia y del saber.

Don Juan no podia sentir de otra manera, ni saber más de lo que le habian enseñado.

En la época llorada por los penegiristas del socialismo de los siglos XVI y XVII y de la Inquisicion, nuestra aristocracia conocia perfectamente sus derechos, es decir, sus privilegios; pero ignoraba sus deberes, porque nadie le habia hablado de ellos, así como al pueblo no se le hablaba nunca de sus derechos, enseñándole solamente sus deberes.

En el siglo XVIII, Felipe V dió el primer paso hácia la civilizacion, protegiendo las ciencias y las letras, no como otros monarcas, cuya proteccion consistia en dar *limosnas* á los literatos y á los artistas que los adulaban, sino honrando á los sábios, creando academias, que bien pronto llegaron á tener tanta importancia como las corporaciones más respetables.

Empero la generacion que desaparecia no habia renunciado á sus tradiciones, y los rayos del sol de una nueva civilizacion no pudieron disipar en pocos dias la espesa bruma de nuestras arraigadas preocupaciones, de nuestra añeja ignorancia.

¿Qué habia de sucederle á don Juan?

Sentíase impulsado por el espíritu reformador de su época; pero sus buenos instintos no pudieron dar el fruto que debieran, porque encontraron la insuperable barrera de una educacion severamente ajustada á la historia de las razas privilegiadas.

Hechas estas reflexiones, puede comprenderse la conducta de don Juan aquella noche, sus vacilaciones y sus extrañas alternativas.

En los primeros instantes, sus sentimientos generosos respondieron á las exhortaciones de fray Manuel, y doblando la frente con respeto ante el sacerdote que hablaba en nombre de Dios, sintióse con bastante fuerza para hacer frente á todos los obstáculos y reparar sus faltas.

Espantóle el tormento de su conciencia, que seria mayor cuanto más se agravase la horrible situacion de su desdichada víctima.

Era preciso salvar de la más triste de las desgracias á una criatura inocente.

No era posible, sin ser un miserable, envenenar los últimos instantes de la vida de una madre virtuosa, y que no tenia más felicidad que su hija.

Una lucha desgarradora sostuvo el dolorido espíritu de don Juan.

Iban á triunfar los buenos principios.

—Llegará un dia,—volvió á decir el religioso, cuya espaciosa frente, levantada con majestuosa dignidad, recibia de lleno la luz y parecia coronada por una aureola divina,—llegará un dia, no muy lejano, en que vuestro hijo, pobre, sin nombre y despreciado por el mundo, os pedirá cuentas de vuestra conducta, preguntándoos con qué derecho le dísteis una existencia horrible para satisfacer vuestras pasiones; llegará un dia en que os maldecirá la mujer que todo os lo sacrificó, y desde el cielo, la anciana, cuya vida toca á su fin, os llamará para acusaros ante el tribunal divino. Entonces os arrepentireis; pero será tarde para reparar el mal; solo os quedará la expiacion.

—Padre mio,—murmuró el mancebo con voz ahogada,—padre mio...

—¡De rodillas!—exclamó el fraile, poniéndose de pié y ex-

tendiendo los brazos como si se dispusiese á bendecir al pecador.

El orgullo, callado ó vencido hasta entonces, hizo el último esfuerzo, y rugió en el alma del doncel como el leon herido.

Don Juan pensó que un vástago de la ilustre familia de Miraguas no debia humillarse.

¿Por qué postrarse de hinojos?

No habia ido á confesar sus pecados, sino á poner en claro sus dudas.

No era la absolucion lo que pedia, sino explicaciones, todo lo más consejos.

Al fin fray Manuel no era más que un simple fraile, y en aquella época de tan decantado espíritu religioso, un noble de la alcurnia de don Juan no consentia que un fraile, á menos que perteneciese á una elevada familia, lo tratase de igual á igual.

El mancebo sintió herido su orgullo de raza, y creyó que se habia atacado su dignidad de hombre y de caballero.

Creyó que su actitud respetuosa era una humillacion indigna de un hombre de su clase.

Su madre lo habria mirado con desden compasivo.

Tales ideas surgieron en la acalorada mente de don Juan.

Avergonzóse de su debilidad, de su miedo pueril, y se puso de pié, irguiendo la cabeza con aire altanero.

Su ardiente mirada se fijó audazmente en fray Manuel.

—Aun,—dijo,—no me he decidido á confesar, porque antes necesito hacer exámen de conciencia. No he venido, pues, á buscar al sacerdote, sino al hombre amigo ó enemigo, segun lo encuentre.

Por toda respuesta, el fraile desplegó una leve sonrisa; miró al jóven con expresion de lástima, como se mira á un niño ó á un loco, y se sentó sin dar muestras de haberse alterado.

—Bien,—dijo con calma;—¿conque no habeis examinado vuestra conciencia? Pues dejadlo para otro dia, y será tarde. Hasta ahora habéis tenido la desgracia de equivocaros en todo, y temo que lo mismo os sucederá despues. Habeis venido á buscar al hombre, y encontrais al fraile; queríais saber si yo era vuestro amigo ó vuestro enemigo, y os declaro que ni lo uno

ni lo otro... ¡Soy vuestro hermano, nada más que hermano, como de todos los hombres!

—Fray Manuel...

—Permitidme que os haga una advertencia.

—Decid.

—Si habeis venido para hacerme partícipe de intrigas, perdereis el tiempo.

—No lo perderé si obtengo las explicaciones que necesito.

—¿Sobre qué?

—Vuestra conducta...

—Basta,—interrumpió severamente el fraile.

—No olvideis quién soy...

—Pensad vos dónde estais.

—¡Oh!...

—¿Quién sois, don Juan, para pedirme cuentas de mi conducta?

—Y vos,—preguntó el jóven arrebatadamente,—¿quién sois para acusarme, quién para mandarme que doble la rodilla? Respeto vuestro carácter; pero no por eso desconozco lo que se me debe, y lo exijo en todas las situaciones, en todas las circunstancias. Nada me importa vuestra conducta, si me hubiéseis dejado tranquilo; pero desde el momento en que habeis tomado parte en los sucesos de mi vida privada, tengo derecho á pediros explicaciones.

Fray Manuel se encogió de hombros, y siguió mirando tranquilamente al caballero.

—¡Oh!—exclamó este cada vez más arrebatado.—Vuestro plan está conocido.

—Fácil es conocerlo; pero decidme cuál es, por si os equivocais; y despues que yo rectifique, vereis cómo, á pesar de vuestro ilustre nombre y de esas consideraciones que todo el mundo os debe, os hago salir de aquí como al último plebeyo.

—¡Fray Manuel!—gritó don Juan, cuyos ojos despidieron dos centellas.

—No os altereis,—replicó con calma el fraile.—No os altereis, porque ni me asusta vuestro enojo, ni en este sitio se pue-

dé gritar. Mi plan, caballero, mi plan, y agradecedme que os escuche, porque no estoy obligado á ello.

—Así como antes estábais interesado en que me casase con la de Villanova, ahora que la reina no está de acuerdo con vos...

—Entiendo,—interrumpió el fraile.—Quereis decir que me valgo de doña Andrea como de un instrumento para estorbar vuestra boda...

—Sí.

—¡Ah!—exclamó fray Manuel.—Me reiria mucho si no se tratase de una cosa tan respetable como la honra de doña Andrea. Don Juan, vuelvo á deciros lo que antes, y creedme de buena fé: el dolor os ha trastornado.

—Me ofendeis...

—Vos á mí, creyendo que intrigo, y lo que es más, que no alcanzo á intrigar sino por medios tan vulgares.

—¿Se explica de otra manera lo que ha sucedido?

—Lo mismo es eso que lo de haber estado yo á las doce en la calle de la Justa.

—Podeis haberos valido de otro compañero...

—A las doce estaban en el convento todos mis hermanos. ¿Quereis una prueba?... Os han engañado.

—Aun así...

—Don Juan, para estorbar vuestro casamiento, no necesito recurrir á doña Andrea: me basta con escribir al rey de Portugal.

—Mucho fiais en vuestro valimiento.

—Si me equivoco, el mal será para mí; pero sea como quiera, de cuanto hemos hablado, nada se saca en limpio más que una cosa.

—¿Cuál?

—Habeis venido á verme sin saber para qué. Vuestra madre y la reina por un lado, doña Andrea por otro, y en vuestro interior, la conciencia y el miedo. Esa es vuestra situacion, y en tal apuro, no sabiendo qué hacer, habeis hecho cualquiera cosa; y solo me ocurre compararos con el que se encuentra en un desierto, se vé acometido de las fieras, no puede salvarse y pide

socorro, y grita aunque está convencido de que nadie puede oirlo ni socorrerlo. ¿Sabeis por qué es eso? Porque el grito de espanto es instintivo, involuntario, como el movimiento de los ojos, que se cierran al amago del menor golpe. ¿Y no quereis que os compadezca? Solo consejos podia daros, me los pedísteis y no os los negué. Reconocísteis vuestras faltas, os ofrecí el perdon y la tranquilidad que tan afanosamente buscais, y decís que os ofendo...

—Acabemos, fray Manuel.

—Hemos acabado.

—¿No quereis decirme?...

—Una sola cosa, y os daré así una prueba de lealtad, cuyo valor no podeis ahora comprender.

—Sepamos.

—Si fuéseis á Portugal, y á pesar de todos los cálculos de la reina, volviéseis sin casaros, de seguro iriais á buscar á doña Andrea, y á toda costa repararíais vuestra falta.

—No os equivocais.

—Pero entonces,—repuso fray Manuel,—es posible que llegáseis tarde...

—¡Tarde!...

—¿No os he dicho que teníais un rival?

—¿Y creeis?...

—Todo lo creo.

—Imposible.

—Don Juan, ni conoceis el mundo, ni el corazon de la mujer.

—Tengo alguna experiencia.

—Vuestras amorosas travesuras no os han enseñado nada: teneis fama de maestro en el arte de galantear; los maridos os temen, los padres os miran con recelo, y las mujeres os adoran por lo mismo que os hacen el héroe de mil aventuras. Ninguna ha podido aprisionaros; no habia redes para vuestro atrevimiento y vuestra inconsecuencia; pero engañando á las mujeres no se las conoce.

—¿Era eso cuanto teníais que decirme?

—Solamente eso.

—Gracias por vuestros consejos, pero no puedo seguirlos.

—Pensad que no hay nada más horrible que arrepentirse cuando es tarde para remediar el mal...

—Sufriré,—replicó el mancebo.

—¿Estais decidido á abandonar á doña Andrea?

—Sí.

—¿Y si no os casáseis con la de Villanova?

—Entonces...

—¿Qué?—preguntó afanosamente el fraile.

—Andrea seria mi esposa.

El rostro de fray Manuel se dilató.

—¿Sabeis la hora que es?—preguntó despues de algunos instantes.

—¿Me despedís?

—Sí.

—Antes de irme tengo yo tambien que haceros una advertencia.

—Como gusteis.

—Nadie debe saber que os he visto esta noche.

—Nadie lo sabrá.

—El hombre que me ha abierto la puerta me ha conocido

—No importa.

—Es un criado...

—Os respondo de su discrecion.

—Me voy tranquilo en cuanto al secreto.

Fray Manuel, cuya calma no se habia alterado, levantóse y abrió la puerta.

—¿Quién me enseñará la salida?—preguntó don Juan.

—Esperad un poco.

Algunos segundos despues se presentó Martin con una luz.

—Padre,—dijo el mancebo,—el dia de la desgracia que me anunciais...

—Venid á buscarme, que no os negaré mis consuelos.

—Guárdeos Dios.

—A vos os ilumine para que sigais la senda del bien, que habeis perdido.

El eco de los pasos del caballero se repitió en las sombrías bóvedas.

Cuando, guiado por Martin, llegó á la puerta de la calle del Barquillo, se detuvo y dijo al donado:

—Fray Manuel me ha respondido de vuestra discrecion.

El sirviente se encogió de hombros.

— Ya sabrá lo que se ha hecho,—respondió.

Y abriendo la puerta, dejó el paso libre á don Juan, mientras añadió:

— Buenas noches.

El caballero se puso de un brinco en la calle, y desapareció entre las tinieblas.

Martin volvió á la celda de fray Manuel.

—Al amanecer,—le dijo este,—saldrá don Juan de Madrid.

—¿Y yo?

—Harás lo mismo, pero correrás más que él.

—Bien, señor.

—Llevarás una carta...

—Entiendo.

—Y volverás á Madrid con la misma prisa que vas á Lisboa.

El donado meditó.

—¿Te ocurre alguna dificultad?—le preguntó fray Manuel.

—No, señor; pensaba dónde encontraré á don Juan á mi regreso.

—A la mitad del camino.

—Probablemente.

—De manera, que tú estarás de vuelta en Madrid antes que él llegue á Lisboa.

—Haré cuanto pueda, señor.

—Lo harás, si te decides...

—Estoy decidido.

—Entonces lo doy por hecho.

—¿Vais á escribir?

—Sí.

—Y yo á descansar.

—Duerme con descuido, que yo te llamaré á la hora conveniente.

—Gracias, señor.

—¿Lo tienes todo preparado?

—Caballo, comida y dinero, es cuanto necesito para ir al fin del mundo.

—Ya sabes,—repuso fray Manuel,—que tu viaje es un secreto de gran importancia.

—No quedará rastro, descuidad.

—El único papel que llevas...

—Aunque me matasen,—dijo el sirviente,—no caeria en manos de nadie, porque antes de morir me lo comeria, para lo cual necesito pocos momentos.

—Sé lo que vales... Adios, buen Martin,—repuso cariñosamente el religioso.

Pocos minutos despues roncaba el donado.

Fray Manuel se paseaba en su celda.

No parecia, como antes, estar completamente tranquilo.

Su respiracion era agitada.

Se habia contraido su frente.

Su mirada era sombría.

Despues de largo rato se detuvo.

Sentóse delante de la mesa, tomó una pluma y la dejó correr sobre el papel.

CAPÍTULO XVI.

El misterioso amigo de Juan empieza á dar á conocer sus planes.

Solamente el buen Martin, que caballero en una yegua torda se alejaba de la córte, presentaba el semblante tranquilo, risueño, como quien nada teme ni desea.

Los demás personajes conocidos de nuestros lectores tenian el rostro como el dia, pues aquella mañana los rayos del sol no habian podido romper las espesas nubes que encapotaban el horizonte.

Don Juan habia salido tambien de Madrid; pero no risueño como el donado, sino taciturno y maldiciendo su estrella.

La noche anterior se habia despedido de su madre, diciéndole:

—¡No sabeis cómo llevo el alma!

Y cuando la duquesa, sorprendida por tales palabras, pidió explicaciones, el desesperado mancebo le respondió:

—Perdonadme, madre mia, que por la primera vez deje de obedeceros y no satisfaga vuestro interés ó vuestra curiosidad. Cumplo ciegamente vuestra órden y me caso... ¿Qué más podeis exigirme?

Don Juan debia presentarse en Lisboa como quien era, y por consiguiente, tuvo que llevar en su compañía criados y equipo que no le permitian caminar sino en coche y mucho más despacio que Martin.

Se habian tomado todas las precauciones para ganar tiempo.

Seis poderosas mulas arrastraban el pesado vehículo en que iba don Juan, y á pesar de que podian sustituirlas por otras á cada jornada, no era, sin embargo, posible que hiciesen el viaje con la rapidez que el sirviente, el cual, cambiando tambien de cabalgaduras y sin más peso ni estorbo que sus alforjas, ganaria mucho tiempo.

Tampoco la reina estaba más tranquila.

A pesar de la seguridad que tenia en su bien combinado plan, inspirábale sérios temores el fraile, y lo mismo que la duquesa, no podia disimular completamente su inquietud.

Fray Manuel estaba tambien pensativo y triste.

Habia salido del convento más temprano que de costumbre, y haciendo uso de los privilegios de que gozaba, no habia vuelto hasta despues de anochecido.

¿Dónde habia estado?

¿Qué habia hecho?

No se le habia visto en palacio.

No habia visitado á ninguno de sus amigos.

Para que nada faltase á lo sombrío de aquel dia, el pueblo tambien parecia de mal humor.

Desde muy temprano se veian grupos en los sitios más concurridos de la córte.

No habia rostro que no estuviese contraido.

Todos hablaban del acontecimiento del dia anterior.

Riperdá era el objeto de todas las conversaciones.

Las lenguas, antes contenidas por el miedo, soltáronse entonces y se murmuró, se exageró y hasta se inventó.

El ministro caido fué acusado por cuanto habia hecho y por lo que ni siquiera habia pensado hacer.

—¿Y qué le han hecho?—preguntaban algunos.

—Ya estará encerrado.

—Sí, pero donde no puedan echarle el guante,—decian otros.

—¿Dónde?

—En la embajada inglesa, donde se refugió.

—Como si dijésemos, ha tomado iglesia.

—Si no lo hubieran dejado escapar...

—¿Qué ha de suceder?

—Es verdad, es verdad.

Y cuando aquí llegaban, el nombre del monarca pasaba de boca en boca, diciéndose que era demasiado bueno, que le faltaba energía para castigar á los que le engañaban, y que siempre se estaria lo mismo, si no se hacia un escarmiento para evitar que otro se atreviese á delinquir.

—Será preciso,—decian los más atrevidos,—que nos tomemos la justicia por nuestra mano.

Esta idea se acogia con muestras de entusiasmo, y ya fuese por que hubiera planes combinados anteriormente, ya por una rara coincidencia, es lo cierto que todos los murmuradores concluian por la misma proposicion, que parecia buenísima á cuantos la escuchaban.

Los grupos fueron aumentándose.

Dejó de hablarse en voz baja.

Luego se gritó.

El nombre de Riperdá fué pronunciado entre amenazas espantosas y entusiastas vítores al rey.

A las nueve de la mañana numerosos grupos de hombres del pueblo y mujeres desgreñadas y haraposas recorrian la Plaza y calle Mayor, de Alcalá, Carrera de San Jerónimo y el Prado, obstruyendo el paso en muchos puntos.

La amenazadora concurrencia iba aumentándose con los que desembocaban por las calles de Toledo, Montera y Preciados.

Antes de una hora Madrid presentó el aspecto de una poblacion amotinada.

Sin embargo, ninguna medida se habia tomado para calmar la popular agitacion.

Los soldados estaban en sus cuarteles.

Nada tenia que temer el rey.

Su nombre se pronunciaba con respeto.

Los ministros habian creido conveniente permitir al pueblo

un desahogo, que bien mirado, no podia ser más inocente ni justo, más inofensivo.

Aquello era una verdadera demostracion pacífica.

No ofrecia ningun peligro, y como los alborotadores no tenian más objeto que el de alborotar, se cansarian al fin sin molestias de nadie.

Así pensaba Patiño, y el rey se conformó con esta opinion.

Pero como en tales casos los gritos suelen producir los efectos del alcohol, calentáronse las cabezas y pensaron muchos que sin la novedad carecia de gracia el lance.

Otros pensaron que no merecia la pena de incomodarse para gritar solamente, sobre todo si nadie habia de hacer caso de los gritos, ni tomar por lo sério el popular motin.

Tras estas ideas surgieron otras más diabólicas.

—¿Qué haceis, parlanchines?—dijeron algunas mujeres.

—A casa de Riperdá,—añadieron otras.

—No está allí...

—No importa...

—Sí está...

—¡Vamos!

Y cundió rápidamente la determinacion de dirigir el ataque contra la morada del ministro caido.

Blandieron los hombres gruesos garrotes y alguna que otra enmohecida espada.

Las mujeres chillaron como furias.

Los muchachos se proveyeron de piedras, y corrieron bailando alegremente.

La broma empezó, pues, á hacerse pesada.

Dejaba de ser pacífica la demostracion, y empezaba á ser algo brutal, porque los más inocentes, quizás los pobres criados de Riperdá, iban á ser las víctimas.

Afortunadamente no sucedió así.

La esposa de Riperdá, temiendo lo que llegó á suceder, habia salido de Madrid la noche anterior, sin dejar en la casa ni un sirviente.

En pocos minutos la espaciosa morada del antiguo ministro, antes llena de animacion, tan concurrida de aduladores y pre-

tendientes, se vió asediada por la enfurecida muchedumbre, cuyos gritos resonaban cada vez con más fuerza.

Al ver el aspecto de los amotinados, y más al escuchar sus incesantes y destempladas voces, hubiérase creido que era una infernal legion escapada de las negras regiones, y que celebraba su libertad.

Solamente el eco respondió á los recios golpes descargados en la maciza puerta de la casa; y cuando algunos proponian romper la cerradura para entrar á sangre y fuego, segun decian, aunque su intencion era la de entrar á saco, un grito, más bien un aullido salvaje, resonó, y una lluvia de piedras fué á dar en las paredes del edificio, cayendo en menudos pedazos y con grande estrépito los cristales de las ventanas y balcones, y aun algunas astillas de las hojas que los cerraban.

Los alborotadores parecieron entonces embriagados.

Gritaron como nunca, y la idea de romper las puertas para entrar y destruir lo que decian haberse adquirido malamente, fué acogida con entusiasmo.

Viéronse blandir sobre las cabezas grandes martillos y gruesas barras de hierro, llevadas en un instante no se sabe de dónde.

El inofensivo desahogo era ya un sério ataque á la propiedad.

Cuando Felipe V habia preguntado á su nuevo ministro Patiño si convendria reprimir el alborato, este, con su habitual sangre fria y aparente indiferencia, habia respondido:

—Señor, el pueblo necesita de vez en cuando un desahogo, y se contenta con gritar, porque es tan poco juicioso y falto de intencion como un niño. ¿Por qué no hemos de dejarlo satisfecho?

El monarca se habia encogido de hombros, y ni siquiera volvió á preguntar lo que sucedia.

Pero cuando llegó á palacio la noticia de que los alborotadores se aumentaban y empezaban á hacer algo más que gritar, Patiño, temeroso de que sus personales enemigos y los partidarios de la casa de Austria aprovechasen la ocasion, preguntó á su vez al rey:

—¿Qué hacemos, señor?

—El pueblo,—dijo el monarca,—empieza gritando, pero acaba obrando; y no se contenta sino con hacerse justicia, tenga ó no razon. Para dejarlo satisfecho, tendriamos que hacer ahorcar á Riperdá y á algun otro.

—No se equivoca vuestra majestad; algun otro nombre empieza á correr de boca en boca.

—Aun irán más allá.

—Supongo que no se atreverán...

—¿Sabeis,—replicó el monarca,—por dónde han empezado los descontentos?

—Sí, señor.

—¿Y podreis asegurarme dónde acabarán?

—Puedo decir dónde les haremos acabar.

—Entonces no dejeis lo cierto por lo dudoso.

Pocos minutos despues algunas patrullas recorrian las calles.

Media docena de alguaciles intentó apaciguar á los que atacaban la casa del ex-ministro; pero fueron apedreados, y hubieron de emprender la fuga.

Ya habia un motivo para hacer uso de la fuerza armada contra los que habian resistido y maltratado á los representantes de la autoridad.

Las costillas de los desdichados corchetes habian decidido la cuestion: sirviendo de toque á las piedras, habian sido la piedra de toque para apreciar el alboroto, declarándolo verdadero motin, en lugar de inofensivo y natural desahogo.

La verdad es, que se habia empezado á hablar de Riperdá, y se acabó hablando de otros elevados personajes que ocupaban altos destinos, de impuestos, de Córtes y otras cosas.

Semejantes ideas no habian, de seguro, nacido de los harapos que gritaban: otros las habian trasmitido á estos.

El pueblo comprende lo que necesita y se le debe; pero no acierta á expresarlo, y camina á ciegas cuando se levanta contra lo que le perjudica.

Entonces nada hace, porque gasta las fuerzas mientras vacila.

Es el brazo fuerte; pero sin cabeza.

Pero si le dan la fórmula para expresar su deseo, si la ca-

beza se une al brazo, su primer golpe es el último tambien.

Esto no se ocultaba á Patiño, y por eso se reia cuando el pueblo pedia la cabeza de Riperdá y amenazaba destruir cuanto tuviese relacion con el ex-ministro, y proponia como medio supremo de la salvacion y felicidad del país la confiscacion de los bienes que decia mal adquiridos.

Pero cuando en vez de pedir estas ó parecidas cosas, que solo afectaban los intereses particulares de un indivíduo, el pueblo expresó con fórmulas claras y precisas ideas más trascendentales, y habló de sus antiguos fueros y de las Córtes, y atacó los vicios de la administracion pública, en vez de atacar á determinadas personas, entonces, decimos, el nuevo ministro dejó de reir, porque comprendió que el brazo tenia cabeza.

Esto no era conveniente á Patiño.

Sus planes eran altamente beneficiosos, como lo demostró haciendo lo que ninguno de sus antecesores, y preparando el camino á sus sucesores para hacer más; pero en cuanto á las antiguas libertades del pueblo castellano y á los derechos de este, representado por sus procuradores en Córtes y por sus municipios, no pensaba conceder nada.

Patiño, como otros muchos hombres ilustrados, creia que la centralizacion y la fuerza eran las fuentes del órden político, económico y administrativo, porque participaba del error, no desarraigado aún, de que sin la centralizacion y la fuerza no puede existir el órden, la unidad política ni la administrativa.

Era, pues, contrariar sus madurados proyectos el imponerle interdicciones ni participaciones.

—El alboroto,—dijo,—ha llegado á ser motin, y el motin tiene ya cabeza, y puede convertirse en revolucion. El rey dice bien, no sabemos dónde acabarán... Pues hagamos que acaben sin ir más lejos, ó lo que es lo mismo, nos tomaremos el trabajo de acabar nosotros, ya que ellos se han tomado el de principiar.

Una compañía de soldados *blanquillos* sustituyó á los alguaciles en los momentos en que se abria la puerta de la casa de Riperdá.

No huyeron los amotinados; pero se detuvieron y cesaron los

gritos. No tenian armas de fuego, y aunque eran superiores en número á los soldados, la lucha seria desigual y ventajosa para los que podian herir sin acercarse.

En aquel momento salió del zaguan de una casa un hombre vestido de negro, cuyos ojos pardos y expresivos brillaban como dos centellas.

—¿Qué quereis?—dijo con reconcentrada voz, y fijando en los descontentos una mirada penetrante y fascinadora.—¿Qué pensais hacer? ¿Vais á quemar la casa y á arrastrar á Riperdá si lo encontrais?

—Sí,—respondieron algunos.

El aparecido sonrió desdeñosamente.

—¿Y para eso,—repuso,—alborotais y llenais de espanto á los tímidos? ¿Y para tan mezquina obra llamais á los buenos españoles, los excitais en nombre de la justicia y les pedís ayuda?... No mereceis más que compasion... Idos, que ningun hombre que se estime en algo os seguirá.

Los que habian escuchado estas palabras miraron con sorpresa al hombre misterioso, luego lo rodearon, y despues de algunos instantes le dijo el que parecia más atrevido:

—¿Quién eres tú, que nos acusas poco menos que de ruines?

—Un hijo del pueblo como tú,—respondió el aparecido, que no habia bajado el embozo de su capa.—Os acuso de pequeños, y os advierto que no encontrareis ayuda.

—De los que tengan miedo...

—¡Miedo!... Decid que vais á reconquistar vuestros fueros; á hacer que se reconozcan los derechos de todo hombre; á corregir los vicios de una sociedad estúpida y miserable, y entonces vereis cómo vuestras palabras encuentran eco en todos los corazones, cómo el esclavo rompe sus cadenas para seguiros, y el pobre se levanta orgulloso, y el oprimido se revuelve fiero. Sí, declarad la guerra á la sociedad, á esa sociedad que no reconoce nada para cada uno de vosotros, que os ha desheredado, que os desprecia, que os ahoga... ¡Que os rechaza!

La sorpresa, el asombro se pintó en todos los semblantes.

Las palabras de aquel hombre eran para sus oyentes enigmas incomprensibles.

Sin embargo, se sintieron dominados, arrastrados por la ardiente mirada y enérgico acento del desconocido.

—¿Y qué hemos de hacer?—preguntó uno.

—Nada,—dijo otro.—Mirad, nos cercan los soldados, nos harán fuego y tendremos que huir como tú harias.

—Yo,—replicó el hombre misterioso,—sabria morir sin retroceder, y mi cuerpo serviria de parapeto á mis hermanos. ¿Quereis seguirme para conquistar nuestros derechos? Moriremos; pero no importa, otros vendrán á sustituirnos, la lucha será larga y tenaz, porque el tigre no suelta su presa fácilmente; pero al fin la victoria será de los buenos, triunfará la santa causa de los desheredados.

No hubo quien acertase á responder.

—Mirad,—añadió el desconocido, echando atrás su capa y presentando el pecho á los soldados.—Así, imitadme.

El hombre misterioso no era otro que el amigo de Juan.

Todos contemplaron aquel pálido rostro, sombrío, de correctos y atrevidos perfiles, de dura expresion; aquel rostro hermoso, pero que infundia terror á muchos sin acertar á explicarse la causa.

En aquel momento los soldados, viendo que los rebeldes volvian á blandir sus armas y recogian piedras, como si se dispusiesen á resistir, amenazaron hacer fuego si no se dispersaban los grupos.

—¡Hermanos!—gritó Antonio con voz potente, que dominó el general murmullo.—Seguidme y triunfaremos, porque Dios nos protegerá: nuestra causa es santa, porque es la causa del débil contra el fuerte, del esclavo contra su cruel señor: la humanidad nos contempla; no retrocedais ante un puñado de nuestros cobardes opresores.

Empero cuando algunos, con imprudente temeridad, se disponian á seguirle, uno, señalando al intrépido Antonio, pronunció á media voz una palabra que produjo el efecto de un rayo en cuantos la oyeron.

Aquella palabra corrió de boca en boca, siempre á media voz y pronunciada con acento de espanto, y los más decididos alborotadores, los que parecian haberse entusiasmado más con el ex-

traño discurso de Antonio, fueron los primeros en retroceder y huir.

Esto fué bastante para que corriesen todos.

Muchos ignoraban la causa del movimiento; pero antes de pedir explicaciones, creyeron prudente ponerse á salvo.

No tuvieron los soldados necesidad de nueva intimacion ni amenazas.

El rostro de Antonio se habia dilatado por una sonrisa horriblemente sarcástica, profundamente amarga, desgarradora, y con los ojos relumbrantes como dos luciérnagas, inmóvil y cruzado de brazos, vió desaparecer la multitud, murmurando con un acento que debia desgarrarle el alma:

—¡Huyen!... ¡Huyen de mí los que no huian de la muerte con que les amenazaban!... ¿Dónde iré, dónde iré?... ¡Oh!... Esa es la sociedad que tanto se envanece con lo que vale, que tanto habla de la justicia...

Antonio se embozó en su negra capa y desapareció.

Los soldados no persiguieron á los revoltosos.

Cuidáronse únicamente de custodiar la casa de Riperdá, para evitar nuevos atentados.

—¿Y por qué huimos? ¿Adónde vamos?

Esto preguntaron algunos despues de haber dejado atrás algunas calles.

—Riperdá está en la embajada inglesa,—volvió á decirse.

—Pues á la embajada.

—Es territorio inglés.

—¿Qué nos importa?

—Será una invasion, y habrá una guerra.

—Pelearemos con los ingleses.

—¡A la embajada, á la embajada!

—¡Sí, á la embajada!

Y volviendo á resonar la destemplada gritería, corrieron hácia la morada del embajador inglés, sin dar importancia á la gravedad de su loco intento.

Ya habian mediado contestaciones entre el marqués de Castelar y el representante inglés sobre la entrega de Riperdá; pero la reclamacion habia sido en vano, porque el embajador habia

contestado enérgicamente que protegeria al que se habia acogido al pabellon de su país.

No dejó de causar extrañeza esta conducta, porque todos sabian que entre el ex-ministro y el embajador no habia relaciones de buena amistad, sino, por el contrario, graves motivos de queja.

¿Por qué aquella proteccion al mayor enemigo?

¿Era noble generosidad para el desgraciado, ó encerraba semejante proceder algun interesado fin?

Cuando los alborotadores llegaron á la embajada, se detuvieron, y los que iban delante como dirigiendo el movimiento, se agruparon para conferenciar.

—Antes,—dijo uno,—haremos una intimacion, porque lo cortés no quita lo valiente, y si buenamente nos entregan al criminal, evitaremos un conflicto.

—Veo,—replicó otro,—qne ignorais lo mejor.

—¿Qué?

—El marqués de Castelar, en nombre del rey, ha reclamado á Riperdá.

—¿Y el embajador?...

—Se ha negado.

—Imposible.

—Lo sé de buena tinta.

—Entonces perderemos el tiempo.

—Y nada conseguiremos, porque antes de media hora estaremos otra vez rodeados de soldados.

—Dejémonos de contemplaciones.

—Entremos, y cuando vengan los *blanquillos* se encontrarán al ladron colgado de uno de los balcones.

—No hay que retroceder.

Iban ya á dar el grito de acometida, cuando de la casa del embajador salió un fraile con hábito de carmelita descalzo.

Llevaba la cabeza y parte del rostro cubierto por la capucha.

Sin embargo, podian verse sus negros y brillantes ojos, cuya mirada, sombría en aquellos momentos, se fijó en los amotinados.

Estos se apartaron respetuosamente para dejar el paso libre al sacerdote.

Pero en vez de seguir adelante, el carmelita se detuvo, y dijo con severidad:

—¿Qué haceis?

—Ahí,—respondió el más atrevido,—se oculta un criminal.

—¿Y quién,—repuso el fraile,—sois vosotros para juzgarlo?

—Ha sido el azote de España...

—En España hay tribunales, y luego está la justicia de Dios. ¡Quereis castigar un crímen cometiendo otro!

—Queremos evitar que se escape...

—¿Adónde irá con sus remordimientos? Ya está castigado.

—El embajador se niega á entregarlo...

—No se negará cuando se le acuse del delito que acaba de cometer; un delito de Estado...

—¿Qué decís?—preguntaron todos afanosamente y rodeando al carmelita.

—Riperdá ha revelado al embajador todos los secretos de Estado...

—¡Ah!...

—Compadecedlo.

—¡Y no lo sabe el rey!...

—Ya lo sabrá...

—¡A palacio, á palacio!...—gritaron los cabecillas.

—¡A palacio!—repitieron maquinalmente los demás.

Y como antes, al correr algunos corrieron todos.

El fraile, que era fray Manuel, siguió calle arriba con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Cuando los alborotadores llegaron al Buen Retiro, se encontraron con una novedad que nadie habia sospechado.

Algunos carruajes de camino, escoltados por un regimiento de caballería, se alejaban de la régia morada en direccion á Atocha.

Sus majestades partian para Aranjuez.

El viaje se habia dispuesto en pocos minutos.

—Me incomoda el ruido,—habia dicho el monarca.

—A mí tambien,—le respondió la reina;—y si vuestra ma-

jestad tomase mi consejo, ahora mismo saldriamos para Aranjuez.

—Sí, ahora mismo,—repuso Felipe,—que enganchen sin perder un momento.

Y por más que los jefes de la real servidumbre hicieron presente que se necesitaba por lo ménos todo el dia para disponer lo más necesario, el monarca y su esposa insistieron, y salieron de palacio antes que arreglaran equipajes.

Los que tal novedad encontraron quedaron sorprendidos.

Unos vitorearon á los reyes.

Otros pregonaron la traicion de Riperdá.

Y antes que la confusion cesase, la régia comitiva habia desaparecido, sin que Felipe ni Isabel comprendieran lo que el pueblo les decia.

Intentaron los alborotadores volver á la embajada; pero dos compañías de soldados, que desembocaron por la calle de Alcalá y Carrera de San Jerónimo, los pusieron en completa dispersion.

Media hora despues Madrid estaba en calma y las calles más desiertas que nunca.

Dejaremos alejarse al rey y á sus ministros, prometiéndonos encontrarlos despues y referir el desenlace de este episodio, y volveremos á tomar el hilo de la triste historia de Andrea, para empezar á conocer las intenciones y planes del misterioso amigo de Juan.

Llegó la noche, tan fria y oscura como la anterior.

Algunas patrullas de soldados recorrian las silenciosas calles.

Los alcaldes, con sus rondas de alguaciles, vigilaban con más cuidado que de costumbre.

A las ocho se encontraba Antonio en la taberna, y habia pedido un jarro de vino, no para beber, sino para tener el derecho de permanecer allí sin que nadie le inquietase.

Su rostro estaba pálido.

Su mirada era más sombría que nunca.

Su frente estaba más contraida que en los momentos en que arengaba aquella mañana al pueblo y presentaba su pecho á los soldados.

Cuando se sentó, apoyó los codos en la mesa, dejó caer la cabeza entre las manos y quedó inmóvil.

En la vida de aquel hombre extraño debia haber algun misterio horrible.

Debia sufrir alguno de esos dolores que se apoderan del alma y como un incesante roedor la atormentan dia y noche.

Tal vez el tormento de aquel hombre era de esos que no dan tregua ni dejan esperanza.

Un tormento de esos que persiguen á todas horas, en todas partes y en todas las situaciones.

Que á la luz son nuestra sombra, y en la oscuridad fantasma.

Que durmiendo son espantable pesadilla, y despiertos horrible realidad.

¿Quién era aquel hombre?

Ya hemos dicho que la primera vez que se presentó en la taberna, hasta los más desalmados criminales que allí concurrian le miraron con desagrado, murmuraron y aun mostraron su disgusto al tabernero.

Tambien hemos visto á los amotinados huir de él más que de las armas de los soldados.

¡Y su sonrisa expresaba una amargura desgarradora, al ver que era objeto de espanto!

Sin duda para la desgracia de aquel hombre no bastaba el remedio en cuanto á lo presente y lo porvenir, sino que se borrase lo pasado, ¡que no hubiera sido lo que fué!

Y pedir lo imposible es luchar en vano, es desgarrarse el alma con el afan de la desesperacion, es buscar el tormento contra al sufrimiento.

No sabemos si serán acertadas estas suposiciones; pero en lo que creimos adivinar en el rostro de Antonio cuando lo presentamos á nuestros lectores, no nos equivocamos, segun lo que vamos viendo: era uno de esos desgraciados séres divorciados y en guerra con la sociedad, con más derecho para ser ellos acusadores que acusados.

Así lo prueba el efecto que su presencia producia en todas partes, y sus palabras cuando excitaba aquella mañana á los amotinados.

Por espacio de media hora permaneció inmóvil.

No parecia sino que aquella atmósfera pesada y nauseabunda habia narcotizado al meditabundo personaje.

Quizás otra media hora hubiera pasado sin que se moviese, á no interrumpir su aparente calma el cándido Juan.

—Temprano te duermes,—dijo el fiel criado á su amigo.—¿No has querido esperarme para brindar?

Antonio se estremeció como si á sus piés hubiesen reventado una bomba, y levantó la cabeza.

Su rostro estaba más pálido y desfigurado que antes.

Su frente más contraida.

Su mirada era más sombría y más intenso el brillo fosforescente de sus pupilas.

—¿Te has quedado mudo?—repuso Juan, viendo que su amigo no le contestaba.

—Estaba distraido,—dijo Antonio.—No te he visto llegar, y... Has tardado... ¿Hay alguna novedad?

—Extraño que me preguntes, cuando tú lo sabes todo,—replicó el sirviente.

—Nada sé ni he querido averiguar. Tú debias traerme esta noche la noticia de la resolucion de tu señora, y he aguardado.

Juan creyó que podia dar un gran golpe de ingenio, de astucia, cogiendo á su amigo en una mentira, y preguntó:

—¿Ha estado hoy don Juan á ver á tu señor?

—No,—respondió Antonio.

—Veo que no miente,—dijo para sí el criado.

Luego añadió en voz alta:

—Bien, bebamos y hablemos.

—Antes de beber necesito saber si esta noche veré á doña Andrea.

—¿Por qué?

—Porque si he de verla, no probaré el vino.

—No entiendo.

—A las damas les disgusta hablar con quien huele á taberna.

—¿Qué le importa?

—Además, necesito tener la cabeza despejada, porque es muy delicado el asunto de que hemos de tratar.

—A tí no te hace efecto el vino.

—No importa.

—Como quieras; pero...

—¿Veré ó no á tu señora?—interrumpió Antonio con vivo afan.

—Sí.

—¡Ah!—murmuró el sombrío personaje, apretando los puños con fuerza convulsiva.

—¿Qué te sucede?

—Nada... Bebe, Juan, bebe...

—No me acompañas...

—No.

—Tendré que beber por tí y por mí.

—Cuanto quieras.

—Y si me emborracho...

—No importa, con tal que te quede el suficiente conocimiento para llevarme al lado de tu señora.

—¡Pobrecita!—dijo el sirviente, llenando el vaso.

—Debe sufrir.

—Y temo... ¡A su salud!... Temo que le suceda otra nueva desgracia.

—¿La muerte de su madre?

—Lo has acertado... ¿Cómo te compones, amigo mio, para adivinarlo todo?

—Sé que está enferma...

—Y desde anoche parece otra: ya no se enfada con nadie, ni aun conmigo; y cuando un enfermo cambia tan repentinamente, es mala señal.

—Juan, la pérdida de una madre es una desgracia de las más horribles; ¿pero quién sabe si Dios se lleva á la pobre anciana para evitarle alguna amargura?

—Ahora que su hija vá á ser feliz...

—¡Feliz!—murmuró Antonio con ironía.

—¿No me has prometido salvarla del peligro en que se encuentra?

—Sí, pero... cuando se remedia un mal viene otro: en este mundo no hay completa felicidad.

—Si doña Andrea se casa con mi ilustre tocayo...

—Bebe, Juan, bebe,—interrumpió Antonio, que queria evitar contestaciones.—Esta noche te olvidas del vino.

—Estoy disgustado: la suerte de mi pobre señora me tiene de mal humor, sobre todo desde anoche.

—¿Por la enfermedad de la vieja?

—Por don Juan, que al fin se quitó la mascarilla, y en buenas palabras dijo que no le daba la gana de cumplir lo prometido.

Un relámpago de viva alegría brilló en los ojos de Antonio.

—¿De manera,—dijo con visible emocion de júbilo,—que se separarian para siempre?

—Él dijo que tal vez algun dia...

—Esa promesa dudosa...

—No significa nada...

—Un consuelo estúpido y ofensivo.

—Ya ves, hoy debe haber salido de Madrid para Lisboa, donde le espera otra mujer para casarse.

—¡Oh!...

—Sin embargo, me tranquiliza tu promesa formal de...

—¿No bebes?

—A eso voy...

Juan llenó y vació un segundo vaso.

—Lástima es que no lo pruebes,—dijo.

—¿Por qué no brindas?

—Es verdad,—repuso el sirviente, volviendo á echar vino;—me olvidaba... ¡A tu salud!

—Gracias, mi buen amigo.

—Verdadero.

—Venga tu mano... aprieta... ¡Amigo!—exclamó Antonio con acento indefinible y una intencion que nadie hubiera podido adivinar.—¡Un amigo!

—Como yo lo soy, aunque me esté mal decirlo, hay pocos, muy pocos.

—¡Un amigo!—repitió el sombrío personaje, como si por primera vez en su vida pronunciara este nombre consolador.

—Haces bien en entusiasmarte, porque...

—Bebe, Juan, bebe,—interrumpió Antonio, que aquella noche no mostraba su calma glacial de siempre.—Bebe y jura por tu salud, por tu alma, que estrecharás mi mano y me llamarás amigo en cualquiera situacion que me encuentres.

Juan apuró otro vaso, se restregó los ojos, y dijo:

—¿Por qué no he de jurarlo? Si no eres traidor conmigo, juro que...

—No,—interrumpió vivamente Antonio,—no prometas... ¡Oh! ¿Quién sabe lo que puede suceder? Hay circunstancias en la vida de los hombres...

—Si eres leal...

—Puedo serlo contigo y cometer un crímen, ó que el mundo me acuse, y dar el título de amigo á un criminal ó á un hombre rechazado por los demás...

—A pesar de eso...

—Te arrepentirias...

—Yo no me avergüenzo de ser amigo de quien lo es verdadero mio...

—No, no jures,—replicó Antonio estremeciéndose,—y perdona mi loca exigencia... ¡Soy un egoista!

El sirviente miró con sorpresa á su amigo.

—Bebe, Juan, bebe...

—Vaya, pues... ¡Por nuestra amistad!

Antonio cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho, y quedó silencioso.

El vino empezaba á trastornar á Juan.

—De manera,—dijo,—que tú tampoco te atreverás á jurarme que siempre serás mi amigo. Bien, como quieras, otro dia trataremos de eso. Ahora... ¿Me entiendes, Antonio?... Ahora... Lo que importa es doña Andrea, por si llega á morirse pronto su madre... Esta noche no he comido sardinas, pero tengo mucha sed.

El sirviente apuró otro vaso, y prosiguió:

—¡Pero cómo ha cambiado la vieja!... ¿Creerás, amigo mio, que ahora parece un ángel? Por eso digo que se muere. Ayer mismo, porque no acudí pronto cuando me llamó, me tiró el baston dos veces y riñó á su hija, acusándola de ser demasiado

tolerante conmigo; y hoy, á pesar de que veinte veces no la he obedecido, no ha tenido más que palabras dulces. Me he reconciliado con ella, y ahora siento haber murmurado de la pobrecita.

Antonio no contestaba, ni daba muestras de escuchar á su amigo; parecia absorto en sus tristes ideas.

—¿Te has dormido?—le preguntó el sirviente, volviendo á restregarse los ojos, porque los párpados le picaban y pesaban, cerrándose á su pesar.—Te aseguro que cuando anoche... ¿entiendes, Antonio?... cuando anoche ví á doña Andrea de rodillas, como si don Juan hubiera sido un rey...

—¡De rodillas!—exclamó Antonio, enderezándose repentinamente.

Y mientras su rostro se enrojecia, como si fuera á brotar la sangre, añadió:

—¡De rodillas ante don Juan!...

—Por la honra y por un hijo, ¿entiendes, Antonio? se hace eso, y...

—¿Y qué hizo el miserable?—preguntó Antonio con voz reconcentrada.

—Como gritaban, todo lo oí... ¿entiendes?

—¿Pero él?...

—Dijo que tenia que irse al amanecer, y que no podia esperar...

—¡Oh!...

—Así, lo mismo que tú me puse yo, y á no ser por Petra, que me sujetó...

—¿Y no lo castigastes, no vengastes á la que te dá el pan y deposita en tí su confianza?...

—Por ella me contuve... porque al fin... ¿entiendes, Antonio?... al fin... si no, lo que es mi tocayo... no baja la escalera por su pié, ó sale por el balcon; pero... como ha de casarse con ella... ¿entiendes?... como ha de casarse... segun tú aseguras y...

—Eres un nécio.

—Antonio,—repuso el sirviente con voz soñolienta,—no te entiendo, y... en fin, te explico esto, para que sepas... ¿entiendes?... para que sepas... y veas...

—¿A qué hora podré ver á doña Andrea?

—La vieja se acostó al anochecer, y podemos ir cuando te dé la gana...

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Estaba bebiendo...

—Vamos,—replicó Antonio, poniéndose de pié;—vamos...

—Aguarda... hemos de pagar...

—Ya he pagado.

—¡Siempre lo mismo!

—Vamos, Juan, vamos,—repuso con impaciencia Antonio, asiendo de un brazo al sirviente y obligándole á levantarse.—Puesto que es buena cualquiera hora, no perdamos tiempo.

—Es verdad... se trata de la suerte de doña Andrea.

Salieron de la taberna.

Antonio aspiró el aire frio con avidez, y exhaló un suspiro trabajoso.

—Me agrada este fresco,—dijo el sirviente.

Y sin pronunciar una palabra más, tomaron la calle de San Cristóbal abajo.

Llegaron á casa de Andrea.

Juan llamó, y pocos momentos despues abrió Petra, que ya estaba avisada de que un nuevo personaje debia ir con el criado.

Las mejillas de Antonio estaban más pálidas que antes.

Su mirada era más sombría.

La infeliz Andrea no podia mirar sin espanto aquel rostro, que sin carecer de varonil belleza, tenia, sin embargo, una expresion repulsiva, repugnante, amedrentadora.

¿Qué sucederia cuando la jóven supiese que aquel hombre misterioso y que tanto terror le infundia, la amaba con locura?

Afortunadamente, aquella noche Antonio no pensaba presentarse á Andrea como enamorado, sino como un hombre que poseia el secreto de la desgracia de la infeliz, y tenia medios de salvarla.

Juan llevó á su amigo á la cocina, le dijo que aguardase allí, y fué á dar aviso á Andrea.

Petra hizo un gesto de disgusto, fué á situarse en el rincon más apartado, y dijo para sí:

—¿Es este el amigo de Juan? Me dá mala espina; la cara es espejo del alma, y este la tiene de condenado... ¡Con buena gente anda ese bruto de Juan!... ¡Pobre señorita, si se fia de este hombre!

Reinó un silencio profundo.

La respiracion de Antonio era cada vez más agitada.

Hubieran podido contarse las violentas palpitaciones de su corazon.

Petra no apartaba su mirada de aquella negra figura, y temblaba sin saber por qué.

La pobre sirviente era supersticiosa; el candil estaba medio apagado, y el miedo le hizo ver con forma vaga, fantástica, al amigo de Juan, acabando por creer que era ni más ni ménos que Satanás, que habia tomado la forma humana para hacer alguna de las suyas.

—Si me mirase,—decia Petra para sí,—haria la cruz, y estoy segura de que desapareceria echando fuego por los ojos, narices y boca. Juan es tonto y se ha dejado engañar... ¡Dios mio!... ¡Cómo le relucen los ojos!... ¡Y respira como un buey!... ¡Qué vá á ser de nosotros?...

Si no huyó la cándida sirviente, fué por que el miedo no le permitió moverse del rincon en que se habia metido.

Por su fortuna, Juan no tardó en volver para anunciar á su amigo que podia entrar en el aposento de Andrea.

Antonio, sin pronunciar una palabra, siguió á su amigo.

CAPÍTULO XVII.

Proposiciones de Antonio.

Andrea creia que Antonio, si no el criado de un amigo de don Juan, era la persona de quien otro se valia para conseguir sus fines; pero de ningun modo sospechaba que fuese el mismo interesado. Solamente el tener que hablar de su deshonra con quien la conocia, debia atormentar á la jóven; pero sin que el sombrío aspecto del amigo de su sirviente, si bien le desagradase, le hiciese experimentar la repugnancia que en otro caso hubiera sentido.

Cuando Antonio entró en el gabinete, fijó en Andrea una mirada ardiente, de incomparable avidez, pudiendo apenas balbucear algunas palabras.

Su visible turbacion podia ser hija de la falta de educacion y trato con personas distinguidas, y por consiguiente, no debia causar extrañeza á la jóven.

Esta volvió sus melancólicos ojos hácia el misterioso personaje, y examinándolo con toda su atencion, estremecióse y dijo para sí:

—No es este un hombre vulgar.

Era muy difícil principiar la conversacion por ella ó por él.

Antonio parecia haberse olvidado del objeto de su visita.

Inmóvil como una estátua, contemplaba á la infeliz jóven, cuya belleza lo habia fascinado como nunca.

Es verdad que nunca la habia visto tan cerca, y que nunca tampoco su mirada ardiente se habia encontrado con la de aquellos ojos de trasparente azul y sin igual encanto.

En aquellos momentos Antonio, que hubiera desafiado á la muerte con la mayor sangre fria, tuvo miedo á su pasion, espantóse de sí mismo.

La idea de que algun dia pudieran sus manos estrechar las de aquella mujer sublime, le infundió el terror que siente el ladron que vá á tocar el sagrario.

Para Antonio, efecto de su particular situacion, Andrea era un sagrado, adonde no le era permitido llegar sin cometer un crímen.

Empero así como la fuerza de la codicia hace que el ladron domine su espanto y profane lo divino para apoderarse de lo material que desea, el amigo de Juan luchaba entre su arrebatadora pasion y su conciencia, y acabó por decirse:

—¿Por qué dudo? ¿No soy un hombre como otro cualquiera? ¿No puedo llamarme inocente de todo crímen, segun las leyes hechas por los hombres?

La sentencia de Andrea estaba pronunciada.

Antonio lucharia, se atormentaria horriblemente; pero su pasion tenia más fuerza que todas sus reflexiones, que todos sus escrúpulos.

En cambio de la profanacion, como él llamaba á su intento, de aquel tesoro de belleza, y aun pudiera decirse de virtud, Antonio hacia un sacrificio en lo que pensaba conceder á Andrea, sacrificio de no escasa importancia, por más que fuese un hombre despreciable ó despreciado por la sociedad.

La jóven, creyendo que el desconocido callaba por respeto, rompió el silencio al fin, diciendo:

—Mi leal criado Juan me ha hablado de vos, diciéndome que le habíais asegurado poder ayudarme eficazmente en la apurada situacion en que me encuentro.

El acento dulce de Andrea hizo estremecer á Antonio, que

solo se estremecia en ciertas situaciones y momentos dados, bien horribles por cierto, de su desgraciada vida.

Era la primera vez que sonaba en sus oidos la voz de la desdichada jóven.

—Excusaremos,—añadió esta,—entrar en pormenores de lo que, segun tengo entendido, sabeis tan bien como yo; pero no lleveis á mal que quiera asegurarme de que no me tendeis un lazo. No os conozco, ignoro á quién obedeceis, y no están claramente demostradas las intenciones que os guian. Perdonad, pues, que no es ingratitud, sino prudencia.

—Señora,—respondió Antonio despues de algunos instantes, y dando un paso hácia la jóven,—en las mismas proposiciones que he de haceros, está la prueba de mis intenciones; pero antes de explicarme, necesito saber una cosa, de la cual depende todo.

—Segun lo que me pregunteis.

—No os comprometerá la respuesta.

—Decid,—repuso Andrea, mirando fijamente á su interlocutor.

—¿Teneis esperanzas de casaros con don Juan?

—No.

—¿Estais dispuesta á sacrificar vuestro amor por vuestra honra y vuestro hijo?...

—¡Oh!...

—Creo que sí, doña Andrea,—repuso Antonio;—pero necesito oirlo de vuestra boca.

—Lo que decís,—replicó la jóven despues de algunos momentos de reflexion,—no se comprende, es una contradiccion.

—Os equivocais.

—Si renuncio á mi amor, ó lo que es lo mismo, á ser esposa de don Juan, no salvaré mi honra ni daré un nombre á mi hijo.

—No os ofendais, señora,—replicó el sombrío personaje, que seguia esforzándose por aparentar una calma, que estaba muy lejos de sentir;—pero me obligais á deciros que no se os ha ocurrido más que á vuestro criado.

—Reconozco mi torpeza; pero...

—Respondedme, y os explicaré lo que os parece un enigma, una contradiccion.

Andrea volvió á examinar el pálido rostro de Antonio, cuya manera de explicarse no era la que esperaba de las noticias que de él tenia, ni de su rudo aspecto.

—Por mi honra,—repuso la jóven,—por mi hijo, renunciaria á mi amor, porque los deberes son antes que las pasiones. ¿Quién duda eso de una mujer que solo en un momento fatal de olvido fué débil? ¿Quién duda eso de una madre?

—No me equivoqué, señora. Teneis corazon, mucho corazon... ¡Ah!... Don Juan no os ha conocido... ¡Harto castigado está con perderos!

—Bien, bien,—replicó Andrea estremeciéndose.

—¿Quereis mis explicaciones?

—Quiero saber quién sois...

—Os diré mi nombre, y os quedareis con la misma duda.

—¿Pero no sois el criado de un amigo de don Juan?

—Soy el criado de quien piensa en vos, su único amigo, su íntimo confidente...

—No sois un hombre cualquiera...

—¡Un cualquiera!... ¡Ojalá!—exclamó Antonio, exhalando un profundo suspiro.—Daria lo que me resta de vida por ser un hombre cualquiera, el último miserable.

Estas palabras aumentaron la sorpresa y curiosidad de Andrea.

¿Qué era aquel hombre que envidiaba al último miserable?

¿Quién era su íntimo amigo á quien servia de confidente y mensajero?

¿Por qué no se presentaba el verdadero interesado en tan grave asunto?

Andrea necesitaba salir de estas dudas.

No era nada tranquilizador el misterio con que se cubria el sombrío personaje.

—He cometido una imprudencia,—dijo para sí la jóven, que empezaba á sentir miedo.

Algunas gotas de frio sudor corrieron por la ancha frente de Antonio.

Debia sufrir mucho.

—Señora,—dijo,—noespereis nada de don Juan: pensad so-

lamente en cubrir vuestra honra y en dar un nombre á vuestro hijo.

—No puedo seguir escuchándoos sin saber quién os envia, quién sois y cómo habeis descubierto el secreto de mi desgracia.

—Por ahora no os diré más sino que tengo los medios de salvaros, suponiendo que habeis perdido la esperanza de ser esposa de don Juan. ¿No quereis escucharme? Como gusteis; os dejaré.

—Pero ese misterio...

—Dais importancia á lo que no la tiene,—replicó Antonio,—y os infunde miedo lo que no puede haceros mal. ¿Qué es lo interesante? ¿El nombre de la persona que os ofrece salvaros, ó la salvacion? ¿Qué es más peligroso? ¿Mi entrada aquí ó mis palabras? Nadie dudaria en la eleccion, nadie subordinaria lo principal á lo accesorio; y sin embargo, vos renunciais á la salvacion, porque el salvador no os dice antes su nombre; permitís que llegue hasta vuestro aposento un desconocido, y teneis miedo á sus palabras, le prohibís que os haga proposiciones que podeis rechazar. Lo que llamais misterio, no lo es, pues se reduce á que ignorais quién soy. Si os basta saber mi nombre, os lo diré: me llamo Antonio Perez; mi clase es la última, esa que se llama plebe. En cuanto á mi vida, es... la de un desgraciado.... Básteos saber que no vivo del robo, sino que gano el pan como mandan las leyes de los hombres, aunque me consideraria feliz si pudiera cambiarme por un salteador... ¿Estais satisfecha?

—Envidiais al miserable, al criminal... Ese es el incomprensible misterio... ¿Qué sois?

—Jamás sabreis más de lo que os he dicho, señora.

—¿Y quereis que os escuche?

—Nada os exijo.

—Entonces...

—¿Quereis que os deje?—replicó Antonio como si se dispusiese á salir.

Nada habia que oponer á sus observaciones: la imprudencia consistia en haberle permitido entrar allí, pero no en escucharlo. Lo primero podria ser peligroso, mientras que con lo segundo no se perderia en todo caso más que algun tiempo.

Además, dado el primer paso, no debia retrocederse sin saber

de una manera positiva las ventajas ó inconvenientes que ofrecian las proposiciones de Antonio.

Por mucho disgusto que causase á la jóven hablar de su desgracia, por más que ofendiese su dignidad y sentimientos de delicadeza aquel extraño contrato de arreglo sobre su honra, no debia desmayar, se trataba de su hijo y tenia el deber de sacrificarlo todo como madre.

Esta consideracion, y no su amor desdichado, le habia hecho la noche anterior olvidarse de todo y caer de rodillas ante el hombre que estaba en el caso de arrodillarse ante ella.

No habia, pues, más que entregarse á las circunstancias, pedir fuerzas al dolor y á la desesperacion, y luchar como lucha el desesperado.

Andrea inclinó la cabeza sobre el pecho; su frente se contrajo y se tiñó de carmin, y despues de algunos segundos, fijó en Antonio una mirada ardiente, y dijo con acento breve y enérgico:

—Hablad, os escucho.

Los ojos de Antonio relumbraron como si por ellos se hubiesen escapado dos centellas de su pasion, y enrojeciéndose y palideciendo luego su rostro, hizo un esfuerzo sobrenatural para mostrarse tranquilo, y dijo:

—Señora, hay un hombre mucho más desgraciado que vos, que sufre mucho más, porque está cometiendo el crímen de amaros, y su conciencia le atormenta con remordimientos espantosos.

—¡Crímen, remordimientos!—murmuró Andrea, á quien cada palabra de Antonio producia una nueva y mayor sorpresa.—¡Remordimientos solo por amar, crímen el amor!...

—No podeis comprender eso, aunque es verdad, ni yo puedo explicároslo.

—Se comprende, si por amarme ha olvidado deberes...

—Ninguno, señora: ese hombre es libre.

—Entonces...

—Básteos saber que os ama, lo cual podeis comprender fácilmente, y que su pasion es de esas que encienden el alma y trastornan la razon...

—Yo,—interrumpió Andrea,—no puedo ni debo escuchar palabras de amor.

—¿Por qué?

—Si es cierto, lo que aun no puedo asegurar, que la ofensa que he recibido y mi dolor de hija, mujer y madre han extinguido el fuego que en mejores dias ardió en mi pecho, para amar nuevamente no habrá quedado sentimiento á mi alma.

—El tiempo calma el dolor...

—Teneis,—repuso Andrea,—un entendimiento claro, y hablais como quien comprende y siente las grandes borrascas del espíritu, y no se os debe ocultar que la hiel de los desengaños esteriliza el corazon.

—Eso,—replicó Antonio, que seguia esforzándose para disimular su agitacion,—eso, señora, no probaria más sino que ya no podeis amar á ningun hombre.

—Así es.

—Pero como no se os pide amor...

—¿Se me piden mentiras, engaños?

—Ménos aun.

—Cada vez os haceis más incomprensible.

—¡Oh!... cada vez, señora...

Antonio se interrumpió.

En su incesante desasiego habia sacado la mano derecha de debajo de la chupa, donde la habia ocultado.

Las extremidades de los dedos estaban manchadas de sangre.

¡Se habia herido el pecho con las uñas!

—Permitidme que concluya,—dijo despues de algunos momentos.

—Proseguid,—repuso Andrea con visible turbacion.

—El hombre que os ama os ofrece su mano para salvar vuestra honra; aceptará como suyo vuestro hijo, y le dará su nombre, que aunque oscuro, es un nombre al fin.

Andrea no acertó á responder; tal efecto produjo en su ánimo la proposicion.

Sintióse á la vez indignada, confusa y aturdida.

El hombre que por satisfacer una pasion se obligaba á hacer lo que Antonio ofrecia, no podia tener el más leve sentimiento

de dignidad, estaba muy lejos de sentir el noble orgullo que eleva á los más humildes, y Andrea, á pesar de su deshonra, le parecia que era demasiado rebajarse el ponerse al nivel de un hombre tal.

Sin embargo, en los primeros momentos de su sorpresa no encontró palabras con que expresar lo que sentia, y solo pudo mirar el rostro pálido de Antonio, como si en él quisiese descubrir la intencion de las palabras que acababa de oir..

—Basta,—dijo al fin.—El hombre que os envia es indigno de que se le escuche.

—¡Oh!—murmuró Antonio con voz ahogada.—¡Indigno!... ¿Por qué, señora?

—Porque abdica su dignidad, porque trafica con ella, la vende á precio de un capricho, de una pasion...

—Olvida la honra, quereis decir.

—Sí.

—Entonces...

—El que olvida la honra ó la pospone á la satisfaccion de sus pasiones...

—No es eso, no,—replicó arrebatadamente Antonio;—es que hace á su pasion el sacrificio de su honra, aceptando todas las consecuencias, hasta la vergüenza, la humillacion.

—¿Y aun se llama hombre?

—Como vos os llamais señora, y os acusa como lo acusais.

Andrea se estremeció convulsivamente.

En su turbacion no habia comprendido hasta entonces la injusticia de su acusacion, ni que se acusaba ella misma.

—¿Qué habeis hecho vos?—añadió Antonio.—¿No habeis sacrificado vuestra honra á vuestra pasion? ¿No aceptais todas las consecuencias de vuestra debilidad, y habeis pasado por la humillacion y estais pasando por la vergüenza?

—Basta, basta,—replicó la infeliz jóven.

—El hombre que os ama,—repuso Antonio con creciente arrebato,—es aun ménos criminal que vos, porque al abdicar su dignidad, al vender su honra, no hace mal á nadie, sino al contrario, os salva de la deshonra y hace á vuestro hijo un bien, que no podria conseguir ni á costa de su sangre; un bien que

vos, con todo el amor de madre, con ningun sacrificio hubiérais podido hacerle.

—Basta,—volvió á decir Andrea, cubriéndose el rostro con las manos.

—Perdonadme; sé que os atormento, que abro más vuestras heridas, y hago otras quizás más profundas; pero es preciso que sepais que ese hombre es más digno de compasion que de desprecio; es preciso que no os quede duda de su amor, como no os quedará cuando conozcais los sacrificios que está dispuesto á hacer para endulzar en cuanto sea posible vuestra situacion, si aceptais sus ofrecimientos.

—¡Unirme á un hombre á quien no amo!

—Escuchadme, doña Andrea, escuchadme y luego decidid. En vuestra situacion teneis que sacrificar algo, si algo habeis de conseguir.

—Hay sacrificios...

—Ninguno es grande para una madre.

—¿Pero quién es ese hombre? ¡Oh!... Decid quién es, por qué se oculta...

—No tardareis en conocerlo; pero antes habeis de conocer sus intenciones.

—Despues.

—Primero su alma, su corazon; luego su nombre, su persona.

—¿Qué más habeis de decirme?

—Lo que puede halagaros algo, hacer para vos más aceptable lo que os propongo.

—Me atormentais; no se os oculta...

—¿Acaso no sufro yo tanto como vos?

—¡Vos!

—Yo, sí...

—¡Dios mio!—exclamó Andrea con doloroso acento.—¿Por qué no acabais con mi existencia?

—Señora,—replicó Antonio,—Dios no escucha esos ruegos de cobardía, de debilidad. Yo tambien he pedido muchas veces la muerte, sin pensar que hacia una ofensa á Dios, y que me dejaba dominar por un egoismo miserable. ¿No quereis aceptar la

lucha con que el Omnipotente pone á prueba vuestra fé? ¿Os negais á cumplir vuestra mision? Es preciso, señora, apurar hasta el fin la amarga copa de nuestra existencia.

—Es verdad,—murmuró la jóven, cuya falsa energía empezaba á desaparecer.

Y volvió á inclinar la cabeza.

Tanto como su desgracia, le hacia cavilar á la infeliz Andrea los contrastes rarísimos que en todos sentidos presentaba su misterioso interlocutor.

El que Antonio concurriese á la taberna, no probaba que fuese un hombre oscuro, podia ser un noble disfrazado para conseguir sus fines ocultos; pero lo que no daba lugar á duda sobre su humilde condicion, eran sus maneras, que revelaban una educacion poco delicada y la falta absoluta de trato con personas de elevada clase.

Y sin embargo, Antonio se expresaba en algunos momentos como hubiera podido hacerlo el mismo don Juan.

Sus ideas no eran vulgares; las formas de su lenguaje no carecian de elegancia, y parecian doblemente buenas comparadas con otras, rudas como su aspecto, y hasta groseras.

¿Cómo un hombre así no habia de dar mucho que pensar á la jóven?

Como si ambos hubiesen agotado las fuerzas, guardaron silencio.

Antonio no apartaba de Andrea, quizás por que no podia, su mirada afanosa y ardiente.

Ambos estaban agitados, tenian la frente contraida y pálido el rostro, donde se pintaba el dolor de una lucha callada y mortal.

La luz se reflejaba en los rubios y descompuestos cabellos de Andrea, y daba de lleno en el semblante duro y repulsivo de Antonio.

Despues de algunos minutos, se estremeció la jóven, levantó la cabeza, y dijo:

—Creo que podemos dar por terminada nuestra conversacion.

—Yo creo que no,—respondió Antonio;—aun he de explicaros...

—Perderemos el tiempo sin conseguir más que disgustarnos, atormentarnos.

—¿Por qué, señora? ¿Pues no queríais saber cuáles eran los medios con que yo contaba para salvaros?

—Sí.

—Entonces...

—Quise conocer esos medios, suponiendo que eran para conseguir que cumpliese sus promesas don Juan; pero no siendo así...

—¿Renunciais á tener un nombre para vuestro inocente hijo?

—No; pero antes que alcanzarlo de la manera que me proponeis, apelaré al último recurso.

—Ninguno os queda.

—Uno todavía.

—Intentais engañaros.

—Tranquilizaré mi conciencia de madre.

—¡Oh!...

—Si puedo dar á mi hijo un nombre ilustre, no debo, por debilidad, privarle de él.

—Solo conseguireis atormentaros más.

—Estoy acostumbrada á sufrir.

—Recibireis nuevos desengaños.

—No, porque he perdido la esperanza.

—Entonces, si nada esperais...

—Ya os lo he dicho: satisfaré todas las exigencias de mi conciencia de madre.

—¿Qué habeis de hacer? Don Juan está camino de Lisboa.

—Lo sé.

—¿Ireis á buscarlo para que os rechace otra vez, para que os desprecie?

—No.

—Cualquier paso agravará vuestra situacion.

—No puedo daros explicaciones.

—Pues bien,—replicó Antonio,—permitidme que yo os las dé sobre lo que os he propuesto.

—Para nada me interesa conocer lo que desde luego no quiero aceptar.

—Sin embargo...

—Habeis dicho lo más importante: hay un hombre que me ama y que está dispuesto á sacrificarlo todo, hasta su dignidad, por ver satisfecha su pasion.

—Sí.

—Basta, pues.

—¿Rechazais sus ofrecimientos?

—Sí.

—¿Resueltamente?

—Sí.

—¿Y si no os diese resultado ese último esfuerzo que intentais hacer?

—Entonces...

—Entonces, decid... ¡Oh!...

—No sé...

—¿Dejareis sin nombre á vuestro hijo?

—¡Dios mio!—exclamó Andrea.

—¿Lo dejareis sin nombre?—repitió afanosamente Antonio.

—Si mi postrer esfuerzo no me dá resultado,—repuso la desdichada jóven,—entonces... ¡Oh!... entonces... no sé lo que en mi desesperacion haré.

—¿Quereis fijar un plazo para determinar?

—No.

—Será preciso que yo vuelva á veros.

—Me vereis, si lo que es muy difícil, me resuelvo á entrar con vos en nuevas explicaciones.

—Tened entendido que el hombre que tanto os ama hará todos los sacrificios para endulzar vuestra situacion, hasta el de dejaros en completa libertad, y no veros sino alguna vez que se lo permitiéseis: tanto os ama, señora,—añadió Antonio con acento de febril exaltacion,—es tan intensa su pasion...

—Callad,—interrumpió Andrea estremeciéndose,—callad, dejadme...

—Doña Andrea...

—Dejadme, dejadme,—replicó la jóven, haciendo el último esfuerzo.—Dejadme... ni una palabra más... ¡Ah!

Y levantándose, desapareció por una puertecilla que daba á las habitaciones interiores.

Antonio, con los ojos chispeantes, el rostro pálido y desfigurado, anhelante, ébrio, dió un paso para seguir á Andrea; pero se detuvo, un rugido de desesperacion se escapó de su agitado pecho, apretó los puños con toda la fuerza de su loco arrebato, y exclamó con voz ronca:

—¡Será mia, será mia!

Sin duda estas palabras con que Antonio declaró imprudentemente ser él mismo el oculto enamorado, llegaron á los oidos de Andrea, y lo creemos así, porque se oyó un grito de horror, de espanto, y luego un ruido sordo, apagado, como si alguien hubiese caido al suelo.

En su trastorno nada oyó el amigo de Juan.

Algunas palabras ininteligibles salieron de su boca, y abandonó el aposento y luego la casa sin responder á las multiplicadas preguntas de Juan más que:

—Bien, bien... Cuando me necesite tu señora búscame en la taberna.

Pocos momentos despues Juan y Petra acudian en socorro de la jóven, que habia perdido el conocimiento.

—¿No lo decia yo?—repetia la supersticiosa sirviente.—¿No lo decia yo, que ese no era hombre, sino el mismo Satanás en figura humana? ¡Ay, Juan, pedazo de bruto, simplon! ¿Cómo te has dejado engañar cuando no habia más que mirarle los ojos?

—Calla,—replicó el criado,—no digas desatinos. Trae agua y vinagre...

—Agua bendita es lo que hace falta.

—Mira, ya vuelve en sí...

—¡Buen amigo te habias echado!

Cuando Andrea recobró el conocimiento exhaló un penoso suspiro.

—Era él, era él mismo.

—¿Lo oyes?—dijo en voz baja Petra á su compañero.—La señorita lo ha conocido tambien, y dice que es el mismo diablo.

Por fortuna de Andrea, no despertó su madre aquella noche, y pudo llorar y entregarse á la madrugada á un sueño reparador.

Falta le hacia recuperar las perdidas fuerzas para soportar el dolor de los nuevos golpes con que le amenazaba la desgracia.

CAPÍTULO XVIII.

Cómo empezó Patiño á ganar terreno, y la reina á quitarle estorbos.

La noticia de la fea traicion de Riperdá cundió con prodigiosa rapidez, y aquella noche llegó á Aranjuez, llevada por los cortesanos y la parte de la servidumbre real, que no habian podido dejar á Madrid sino algunas horas despues que el monarca.

Con este habian ido Grimaldo, Castelar y su hermano Patiño, ministros de Estado, Guerra y Marina, quedándose en Madrid Arriaza, ministro de Hacienda; pero los hermanos Castelar, á pesar de no ser los encargados de los negocios de política exterior, eran los que hacian el principal papel, los que puede decirse que tenian la iniciativa, y aun para hablar con exactitud de los dos hermanos, era don José Patiño la verdadera alma del ministerio, no solo por la superioridad de su talento, sino por la decidida proteccion de la reina y el apoyo del conde de Koningseg, embajador de Austria.

El apoyo de este personaje era tanto más decidido, cuanto que Patiño se habia comprometido y hecho comprometer á sus compañeros á cumplir las atrevidas promesas de Riperdá.

A pesar de ser Grimaldo el ministro de Estado, se habia dejado al marqués de la Paz que continuase dirigiendo las impor-

tantes negociaciones con la córte de Viena, dando esta circunstancia mucho que pensar al embajador inglés, y poniéndole en mayor cuidado cuando Riperdá le hizo las revelaciones de que hemos hecho mencion.

Estaba, pues, conocido el espíritu del nuevo gobierno.

Iba á ser más intencionada la sorda, pero tenaz lucha entre España é Inglaterra, y no debia cesar el estado de mal disimulada desconfianza entre los gobiernos español y francés.

Si Patiño aprovechaba, como efectivamente hizo, algunos pensamientos de Riperdá sobre el sistema de comercio, Inglaterra sufriria inmediatamente las consecuencias, y no debia tampoco quedar muy bien parada Francia si se llevaban á termino con habilidad los atrevidos proyectos del ex-ministro, algunos de los cuales eran ya estipulaciones con Austria, sobre desmembracion del territorio de aquella nacion.

Pocas épocas tan delicadas como aquella ha atravesado la Europa; pocas cuestiones tan graves ha tenido que resolver la diplomacia; pocas de trascendencia tal, que aun hoy preocupan los ánimos, y son la causa de complicaciones que no se salvarán sino á costa de grandes sacrificios, de mucha sangre y despues de perturbaciones de esas que conmueven á la sociedad en sus cimientos, y que todo lo salvan ó todo lo pierden.

No podemos entrar en detalles que fatigarian la atencion del lector y robarian todo su interés á los sucesos de esta historia; solamente, y para que se comprenda cuanto hemos de referir, diremos que la influencia alemana fué más poderosa que nunca desde que se nombró el nuevo ministerio.

La alianza con Austria era la base de la política española, y el que pensase siquiera en la conveniencia de un acuerdo con Inglaterra y Francia, debia renunciar á ser amigo del monarca, y mucho ménos de la reina, cuyos sueños de ambicion se veian tan halagados con los proyectados casamientos de don Fernando y don Cárlos con las archiduquesas austriacas y con el aumento de territorio de nuestra nacion.

Cuantos pensasen en otra cosa debian ser sacrificados á estos planes, por más que fuesen antiguos y leales favoritos. Los que habian resistido á todos los ataques y conservado el favor

real contra toda clase de influencias, debian sucumbir á la primera tentativa para que cambiase ó se modificase la política exterior.

Harto cara costaba.

La alianza del emperador se pagaba con crecidos subsidios, de manera que se gastaban nuestros recursos en llenar las arcas del tesoro austriaco, mientras se desatendian nuestras más apremiantes obligaciones.

Riperdá se habia asustado de sus propios planes, habia empezado á desconfiar de las promesas del emperador, y empezado á preparar el terreno para una nueva política. Pocos dias antes de su caida se habian enviado á Viena trescientos mil duros, con intencion de que esta cantidad fuese la última, y además dispuso que se retirasen las tropas que habia en la frontera de Francia y costa de Galicia, como una amenaza constante á los gabinetes de Paris y Lóndres.

Patiño, con un atrevimiento sin igual, á pesar del estado de nuestro tesoro, aseguró que podrian cubrirse los subsidios prometidos al Austria, y apenas fué nombrado ministro, se empezó á negociar un empréstito de cincuenta y ocho millones de reales, que se destinaron casi en su totalidad á la córte de Viena, disponiendo que inmediatamente volviesen las tropas á los puntos que ocupaban.

Koningseg fué así el hombre de más poderosa influencia, y por indicacion suya, continuó, como ya hemos dicho, el marqués de la Paz encargado de seguir las negociaciones con Austria, sin mirar la ofensa que se hacia al marqués de Grimaldo, ministro de Estado.

Estas y otras graves disposiciones fueron causa de ardientes celos y profundos ódios, y dieron lugar á sérias disputas y tristes desavenencias, con que nada ganaban los públicos intereses, harto lastimados desde la deplorable administracion del tiempo de Cárlos II.

Por lo que dejamos ligeramente apuntado, se vé que en la córte de Felipe V se sostenia una guerra cruda de rivalidades, más encendida cada vez por impacientes ambiciones.

Y en medio de aquellos cortesanos, nunca satisfechos, dis-

puestos siempre á herirse, estaba el nieto de Luis XIV, melancólico, indiferente, y sin más ambicion que la de no ser rey, pues si halagó el dorado sueño de ceñir la corona de sus antepasados, en los medios que empleaba para conseguirlo probaba que á ello le movia, más que la ambicion, el cariño á la madre patria.

El alma de todo aquel movimiento lo era Isabel de Farnesio, cuya imaginacion viva y ardiente, cuyo enérgico carácter se avenian mal con las dulzuras del tranquilo retiro ambicionado por su esposo.

Si Felipe V no abdicó más que una vez, fué por que la segunda que intentó hacerlo se lo estorbó la reina.

Varias eran ya las personas designadas por Patiño, de acuerdo con doña Isabel, como víctimas inmoladas á la influencia alemana.

El primero que debia sufrir las consecuencias del cambio ministerial era el padre Bermudez, confesor del rey, sacerdote virtuosísimo y ajeno á cierta clase de intrigas; pero era enemigo declarado de la alianza austriaca, y habia intentado alguna vez, llevado de un espíritu desinteresado de conciliacion, el restablecimiento de las relaciones sinceramente amistosas con Francia.

Esto era un grave delito para Isabel de Farnesio, que para inutilizar á este enemigo de sus planes, no esperaba más que una ocasion oportuna.

No debia tardar en presentársele.

Bermudez habia aconsejado al cardenal Fleury que escribiese al rey, proponiéndole la reconciliacion.

Felipe V no podria dejar de responder, y su confesor esperaba que una vez entablada la correspondencia, se llegaria á un feliz acuerdo.

El cardenal habia tomado el consejo y escrito al rey, enviándole la carta á Bermudez.

No desconocia este las dificultades ó más bien peligros de su mision, y aguardaba un momento en que poder hablar al monarca, sin que estuviese presente doña Isabel.

El dia en que estamos, es decir, el siguiente al en que tuvieron lugar las escenas que hemos referido, la reina se hallaba muy ocupada en consultar con Patiño y el marqués de la Paz,

sobre el grave asunto de Riperdá y otros no menos importantes.

Felipe V, entregado á su melancolía, no habia querido tomar parte en la conferencia, contentándose con ordenar al marqués, que despues de meditada una resolucion se la propusiese para aprobar ó desaprobar.

Ninguna ocasion pareció á Bermudez tan oportuna como aquella. Isabel de Farnesio, ocupada con los ministros, dejaria en completa libertad á su esposo, siquiera por media hora, y este tiempo era suficiente para entregar la carta de Fleury, leerla y hablar sobre su contenido.

No contó Bermudez con la perspicacia de la reina, ni sospechó que esta, en su prevision y habilidad, podria haber dejado dispuesto que le avisasen si su esposo recibia al confesor.

El cielo estaba nebuloso y la atmósfera húmeda.

Los bosques y jardines de Aranjuez se encontraban en aquella estacion desnudos de verdor y de flores.

Como el viaje de los reyes habia sido tan repentino é inesperado, no habia dado lugar á que acudiesen allí los numerosos cortesanos que en los dias de jornada real llevaban la animacion y cuanta alegría permitian las severas costumbres de la austera córte española.

Encapotado el cielo, triste el dia, solitario y callado el lugar, preocupados los ánimos y adustos los semblantes, no parecia sino que todo se habia conjurado para aumentar la melancolía del monarca.

Solo en su aposento, sentado cerca de la chimenea, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, estaba Felipe V inmóvil hacia ya algunos minutos, como entregado á la más profunda meditacion.

Tal era su continente y habitual postura, particularmente desde que murió su hijo Luis I y volvió á sentarse en el trono.

Cuando le anunciaron que su confesor deseaba hablarle, levantó la cabeza, hizo un levo gesto, y dijo:

—Que entre.

El padre Bermudez, hombre de rostro apacible, de dulce mirada y sencillas maneras, se presentó.

—Señor,—dijo con el tono pausado con que siempre hablaba,—sentiré haber llegado en momentos en que incomode á vuestra majestad.

—No, padre,—respondió el monarca,—al contrario, venís oportunamente.

—Me felicito, señor.

—En estos momentos de confusion, de agitacion para todos, yo me aburro. Tanto suceso desagradable me afecta demasiado, me cansa, y todo lo dejo, me quedo solo y acabo por entristecerme, por fastidiarme.

—La situacion es crítica, si son ciertas las noticias que corren.

—Empiezan á darse pormenores que me hacen creer en la traicion de Riperdá.

—Semejante proceder...

—No hablemos de eso, padre; las ingratitudes me hacen mal, porque son desengaños. ¿Teneis noticia de vuestros amigos de Francia?

—Sí, señor; no solamente noticias, sino que se me ha confiado una mision importante, que no sé si debo aceptar.

—¡Una mision!

—Cerca de vuestra majestad.

—Explicáos,—repuso Felipe, variando de postura y disponiéndose á escuchar.—Ya sabeis que, á pesar de todo, guardo en mi corazon un tiernísimo cariño á mis nobles parientes y á mi patria.

—Sin embargo,—dijo Bermudez, que tuvo por buen principio las palabras del rey,—he comprendido que no era del agrado de vuestra majestad tratar ahora de arreglos ni transacciones con el gobierno francés...

—No importa, explicáos.

—Me ha escrito el cardenal Fleury.

—¿Y qué os dice?

—Me envia una carta, rogándome muy encarecidamente que la entregue á vuestra majestad.

—¿Y dudábais en complacerlo?

—Temia...

—¿Qué?

—Desagradar á vuestra majestad.

—Dadme esa carta, padre, dádmela sin temor.

—Gracias, señor, gracias,—dijo el sacerdote lleno de satisfaccion, y sacando y entregando la carta al rey.

—El cardenal,—repuso este, rompiendo el sello y desdoblando el papel,—concluye por donde debiera haber empezado. Es un hombre que vale mucho, pero suele cometer la torpeza de pensar en lo que él vale.

Felipe V se recostó en el sillon como para leer tranquila y cómodamente.

Bermudez esperó con ansiedad.

Empero en aquel instante, sin más aviso ni anuncio, se abrió una puerta y apareció Isabel de Farnesio, deteniéndose como si no se atreviese á entrar.

Palidecieron los rostros de aquellas tres personas.

Hubo un segundo de silencio.

El padre Bermudez comprendió que su perdicion era cierta, y no acertó á moverse ni hablar para saludar á doña Isabel.

—Perdone vuestra majestad,—dijo esta al rey:—no sabia que estábais ocupado, tal vez en asuntos de gravedad, y... no quiero interrumpiros...

—Entrad,—respondió el monarca, esforzándose para sonreir y disimular su turbacion.

—Despues volveré...

—No tratamos de nada reservado para vos, mi querida esposa... Al contrario, podreis aconsejarme... Acercáos.

La reina llegó hasta su esposo.

El confesor, turbado aún, no acertó tampoco á articular una sílaba.

Por su frente corrieron algunas gotas de frio sudor.

—¿En qué puedo serviros?—preguntó la reina cariñosamente y sin mirar al sacerdote.

—El buen padre Bermudez,—repuso Felipe,—acaba de entregarme esta carta, que le ha enviado el cardenal Fleury.

—¡Fleury!—repitió Isabel.

—Sí, leed...

—¿Qué dice?

—Aun no lo sé; pero...

—Comprendo,—replicó gravemente la reina.

Y extendió un brazo para apartar el papel que su esposo le daba.

Felipe V se acercó más á la chimenea.

Puede asegurarse que estaba casi tan turbado como su confesor.

—Por las indicaciones,—dijo,—del padre Bermudez, entiendo que se pretende...

—¿Pediros perdon?

—Entrar en negociaciones...

—Sí, se pretende lo que siempre se ha pretendido,—replicó Isabel,—que rompamos nuestra amistad con Austria.

—Seria demasiado pedir para quien está obligado á dar.

—Nada,—repuso la reina fijando en su esposo una ardiente mirada,—nada aconsejo á vuestra majestad, porque... os he visto, señor, dispuesto á quemar esa carta sin leerla.

—¡Oh!—murmuró el monarca, dando entre sus dedos mil vueltas al papel.

—Y no podia ser de otro modo,—añadió Isabel de Farnesio,—porque así lo exige la dignidad, el decoro de vuestra majestad.

—Yo,—pudo al fin decir el sacerdote,—no he hecho más que acceder á un ruego...

—Vos,—replicó ásperamente la reina,—sabeis que la hija de vuestro rey fué á Francia para casarse, y que el dia que debió verificarse el desposorio, en vez de conducirla al altar, se la despidió de la córte, enviándola con su padre. Esa ofensa, que no solamente á una infanta, sino á una señora no puede hacérsele, la conocíais.

—Señora...

—Vos, señor Bermudez, vísteis entrar en Madrid, humillada y avergonzada, á la hija de vuestro rey... ¡Oh!... ¿Ha podido borrarse ese recuerdo de vuestra alma de español?

—No, no lo he olvidado; pero...

—Tambien sabeis,—interrumpió la reina, que empezaba á dejarse dominar por su creciente arrebato,—sabeis que su ma-

jestad, para olvidar esa ofensa, ha puesto por condicion precisa que el hombre que la infirió venga á pedir su perdon, postrándose de rodillas ante los ofendidos.

—Es verdad, lo sé.

—Pues bien: el dia que de Francia os encarguen venir á decir á su majestad que está aceptada la condicion... entonces...

Isabel de Farnesio se interrumpió y miró al monarca.

Este arrojó al fuego la carta de Fleury, y luego, como acabando de expresar la idea de su esposa, dijo:

—Sí, entonces volved á verme.

Estaba pronunciada la sentencia.

Hubiera sido perder tiempo y humillarse en vano el alegar excusas.

La destitucion del confesor era asunto de antemano resuelto y muy meditado.

Bermudez no era soberbio, ni siquiera orgulloso; pero tenia la suficiente dignidad para no exponerse á recibir otra reconvencion, tanto más sensible cuanto buenas eran sus intenciones.

Así que, sin hablar más, hizo una reverencia y salió.

Como si el rey hubiese hecho algo, siquiera pensar en despedir á Bermudez, lo cual no pensó sino cuando se lo indicó su esposa, le dijo esta:

—Os felicito, señor, por la energía que habeis mostrado, y me alegro no haberos aconsejado, porque así no podrá decirse que obrais por mi influencia.

Felipe V habia inclinado otra vez la cabeza y guardó silencio.

—He conferenciado,—añadió la reina,—con el marqués y con Patiño, y opinan como yo.

—Me alegro,—respondió distraidamente el monarca.

—Debemos, pues, aprovechar el tiempo...

—Sí.

—¿Quereis que vengan?

—Sí.

La reina llamó y ordenó que dijesen al marqués de la Paz y á Patiño que entrasen.

El antiguo rival de fray Manuel tenia un estorbo ménos.

Muy pronto debia verse libre de los demás.

—¡Oh!—murmuraba Bermudez mientras se alejaba de palacio.—¡Al rey le hacen daño las ingratitudes!... A mí tambien... Paciencia, resignacion: la justicia infalible es la de Dios... Volveré á mi tranquila vida... No es la córte para mí.

Así era: el austero religioso no habia nacido para la agitada vida de la córte.



CAPÍTULO XIX.

Cómo terminó la cuestion de Riperdá.

Solo Patiño entró en la cámara, diciendo al rey que el marqués de la Paz estaba hablando con uno de sus agentes secretos, que acababa de llegar de Madrid con noticias de importancia.

—Bien,—respondió el monarca con su acostumbrado laconismo y sin mostrar ni curiosidad ni impaciencia.

No tardó en presentarse el marqués con aire un tanto pensativo, que aumentaba la gravedad natural de su aspecto.

Su mirada, que parecia salir trabajosamente por entre sus párpados, casi siempre medio cerrados como los de un miope, se fijó en el rey por un instante y luego en Patiño, como si quisiese comunicar á este el resultado de una rápida observacion.

—¿Qué sucede?—preguntó Isabel de Farnesio sin esperar á que el diplomático acabara las frases con que saludó á Felipe V.

—Uno de mis agentes,—respondió el marqués,—acaba de llegar para decirme dos cosas importantes.

—Explicáos,—repuso la reina con afan.

El rey se contentó con volver la cabeza hácia el marqués.

—Señora,—dijo este,— ya no puede dudarse de la traicion de Riperdá: tengo una prueba de ello, sé de dónde partió la no-

ticia, y me he convencido, no solamente de que es cierta, sino de que la persona que la dió lo hizo así para llevar á cabo algun plan. Está, pues, explicado cómo el populacho que ayer gritaba supo la traicion antes que nosotros y que los más íntimos amigos de Stanhope.

—¿Y sabeis tambien,—preguntó Patiño,—quién enseñó á ese mismo populacho ciertas palabras, ciertas fórmulas que no podian estar al alcance de su ignorancia y su rudeza?

—No, pero es posible que esté relacionado lo uno con lo otro.

—Sí, sí, sepamos.

—Cuando ayer se disponia la plebe á invadir la embajada inglesa, á lo cual nadie se opuso, salió de casa de Stanhope un fraile.

—¡Un fraile!—repitió Isabel.

—Sí, señora, un fraile, que con solo dar la noticia de la traicion de Riperdá, evitó el atropello.

—¿Y no habeis averiguado quién es?

—Es la única torpeza cometida por mis agentes, aunque la disculpan con razones que he tenido que aceptar: estaban entre los alborotadores, y cuando llegó la voz al sitio donde se encontraban, llegó tambien el movimiento irresistible de retirada y fueron arrastrados á su pesar por la muchedumbre, en tanto que el religioso desapareció.

—¿Y por qué no han seguido haciendo averiguaciones?

—Uno de ellos queda haciéndolas; pero el otro ha tenido que venir para avisarme la salida de Madrid del embajador.

—¿Viene?—preguntó vivamente la reina.

—Creo que ántes de cinco minutos estará aquí. Mi agente, con gran trabajo, ha podido adelantar muy poco el coche de Stanhope.

—Ya lo veis, señor,—dijo Isabel de Farnesio al rey.—No nos habiamos equivocado; es preciso aprovechar el tiempo y determinar para no estar desprevenidos cuando venga Stanhope.

—Bien, determinemos,—respondió el monarca, variando de postura, dispuesto á escuchar y á pronunciar un sí ó un no, segun su costumbre; pero no á hablar ni á discutir.

La reina se sentia aún exaltada por la anterior escena con Bermudez, y si con gran esfuerzo contenia los impulsos de su enojo, con el más leve motivo que lo aumentase estallaria sin remedio.

—¡Un fraile, un fraile!—murmuró como si se olvidase del asunto que se trataba y de lo importante que era, segun ella misma, no perder un momento.

Pero volviendo luego á la cuestion y dirigiéndose á su esposo, dijo:

—Señor, tiempo es ya de que los ingleses se convenzan de que no estamos dispuestos á tolerar sus abusos, y que nos sobra fuerza y energía para rechazarlos.

—La situacion es violenta, muy violenta,—añadió el marqués para esforzar los argumentos de la reina; pero con el mismo tono que hubiera podido hablar del frio de la estacion.

—Por mi parte, confieso que mi pobre entendimiento y mal aprovechada experiencia no alcanzan á sostener unas relaciones con los que tienen el ódio en el corazon y la amistad en los labios.

—Por eso,—repuso Isabel,—es preciso quedar dentro ó fuera: la guerra de intrigas no puede aceptarla un alma noble como la de vuestra majestad.

—No,—dijo el rey.

—Si Stanhope intenta ocultar la traicion que lo ha hecho dueño de los secretos más importantes, no debe escucharle vuestra majestad, porque seria aceptar la burla y honrar la mentira.

—¿Cuál es vuestra opinion?—preguntó el monarca á Patiño.

—Supongo,—respondió este,—que el embajador vendrá con intento de desmentir los rumores que corren, aunque no creo que en último apuro se empeñe en sostener su negativa, que no podria dar más resultado que favorecer á Riperdá.

—Tal vez por pagarle las revelaciones...

—Señor, los ingleses no compran nada á subido precio,—replicó Patiño;—son hábiles mercaderes, y no pagan caro lo que han de revender barato.

Felipe V sonrió levemente.

—¡Ah!—exclamó la reina sin ocultar la satisfaccion que le habian causado las palabras de su protegido.—Los conoceis.

—Bien,—dijo el monarca.—¿No habíais hablado ya sobre ese enojoso asunto?

—Sí, señor.

—¿Y habeis convenido en lo que conviene hacer?

—Tambien.

—Pues entonces proponedme, y aprobaré. Estoy conforme en despedir á Stanhope si niega la traicion de Riperdá; pero ¿y si la confiesa?

—Exigirle la entrega del traidor.

—¿Y si no accediese?

—Energía, señor, energía,—dijo la reina, que parecia cada vez más exaltada.

—¿Pero cómo he de mostrar esa energía?

—Sacando á Riperdá de casa de Stanhope.

—¡Oh!...

—¿Han de ser,—repuso la reina,—las casas de los embajadores seguro refugio donde los criminales encuentren la impunidad?

—Se consideran territorio extranjero...

—¿Para todos los delitos? ¿Han de gozar las embajadas de privilegios que no se conceden á las iglesias? Señor, se trata de un crímen de Estado, de alta traicion. Decid, marqués, vuestra opinion para que su majestad deseche sus temores, ó más bien sus escrúpulos.

—Señora,—respondió el nuevo marqués,—no hay sobre eso una jurisprudencia clara y terminante; pero tenemos ejemplos de no haber servido para la impunidad de ciertos grandes crímenes el asilo del templo, y opino como vuestra majestad, que la casa de un embajador no ha de tener más privilegios que la de Dios. Sin embargo, como el asunto es delicadísimo y puede tener muy sérias consecuencias, para eliminar toda responsabilidad y dar á la defensa más fuerza, convendria consultar el punto al Consejo de Castilla. Esto daria tambien á la resolucion un carácter de imparcialidad muy conveniente, alejando toda sospecha de que la habia dictado la exaltacion del enojo.

—¿Os parece bien, señor?—preguntó la reina á su esposo.

—Sí,—respondió este.

Y volvió á cambiar de postura, como quien se fastidia.

La conferencia fué interrumpida por un gentil-hombre, que entró para avisar la llegada del embajador inglés.

Al instante fué recibido Stanhope.

Contra su continente grave y frio se estrellaron la mirada ardiente de Isabel y la escudriñadora de Patiño.

El marqués de la Paz, con los ojos medio cerrados, parecia absorto en contemplar las oscilantes llamas de la chimenea.

—¿Es reservado lo que teneis que decirme?—preguntó el monarca, despues de recibir y contestar el saludo ceremonioso del inglés.

—Al contrario,—contestó este,—deseo, señor, que se haga público el asunto, porque obrando á ruegos de otro, podré siempre atestiguar que cumplí el encargo con fé, si no con acierto ni fortuna.

El rey se encogió de hombros, como quien no entiende lo que oye.

Patiño y la reina, sorprendidos, porque tampoco comprendieron, cruzaron una mirada interrogadora y acabaron por hacer un leve gesto.

El marqués miró un instante al embajador, luego á la reina, á Patiño y al rey, y no encontrando lo que buscaba, volvió á contemplar el fuego.

—Explicáos, pues,—dijo Felipe.

—Señor,—repuso Stanhope,—un desdichado que á nadie puede acudir, me ha pedido ayuda, y no he podido negársela, porque todo hombre está obligado á favorecer la desgracia y á pedir misericordia hasta por el último criminal.

—¿Vais,—interrumpió vivamente la reina,—á hablar de Riperdá?

—Señora,—respondió gravemente el inglés,—empezaba á exponer el objeto de mi venida; pero vuestra pregunta quedará satisfecha en breve, porque tengo ya poco que decir.

Estas palabras eran una reconvencion, é hicieron comprender á Isabel de Farnesio la inconveniencia que le habia hecho cometer su impaciente afan, interrumpiendo al embajador.

Un ligero carmin tiñó por un instante las mejillas de la rei-

na, y Stanhope, como si nada advirtiese, prosiguió diciendo al monarca:

—Traigo una carta en que pide perdon y permiso para acabar sus dias en un destierro el último ministro de vuestra majestad.

Y sacando un papel, añadió:

—Si vuestra majestad quiere recibirla...

—No,—dijo Isabel, que no podia contenerse.

—Yo,—repuso Stanhope, siempre dirigiéndose al rey,—he aceptado el encargo, porque siempre he visto admitir sin inconveniente las súplicas de los criminales, lo cual no quiere decir que se les ha de hacer gracia, y aun suponiendo el mayor delincuente á Riperdá, creí que vuestra majestad, si no lo perdonaba, se dignaria escucharlo.

—Sí, la justicia oye siempre,—respondió el monarca, tomando el papel y dejándolo sobre la chimenea.—Me ocuparé del asunto... ¿Quereis algo más?

El embajador se sintió algo desconcertado.

Y como para vengar á la reina, el marqués de la Paz, tomando parte en la conversacion, dijo á Stanhope.

—¿Se considera Riperdá en estos momentos bajo la autoridad de su majestad y la jurisdiccion de los tribunales españoles?

—No,—respondió el inglés:—ahora está en territorio extranjero.

—Entonces,—repuso el marqués, desplegando una leve sonrisa,—no opino como vos, señor Stanhope. A los criminales se les llama, y cuando se presentan á responder tienen el derecho de defenderse y de hacer escuchar sus súplicas; pero cuando se ocultan donde la justicia no puede alcanzarlos, segun las leyes, pierden el derecho de defensa, de súplica, y se les juzga en rebeldía sin que puedan ni aun protestar. Ved, pues, que su majestad os ha otorgado una gracia especialísima, recibiendo ese papel.

El rostro de Isabel de Farnesio se dilató.

—¿No conocíais,—dijo al embajador,—esas leyes de nuestro país?

—Las conozco,—contestó Stanhope;—pero como el razo-

namiento del señor marqués se funda en una hipótesis, desde el momento en que esta no se admita se destruye aquel por sí mismo. Riperdá no puede ser juzgado, porque no es acusado: no pide perdon de ningun crímen, sino de la falta de acierto que le ha hecho caer en desgracia de su majestad. Por eso no se defiende ni se defenderá mientras no se le acuse de algo.

—¿Por qué huye y se esconde, si es inocente?

—Se refugió en mi casa, porque el populacho le perseguia para asesinarlo.

—Señor embajador,—dijo gravemente el rey, que queria terminar cuanto antes aquella enojosa conferencia,—os equivocais al afirmar que Riperdá no es un reo.

—Señor...

—Está acusado.

—Ignoro de qué...

—De traicion contra nuestra real persona y contra el Estado.

—¡De traicion!—murmuró Stanhope.

—Sí,—replicó Felipe V ásperamente en uno de los arranques de incontrarestable energía que mostraba por tan pocos momentos y tan raras veces.—La justicia le ha buscado y os lo ha reclamado. ¿Ignorais eso tambien? Si el pueblo intentó apoderarse de él, fué indignado por la fealdad del crímen, porque el pueblo español aborrece á los traidores; pero se le contuvo, se le ha castigado, á pesar del noble sentimiento que le inspiró su indignacion, porque el pueblo amotinado no es juez, sino mero ejecutor de las sentencias dictadas por las pasiones; se le ha castigado, porque robaba sus fueros á la justicia. Ahora es preciso castigar tambien al criminal, y se le castigará sin que le valga el asilo que ha buscado, asilo cuya inmunidad no puedo reconocer, tratándose de ciertos crímenes. Leeré su carta por deferencia á vuestra persona; pero entre tanto, señor embajador, entregadlo á la justicia para evitarme y evitaros el disgusto de que yo me apodere de él.

La sorpresa fué general, porque nadie esperaba que hablase tanto ni con acento de tal firmeza el monarca.

Stanhope pareció vacilar, pero despues de algunos instantes se decidió á decir:

—Señor, por hoy está Riperdá bajo el pabellon de la Gran Bretaña.

—De entre sus pliegues,—replicó Felipe con más dureza que antes,—lo sacará un pobre alguacil.

—Fuerzas ha de tener para desgarrar la bandera del Reino Unido.

—No importa: la harian girones las bayonetas de mis soldados.

Todas las frentes se contrajeron.

Hasta la reina, que era la que más exigente y exaltada se habia mostrado, se estremeció como si tuviera miedo.

El monarca habia ido quizás más allá de lo que permitia la prudencia en aquellas circunstancias.

—Señor,—dijo Stanhope,—¿me autoriza vuestra majestad para que trasmita esas palabras al gobierno inglés?

—Sí,—respondió el monarca;—pero á condicion de que trasmitais tambien todas las vuestras.

—No me acuerdo de ellas.

—Bien,—dijo el rey.

Y como si se hubieran agotado sus fuerzas repentinamente, volvió á dejar caer la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil y silencioso.

Isabel de Farnesio comprendió que le habia llegado su vez.

—Confesad,—dijo al embajador,—que defendeis la causa de Riperdá con el mismo ardor que si fuese un inocente perseguido y no un criminal.

—Aun no sé,—respondió Stanhope, aprovechando la ocasion de dar á la conversacion un giro ménos ácre,—aun no sé cuál es el crímen de Riperdá.

—¿No sois vos quien puede darnos más exactas noticias sobre ese punto?

—Señora...

—¿No sois vos quien ha escuchado y aprovechará las revelaciones de secretos de Estado hechas por el traidor para pagar vuestra hospitalidad?

Stanhope se sonrió como si no diese importancia al asunto, y respondió.

—El infeliz no ha hecho más que confirmar sospechas. Entre suspiros y sollozos me habló de los casamientos de sus altezas y de los proyectos de desmembrar de Francia la Alsacia, el Franco Condado, la Borgoña, Navarra, el Rosellon y otras provincias, que debian repartirse entre España y Austria; tambien me dijo algo sobre ideas relativas á la sucesion de su majestad al trono de Francia, y nombró á Gibraltar y explicó no sé qué pensamiento sobre ordenanzas de comercio; pero todo con tal desórden, que me costó gran trabajo entender alguna cosa.

En muy pocas palabras, y con tono de completa indiferencia, habia tocado Stanhope los más importantes asuntos políticos, habia probado que conocia todos los secretos, y que podia fácilmente entorpecer los efectos del tratado concluido sigilosamente entre el rey y el emperador.

Las mejillas de Felipe V se tiñeron de púrpura y su frente se contrajo: pero como si nada hubiese oido, ni se movió ni pronunció una palabra.

—Nada de eso,—añadió el embajador,—me ha sorprendido; pero sí que vuestras majestades toquen semejante punto, lo cual me obligará, con harto sentimiento, á pedir algunas explicaciones al gabinete español.

—Sí, pedidlas... Empezad,—dijo Isabel de Farnesio.

—No,—replicó el monarca;—para eso está el ministro de Estado y el marqués de la Paz.

—Entonces,—repuso el inglés,—nada más tengo que exponer.

—Guárdeos el cielo, señor embajador,—dijo el rey.

Stanhope salió de la cámara, diciendo para sí:

—No lo conozco, no lo conozco; ese no es el rey de ayer... ¡Oh!... ha trastornado mi plan... No importa, soy dueño de todos sus secretos.

Entre tanto Felipe V decia al marqués de la Paz:

—Hoy mismo ¿lo entendeis? hoy mismo ha de salir Riperdá de Madrid para Segovia.

El marqués hizo una profunda reverencia y salió del régio aposento.

—¡Ah!—exclamó Isabel.—Señor, sois un gran rey y un gran

hombre, y me honro con ser el más leal de vuestros vasallos y vuestra esposa.

Diez minutos despues tomaba al galope el camino de Madrid un jinete que habia salido de la morada real, y antes de otros diez minutos dejó atrás el coche del embajador inglés.

Cuando este llegó tres horas más tarde á su casa, encontró á la puerta un destacamento de guardias de corps, mandado por el general Valanza.

Bajó del carruaje sin hacer ninguna observacion ni que se la hiciesen; entró en el portal y vió algunos alguaciles.

—Señor,—le dijo un criado,—arriba espera un alcalde de córte.

Subió, y efectivamente encontró al alcalde don Luis Corellan, que despues de saludarle, le entregó un papel.

Stanhope leyó, escribió algunas líneas á continuacion, y dijo al alcalde:

—¿Tendreis inconveniente en firmar aquí para que conste mi protesta?

—Ninguno,—respondió Corellan despues de enterarse.

Y firmó, diciendo luego:

—¿Y vos tendreis reparo en indicarme la habitacion donde se encuentra el reo?

—No puedo decíroslo sin anular mi protesta.

—Como gusteis.

El alcalde abrió la puerta que primero vió, y entró en un gabinete.

Allí estaba Riperdá.

Su aspecto infundia compasion; estaba pálido como un cadáver y desfigurado.

Veíanse en su rostro todas las señales del insomnio y del llanto.

Al ver la grave y negra figura del alcalde, exhaló un grito ronco de terror.

—Siento,—le dijo friamente Corellan,—tener que cumplir el penoso deber de mi noble ejercicio.

El desdichado ex-ministro no acertó á responder.

—En nombre de su majestad,—añadió don Luis,—os mando que me sigais.

Ni observaciones, ni resistencia hubieran servido de nada, pero aun sirviendo, no estaba Riperdá para hacer la una ni las otras, y obedeció sin replicar, con vacilantes pasos y tan aturdido, que á no advertirle el olvido el alcalde, hubiera salido sin sombrero.

Media hora despues se alejaba para siempre de Madrid el célebre Riperdá, encerrado en un coche y custodiado por un fuerte destacamento de caballería.

Stanhope, que habia dirigido una enérgica protesta al ministro Grimaldo, escribió á su gobierno refiriéndole minuciosamente cuanto habia sucedido.

Al mismo tiempo que Riperdá, Keen, cónsul de Inglaterra, salia de Madrid con el importante pliego.

Lo que ménos importaba al ministro inglés era la prision del traidor, ni que para verificarla hubiesen invadido la embajada; bien conocia que habia razones poderosas para que obrase así el gobierno español, de cuya parte estaba la razon toda; lo más interesante para Stanhope eran los secretos de que se habia hecho dueño.

Por si nuestros lectores tienen curiosidad de saber lo que fué del ex-ministro, les diremos que permaneció quince meses en el Alcázar de Segovia, de donde logró evadirse, gracias á la ayuda de una jóven con quien tuvo relaciones amorosas. Retiróse á Holanda, luego fué á Lóndres, y por último pasó á Africa, renegando de la fé católica con la misma facilitad que para poder ser ministro habia abjurado del protestantismo, y entrando al servicio del emperador de Marruecos, que le nombró bajá. Allí pasó el resto de su vida, nada envidiable, muriendo en Tetuan el 17 de Octubre de 1737.

Triste fin para quien habia ocupado tan brillante y elevada posicion; pero no podia tener otro premio la traicion, la intriga y el egoismo.

Espantosos remordimientos debieron atormentarle en los últimos dias de su existencia; habia especulado con todo, hasta con las creencias religiosas, y no pudo dejar esta vida sin una dura expiacion.

CAPÍTULO XX.

Ultimo esfuerzo de Andrea.

Golpe tras golpe, la infeliz Andrea debia sufrir mucho antes que se decidiera su suerte.

El fiel criado Juan no se habia equivocado.

El cambio que se advirtió en el carácter de su anciana señora era una señal cierta del término de la enfermedad de la noble viuda, un anuncio de la muerte que Dios le enviaba para librarla tal vez de sufrimientos no merecidos á su larga vida de raras virtudes.

El dia siguiente al en que Riperdá salió de Madrid amaneció nebuloso y húmedo.

Los rayos del sol no pudieron romper la espesa niebla.

Y como si la tristeza del cielo ó las condiciones atmosféricas hubiesen influido en el ánimo ó en la salud de la anciana, esta se sintió más abatida que de costumbre, más débil, y al responder con palabras tranquilizadoras á los que le preguntaban, desplegaba una sonrisa glacial y de tan extraña expresion, que más de una vez hizo estremecer á su hija.

No permitió esta que su madre se levantase, y dispuso que el médico la viese.

Empero la ciencia nada encontró.

Como ninguna alteracion se advertia en las funciones de la materia, el médico solo dijo á la jóven:

—Vuestra madre está siempre en peligro, porque padece una enfermedad crónica, que acabará con su vida; pero ese peligro no es mayor hoy que la última vez que la ví, hace un mes. Lo que os alarma no tiene hasta este momento ningun valor, son síntomas que nada significan. La atmósfera está hoy muy húmeda, la temperatura es más alta que ayer, y no es extraño que semejante cambio atmosférico resienta una naturaleza delicada. Sin embargo, habeis hecho bien en no permitirle que se vista; abrigadla, observadla y avisadme si advertís alguna novedad.

Tranquilizóse Andrea, y creyó que podia ocuparse otra vez de su situacion particular.

Habia dicho á Antonio que le quedaba un recurso extremo á que apelar, un esfuerzo que hacer para que don Juan cumpliese sus promesas, y la infeliz habia pasado todo el dia anterior pensando en las consecuencias que podria tener el paso que intentaba dar.

Era verdaderamente desesperado el recurso, y más que todo, probaba la absoluta inexperiencia y falta de conocimiento del corazon humano.

Aunque Antonio desconocia el plan de Andrea, no se habia equivocado al advertirle que tuviese cuidado de no colocarse en peor situacion ó recibir un desengaño más, que aumentase sus amarguras y tormento.

Lo que habia pensado hacer la dolorida jóven era ver á la duquesa de Miraguas, referirle lo sucedido, hacerle comprender su horrible situacion y pedirle justicia.

Andrea creia que la honra de una mujer, cuando no era arrastrada por el vicio, se miraba por todos como la cosa más respetable, y que nadie se atrevia á subordinarla, á sacrificarla á mezquinos intereses, á pasiones egoistas, á nécias vanidades.

No conocia la infeliz el mundo, ya lo hemos dicho, y con sus sentimientos y su educacion severa y cristiana no podia pensar de otra manera.

No sucede por desgracia así.

Ignoraba que en el mundo hay quien hable con indiferencia, con desenfado repugnante, con sarcasmo horrible, de la honra y de cuanto respetable y santo existe.

Si esto no es la regla general, es por lo ménos la excepcion.

No queremos decir que la de Miraguas hubiera de burlarse de la desgracia de la jóven; pero sí era posible que no le diese importancia á la cuestion, que considerase de más valor sus compromisos y los intereses de familia.

El mundo ideal imaginado por Andrea, no era el mundo real, la vida práctica, de que ni la más ligera nocion tenia, y por eso, con la ardiente fé que en su alma ardia, poseida de sus nobles sentimientos, se decidió á apelar á aquel último recurso.

Lo peor que creyó que podria sucederle era no conseguir nada.

Una vez resuelta á dar tan delicado paso, no era conveniente perder tiempo, porque don Juan estaba camino de Lisboa y debia casarse muy pronto.

Andrea llamó á su fiel criado.

—Juan,—le dijo,—vé á casa de la duquesa de Miraguas...

—¡A casa de la señora duquesa!—interrumpió el sirviente, mirando sorprendido á su señora.

—Sí.

—¿Y qué he de hacer allí?

—Voy á decírtelo: ten calma para escucharme y sé diligente para obedecerme.

—Bien, señorita, ya os escucho.

—Pregunta si la duquesa ha ido á Aranjuez con la córte.

—¿Y si me dicen que sí?

—¡Oh!... Entonces... nada más.

—¿Y si me responden que no?

—Que te digan cuál es la hora más á propósito para ver á la duquesa, porque quizás tenga señalada alguna para recibir á las personas desconocidas.

—¿Pensais verla?

—Sí.

—¡Dios mio!—exclamó Juan como asustado.

—Obedece...

—Temo que tengamos otra por el estilo de la de mi amigo Antonio... Perdonadme, señorita, pero...

—Es preciso.

—Si conociéseis á la señora duquesa, si la hubiéseis visto una sola vez, no pensaríais hacer semejante locura; su cara dice lo que puede esperarse de ella. Ya os he dicho muchas veces que parece una mona vestida de mujer, y os aseguro que no conseguireis de ella más que un gesto ó alguna mueca que os haga reir ó que os desespere.

—Estás diciendo simplezas,—replicó la jóven;—corre, que te espero con impaciencia.

Aunque á su pesar, el sirviente obedeció.

Calóse hasta las orejas el sombrero, embozóse en su ancha capa y se dirigió á la morada de la duquesa.

Cuando hubo llegado entró en el portal.

El portero le salió al encuentro, preguntándole con aspereza:

—¿Qué quereis?

—Quiero,—respondió Juan,—saber si está en Madrid ó en Aranjuez la señora duquesa.

—Su excelencia está en Madrid.

—Bien, muchas gracias, señor portero.

—¿Se os ofrece más?

—Sí.

—Pues acabad pronto, que tengo que hacer, y además está prohibido que aquí se detenga nadie.

—No os enfadeis,—repuso Juan con calma y dulzura y mientras contemplaba con cierto gusto y quizás envidia la barriga enorme y los abultados mofletes del cancerbero,—no os enfadeis; pero me falta saber lo principal para cumplir la órden que traigo.

—Acabad, pues.

—¿A qué hora acostumbra su excelencia á recibir á las personas desconocidas?

—A ninguna.

—¡A ninguna!

—¿Cómo ha de recibir á quien no conoce?

—Recibiéndolo y escuchándolo.

—No le bastarian entonces las veinticuatro horas que tiene el dia,—replicó gravemente el portero.

—¿Y qué hace el que necesita verla?

—Si es para pedirle limosna, un memorial que se me entrega á mí y yo al mayordomo.

—No es para pedirle nada, absolutamente nada, sino para hablarle de un asunto interesante y reservado, que solo puede tratarse con la señora duquesa.

—Eso es otra cosa.

—Vamos entendiéndonos.

—Entonces la hora mejor es esta ó un poco más tarde, sin que por eso pueda decirse que hoy precisamente concederá la audiencia.

—Vuelvo á daros las gracias y á dar cuenta de todo á mi señora, porque es mi señora la que ha de venir.

—Dios os guarde.

El criado no se detuvo más.

Andrea, que esperaba con impaciencia, escuchó con afan cuanto le dijo su sirviente, produciéndole algun disgusto las palabras del portero, y empezando á temer que intentasen hacerle sufrir alguna humillacion.

Empero no estaba dispuesta á retroceder, porque, como ella decia, ni el sacrificio de su dignidad queria negarle á su hijo.

—Ahora mismo,—dijo la jóven,—ahora mismo iré á ver á la duquesa. Tú me acompañarás, Juan: diré á mi madre que vamos á misa.

—¿Lo habeis pensado bien?

—Sí.

—Adelante.

La jóven se puso un vestido negro de fina tela de lana y un manto de igual color, que hacia resaltar más la palidez mate de su bellísimo rostro, y estaba en perfecta armonía con la profunda tristeza, con el dolor intenso que revelaban sus azules y expresivos ojos.

—¡Qué hermosa estás! ¡Qué hermosa estás, hija mia!—exclamó la anciana, estampado sus labios secos y frios en la ardorosa frente de la jóven.—Reza con fervor, con mucho fervor,

hija de mis entrañas, y pide á Dios que me conceda vida hasta que yo vea realizada tu felicidad.

Andrea salió apresuradamente del dormitorio para ocultar dos lágrimas que á su pesar se escaparon de sus ojos.

No podia sospechar la noble anciana adónde iba su desdichada hija, porque á imaginarlo siquiera, el dolor le hubiese quitado la vida.

Seguida de Juan, recatándose el rostro para evitar las miradas curiosas, agitada y con desiguales pasos, encaminóse la infeliz Andrea á la suntuosa morada de la duquesa.

Las distancias le parecieron más largas que nunca; creyó que los transeuntes fijaban en ella los ojos, como si adivinaran su deshonra y su dolor; y como para huir de todos, aceleraba el paso más y más, sin atender á las oportunas observaciones de su sirviente.

Puede decirse que en aquellos momentos su razon estaba trastornada por la fiebre y por el dolor.

Apenas podia respirar.

Parecíale que la espesa niebla que la envolvia la oprimia como si quisiese ahogarla.

Llegó á la calle de las Fuentes.

Aunque sus fuerzas disminuian considerablemente, aunque no le quedaban otras que las ficticias de su intenso dolor, de la calentura que la devoraba, la infeliz subió la pendiente calle con la misma ó mayor celeridad.

—¿Pero estais loca?—le dijo el sirviente con la franqueza propia de su sencillez.—No parece sino que voy persiguiéndoos, y vos huyendo de mí á buscar donde refugiaros.

Andrea no le respondió.

Quizás no le oyó.

En pocos minutos se encontraron en la calle Mayor, y al fin la jóven, casi sin aliento, se detuvo á la puerta de la casa de la duquesa.

¡Cómo palpitó su corazon en aquel instante supremo!

Su mirada se fijó con expresion medrosa en el sombrío edificio, como si allí le esperase la muerte.

Su primer impulso fué el de retroceder.

Si tras la deshonra encontraba allí la humillacion, su desgracia seria insoportable.

Ya lo hemos dicho, sin la fuerza de la desesperacion de la locura, Andrea no habria tenido valor para tomar una resolucion tan arriesgada.

Retroceder era declararse vencida ante el primer obstáculo peligroso que se le presentaba, y la jóven tenia un corazon grande, un espíritu enérgico, una voluntad demasiado firme, para doblar la frente al primer golpe de su enemigo: habia aceptado la lucha, y antes moriria que retroceder.

Su valor era, pues, el de la temeridad, el valor de la ignorancia; pero al fin era un valor ciego, un arrojo, que si no vencia, tampoco cedia por nada ni ante nada.

Conociendo el carácter de Andrea y dadas las condiciones de su situacion, no podia dudarse de qué una vez que salió de su casa, entraria en la de don Juan: podia suceder que vacilase, que temblase; pero no que dejase de cumplir su propósito.

Sus azules ojos, no llenos de lágrimas por el dolor, sino encendidos por el fuego de la fiebre, se levantaron, dirigiendo al cielo una mirada de súplica desgarradora.

Juan, en su sencillez, no podia explicarse lo que sufria su infeliz señora; pero lo comprendia instintivamente, y estaba en extremo afectado, verdaderamente turbado por el dolor.

No acertó, pues, el cándido sirviente á hacer nuevas observaciones.

Andrea se estremeció, contrájose su frente más de lo que estaba, oprimióse el pecho y entró en el espacioso portal.

Lo mismo que antes, el portero presentó su abultada y ridículamente grave figura, preguntando á la jóven:

—¿A quién buscais?

—A la señora duquesa de Miraguas,—respondió Andrea con acento breve.

—¡Oh!—exclamó el cancerbero.—A la señora duquesa... Bien... su excelencia vive aquí, no venís equivocada.

—Esta señora,—dijo Juan para abreviar la conversacion.—es mi ama, la misma de quien os hablé...

—Ya, ya me acuerdo... Hace media hora estuvísteis aquí...

—Eso es.

—Como vé uno tanta cara nueva.

—Ya os dije que mi señora...

—Sí,—repuso el portero,—desea ver á su excelencia; pero creo que será imposible ahora, y que todo lo más conseguirá que le señale dia y hora para darle audiencia; por supuesto, contando con que no se trata de las peticiones que deben hacerse por memorial.

—Nada vengo á pedir,—replicó Andrea con altivez, y fijando en el portero una mirada que le hizo turbarse y bajar respetuosamente la cabeza.

—Perdonad,—dijo el estúpido cancerbero:—vienen tantos importunos pretendientes, que me tienen aturdido y... comprendo que vos...

—¿Puede ó no verse á la señora duquesa?

—Creo que sí... Subid y lo sabreis, porque yo no puedo hacer más que franquearos la entrada.

La jóven, seguida de Juan, subió la escalera, mientras que el portero hacia sonar la campanilla para avisar á los criados que estaban arriba.

Estos debian mostrarse más atentos; porque si Andrea fuese un pretendiente cualquiera, no se le hubiese permitido llegar hasta allí.

Andrea llevaba, pues, ya una garantía de su distincion con la licencia que para subir habia obtenido del portero.

Al llegar al primer aposento, Juan se detuvo á la puerta, desembozóse y se quitó el sombrero, como si comprendiese que aquellas alfombras no debian ser pisadas por él ni serle permitido permanecer cubierto ante el lujo de aquellos muebles y adornos.

El leal sirviente suspiró, miró con lástima á su señora; y dijo para sí:

—Será tiempo perdido; al ver todo esto se me alcanza que no es posible que don Juan se case con mi pobre señorita.

La jóven entró sin detenerse ni reparar en el lujo que la rodeaba, y como si así hubiese de probar su distinguida clase, dejó ver su pálido y noble rostro al criado que se le presentó.

—¿Qué se os ofrece?—preguntó éste con ménos aspereza, pero con tanta gravedad como el portero.

—Deseo ver á la señora duquesa,—respondió la jóven,—para hablarle de un asunto importante y reservado.

—Ver á su excelencia...

—Os advierto que no vengo á importunarla con ninguna peticion, porque no necesito ni sus favores, ni sus socorros.

—Cuando os han dejado subir, supongo...

—Podeis decirle que una señora tiene que tratar con ella un asunto que puede interesarnos á las dos, y que no conviene dejar para otro dia sin que sobrevengan males graves.

El lacayo, lo mismo que habia sucedido al portero, se sintió dominado por la mirada de la jóven, y haciendo una profunda reverencia, dijo:

—Si no lo llevais á mal, sentaos, señora, mientras doy el correspondiente aviso, porque yo no puedo entrar en las habitaciones de su excelencia.

Andrea se dejó caer maquinalmente en una silla.

Entonces miró á su alrededor, y vagó en sus lábios una amarga sonrisa.

Tal vez habia pensado lo mismo que su fiel sirviente.

El lacayo desapareció por una puerta, cubierta con un riquísimo tapiz flamenco, donde estaba dibujado con vivos colores y rara perfeccion el escudo de armas de los Miraguas.

Reinó un silencio profundo, interrumpido solamente por la agitada respiracion de Andrea y el acompasado ruido de la péndola de un reloj que habia en un rincon del aposento.

Pasaron tres ó cuatro minutos.

El lacayo volvió.

—Venid,—dijo á la jóven;—el mayordomo os espera para disponer, segun creo, que se os anuncie á su excelencia.

Andrea, sin pronunciar una palabra, se levantó y siguió al criado, que le hizo atravesar algunas habitaciones, dejándola en una donde habia un hombre vestido de paño negro y más grave y adusto que los demás.

—Señora,—dijo despues de examinar cuidadosamente y con el mayor descaro á la jóven,—conozco el objeto de vuestra ve-

nida, y me atreveré á disponer que se moleste á su excelencia, confiando en que es cierto que el asunto que os trae es urgente, del mayor interés y completamente ajeno á toda pretension.

Las mejillas de Andrea se tiñeron por un instante de vivo carmin.

—Bien,—replicó sin poder dominar el enojo de su orgullo herido,—puesto que lo sabeis, no me hagais esperar.

—Sentáos, repuso el mayordomo.

Y salió.

Volvieron á trascurrir otros tres ó cuatro minutos, que fueron para Andrea un siglo de sufrimiento.

Levantóse al fin una cortina, el mayordomo asomó la cabeza, y dijo:

—Entrad.

La jóven obedeció y fué conducida á otra habitacion, dejándola allí con una de las doncellas de la duquesa.

—Aguardad,—dijo la jóven sirviente con dulzura;—voy á pasar recado á la señora duquesa, aunque creo que será muy difícil que la veais, porque no parece que se haya levantado de buen humor.

Andrea respiró con más libertad.

Le inspiraba confianza el lenguaje franco de aquella jóven, cuyo aire y maneras en nada se parecian al de los otros criados.

—Os agradeceré,—dijo la infeliz,—que hagais comprender á la señora duquesa lo importante y urgente del asunto que me trae.

—Descuidad, señora; lo haré con mucho gusto,—repuso la doncella.—Entre tanto, sentáos y descansad; parece que estais fatigada... ¡Ah!... No me ha dicho el mayordomo vuestro nombre...

—¿De qué os servirá saberlo, si la señora duquesa no me conoce?

—No importa, es preciso. No es curiosidad mia.

—Quisiera ocultarlo...

—Bien, lo haré presente á su excelencia... ¡Es tan exigente para todas estas formalidades!

La graciosa sirviente sonrió, y haciendo una revencia desapareció.

Pasaron tres, cuatro y cinco minutos sin que volviese la doncella.

Andrea tuvo que sentarse.

Su agitacion crecia.

Hasta entonces no temió que le faltasen las fuerzas en los momentos más críticos.

Como todo era nuevo para ella, todo sorprendente, empezó á sentir algun aturdimiento, parecióle que soñaba.

A su turbacion contribuyó no poco la soledad de aquellas vastas habitaciones, el silencio absoluto que reinaba en todas partes, silencio no interrumpido ni aun por el ruido de los pasos, porque estos no sonaban en las blandas alfombras. Solamente la péndola de algun reloj se dejaba oir; pero como todo ruido acompasado, igual y no interrumpido, nada de su tristeza quitaba el silencio.

Otros cinco minutos trascurrieron.

La doncella volvió.

—Al fin lo he conseguido,—dijo alegremente,—y muy pronto os recibirá la señora duquesa. Como ocultais el nombre, me preguntó vuestras señas, y yo no he podido decirle más sino que era una señora jóven, muy hermosa y con aire muy distinguido...

—Gracias...

—Venid.

La sirviente llevó á Andrea á una habitacion amueblada con más riqueza y gusto que las anteriores.

—Sentáos,—dijo en voz baja, y señalando un divan forrado de terciopelo azul.

Andrea se dejó caer en los blandos almohadones, encontrándose sola cuando levantó la cabeza para preguntar si aun tendria que esperar mucho.

Maquinalmente recorrió su mirada todos los muebles y adornos; pero al fijarse en una gran cornucopia que estaba colocada frente á ella, tembló como asustada.

Le habia infundido miedo su rostro pálido como el de un cadáver, contraido y desfigurado.

Entonces buscó afanosamente entre los cuadros que cubrian parte de las paredes alguno donde estuviese representada la consoladora imágen de Jesucristo; pero todos eran de asuntos mitológicos, que nada expresaban para Andrea en aquellos momentos de dolor.

Sus convulsas manos oprimieron el pecho.

Apenas podia respirar.

Un penoso suspiro se escapó de sus lábios, secos y ardientes, y su cabeza se inclinó como agobiada por el peso de sus negras ideas.

¡Qué sublime y conmovedor era su aspecto en aquellos instantes de verdadera agonía!

La infeliz pensaba en su madre.

En su querida madre, que con tanto amor, con tan sin igual ternura, la estrechaba contra su pecho.

En la madre que la habia llevado en sus entrañas, y que por no separarse de ella no queria dejar el mundo, donde no hacia más que sufrir, ni esperaba más que sufrimientos.

En la madre que le decia con el acento y la sencillez sublime del amor maternal: ¡Hija mia, hija de mi alma.!»

No parecia sino que la infeliz Andrea, para atormentarse más, queria comparar el recibimiento que le hiciese la altiva duquesa de Miraguas con las tiernas palabras de su cariñosa madre.

El resultado de la comparacion debia ser horrible.

No sabemos hasta dónde hubiese dejado volar su imaginacion exaltada la dolorida jóven.

Pero sus tristes pensamientos fueron interrumpidos por el ruido de una tos seca y nerviosa que sonó en el inmediato aposento.

Luego se oyó el vibrante sonido de una campanilla, y á los pocos instantes una voz áspera y chillona, que dijo:

—Que entre esa mujer; pero advertidle que no tengo mucho tiempo que perder en oir sus impertinencias.

Andrea comprendió que estas ofensivas palabras se dirigian á ella, y en vez de turbarse más de lo que estaba, sintió renacer todas las poderosas fuerzas de su espíritu.

Se habia rebelado su dignidad.

Habia despertado su orgullo de mujer, herido en la parte más delicada.

La duquesa le habia prestado un gran servicio.

Le habia devuelto las perdidas fuerzas.

Levantóse una cortina, y la doncella apareció, diciendo:

—Entrad, su excelencia os espera.

CAPÍTULO XXI.

Una esperanza que se vá y otra que viene.

La duquesa estaba en el mismo gabinete en que ya la hemos visto otras veces, sentada cerca de la chimenea y en el sillon donde su exígua humanidad quedaba escondida, sin que se viesen más que sus relucientes ojuelos y sus largas y huesosas manos al moverse cuando hablaba.

Andrea, por efecto del cambio que acababa de experimentar, entró con la cabeza erguida orgullosamente, como dispuesta á no sufrir ninguna humillacion, á no suplicar, á acusar, á exigir reparacion y á imponer condiciones.

En su trastorno, no comprendia la infeliz que una palabra, un solo gesto de la duquesa, podia arrancarle su última esperanza, hacer salir á su rostro el carmin de la vergüenza.

No pensó que á pesar de sus derechos, de todo lo respetable de su desgracia, podian echarle en cara su deshonra y hacerle doblar la frente que levantaba con tan inoportuna altivez; no habia comprendido que pedir reparacion era confesar su falta, que acusar á don Juan era acusarse á sí misma, que ella habia sido débil antes que su amante perjuro.

Andrea no podia pensar en nada de esto; el dolor habia ofus-

cado su razon, y en aquellos momentos no comprendia más sino que habia sido engañada, y que tenia derecho á pedir reparacion.

¿Podia dejar de escucharse la voz de la justicia?

¿Podia mirarse con desden la honra de una mujer que siempre habia sido virtuosa, y que solo un momento de olvido habia tenido en su vida?

¿Podia nadie ser indiferente á la desgracia?

Andrea creia que no.

Empero Andrea, ya lo hemes dicho, no conocia el mundo.

La duquesa fijó su penetrante mirada en la jóven.

A su experiencia y sagacidad no pudo escaparse que no era una mujer vulgar la que tan extraña y aun misteriosamente se le presentaba.

—¿Quién será? ¿Qué puede querer?—se preguntó.

Y volviendo otra vez sus ojuelos hácia Andrea, examinó, devoró, puede decirse, aquel rostro pálido y bello, aquellas pupilas ardientes y expresivas.

—¡Oh!—añadió para sí.—Ese cuerpo encierra un alma grande, un alma que en estos momentos se agita con una verdadera convulsion, en medio de una gran borrasca... Debo prepararme á todo.

Para este exámen, para tales reflexiones, bastaron á la duquesa pocos segundos.

La lucha era desigual.

La ignorancia y la candidez contra la experiencia y la astucia, el sentimiento contra la insensibilidad, el arrebato del dolor contra la firmeza del cálculo.

Andrea se equivocó: despues de las ofensivas palabras que habian llegado á sus oidos, creyó que la duquesa la recibiria con desden, con altivo menosprecio y frialdad.

Empero la noble dama, desplegando una benévola sonrisa y dando á su acento toda la dulzura de que era susceptible, dijo, á la vez que señalaba el sillon que estaba al lado opuesto de la chimenea:

—Sentáos.

Andrea, que habia empezado á murmurar uno de esos saludos que nada significan, se interrumpió sorprendida.

—Sentáos,—volvió á decir la anciana,—sentáos ahí cerca del fuego, que aunque no hace hoy mucho frio, la humedad de la niebla destempla los miembros y es conveniente equilibrar el calor.

—Gracias, señora,—respondió la jóven, sentándose.

Y en su pálido rostro dió de lleno la luz que entraba por el balcon, mientras que la duquesa quedaba envuelta en la sombra del respaldo de su sillon, y con pretexto de que el calor de la chimenea le incomodaba, se puso tambien á cubierto de los resplandores del fuego con un abanico de plumas de la India.

La astuta cortesana podia observar fácilmente hasta las más leves alteraciones del rostro de Andrea, sin que apenas pudiera distinguirse el suyo.

Esto no lo comprendió la jóven, ajena al trato de la sociedad en que la duquesa vivia: la desdichada iba á exponer con franqueza su triste situacion y á reclamar con energía la reparacion á que tenia derecho; pero no á entablar una lucha de astucia y de doblez, en que el triunfo debia ser del más hipócrita, del más hábil, y no del más noble ni del que defendiese la mejor causa.

—Me han dicho,—repuso la duquesa,—que teníais que hablarme de un asunto de importancia; pero que queríais ocultar vuestro nombre. Está bien: respeto las razones que tengais para obrar así, y estoy dispuesta á escucharos.

—Es verdad,—dijo Andrea, sin poder fijar su expresiva mirada, por la dificultad de ver la diminuta figura de la duquesa entre los almohadones del sillon;—me trae un asunto muy grave, de tanta importancia, como que es para mí más que la vida. Y en cuanto al nombre, no es á vos, sino á vuestros criados solamente á quien he querido ocultarlo. No, señora duquesa, seria nécia y ridícula precaucion callar el nombre, que nada significa, cuando se descubre lo que encierra el alma.

Y como si estas palabras le hubiesen costado un supremo esfuerzo, detúvose la jóven.

La duquesa, sin saber aún el terreno en que le convendria colocarse, apeló á su tos para no responder, y luego dijo:

—Perdonad, os he interrumpido; pero no puedo contener esta incómoda tos, contra la que se ha estrellado la ciencia por espacio de diez años... ¿Conque decíais?...

—Que á vos os diré mi nombre...

—Como gusteis; no os lo exijo...

—Yo deseo que lo guardeis en la memoria.

—Bien.

—Me llamo Andrea Corbalan y Mendoza.

—Corbalan... Mendoza,—murmuró la duquesa, como si quisiese recordar algo.

—Mi buen padre,—repuso la jóven,—á quien perdí hace seis años, fué oidor.

—Proseguid.

—Solo conservo á mi madre, anciana y tan enferma, que muy pronto será completa mi orfandad.

—¿Y no os han quedado bienes de fortuna?—preguntó la de Miraguas para acabar de convencerse de que la jóven no iba á pedirle una limosna.

—Pocos, señora, muy pocos; pero los suficientes para vivir, si bien con estrechez, con decoro y sin necesidad de ser gravosos á nadie.

La duquesa fijó con más afan su escudriñadora mirada en el rostro de Andrea.

—¿Qué puede querer?—dijo para sí.—No hay duda que sufre: empieza hablando de su desgracia... No comprendo.

Y luego añadió en voz alta:

—La pérdida de nuestros padres es muy dolorosa; pero es una triste ley de la naturaleza, igual para todos, y no es tan adversa la fortuna si os quedan recursos para vivir decorosamente y sin depender de nadie.

—No ambiciono riquezas.

—Sin duda,—repuso la duquesa, que no podia convencerse de que la jóven no fuese á pedirle algo,—sin duda, para asegurar más vuestro porvenir, deseais entrar al servicio de su majestad la reina...

—No señora.

—Entonces no comprendo en qué puedo seros útil.

Andrea vaciló algunos instantes, como si le faltase el valor para explicarse, y luego, haciendo un esfuerzo, y en tanto que sus pupilas adquirian mayor brillo, exclamó:

—¡Ah!... Podeis darme más que la vida, podeis convertír mi horrible desgracia en la más risueña felicidad... Hay una persona de quien depende la tranquilidad de los últimos instantes de la vida de mi anciana y virtuosa madre, el porvenir de una criatura inocente y...

La jóven se detuvo, clavó, con expresion indefinible, su mirada febril en la duquesa, y añadió con desgarrador acento:

—¡Y mi honra!

La de Miraguas, sorprendida, no acertó á responder ni supo qué pensar de lo que oia, y apeló á su tos para salir del apuro.

Andrea se cubrió el rostro con las manos.

Dos lágrimas abrasadoras corrieron por sus mejillas, y aunque arrancadas por la vergüenza, parecieron aliviarla.

Hubo algunos momentos de silencio.

—Comprendo,—dijo al fin la duquesa, como si no hubiese dado á la palabra honra todo el valor que tenia,—necesitais mi influencia para conseguir de otra persona algun favor...

—Para que se me haga justicia.

—Ahora no os entiendo.

—Ya os lo he dicho,—repuso con enérgico acento la jóven,—se trata de mi honra, y la honra de una mujer bien nacida no puede ser nunca objeto de favores.

—Confieso mi torpeza,—replicó la anciana con frialdad y encogiéndose de hombros,—no os comprendo, ni tampoco me explico por qué me hablais asi, como quien acusa ó se queja, cuando nada tengo que ver con vuestra honra, cuando soy ajena á vuestras desgracias, cuando ni siquiera os conozco.

—Es verdad,—dijo Andrea,—no me conoceis; hasta el presente nada habeis tenido que ver con mi honra y mis desgracias; pero desde hoy no sereis ajena á mis desgracias ni á mi honra.

—Si os explicáseis...

—Me explicaré, principiando por referiros una historia tristísima, que debeis conocer.

La duquesa empezó á impacientarse, y aunque sin adivinar aún el objeto de Andrea, no se le ocultó qne la conversacion debia ser muy enojosa y terminar desagradablemente.

—Creo,—replicó sin disimular su disgusto,—que ganaremos

un tiempo, que es para mí muy precioso, si suprimís el relato de esa historia y prencipiais por decir lo que de mí quereis.

El rostro de Andrea se tiñó por un instante de púrpura.

Acababa de ser herida por segunda vez en su dignidad.

—Señora,—dijo,—para referiros esa historia he venido.

—¿Acaso pensais que vuestra desgracia ha de interesarme más por sus detalles?

—Es preciso que los conozcais para que juzgueis.

—Pues bien, yo no acepto el papel de juez en vuestros asuntos.

--No basta vuestra negativa...

—¿Quereis obligarme á escucharos?

—Sí,—respondió con firmeza la jóven.

—Basta,—dijo ásperamente la duquesa.—Habeis llegado aquí con un pretexto; mis criados os han dejado entrar, porque asegurásteis que teníais que hablarme de un asunto urgente y tan importante para mí como para vos, y ahora veo que lo único que quereis es que os ayude, influyendo con una persona que puede remediar vuestros males. Mi benevolencia ha sido tal vez excesiva, y sin conoceros, y á pesar de vuestro abuso, os he ofrecido mi valimiento, resultando de mi generoso proceder, que habeis cobrado aliento para cometer un segundo abuso, intentando obligarme á que escuche el relato de una historia triste, que nada me interesa, como si no tuviese yo que ocuparme más que de las desgracias ajenas.

La infeliz Andrea sintió abrasadas sus mejillas y afluir á su cabeza toda su sangre.

Latieron sus sienes con desigual violencia, como si sus arterias fueran á romperse; la luz huyó por algunos instantes de sus ojos, faltóle la respiracion y estuvo á punto de perder el sentido.

Tal efecto le habian producido las duras palabras de la duquesa.

En su trastorno, no pudo la jóven articular una sílaba en algunos instantes; pero luego recobrando las fuerzas y exaltada por su noble orgullo, profundamente herido, atendiendo más á defender su dignidad de señora que á procurar el remedio de su desgracia de mujer, replicó con energía:

—Basta, digo á mi vez, señora, basta de ultrajes, que ni vuestro nombre ni vuestras riquezas os autorizan para ofender á quien vale por lo ménos tanto como vos, por más que sea pobre y de humilde cuna. ¿No sabeis con qué derecho he llegado aquí, con qué derecho quiero hacerme escuchar? ¡Ah!... Son tan respetables mis títulos, que no pueden desconocerse sin desconocer la justicia y la razon. No, señora duquesa, no; la huérfana, pobre y desvalida, no está dispuesta á sufrir ofensivas humillaciones, porque si le robaron su honra, no abdicó su dignidad.

Interrumpióse la jóven como para tomar aliento.

La de Miraguas la miró con mayor sorpresa que antes y se arrepintió de su proceder, no por consideracion alguna de justicia, sino porque tal vez se habia colocado en un terreno desventajoso, tratando con desdeñosa superioridad á la que con tanta seguridad afirmaba que no iba á pedir favores, sino á usar de respetables derechos.

Ya fuese por una de esas obcecaciones que las personas de más entendimiento suelen tener, ya por el natural efecto de la sorpresa, es lo cierto que la anciana pensó en todo ménos en su hijo, y por consiguiente, no pudo adivinar lo que significaban las palabras de Andrea.

¿Qué hacer en aquella situacion?

Borrar el mal efecto de sus anteriores palabras, aclarar el misterio y obrar despues segun las circunstancias y con la seguridad de no errar segunda vez el golpe.

Esto era lo que á la duquesa convenia.

Así lo comprendió, decidiéndose á ejecutarlo, para lo cual le sobraba astucia y habilidad.

No habia duda de que la jóven no era un pretendiente importuno.

Tambien habia probado que no era una mujer de espíritu vulgar.

Y estas dos consideraciones tranquilizaron á la orgullosa duquesa en cuanto á los escrúpulos de vanidad, porque el adversario no era indigno de luchar con ella, y la lucha no la rebajaba.

—Perdonad,—dijo la astuta dama;—no he tenido intencion

de ofenderos, y me complazco en declararlo así. Preciso es que os hagais cargo de mi situacion. ¡Si supiéseis cómo abusan de los ricos los que, para vivir en la holganza, comercian con el llanto y la mentira, sorprendiendo la buena fé de las almas nobles y caritativas!... Y como la verdadera desgracia es la que ménos veces llama á nuestras puertas y hemos sufrido tan duras lecciones, siempre recibimos con desconfianza á los que no conocemos. Sin embargo, con vos he seguido distinta conducta; vuestro aspecto os recomienda, y os he acogido tan bien como pudiérais desear.

—Bíen,—repuso Andrea, esforzándose para dominarse y aparecer tranquila,—agradezco vuestras escusas, porque me hacen justicia, y las acepto para evitarme un dolor más. Yo tampoco he querido faltaros al respeto que mereceis; no he tenido intencion más que de colocarme en mi lugar, defenderme, haceros comprender que no he venido á explotar vuestros nobles sentimientos ni á exigiros más de lo que debo.

—Estamos, pues, en nuestro lugar,—dijo la duquesa, desplegando una leve sonrisa:—ya sabemos á qué atenernos... Os escucho... Manifestad, si os placo, el objeto de vuestra visita, porque, os lo aseguro sinceramente, no lo he comprendido.

Y acercando más el abanico á su cara, de manera que apenas se la veia, esperó para dar el golpe terrible y decisivo.

—Señora,—repuso la jóven como si tuviese miedo de hablar, como si sus palabras abrasaran sus lábios;—á pesar de nuestra pobreza y nuestras desgracias, yo vivia feliz, porque no conocia el mundo ni sabia lo que eran desengaños. Querida por mi madre, adorándola con el más profundo y respetuoso amor, recibiendo sus caricias, y con las mias endulzando su vejez, mi existencia se resbalaba tranquilamente y era parecida mi dicha á la de uno de esos ensueños que no nos dejan ver más que flores y sonrisas. Aquella felicidad no puedo hacérosla comprender, porque no hay palabras con que expresar semejantes goces; pero quitad á la criatura el roedor de deseos que no puede satisfacer, la agitacion de violentas pasiones y el temor de todas las desgracias, y tendreis la verdadera dicha, mi dicha de entonces.....

—La dicha de los ángeles,—murmuró la duquesa sin apartar

su penetrante mirada del rostro de Andrea, que en aquellos momentos expresaba la tristeza más profunda.

—Sí,—repuso la jóven, exhalando un suspiro,—la dicha de los ángeles, esa era la mia.

—Y la perdísteis, porque todo es pasajero en este mundo, porque solo en la otra vida puede alcanzarse la eterna bienaventuranza.

—La perdí, señora, el mismo dia que yo creí que empezaba á ser mayor. No habia visto más que virtud en mis padres, y mi alma no abrigaba más que sentimientos nobles y generosos. Mi ignorancia habia sido mi felicídad y debia ser mi desgracia, porque yo no sospechaba ni comprendia la mentira ni el engaño, y tenia ciega fé en la sinceridad de todos.

—No es ese el mundo,—dijo friamente la duquesa, á quien no habia conmovido el sencillo y tierno relato de la jóven:—tan injusto es creerlos malos á todos como fiarse de todos.

—¡Ah!—esclamó Andrea, cuyos ojos brillaron otra vez con el fuego de su febril exaltacion.—Un hombre que se decia bien nacido, que hablaba con profundo respeto de la virtud, que aparentaba rendir culto á los sentimientos nobles y generosos, encendió en mi corazon el fuego de un amor sin igual, de una pasion intensa, que bien pronto llegó á dominar mi razon. Mi buena madre, engañada como yo, daba al cielo gracias porque ya su pobre hija no quedaria sola y sin amparo en el mundo. Yo, con toda la confianza de mi inocencia...

—Entiendo,—interrumpió la de Miraguas, que volvió á sonreir, satisfecha del giro que tomaba la conversacion:—el hombre á quien amábais os prometió, juró ser vuestro esposo, y vos, ciega por la pasion, en un momento de debilidad, de fatal olvido, en uno de esos momentos de alucinacion, de verdadero extravío, en que uno no deberia ser responsable de sus acciones, sucumbísteis.

—Sí, sí,—repuso la jóven, cuya agitacion crecia por instantes,—un momento de locura... el trastorno de la pasion, la fé en sus promesas...

—¡Promesas!—murmuró la anciana con acento de fria compasion.—No conoceis el mundo; los juramentos de amor nada

significan, son una fórmula, así está convenido y aceptado; una palabra agradable como otra cualquiera; se jura como se dice «te adoro,» y sabido es que por mucho que un cristiano ame, no adora, porque solo para Dios se reserva la adoracion.

Estas palabras parecieron helar la sangre de Andrea, que no comprendia cómo podia hablar así de lo que ella tenia por tan respetable.

—Señora,—dijo,—un juramento no es una palabra vana, es una obligacion que se contrae ante el más respetable de los testigos, ante Dios, y las promesas del hombre que me robó la dicha con la honra, me dan indisputables derechos.

—Derechos que procurareis hacer valer, es muy justo y natural.

—Amo á ese hombre, á pesar de su proceder; pero más que por mi amor, por mi anciana madre, por el hijo que llevo en mis entrañas...

—Y bien,—interrumpió la duquesa,—¿en qué puedo serviros?

—¿Pues qué,—replicó vivamente la jóven,—no habeis adivinado el nombre de mi seductor?

—No, ni es posible que lo adivine: de lo que me he convencido es de que no me equivoqué cuando os dije que vuestra desgracia no tenia relacion conmigo, y que no comprendia por qué queríais obligarme á escucharos.

La indignacion que sintió la jóven hubiese sido mayor, á poder ver el gesto desdeñoso y altivo de la duquesa.

El arrebato de la infeliz creció, ya le era imposible contenerse.

—Se trata de vuestro hijo,—gritó, de vuestro hijo don Juan...

—¡Ah!...

—¿Comprendeis ahora el derecho que me asiste para llegar á vos, para pediros reparacion?...

—Os arrebatais... Calmáos,—interrumpió severamente la duquesa;—si teneis motivo para quejaros, no teneis derecho para gritar.

—¿Acaso no sabeis lo que vale la honra?

—Sí, y por eso la he conservado...

—Y yo... yo la he perdido... ¡Oh!... No, señora duquesa; yo he sido engañada, vilmente engañada...

—¿Y quereis que yo obligue á mi hijo á casarse con vos?

—No es menester que le obligueis; él jura que está dispuesto á pagar su sagrada deuda; pero que vos se lo estorbais.

—¿Acaso me ha pedido licencia?

—Le habeis mandado casarse con otra...

—Sabeis demasiado.

—Cuanto me conviene.

—Pues bien, escuchadme, y terminemos esta enojosa conversacion. Ante todo, es preciso que yo me convenza de que sois una verdadera víctima...

—¿Lo dudais?

—No os conozco.

—¡Oh!...

—Si efectivamente habeis sido engañada, reconvendré á mi hijo, haciéndole ver lo inconveniente de su conducta, para evitar que me vengan con nuevas quejas; y en atencion á vuestra escasez de recursos, mandaré entregaros una cantidad suficiente para que eduqueis á vuestro hijo, como indemnizacion...

—Basta,—interrumpió Andrea en el colmo de su arrebato y poniéndose de pié.—¡Oh!... ¡Poneis precio á mi honra!

—Eso prueba que la estimo en algo. ¿Os quejais en vez de agradecerlo?

—¡Un nuevo ultraje!

—¿Acaso os atrevereis á esperar ser la esposa de mi hijo, del que puede un dia llevar la corona de su padre?

—¿No vale, señora duquesa, la nobleza de mi alma tanto como la ilusoria de vuestro nombre, mi virtud tanto como vuestra corona?

—¿Hablaís de virtud despues de haber confesado vuestra liviandad?

—¡Oh!...

—Pensadlo bien,—replicó la de Miraguas, sonriendo irónica y burlonamente y sin cuidarse ya de ocultar el rostro con el abanico;—si yo hubiese de amparar y defender á todas las mujeres

que han querido dejarse engañar por la seduccion de mi hijo...

—¡Ah!... ¿No advertís que vuestros lábios están vertiendo veneno?

—Os perdono, porque estais trastornada...

—Señora duquesa...

—Basta... Decís que mi hijo desea cumplir su juramento... Nada más necesitais. Yo no le daré licencia para semejante locura; pero todo será que espereis: dentro de poco tiempo será don Juan dueño absoluto de sus acciones, y entonces podreis casaros.

—Entonces será tarde. No ignoro que á estas horas camina hácia Portugal, obedeciendo vuestras órdenes y las de la reina...

—¿Quién os ha dicho eso?—preguntó la anciana, brincando en el sillon, como si le hubiese picado una víbora.—Os han engañado.

—Lo sé por don Juan...

—¡Ah!... Lo comprendo todo... Ha recurrido á ese pretexto para librarse de vos...

—Tengo pruebas...

—Imposible...

—Antes de saberlo por don Juan se me dijo por otra persona.

—¿Quién?

—No os importa saberlo.

—Mi hijo está en Toledo...

—Camino de Lísboa.

—Pues bien,—replicó la duquesa con despecho,—creed lo que os plazca; pero dejadme.

—Señora...

—Si teneis derechos que reclamar, acudid á los tribunales,—repuso la dama, levantándose y dirigiéndose á una puerta.

—¿Qué haceis?

—Os dejo, porque no me dejais, y para evitarme el disgusto de mandar que os echen.

La duquesa desapareció.

Andrea no acertó á moverse.

Se oprimió el pecho con fuerza convulsiva y levantó al cielo los ojos.

—Dios mio!—murmuró despues de algunos instantes.

Y con vacilantes pasos salió del gabinete.

Como enviado por Dios para calmar sus intensos dolores, para consolarla en aquellos momentos de mortal angustia, presentósele en la habitacion inmediata un sacerdote, cuya mirada triste y dulcísima se fijó en la infeliz.

Era fray Manuel, que sin duda esperaba allí para hablar á la duquesa, á quien solia visitar, y que tal vez habia escuchado parte de la anterior conversacion.

Andrea se detuvo instintivamente; fijó su mirada ardiente en el carmelita; intentó hablar, pero no pudo articular una sílaba; su cabeza se inclinó sobre el agitado pecho, como la azucena cuyo tallo se rompe, y cayó de rodillas exhalando un penoso suspiro.

Fray Manuel extendió las manos, y con acento de conmocion profunda exclamó:

—¡Dios os bendiga!

—¡Padre mio!—murmuró al fin la jóven, de cuyos ojos brotó un torrente de lágrimas consoladoras.

—Fé, esperanza,—repuso el fraile, bajando la voz;—tened fé en la justicia del Omnipotente, y sereis feliz.

—¡Ah!... mi desgracia no tiene remedio...

—Sí, don Juan será vuestro esposo...

Andrea levantó la cabeza, clavó una afanosa y penetrante mirada en el carmelita, y preguntó con voz ahogada:

—¿Qué decís!

—Que Dios os consuele,—respondió fray Manuel, bendiciendo á la jóven y dando un paso hácia el gabinete de la duquesa.

—Detenéos...

—Nada más puedo deciros.

—Pero ¿quién sois?... Vuestro nombre...

—Fray Manuel de San José.

—Necesito un consuelo que solo vos podeis darme... En nombre de mi madre infeliz, por caridad...

—Cuando me busqueis, me encontrareis en mi convento,—repuso el fraile.

Y desapareció sin dar lugar á nuevas réplicas.

Andrea se puso de pié, oprimióse el pecho, exhaló un suspiro, y despues de secar sus ojos, recatóse el semblante con el ancho manto y empezó á atravesar habitaciones.

A los pocos segundos llegó donde se habia quedado Juan, que la esperaba hablando con un lacayo.

—Vamos,—dijo con acento breve.

Y seguida del fiel criado, bajó apresuradamente la escalera.

Cuando estuvo en la calle aspiró con avidez la húmeda atmósfera y siguió sin detenerse para entrar por la calle de Coloreros.

De un estrecho y oscuro portal frente al de la duquesa salió un hombre embozado hasta los ojos y calado el sombrero negro de anchas alas hasta las cejas.

Sus pupilas, relucientes como las de un tigre, fijaron en Andrea una mirada penetrante.

—¿Qué debo hacer?—dijo, deteniéndose despues de dar dos ó tres pasos.—Ella volverá á su casa con la esperanza perdida, y siguiéndola no conseguiré más que verla... El fraile que ha venido no es el otro; pero ambos son carmelitas descalzos, donado aquel, éste profeso... ¿Quién sabe si son amo y criado?... Aguardaré.

El embozado, que no era otro que Antonio, volvió á entrar en el oscuro portal, dispuesto á no moverse de allí hasta que fray Manuel saliese de casa de la duquesa.

CAPÍTULO XXII.

De cómo se enreda la situacion para aumentar los males de Andrea.

Antonio permaneció inmóvil por espacio de más de un cuarto de hora, cuyo tiempo lo empleó sin duda en combinar algun plan, tan atrevido probablemente y tan peligroso como todo lo que concebia su imaginacion ardiente.

Luego se separó de la pared, donde habia estado apoyado, y un rayo fugaz de alegría se escapó de sus ojos.

—¡Oh! murmuró con voz ahogada como por una emocion violenta. —La lucha será tenaz; temo que se empleen contra mí muchas fuerzas; pero no cederé, no descansaré un instante.

Asomóse á la puerta y miró impaciente, porque una vez trazado su plan y resuelto á seguirlo, parecíale un siglo cada minuto que trascurria.

Aun tuvo que esperar otro cuarto de hora.

Fray Manuel, con la cabeza inclinada sobre el pecho, salió de casa de la duquesa, dirigiéndose hácia la Puerta del Sol.

—Vá muy pensativo,—dijo Antonio.

Y tomó el mismo camino que el fraile, siguiéndolo á pocos pasos de distancia.

Sin duda por estar demasiado preocupado, no advirtió el carmelita que lo seguian, y continuó su pausada marcha, siempre

con los brazos cruzados y la cabeza inclinada, hasta llegar al convento.

Pero cuando iba á entrar en la silenciosa portería, Antonio se adelantó; púsosele al lado, y le dijo:

—Buen padre, perdonad.

Fray Manuel se detuvo, miró al sombrío interpelante, su frente se contrajo ligeramente por un segundo, y preguntó:

—¿Qué quereis?

—Hablaros reservadamente, y os suplico que me escucheis algunos minutos. ¿Quereis otorgarme ahora esta merced?

—Venid á mi celda, respondió el carmelita.

Y entró seguido de Antonio, mientras decia para sí:

—No es la primera vez que yo he visto á este hombre. ¿Pero cuándo y dónde ha sido?

Por más que el misterioso amigo de Juan hiciese experimentar á primera vista un sentimiento inexplicable de repulsion; aunque su rostro, que ya hemos dicho era bello, su frente espaciosa, testimonio de inteligencia privilegiada, estuviese oscurecida por una sombra extraña, que parecia el anatema de Dios y del mundo, estampado allí para distinguirlo entre todos los hombres; por más que todo esto, y más aún desagradable, revelase su aspecto, como sus maneras, si bien enérgicas y algo rudas, estaban muy lejos de la grosería, sin conocerlo, sin saber quién era, no habia derecho para recibirlo desdeñosamente ni dejar de tratarlo con la atencion y miramientos que exígian el decoro, las buenas formas con que él se presentaba.

Pertenecia á la última clase social, segun las distinciones de aquellos tiempos; mas para fray Manuel, como sacerdote, no habia nobles ni plebeyos, y como hombre, segun sus principios, buscaba la nobleza en el corazon y en las virtudes.

Llegaron á la celda.

—Sentáos,—dijo el carmelita, haciéndolo él y sin dejar de mirar á Antonio con más atencion de la que hubiera empleado para cualquier otro desconocido.

—Gracias; pero no puedo,—respondió Antonio con un acento que hizo comprender al fraile que no debia insistir en su ofrecimiento.

—Os escucho, pues,—repuso el carmelita, apoyando un brazo en la mesa.

Antonio meditó algunos instantes para convencerse de si debia seguir su primitivo plan, y luego, clavando su penetrante mirada en fray Manuel, dijo:

—Sé que estais interesado por la suerte de la mujer que salió de casa de la duquesa de Miraguas pocos minutos despues que entrásteis vos.

La frente del carmelita volvió á contraerse ligeramente.

—No podeis negarlo,—añadió Antonio con seguridad, porque no podeis mentir: todo lo más que podeis hacer es callar.

—En eso no os equivocais; pero no tomeis mi silencio por afirmaciones, porque puede ser reserva, tanto más natural, cuanto que no os conozco. ¿Quién os ha dicho que yo me intereso por la suerte de ninguna mujer?

—Tengo completa seguridad: os repito, padre, que lo sé.

—Y aun suponiendo, nada más que suponiendo, que así sea...

—Siendo así, debemos hablar, entrar en explicaciones, porque no soy tampoco indiferente á la suerte de doña Andrea.

Estas palabras le hicieron comprender al fraile con quién estaba hablando; se acordó de la señas que Martin habia dado del amante misterioso que espiaba á la jóven, y una mirada le bastó para convencerse de que era el mismo que tenia delante.

Martin lo habia retratado admirablemente.

—Lo sé,—dije el carmelita sin temor de equivocarse,—estais locamente enamorado de doña Andrea, y es para vos una gran dicha el mal proceder de don Juan.

—Es verdad, padre; pero eso no quiere decir que yo desee la desgracia de doña Andrea, sino que me alegro de mi probable felicidad.

—Pero sí probará vuestro egoismo.

—Prueba que amo, y el amor es siempre egoista, si es verdadero.

—¡Oh!...

—¿No opinais como yó?

—No.

—Bien, padre; esto es cuestion de ideas, de apreciacion, y no hace al caso; lo que importa es que amo, como habeis dicho, locamente.

—Espiais á esta infeliz mujer.

—Decid que la espiamos; un criado vuestro la sigue y observa como yo.

—¿Otra suposicion?

—Otro hecho.

—Fray Manuel examinó atentamente el rostro de su interlocutor mientras pensaba lo que habia de responder, porque se convenció de que con aquel hombre era peligrosa cualquiera ligereza.

—Y bien,—dijo al fin,—¿qué adelantaremos con nuestras explicaciones? Puesto que amais á doña Andrea, y segun vuestros principios, el egoismo es una consecuencia natural del amor, una de sus condiciones precisas, trabajad para lograr vuestra dicha á costa de la ajena, mientras que yo trabajo para remediar la desgracia de esa infeliz mujer. No os estorbaré, es decir, no haré nada directamente contra vos, sino en favor de la que sufre y necesita ayuda.

—Nuestras explicaciones, ó más bien las mias, servirán para que sepais lo que ignorais.

—¿Y si os digo que nada quiero saber?

—Será porque partís de un error.

—¿Esperais que yo os dé noticias que puedan serviros?

—Tengo cuantas son menester para mi propósito.

—Entonces...

—Nada vengo á buscar ni á pedir, sino á ofrecer. ¿Quereis remediar, síquiera en parte, la desgracia de doña Andrea? Yo os daré los medios para que lleveis á cabo tan buena obra.

Fray Manuel miró con extrañeza á Antonio.

—No me comprendeis,—añadió este,—y es natural que así suceda. Si me lo permitís, me explicaré.

—Tales cosas decís, que siquiera por curiosidad...

—Pues escuchadme algunos momentos.

—Ya os escucho.

—Doña Andrea no puede aspirar ya más que una felicidad, no hay para ella otra posible.

—¿Cuál es?

—Cubrir las apariencias, engañar al mundo en cuanto á su honra y dar un nombre á su hijo.

—Pero...

—Os he dicho, padre, que nada ignoraba, conozco su debilidad y su estado.

—¡Ah!...

—¿Sois de mi opinion?

—Eso no es felicidad, ni siquiera alivio de la desgracia, sino un medio de evitar que esta sea mayor.

—Poco importa el nombre; lo cierto es que no puede esperar otra cosa.

—¿En qué os fundais para creerlo así?

—En el convencimiento de que el corazon de doña Andrea no ha quedado para sentir un nuevo amor.

—¿Y don Juan?

—Si tanto sabeis, padre mio,—repuso Antonio con el mismo tono de seguridad que antes,—no ignorareis que el hijo de la duquesa no se casará con la víctima de su seduccion.

—¿Por qué?

—Porque es imposible.

—Os equivocais.

—Padre...

—Don Juan se casará con doña Andrea.

—Voy,—replicó Antonio, sonriendo levemente,—á daros una noticia, que sin duda no ha llegado á vos, y os convencereis de vuestro error.

—Convencedme...

—El hijo de la duquesa está camino de Portugal, adonde vá á casarse.

—¿Quién os ha dicho eso?

—Yo lo sabia, y doña Andrea me lo ha repetido.

No intentó el carmelita negar; comprendia que hubiera sido en vano: se habia convencido de que para aquel hombre no habia secretos, y que lo más conveniente era abordar la cues-

tion con franqueza, y procurar obtener el mejor resultado posible.

—Bien,—dijo;—puesto que tan enterado estais de todo, y que doña Andrea ha cometido la imprudencia de descubrir semejante secreto, hablemos con claridad y sepamos á qué atenernos.

—Empezamos á estar de acuerdo...

—No acabaremos lo mismo.

—Tal vez; pero...

—Entre tanto, no sé siquiera quién sois.

—Os lo diré despues.

—¿Y por qué no ahora?

—¿Qué importa mi nombre? Yo tambien ignoro el vuestro, y no sé de vos más de lo que dice vuestro rostro y las generosas intenciones que revelan vuestras palabras. Básteos saber que no soy criminal, que vivo con arreglo á las leyes hechas por los hombres; esas leyes,—añadió Antonio, sonriendo con amarga ironía,—que, segun sus autores, están en armonía con las de Dios, en nada contradicen á las de la naturaleza; esas leyes hijas de la experiencia, de la sabiduría.

—¡Oh!—murmuró fray Manuel,—¿comprendeis todo el valor de lo que acabais de decir?

—Sí, padre mio.

—¿Quién os ha educado?

—No soy ningun noble disfrazado; soy un miserable, el último plebeyo. Mi padre ni aun leer sabia, y si yo aprendí, lo debo á la generosa compasion de un santo sacerdote, cuya temprana muerte me privó del único guia y apoyo que me hubiera separado de una senda horrible. ¡Ah!—exclamó Antonio con visible emocion de una ternura que nadie hubiera supuesto en él.—Siempre recordaré con profunda gratitud á aquel hombre virtuoso, el único que despues de mis desgraciados padres, ha estampado en mi frente de niño besos consoladores, el único que no me ha rechazado... Perdonad, padre mio; he olvidado nuestro asunto...

—No importa,—dijo el fraile, cada vez más admirado;—proseguid.

—Despues, cuando sepais quién soy, estarán en su lugar estas reflexiones y otras muchas, porque me presentaré á vos tal como soy, os dejaré ver mi corazon, podreis examinar lo más recóndito y oculto de mi alma.

No era posible hablar con aquel hombre misterioso y singular sin perderse en mil contrarias conjeturas y llegar á confundirse.

Puesto que él habia prometido darse á conocer, el carmelita dominó su impaciente curiosidad, y dijo:

—Respeto los motivos que teneis para obrar así, y volviendo á doña Andrea...

—Os repito,—interrumpió Antonio,—que no será esposa de don Juan.

—Pues bien: yo os aconsejo que desistais de vuestro empeño: don Juan ha ido á Lisboa, pero volverá.

—¿Sin casarse?

—No es imposible.

—Veo que no afirmais con tanta seguridad como yo niego.

—¿Quién puede hablar de lo futuro?

—Nadie, pero puesto que, con razon ó sin ella, es mayor mi convencimiento que el vuestro, insisto en mi opinion, y os ruego que hagamos una suposicion, puesto que nada se pierde por suponer.

—Antes os haré una advertencia con toda lealtad, porque sinceramente deseo vuestro bien.

—Gracias, padre; os escucho con gratitud.

—Lo que habeis averiguado sobre el viaje del hijo de la marquesa, es un secreto de Estado.

—¡Un secreto de Estado!

—Sí, os lo aseguro con mi palabra.

—¡Oh!...

—Y ya sabeis que hay secretos peligrosos, porque tienen la propiedad del veneno más activo.

—Comprendo, y aprovecharé el aviso.

—Ahora, explicáos.

—Suponiendo que don Juan no ha de casarse con doña Andrea, el único remedio de la desgracia de esta, la única dicha

á que puede aspirar, es á salvar las apariencias, segun he dicho, y á legitimar á su hijo con un nombre cualquiera, aunque sea el nombre del último plebeyo.

—Ciertamente.

—Pues bien: yo, á pesar de mi amor egoista, estoy dispuesto á hacer un gran sacrificio...

—¿Ofreceis vuestra mano á doña Andrea?

—Sí, padre; se la ofrezco y acepto todas las consecuencias. Nada le pido en cambio más que el derecho de amarla; pero no que me ame, porque es imposible; la dejaré en completa libertad, y si mi presencia la desagrada, me conformaré con no verla más que de tarde en tarde.—¡Oh!—exclamó Antonio, cuyo rostro enrojeció.—Todo; todo lo haré por ella... ¡Hasta amar á su hijo como si fuera el de mis ilusiones! No puedo ofrecerle riquezas, pero sí bienestar; he trabajado donde no me conocian, y trabajaré más.

—¿Os sentís con fuerzas para ese sacrificio?

—¿Lo dudais?

—No,—dijo el carmelita.

—Una sola condicion impongo.

—¿Cuál?

—Que doña Andrea no ha de saber más que mi nombre; pero no mi triste condicion social; ha de respetar el secreto horrible de mi existencia, no por mí, sino por ella misma, solo por su interés.

—Proseguid.

—Ahora bien: puesto que os interesais por la suerte de esa desgraciada, y ella no tiene más salvacion que la que ofrezco, debeis apoyar mi pretension.

—Así lo haria tal vez, si la suposicion de que habias partido fuese un hecho; pero somos de distinta opinion: vos teneis por cosa cierta que don Juan no volverá, y yo no he perdido la esperanza.

—Padre...

—No me convencereis,—replicó fray Manuel.

—Entonces...

—Ya sabemos á qué atenernos.

—Trabajad, pues...

—Y vos tambien.

—No retrocederé.

—¿Estais satisfecho de mi franqueza?

—Sí.

—Pues bien, cuando me necesiteis buscadme; me llamo fray Manuel de San José.

—¡Ah!

—¿Qué os admira?

—Tengo noticias de vuestra virtud y rara sabiduría... Necesito de vos; os diré quién soy, y otro dia volveré á buscar la luz de vuestros consejos, el consuelo de vuestras palabras...

—Si puedo consolaros, como decís, si mis consejos pueden serviros para marchar por la senda del bien, no espereis á mañana, estoy pronto á cumplir ahora mismo mi deber.

—No, padre; he hablado de mi pasion, que domina mi sér; mi espíritu se encuentra agitado en estos momentos, y no estoy más que para deciros bajo el secreto de la confesion, que yo soy el hombre reprobado por la sociedad y amparado por las leyes; el hombre quizás maldito de Dios; el inocente que vive horriblemente atormentado por su conciencia; el instrumento buscado por los hombres, y por los hombres rechazado...

—Basta, basta,—interrumpió el fraile, cuyo rostro se contrajo y palideció cadavéricamente.

—¿Habeis comprendido?

—No sé... no me atrevo...

Los ojos de Antonio, más sombríos que nunca, relumbraron como dos centellas, y con voz ronca y acento que parecia arrancado del alma, exclamó:

—¡Soy el verdugo!

—¡El verdugo!—repitió fray Manuel.

—¿Vos tambien me rechazais?—preguntó afanosamente el ejecutor de la justicia humana.

—No, hermano...

—¡Gracias, Dios mio!—exclamó Antonio, elevando al cielo una mirada indefinible.

Y sin pronunciar una palabra más ni dar tiempo á nuevas

observaciones, agitado y con el rostro descompuesto, salió precipitadamente de la celda.

Fray Manuel, cuya espaciosa frente estaba inundada de frio sudor, se dejó caer de rodillas, cruzó las manos, inclinó la cabeza y quedó inmóvil.

—¡Infeliz!—murmuró.—¿Qué vá á ser de ella si don Juan olvida sus deberes? ¡Dios mio, compadecéos de esa desgraciada!

CAPÍTULO XXIII.

Una desgracia que Andrea tuvo por la mayor y la última.

Suele decirse: «Bien vengas mal, si vienes solo,» y es porque rara vez deja de venir una desgracia sin ser seguida de otra.

La fortuna es caprichosa, coqueta y sobre todo alegre: así es, que huye de la tristeza y de las lágrimas, yéndose en pos de los que rien y son dichosos. Tampoco le gustan los harapos ni las habitaciones lóbregas, y ménos que todo los viejos. El emperador Cárlos V la conocia perfectamente, y por eso se retiró á un convento en los últimos años de su vida: estaba seguro, y así lo decia, de que sus canas y las arrugas de su rostro habian ahuyentado á la loca fortuna, que preferiria á cualquier mancebo, aunque valiese ménos que él.

Los malos sucesos, lo mismo que los buenos, parecen llamarse, atraerse, y por eso el desgraciado acaba por morirse de desesperacion y el dichoso de aburrimiento, resultando por consiguiente verdad aquello de que no hay felicidad cumplida en este mundo.

No por ser esto muy sabido es ménos cierto, y cumpliéndose así en Andrea, vióse la infeliz amenazada de un nuevo golpe.

¿Podria resistirlo?

Dicen que el dolor no mata: es verdad, nuestra naturaleza, que tiende siempre á la reaccion para buscar el equilibrio, lucha y vence, y rara vez el dolor acaba repentinamente con la vida; pero no hay duda que la mengua. El dolor, como todas las grandes sensaciones, gasta, destruye.

Cuando Andrea llegó á su casa, abrazó á su madre, y ésta le preguntó si habia rezado mucho, colmándola de caricias; entonces comprendió como nunca todo lo horrible de su situacion y sufrió como no habia sufrido.

Es verdad que al quitarle la duquesa una esperanza, fray Manuel le habia dado otra; pero la jóven desconfiaba ya de todo; porque el dolor, cuando busca mucho tiempo el alivio sin encontrarlo, suele volverse escéptico.

Sin embargo, una esperanza, para el que no tiene otra cosa, es mucho, y no se deja escapar fácilmente; y aunque desconfiando, Andrea dió en su alma cabida á la esperanza débil que se habia escapado de los labios del carmelita.

Aquella tarde se sintió más débil doña Luisa.

Su hija volvió á llamar al médico, y este no opinó como por la mañana: encontró una alteracion que podria ser muy bien principio de otra mortal.

Andrea se olvidó entonces de sus desgracias.

Solo pensó en su madre.

Aunque nada dijeron á ésta del carácter grave que empezaba á tomar su enfermedad, comprendió que en su estado la más leve alteracion podia acabar con su vida, y pensó en el arreglo de sus intereses, para que su hija no tuviese luego disgusto alguno más que el dolor de su triste orfandad.

Ya hemos dicho que aquella desgraciada familia vivia separada de todo trato, lo cual fué causa de que la anciana encontrase una gran dificultad que vencer al elegir la persona que debia ser tutor de Andrea.

¿A quién encomendar el cuidado de su hija?

El caso era muy grave.

Doña Luisa meditó; pero como á nadie conocia, á nadie pudo elegir.

¿Qué hacer en aquella situacion?

Al fin le ocurrió una idea, que tuvo por feliz.

El nombrar tutor á Andrea era para cumplir con la ley, no para atender á una necesidad, porque la jóven era juiciosa, estaba acostumbranda á manejar los intereses que poseian, y la persona que se encargase de velar por ella no le serviria sino para incomodarla.

Para evitar esto, se necesitaba un tutor que lo fuese solamente en el nombre, que sirviese de verdadera ayuda, y que estuviese dispuesto á obedecer, y no se atreviese á mandar.

El designado fué, pues, el que más lejos parecia estar de hacer en la familia tan importante papel, el criado Juan.

Una vez decidida la anciana, manifestó su deseo de testar, y á pesar de los ruegos de su hija, cumplió su voluntad aquella misma tarde.

La determinacion no pudo ser mas oportuna.

Su enfermedad se agravó rápidamente, y cuando llegó la noche declaró el médico que la ciencia nada podia conseguir.

El dolor más intenso se apoderó de la jóven.

Juan y Petra derramaron copiosas lágrimas, y desde aquel instante reinó en toda la casa ese silencio, que podemos llamar amedrentador, que rodea el lecho de los moribundos, silencio que se interrumpe solamente por el murmullo del que pregunta al oido de otro qué hora es ó qué medicamento toca administrar, por el roce leve de la ropa al andar ó por alguna tos que no ha podido ser contenida.

Andrea no se apartó del lado de su madre, que pasó algunas horas sumida en un sueño letárgico.

Su respiracion era cada vez más breve y trabajosa.

Al amanecer exhaló un suspiro, abrió los ojos y fijó en su hija una mirada tan tierna, tan dulce y tan triste, que la jóven se sintió por algunos instantes trastornada y como si no circulase la sangre por sus venas.

—¡Hija mia!—murmuró la anciana con apagada é insegura voz.

—¡Madre mia!—dijo la infeliz Andrea.

Y al asomar dos lágrimas á sus ojos, estampó en la frente de su madre un beso de inmensa ternura, del más intenso dolor.

—Es preciso,—repuso la enferma,—es preciso creerlo y resignarse por duro que sea... no somos eternos...

—No,—interrumpió vivamente la jóven,—vuestra vida no peligra hoy más que ayer.

Ese es tu deseo; pero yo presiento la muerte, y aunque no, adivinaria mi peligro en vuestros semblantes... No debo perder estos preciosos momentos que Dios me concede, y quiero tranquilizar mi conciencia.... Llora, sí, hija mia, llora; pero no te dejes dominar por el dolor... Consuélate con la idea de que yo moriré siendo feliz, y que mi felicidad la has hecho tú con un cariño sin igual, con una virtud rara.

—Madre mia...

—Don Juan no tardará en volver cuando le participes mi desgracia: es bueno, y se apresurará á venir para enjugar tu llanto... Su amor no te hará olvidar el mio, pero calmará tu dolor... Yo os contemplaré desde el cielo, si Dios se apiada de mí, y rogaré por vuestra dicha...

—Callad, os fatigais,—dijo Andrea, esforzándose para ocultar lo que sufria.—El médico os ha recomendado el silencio, la calma...

—El médico no puede darme la vida... he de espirar pronto, y no quiero priuarme del último y único goce que puedo tener, hablar de tu cariño, de tu virtud, de la felicidad que te espera...

Una sonrisa, tal vez la postrera, vagó en los secos lábios de la anciana, cuyos ojos se revolvieron trabajosamente en sus órbitas, y fijaron en la jóven una mirada de indecible afan.

Andrea no acertó, ó más bien no pudo articular una sílaba.

Sentíase medio ahogada.

Su corazon palpitaba con desigual violencia, como si fuese á romperse en mil pedazos.

Doña Luisa calló tambien, como para recobrar el aliento, y despues de algunos segundos volvió á decir:

—Quiero ocuparme de la salvacion de mi alma, así esperaré la muerte con tranquilidad. Que llamen á un sacerdote.

Andrea hizo algunas observaciones, aunque estaba convencida de que no habia medio de evitar la desgracia; pero al fin aparentó ceder á los ruegos de su madre y salió del dormitorio.

El recuerdo del carmelita acudió á su memoria, y llamando á Juan, le dijo:

—Mi madre quiere confesar...

—Os evita el disgusto de tener que decirle que se muere... ¿Quereis que llame al señor cura?

—Sí, para que venga más tarde con el Viático.

—¿Y para confesar?

—Quiero que avises á un carmelita descalzo, que se llama fray Manuel de San José.

Juan obedeció, y media hora despues estaba el fraile junto al lecho de la enferma.

Cuando hubo cumplido su deber, se despidió, diciendo á la jóven algunas palabras de consuelo, y prometiendo volver más tarde, y aun quedarse aquella noche si fuere menester.

No era aquella ocasion para hablar de don Juan; ya hemos dicho que Andrea se habia olvidado de sus desgracias de mujer, y solo sentia su dolor de hija.

Fray Manuel tenia demasiado entendimiento para no comprenderlo así, y no hizo la más ligera indicacion sobre tal punto.

El triste episodio que referimos debia terminar bien pronto y desgraciadamente.

Como si la muerte no esperase más que á que la anciana tranquilizase su conciencia, los primeros síntomas de la agonía se presentaron aquella tarde.

Al ocultarse los últimos rayos del sol, sintió renacer sus fuerzas y pudo hablar.

Era el último esfuerzo de la vida en su lucha desesperada con la muerte.

Entonces dirigió la palabra á su hija, y ésta le respondió con voz ahogada, mientras que por sus pálidas mejillas corria en abundancia el llanto.

¡Qué breves le parecieron aquellos minutos!

¡Iban á separarse para siempre!

Andrea pidió repetidas veces perdon á su madre, y ésta la bendijo.

La virtuosa anciana hizo un doloroso esfuerzo y se estremeció convulsivamente.

—¡Hija mia!—murmuró con acento que parecia llevarse tras sí el alma.—¡Hija de mis entrañas!....

No pudo la jóven contener un grito desgarrador, y abrazando á su madre la besó con frenesí.

Fray Manuel se presentó, y acercándose á la cama, dijo con voz grave y solemne:

—Respetad las providencias del Omnipotente... En su santo nombre os mando salir.

—¡Mi madre!.... ¡Madre mia!....

—No puede hablaros, pero os oye, y vuestro dolor aumenta el de su agonía.

El carmelita pálido y agitado, separó á la desgraciada jóven de la cama, y la hizo salir de la habitacion.

Pocos momentos despues solo la voz grave del sacerdote y los sollozos de Andrea interrumpian el silencio de aquella triste morada.

A las dos horas todo habia concluido.

—¡Sola en el mundo!—exclamó Andrea, extendiendo los brazos hácia el carmelita.

Y cayó sobre el duro pavimento, quedando sin sentido.

¡Desdichada!

Cuando volviese á la vida, nada debia encontrar más que los tristes recuerdos de su pasado, los dolores de su presente desgracia, y las negras nubes que encapotaban el horizonte sombrío de su porvenir.

CAPÍTULO XXIV.

El carmelita se prepara á dar mucho que hacer.

Seis dias pasaron, y hacia dos ó más que Andrea habia dejado la cama, donde la habia tenido una fiebre nerviosa, que puso en peligro su vida.

Fray Manuel la habia visitado con frecuencia, consolándola con la más tierna solicitud; pero aun no habian vuelto á ocuparse de don Juan.

Los reyes volvieron á Madrid, y desembarazado ya Patiño de todo estorbo, habia empezado á poner en ejecucion sus vastos y atrevidos planes, obrando en todo de acuerdo con la reina.

Los graves asuntos de Estado que habian tenido que resolverse dieron pretexto á Isabel de Farnesio para aplazar su respuesta relativa al casamiento de don Juan, y como fray Manuel no mostrase tampoco prisa, fingiendo tener en consideracion que habia otras cuestiones de mayor importancia, consiguió la reina que pasase en tal incertidumbre el tiempo que necesitaba para asegurar el golpe que tenia preparado.

Tranquila estaba, pues, satisfecha y aun llena de vanidad por lo hábilmente que creia haber trazado sus planes; pero no así, tranquila ni satisfecha, se encontraba la duquesa, que temia

un mal suceso desde que por Andrea supo que no era un secreto el viaje de don Juan á Lisboa.

El carmelita disimulaba.

—Los veré presos en las misma redes que me han tendido,—decia.

Y madrugando más que de costumbre, volviendo casi todos los dias de noche á su convento, y velando hasta hora más avanzada, no se le vió descansar, como si le ocupase algun gravísimo asunto.

Algunas veces, cuando al volver de la calle entraba fray Manuel en su celda, sacaba de debajo de sus hábitos un envoltorio de papel, que debia contener un objeto pesado, y lo guardaba, ya entre las ropas de su lecho, ya en el cajon de su mesa.

Tambien algunas noches, cuando todos los religiosos dormian, el portugués dejaba su celda, atravesaba los sombríos cláustros, bajaba algunas escaleras, siempre con el oido atento al más leve ruido, y seguia por solitarios aposentos hasta llegar donde habia, entre las losas del pavimento, una compuerta de madera, que levantaba, dejando ver una estrecha y resbaladiza escalera.

El carmelita se entraba por allí, dejando caer tras él la compuerta, y no salia sino despues de una ó dos horas.

El dia en que estamos salió más tarde que los anteriores.

Se paseó largo rato en su celda con aire meditabundo, repitiendo:

—Hoy debe llegar.

A las diez fué á casa de Andrea, que seguía más aliviada.

Luego visitó á Patiño, haciendo recaer la conversacion sobre don Juan, y diciendo que al dia siguiente iria á palacio á preguntar á la reina si habia resuelto sobre el asunto.

A las doce volvió al convento, y preguntó si alguien había iba á buscarlo ó le habian llevado alguna carta, y cuando le respondieron negativamente hizo un gesto de disgusto.

Martin no habia regresado de su viaje ni enviado noticia alguna.

¿Le habria sucedido alguna desgracia?

A medida que pasaban las horas se aumentaba la inquietud de fray Manuel.

Ya sentia haber anunciado su visita á la reina.

El sol se ocultó.

—Preciso es determinar al instante,—dijo el carmelita.

Y apoyando los codos en la mesa, dejó caer la cabeza entre las manos.

La puerta de la celda se abrió, y al resplandor de los crepúsculos pudo verse la abultada figura de Martin y su rostro tranquilo y risueño como siempre.

—¡Martin! —exclamó el fraile, levantándose precipitadamente.

—Señor,—dijo el donado con su calma habitual,—aquí estoy... ¿Acaso no me esperábais?

—Empezaba á desconfiar y á temer.

—Nada me ha sucedido.

—Bien, mi querido Martin, bien... Explícate sin pérdida de tiempo,—dijo el carmelita afanosamente.

—No perderé mucho, señor, porque tengo un hambre devoradora y mucho sueño.

—Pronto comerás, y... en cuanto á dormir, no podrá ser en seguida.

—¿Por qué, señor?

—Ya lo sabrás... Ahora lo que interesa es que me digas....

—Hoy á las ocho de la mañana se habrá casado la hija del señor conde con su amante el señor Ferreira de Souto...

—¡Ah!...

—Y segun calculo, por el sitio en que á mi vuelta he encontrado á don Juan, hoy tambien habrá llegado este á Lisboa.

—¡Hemos triunfado!...

—Y hemos hecho felices á dos personas.

—Y podremos tambien volver la calma á la desdichada Andrea...

—Hablaremos de eso, —interrumpió Martin, sacando un papel.—Ahora tomad.

—¿Del rey?

—Sí.

—Véte á comer y á descansar...

—¿Y dormir?

—Puedes hacerlo, pero solo hasta las doce...

—¿Del dia?

—De la noche.

—Señor, he llevado la cuenta exacta, y desde que salí de Madrid he perdido veintinueve horas de sueño, que con diez que corresponden á esta noche, hacen treinta y nueve. Ahora no me concedeis más que seis escasas... ¿Y las treinta y tres restantes?

—Las desquitarás en quince dias.

Martin hizo un gesto de resignacion y salió de la celda, mientras fray Manuel abria y empezaba á leer la carta, por cierto bien extensa, del rey de Portugal.

A los pocos segundos se habia dilatado su rostro con muestras de alegría y la más viva satisfaccion.

—¿Con qué le pagaré?—dijo al fin, besando cariñosamente el nombre del monarca.—No he conocido otro padre, no he tenido amigo tan fiel... Suya es mi vida si la necesita.

Luego guardó el papel entre el pergamino y el carton de un tomo en fólio, y despues de meditar algunos instantes, dijo:

—El golpe es terrible para una mujer, y no debo esperar perdon, ni siquiera compasion si se me humillase, sino cruda guerra, que no me dejará reposo.

Aquella noche no bajó solo el carmelita al sótano; lo acompañó Martin, que ignoraba los proyectos de su señor, y no salieron hasta dos horas despues.

Cuando fray Manuel estuvo en su celda, sacó de debajo de los hábitos un manojo de papeles impresos, los metió entre el colchon y las tablas de la cama, desnudóse, apagó la luz y se acostó.

El donado se acostó tambien, diciendo para sí:

—Buena se armará mañana en palacio y toda la villa, porque antes de mediodía no se hablará de otra cosa... ¿Qué vá á ser de nosotros?

Llegó el siguiente dia, que era jueves.

Poco despues de las diez salió el carmelita del convento, y atravesando el Prado, llegó al Buen Retiro, entró en la morada real y preguntó por doña Isabel de Farnesio.

Para él estaban abiertas á todas horas las puertas de palacio.

En la antecámara de la reina encontró á la azafata doña Laura, que se dirigia á otra habitacion, y deteniéndose, dijo:

—Buenos dias, padre...

—¿Puede verse á su majestad?—preguntó el fraile, despues de saludar á la dama.

—Ya sabeis,—respondió esta,—que para vos está siempre visible. Tendreis que esperar un poco.

—No importa..

—Sentáos mientras aviso á su majestad, que ha entrado en su tocador á arreglarse el peinado...

—Gracias.

—No tardará en volver á su gabinete.

Doña Laura desapareció.

La frente del carmelita se contrajo como si hubiera surgido en su mente una idea de mucha importancia, y meditó un segundo.

Luego miró á todos lados.

Estaba solo.

Acercóse á la puerta del gabinete de Isabel de Farnesio, y escuchó.

Despues se atrevió á levantar la cortina, y una rápida ojeada le bastó para convencerse de que nadie habia en aquella habitacion.

Pareció que dudaba otra vez, pero decidiéndose, entró en el régio aposento sin hacer el más leve ruido, porque el de sus pasos se ahogaba en la alfombra.

Un instante palideció su rostro.

Brillaron como dos centellas sus pupilas.

Cerca de la chimenea habia un velador, y sobre este algunos papeles y un tintero de oro cincelado.

Fray Manuel sonrió.

Sacó de una de las mangas de su hábito un papel impreso, y lo metió entre los que habia en el velador.

Sin detenerse, y á la vez que miraba á todas las puertas, salió del gabinete, respirando como quien se encuentra libre de un gran peso.

Nadie lo habia visto entrar ni salir.

—Ya no puedo retroceder,—murmuró.

Y volvió á dar á su rostro la expresion tranquila que siempre tenia.

Cinco minutos pasaron.

La cortina de la puerta del gabinete real se levantó, saliendo doña Laura y diciendo á fray Manuel:

—Su majestad os espera.

CAPÍTULO XXV.

Donde el Duende se dá á conocer, probando lo que puede, y lo que vale.

Isabel de Farnesio recibió al fraile con una sonrisa que hubiera hecho reventar, permítasenos la palabra, de satisfaccion y orgullo á cualquier cortesano.

Estaba contenta, muy contenta, porque calculaba que aquel dia debia llegar don Juan á Lisboa, y ya no habia miedo de frustrar sus planes.

Halagada su vanidad por la victoria, que ya contaba segura, y sin que le inspirase temor su contrario, doña Isabel consideraba aquel dia como uno de los más felices de su vida. Engañar la astucia, sobrepujar el talento, triunfar, en fin, del hombre con quien nadie se hubiera atrevido á luchar, era más que suficiente para satisfacer el amor propio de una mujer, para embriagarla de júbilo.

El carmelita comprendió la significacion de aquella sonrisa, supo apreciarla en todo su valor, y sonrió tambien; pero de tan extraño modo, que no hubiera podido decirse si su sonrisa era justa correspondencia á la de Isabel, ó lástima.

Una vez decidido á defenderse, colocado en la senda resbaladiza por donde le habian obligado á caminar, no solamente

no podia retroceder el fraile, sino que tenia que hacer uso de armas iguales á las que contra él empleasen sus contrarios.

El antiguo capitan dirigió, pues, á la reina frases más humildes que de costumbre, como quien reconoce el error de haber intentado locamente medir sus fuerzas con un gigante.

—Bien,—dijo para sí doña Isabel,—empieza á esquivar la lucha para evitar la derrota... No se le puede negar entendimiento.

Y volvió á dilatarse su rostro con más viva alegría, mientras que á su vez el fraile se decia:

—Ya no duda de su victoria .. Peor para ella, porque el desengaño será más cruel... Yo no espero más que el triunfo á medias, porque ignoro si Martin ha podido cumplir su difícil encargo.

Hubo algunos momentos de silencio.

—Padre,—dijo al fin la reina,—habeis llegado muy oportunamente.

—Me felicito, señora, y agradezco á vuestra majestad la honra que me dispensa, recibiéndome con tan lisonjeras palabras.

—Cuando me anunciaron vuestra visita pensaba en vos.

—Señora...

—Me habia dicho Patiño que deseábais terminar el asunto referente al casamiento de la condesa...

—Deseo cumplir mi encargo solamente por corresponder á la confianza depositada en mí. Nada he contestado aun al augusto amigo y aliado de vuestra majestad, y mi antiguo señor, y porque no se achacase á descuido mio...

—Teneis razon.

—Por lo demás,—repuso con sencillez el fraile,—don Juan, primer interesado, no muestra prisa, y en vez de esperar afanoso la resolucion de vuestra majestad, se vá á cazar á los Montes de Toledo...

—Ya lo conoceis, es raro, extravagante...

—Es jóven y mira con desden la fortuna.

—Ciertamente.

—Graves negocios han ocupado la atencion de vuestra ma-

jestad estos dias, y no he creido prudente recordarle los de interés secundario.

—¡Siempre el mismo!—dijo Isabel, sonriendo con dulzura.—Con justicia gozais la fama de prudente y sábio.

—Probaré á vuestra majestad que se equivocan los que tan favorablemente me juzgan. Como nada hago, en nada yerro, y como nunca yerro, me tienen por juicioso y sábio.

—Esa esplicacion, padre, es una prueba de vuestro claro talento.

—Señora...

—Hablemos de don Juan.

—Aguardo vuestras órdenes.

—Tengo la grata esperanza,—repuso Isabel de Farnesio despues de algunos instantes de reflexion,—de que hoy estaremos de acuerdo.

—Fácilmente puede suceder eso,—dijo con calma fray Manuel,—si vuestra majestad ha cambiado de opinion...

—¿Acaso vos persistís en la idea de hablar al príncipe?

—Para hacerlo ó decir al rey de Portugal que se valga de otro intermediario más feliz, no espero, señora, más que la última resolucion de vuestra majestad.

—Basta,—replicó Isabel, cuya frente se contrajo:—hemos concluido.

El fraile se inclinó respetuosamente.

—Señora,—dijo,—lo siento por dos razones.

—Si una es el temor de desagradarme, vivid tranquilo; respeto vuestra opinion.

—Gracias, señora; así no lo sentiré más que por don Juan, que pierde una gran fortuna.

—¿Aun teneis,—repuso la reina, que empezaba á dejarse llevar de su arrebato,—aun teneis la vanidosa pretension de valer más que yo para el rey de Portugal?

—Valgo menos, señora,—repuso con calma el fraile,—mucho ménos; pero pueden valer más las razones en que fundo mi opinion; y si no temiera faltar al respeto á vuestra majestad, me atreveria á hacerle una pregunta:

—Preguntadme cuanto os plazca, os autorizo para ello.

—¿Escribirá vuestra majestad al rey?

—¿Lo dudais?

—Ya no lo dudo.

—¿Vais á aconsejarme que evite mi derrota?

—Sin que me los pidan, no doy nunca consejos; solamente á fuer de leal haré á vuestra majestad una advertencia.

—¿Cuál?

—Creo que en vista de mi carta, el rey casará á la condesa sin perder un dia, y para evitarlo no debe vuestra majestad perder tampoco ninguno. Hoy mismo, antes de una hora, escribiré...

—Parece,—dijo Isabel más exaltada que nunca,—que dudais aún de la firmeza de mi resolucion...

—Señora...

—Testigo sereis... Esperad... ¡Quiero pagar vuestra leal franqueza!... Leereis mi carta á vuestro antiguo señor.

Isabel de Farnesio habia perdido completamente la calma: estaba en uno de los momentos de exaltacion que la hacian olvidarse hasta de sus propios intereses, y en que ante nada ni por nada se contenia.

Las palabras de fray Manuel las habia tomado como un reto, y su primer impulso fué responder á él, con tanto más valor, cuanto que tenia por cosa cierta su triunfo.

Con un movimiento rápido y nervioso asió de los brazos el dorado sillon en que estaba sentada, y arrastrándolo, acercóse al velador y tomó una pluma que habia en el tintero.

El carmelita permaneció inmóvil y silencioso.

No se habia alterado su semblante.

Ni un leve gesto hizo que revelase lo que sentia.

La reina tomó un papel para doblarlo, y el impreso quedó delante de sus ojos.

Sin voluntad leyó la primera línea, compuesta de grandes caractéres, y que decia:

EL DUENDE DE LA CORTE.

—¿Qué es esto?—preguntó sorprendida.

—¡Ah!—exclamó fray Manuel fijando tambien su mirada en el papel.—Lo conozco...

—¡Que lo conoceis!...

—Señora, esta mañana al levantarme encontré sobre la mesa de mi celda otro impreso igual á ese... lo leí... despreciélo como entretenimiento de algun desocupado...

—A vos y á mí...

—Entre otras cosas, dice una que me hizo comprender por qué lo habian llevado á mi aposento... no le dí importancia.... pero ahora... Creo que vuestra majestad debe leerlo antes de escribir al rey de Portugal.

La reina palideció, y su mirada afanosa se fijó en el misterioso papel.

El contenido de este era una sátira demasiado punzante á Patiño, que hizo tornar rojas de coraje las mejillas pálidas de Isabel.

Despues de la sátira decia:

«Correo del Duende, llegado en una hora de Portugal.

«Hoy á las ocho de la mañana se ha casado la hermosísima hija del conde de Villanova. El hijo de la señora duquesa de Miraguas, que hoy tambien llegará á Lisboa, tendrá que volverse corrido.«

La reina ahogó trabajosamente un grito de despecho.

El golpe era terrible.

Comprendió que estaba vencida, aunque no sospechase que aquello era obra de fray Manuel. Del secreto del viaje de don Juan dependia el éxito de la intriga, y ya no podia dudarse de que tal secreto habia dejado de serlo.

—Ya lo vé vuestra majestad,—dijo con calma el fraile;—ahí se dice una cosa que sería muy grave, si fuera cierta. He creido que ese papel se habia introducido en mi celda para incomodarme, haciéndome dudar de las personas en quienes tengo más confianza; pero no comprendo por qué lo traen aquí, como no sea por lo referente á Patiño.

Isabel de Farnesio, ciega de cólera, clavó en el carmelita una penetrante mirada, y despues de algunos momentos, dijo:

—Sí, esto es muy grave... ¡Oh!... Pero no quedará sin castigo su autor... Yo lo descubriré. Esperad: haré venir á la duquesa, y ella me ayudará.



La reina ahogó trabajosamente un grito de despecho.

Como para evitarle el trabajo de dar la órden, levantóse la cortina de la puerta, y doña Laura anunció á la madre de don Juan.

—Que entre al instante...

La anciana entró agitada, con los ojos relucientes como dos luciérnagas, y mientras fijaba en el carmelita una mirada recelosa, echó sobre el velador un papel impreso que llevaba, y dijo arrebatadamente:

—Ved, señora, eso... ¡Oh!...

—¡A vos tambien!—exclamó la reina, viendo que el papel era otro ejemplar de El Duende.—¿Quién os ha dado eso?

—Lo han entregado con un sobre para mí á mis criados.

—¿Qué decís de esto?—preguntó Isabel al fraile.

—Que ya somos tres,—respondió éste con tranquilidad,—lo cual no me extraña, porque no se habrian tomado el trabajo de imprimir el tal Duende para un solo ejemplar... Ya debe correr de mano en mano entre los noticieros de las gradas de San Felipe, y tal vez con ellos esté su autor.

—Bien, la justicia se encargará de este asunto.

La cortina se levantó otra vez y la azafata anunció á Patiño, que entró con aspecto más sombrío que de costumbre.

Una rápida ojeada le bastó para comprender lo que sucedia, y despues de intentar en vano adivinar más en el rostro de fray Manuel, sin dar tiempo á que la reina hablase, le dijo, sacando otro ejemplar de El Duende:

—Señora, yo tambien lo he recibido, y aunque no lo esperaba, no me ha sorprendido como á vuestra majestad. El autor promete hacernos una visita cada jueves, y creo que cumplirá su palabra; pero he de dejar de ser quien soy, ó cumpliré yo la mia de hacerle visitar un calabozo, de donde no le sacará todo su sobrenatural poder.

—Aquí,—dijo la reina,—entre estos papeles estaba; la duquesa tambien lo ha recibido, y fray Manuel, en su celda...

—¿A vos tambien?—preguntó con calma el ministro al religioso.—No lo extraño, saben que sois mi amigo...

—Y de ello,—replicó el fraile,—os daré tales pruebas, que nadie pueda ponerlo en duda.

Estas palabras fueron pronunciadas con tal acento de verdad, que desconcertaron á Patiño.

Desde aquel momento la reina y la duquesa hablaron á la vez, y con tal prisa, que no parecia sino que sus palabras se escapaban de la boca como prisioneros que recobran la libertad. Ni la una se acordaba del respeto que debia á su señora, ni esta pensaba en que se le faltaba al respeto, y ambas dirigian á Patiño y fray Manuel multiplicadas preguntas sin dar tiempo á las respuestas, y hacian mil observaciones distintas y contradictorias.

Una mujer más allí, y la confusion hubiera sido completa, imposible llegar á entenderse.

El carmelita pidió permiso para retirarse; pero la reina lo detuvo.

Patiño dijo entonces que iba á ver al rey.

—Todos iremos,—añadió Isabel.

La duquesa temia el momento en que con calma se analizase la cuestion y se entrase en averiguaciones, porque desde la visita de Andrea sabia que su hijo era el que habia revelado el secreto del viaje y el objeto de este.

El monarca, que estaba solo en su habitacion, y melancólico como siempre, se vió, pues, rodeado de aquellas cuatro personas, cuya presencia le producia tan distintas impresiones.

Los rostros, que palidecian y enrojecian alternativamente, de la reina y de la duquesa, la frente contraida y la mirada sombría del ministro y el tranquilo semblante del religioso, formaban el más singular contraste.

El rey no pudo mirarlos sin sorpresa, preguntando:

—¿Qué sucede?

Su esposa le refirió lo ocurrido, y le dió el perturbador papel.

—Veamos,—dijo el monarca.

Y leyó, sin que al parecer se sintiese tan viva y desagradablemente impresionado como la reina.

—Qué os parece?—preguntó ésta.

—Está intencionado,—respondió Felipe V con frialdad.—Su autor debe ser alguno que haya quedado sin empleo, ó que no haya podido alcanzarlo; pero nó hay duda en que es hombre de ingenio.

La indiferencia del monarca encendió más la ira de Isabel.

—Señor, eso es un crímen...

—Una burla,—replicó el monarca,—nada más que una burla.

—Que desprecio,—dijo Patiño.

—Y haceis bien: no se ataca vuestra honra.

—Pero...

—Lo que no comprendo,—repuso Felipe,—es esto último.

—¡Qué no lo comprendeis!...

—Quiero decir, que no sé qué importancia pueda tener el casamiento de la condesa para otro que don Juan... En fin, siempre es esto un... abuso; y si se descubre á su autor, será bueno castigarlo con un par de meses de encierro.

La reina, que hasta aquel momento y con gran trabajo se habia dominado, no pudo ya contenerse, y empezó á hablar con toda la violencia de su excitacion.

No necesitaba el rey tanto para sentirse aturdido; así que, á los pocos instantes se puso de pié con muestras de estar sofocado, y dijo á su esposa.

—Tranquilizáos, mi querida Isabel, dejadme meditar... El hecho es grave, teneis razon... ¡Oh!... Tranquilizáos.

Y su frente se bañó en sudor, que quiso limpiar; pero con el pañuelo salió del bolsillo de su casaca un papel impreso que cayó sobre la alfombra.

Era otro ejemplar de El Duende.

La reina no pudo contener un grito de reconcentrada ira.

La frente del carmelita se contrajo por un instante, como si tambien él se hubiera sorprendido. Sin duda Martin, con la impavidez de su calma se habia atrevido, y conseguido felizmente, hacer más de lo que le ordenara su señor.

Como el lector puede figurarse, la confusion creció, declarando el rey que era casi imposible averiguar quién ayudaba al autor del escrito, y que no habia cosa más fácil que introducir en sus bolsillos un papel, porque su ropa, despues de acostarse, y antes de vestirse, pasaba á lo ménos por diez manos distintas, y concluyendo por decir ásperamente:

—Basta... Que se busque al criminal y se le castigue... Dejadme solo.

Aunque con disgusto de la reina, hubo que obedecer la terminante órden.

—¡Oh!—murmuró el monarca, volviendo á dejarse caer en su sillon.—Me han aturdido... ¿Qué me importa el casamiento de don Juan, ni dónde está el delito por decir que otro se llevó la novia? En cuanto á los versos, no hay ofensas graves, les encuentro gracia.

Fray Manuel salió de palacio y se dirigió á casa de Andrea.

La duquesa y Patiño se quedaron con Isabel de Farnesio.

Cuando ésta se encontró sola con sus amigos de confianza, dijo:

—Ya lo veis, nos han vendido; pero ¿quién?

—Nadie,—respondió Patiño;—el secreto se adivinaba fácilmente; ya tuve la honra de advertirlo á vuestra majestad.

—¿Creeis que fray Manuel sospechaba?

—Lo prueba la paciencia con que ha esperado.

—¿Pero cómo puede saber lo que hoy ha sucedido en Lisboa?

—Señora, desde que quedó aplazada la cuestion, ha podido ir un hombre y volver, trayendo la noticia de que hoy era el dia fijado para el casamiento; y en cuanto á don Juan, lo habrán encontrado en el camino.

La duquesa respiró, empezando á tranquilizarse.

—¡Oh!—exclamó la reina.—Es preciso desenmascarar al fraile.

—Tenemos una ocasion de poner á prueba su desinterés.

—¿Cómo?

—Ofreciéndole la plaza de confesor de su majestad, que ha dejado vacante el padre Bermudez.

Una sonrisa dilató el rostro de Isabel de Farnesio.

Patiño se despidió para ir á empezar sus averiguaciones, y salió de la cámara, llevándose una mirada expresiva, que se escapó de los ojos de Isabel.

CAPÍTULO XXVI.

De cómo Antonio era un rival más temible de lo que pudo creer el fraile.

Fray Manuel no se habia equivocado; aquel dia EL DUENDE DE LA CÓRTE corrió de mano en mano, dando entretenimiento á los ociosos y gran contento á los enemigos de Patiño.

El carmelita, mientras se alegraban unos y sufrian otros, ocupóse en llevar al alma de Andrea todo el contento que podia sentir en su situacion. La noticia de que don Juan no se habia casado, ni podia casarse con la portuguesa, fué para la desdichada jóven una esperanza tan consoladora como el primer rayo de luz que vé el ciego.

Desde entonces todas las tentativas de Antonio para ver y hablar otra vez á Andrea fueron inútiles; ésta le hizo entender por medio de Juan que estaba resuelta á todo, como mujer y como madre, antes que aceptar la proposicion que le hacia para salvarla.

Antonio tenia sobrado entendimiento para no comprender que todo efecto tiene su causa, y meditando sobre cuál seria la de aquella determinacion tan repentina y firmemente manifestada, comprendió que no podia ser otra que la esperanza fundada de Andrea de casarse con don Juan.

¿Qué habia sucedido para esto?

No era fácil adivinarlo; pero EL DUENDE DE LA CÓRTE, que la casualidad llevó á manos de Antonio, se lo explicó todo.

—¡Vuelve!—exclamó, á la vez que su rostro se desfiguraba por una violenta contraccion, y que sus ojos relumbraban como dos carbunclos.—¡Vuelve para que fray Manuel despierte su conciencia con el poder de su palabra! ¡Vuelve quizás arrepentido de su proceder y dispuesto á reparar su falta! ¡Oh!... que venga, que venga; pero no dejaré que me arrebaten mi única felicidad sin haberla defendido con los alientos que me dan mi desesperacion y mi amor. Preciso es que el noble señor acepte la lucha con el despreciable verdugo; ahora es cuando somos verdaderos rivales, ahora que los dos queremos lo mismo. Si yo tuviera el corazon de verdugo como tengo las manos, esto acabaria bien pronto con una puñalada alevosa; pero no puedo: una gota de sangre vertida traidoramente, una sola gota sobre las manchas de lo pasado, seria un peso insoportable para mi conciencia, me mataria con el más horrible de los tormentos, y como tampoco don Juan querria cruzar su acero con el mio, tengo que recurrir á la astucia, á la intriga... ¡A la intriga como una mujer ó como un cobarde!

Antonio se paseó como un tigre aprisionado, recorriendo en todos sentidos su sombrío aposento, que describiremos más adelante.

Al cabo de una hora habia formado su plan.

Empezaba á oscurecer.

El ejecutor de la justicia humana caló su sombrero, envolvióse en su ancha capa negra y dejó su habitacion.

Aceleradamente y absorto en sus ideas, atravesó algunas calles, y en pocos minutos se encontró en la del Humilladero.

Allí se detuvo delante de una miserable casa, que no tenia más que un cuerpo, y cuando iba á coger el negro aldabon de la puerta, esta se abrió, apareciendo un hombre de repugnante aspecto.

—¿*Dibujo*?—dijo Antonio, desembozándose.

El interpelado, respondiendo á tan extraño apodo, miró al recien llegado, y conociéndolo, exclamó con voz ronca y desagradable.

—¡Ah!... Llévenme cien mil legiones de demonios si te esperaba, y ya creia no volver á verte hasta que tuvieras que apretarme el gaznate.

—Por si así llega á suceder....

—No lo dudes, Antonio; de seguro moriré en el aire y bailando,—replicó el llamado Dibujo.

Y como si hubiese dicho un chiste el más ingenioso y agradable, soltó una carcajada.

—Sé,—repuso Antonio,—que la vida no te importa un comino, y por eso vengo á buscarte ahora.

—¿Ha caido trabajo?

—Y de provecho.

—Soy tuyo.

—Pues vuelve á entrar y hablaremos.

—Mejor será que vayamos á otra parte, donde podamos remojar la boca mientras hablamos.

—No, porque puede haber algun importuno que nos interrumpa. Despues iremos adonde quieras.

Entraron; siguieron por un estrecho pasillo; atravesaron un patio; Dibujo abrió una puertecilla, y se encontraron en una habitacion, que solo pudo verse cuando encendieron un candil.

En un rincon habia un colchoncillo y una manta; en otro lado un banquillo de madera, y al extremo opuesto un arcon súcio y apolillado.

Esto era cuanto se veia en aquel aposento, de negras paredes, húmedo piso y nauseabunda atmósfera.

El rostro de Dibujo, de abultadas facciones, estaba lleno de señales de viruelas, afeándolo más una larga cicatriz que le cogia parte de la frente y la mejilla izquierda.

Su apodo de Dibujo era, pues, un epígrama.

Sentóse en el arca y del banquillo se aprovechó Antonio.

—¿Cuentas,—preguntó este,—con un amigo de confianza?

—Con *Castañuelas*, ya lo conoces.

—Vale tanto como tú.

—Y está como yo, sin blanca y oliendo dónde guisan.... Tiempo más perro que este no lo he conocido. En lo que vá de

invierno, que es cuando cae más que hacer, no he ganado ocho doblones.

—Ahora lo desquitarás si quieres.

—¿Hay que dar una puñalada?

—No.

—¿Una paliza?

—Tampoco:

—Entiendo,—repuso el asesino:—tendremos que sacar de las uñas de un padre tirano ó de un marido celoso alguna pobrecita mujer...

—Nada de eso.

—Entonces...

—Tienes que hacer lo que yo te diga.

—Ya te escucho.

—Necesitamos tres caballos,—repuso Antonio.

—Empiezas á pedir cosas caras.

—Que pagaré.

—Adelante.

—¿Tendremos los caballos?

—Sí,—respondió Dibujo despues de meditar algunos instantes.—¿Para cuándo?

—Para mañana á las cuatro de la tarde.

—Bien.

—A esa hora, tú y Castañuelas, con las cabalgaduras, me esperareis en Atocha.

—¿Hemos de ir muy lejos?

—Hasta donde yo disponga.

—¿Estaremos fuera de Madrid muchos dias?

—Los que fueren menester.

—Antonio, esa es mucha reserva para un amigo.

—¿Qué te importa adónde vas ni el tiempo que hayas de tardar en volver?

—Pero sí tendrás que decirnos lo que hemos de hacer.

—Ver, oir, callar y obedecerme.

—¡Voto á Satanás!

—Comereis bien, bebereis mucho, pero no hasta emborracharos, y dormireis cuando se pueda.

—Ya sabes que soy tu amigo, Antonio, y me tienes dispuesto á servirte; pero...

—¿Te ocurre alguna observacion?

—En la inteligencia de que no mataremos...

—Amenazareis nada más.

—Ni robaremos...

—Dios os libre de semejante tentacion, porque no volveríais con vida.

—¿Ganaremos más que la comida y el vino que nos prometes?

—Veinticinco pesos cada uno.

—Si el viaje no dura más que una semana...

—No.

—Negocio hecho.

—Hemos concluido.

Antonio se puso de pié.

Dos meses antes no hubiera encontrado nada de particular en el trato del asesino; pero despues de haber conocido y amar á Andrea, le inspiraba horror y desprecio aquel hombre, cuya mano habia estrechado tantas veces, dándole el nombre de amigo.

—¿Vamos á refrescar?—preguntó Dibujo.

Antonio hubiera querido negarse; pero no le convenia ni podia en aquellas circunstancias.

El asesino apagó el candil, y pocos momentos despues se encontraban ambos en la calle, y se encaminaban á una taberna.

El atrevido plan del verdugo empezaba á realizarse.

Iban á convertirse en humo las esperanzas de Andrea.

CAPÍTULO XXVII.

El corazon y la conciencia del verdugo.

A las dos de la tarde del siguiente dia, Martin entró en la celda de fray Manuel, quien, sin duda porque era miércoles, parecia más preocupado que de costumbre.

Sabia que Patiño, tan activo como sagaz, habia dispuesto cuanto es imaginable para dar con el autor de EL DUENDE, y si la semana anterior habia podido circularse este con poco riesgo, no así entonces, que podia sorprendérsele por ser muchos los intereses y estar todos sobre aviso.

La empresa era en extremo dificultosa y arriesgada; pero no podia retrocederse sin el descrédito, y como además el satírico escritor se habia propuesto corregir algunos abusos, estaba decidido á seguir adelante con todo el entusiasmo de quien hace una buena obra, sin buscar más recompensa que la satisfaccion de su proceder.

—Señor,—dijo el donado al entrar,—ahí está, ahí está esperando...

—¿Quién?—preguntó el carmelita.

—El enamorado que jura como un hereje y suspira como un huracan.

—¿Qué te sorprende?

—Nada, señor.

—Ya sabes que estamos en relaciones...

—Sí; pero no por eso deja de desagradarme ménos su catadura: y hoy parece que está de peor humor: le relucen los ojos más que nunca, y tiene el rostro pálido como el de un muerto.

—Díle que entre, y ten cuidado de que nadie nos interrumpa mientras esté aquí.

Salió Martin de la celda, y pocos momentos despues entró Antonio, cuya mirada, más sombría que nunca, revelaba el estado de agitacion de su espíritu.

—Padre,—dijo al entrar,—perdonadme que ocupe vuestra atencion; esta será quizás la útima vez que os moleste con mi presencia, y os suplico que me escucheis.

—Sentáos,—respondió fray Manuel con dulzura,—sentáos sin escrúpulos; en este lugar no hay clases ni distinciones, todos somos hijos de Dios, todos hermanos. Vuestra presencia no es para mí desagradable, es triste, porque sois un desgraciado que sufrís mucho.

—Soy,—repuso Antonio sentándose,—una víctima de la sociedad.

—No acuseis al mundo.

—¡Que no lo acuse!—murmuró Antonio.—Padre mio, cuando busqueis un testimonio irrecusable de la injusticia de los hombres, recurrid á mí. Vos lo habeis dicho, soy un desgraciado, horriblemente desgraciado... ¿Y á quién debo mi desgracia? ¿No me han obligado á ser lo que soy? ¡Ah!—exclamó, oprimiéndose el pecho y elevando al cielo una mirada de desesperacion.—Yo no nací para ser instrumento de un horrendo abuso de la sociedad, y ofrecí á mis hermanos un corazon vírgen, que encerraba los gérmenes de todos los sentimientos más nobles; pero el mundo me rechazó con desprecio, escupió en mi rostro, puso en mi frente un sello de infamia, cuando aun era yo inocente, y me ví solo, aislado, y sin poder seguir otro camino que el que la fatalidad habia hecho recorrer á mi padre. ¡Si supiérais mi historia, la historia de mis sufrimientos, de mi corazon, de mis luchas! ¡Si pudiéseis comprender el tormento de mi conciencia!...

Antonio se detuvo como fatigado, y limpióse algunas gotas

de sudor que habian brotado de su ancha frente. Su rostro, aunque sombrío como siempre, tenia una expresion más dulce y agradable; habia en su mirada una ternura que nadie hubiera esperado en él.

No hablaba entonces como el hombre rudo y grosero que ha pasado su vida en un ejercicio brutal y separado de cuantos pudieran haberle inspirado un solo sentimiento noble.

—¿Y no habeis,—preguntó fray Manuel,—intentado nunca separaros de esa horrible senda? ¿No os resistísteis á aceptar la triste herencia de vuestro padre?

—Sí; pero en vano,—respondió Antonio, exhalando un penoso suspiro.—Hasta la edad de ocho años estuve al lado de mi madre, recibiendo de ella la escasísima instruccion que me podia dar para hacerme comprender mis deberes de cristiano, en tanto que mi padre alguna vez me enseñaba los instrumentos de su oficio, explicándome su uso con una minuciosidad y una calma, que me hacia estremecer y parecia helarme la sangre. No fué bastante el tiempo para acostumbrarme á ver con tranquilidad todo aquello, y siempre escuché á mi padre, poseido de espanto, mirándolo con estupor y guardando silencio, lo cual tomaba él por la frialdad de un valor sin igual, lisonjeándose de que no tendria que violentarme para cumplir á su tiempo aquellos deberes Pero llegó el dia de la prueba... ¡Oh!... Jamás lo olvidaré... Mi padre dispuso que lo acompañase á una ejecucion, y yo, trastornado como siempre por el miedo, lo seguí sin acertar á pronunciar una palabra. Como á la máquina que obedece á la fuerza que la impulsa, caminé en medio de la triste comitiva sin poder dar razon de lo que veia ni oia, pues á mis ojos parecian sombras vagas y gigantescas las compactas masas de la multitud que llenaba las calles, y el rumor que de ellas partia sonaba en mis oidos como el zumbido lejano del huracan. Por fin llegamos al lugar del sacrificio; subí al tablado fatal, y haciendo un esfuerzo quise mirar á mi alrededor; pero solo ví como un lago negro de movibles olas y algunos puntos luminosos, que debian ser los reflejos del sol en los armas de los soldados. La luz huyó de mis ojos, y aun perdí la sensibilidad por algunos instantes. Entonces hice un segundo y más doloroso esfuerzo,

volví á contemplar la multitud que se apiñaba bajo mis piés, me pareció que aquella masa negra giraba en torno mio, y se aumentó mi espanto y mi aturdimiento. Aun luché y resistí; me acordé de las órdenes de mi padre, y fijé en él mis ojos para ver cómo cumplia su deber; en aquel momento colocaba la cuerda al cuello del infeliz sentenciado, mientras que el sacerdote, con voz conmovida, cumplia su santa mision. ¡Ah!... No pude más... cerré los ojos; mi trastorno fué completo; habian acabado mis fuerzas, y solo pude, sin pensar lo que hacia, asirme á los hábitos del religioso y sostenerme así de pié. Ignoro lo que entonces sucedió; solamente recuerdo que pocos momentos despues me pareció oir un ruido espantable, semejante al bramido de la tempestad. Si los sucesos posteriores no hubieran venido á demostrarme lo contrario, hubiera creido que todo aquello no habia sido más que un sueño horrible. Al fin volví ó me hicieron volver de mi aturdimiento. El silencio y la calma habian sucedido á la agitacion. No pude ver al infeliz que acababa de espirar, porque el caritativo sacerdote, que habia comprendido lo que pasaba en mi alma, lo evitó, colocándose á mi lado. Entre él y mi padre se cruzaron algunas palabras que no recuerdo; pero sí que al separarse de nosotros corrian dos lágrimas por sus mejillas.

Antonio volvió á interrumpirse.

Su respiracion era agitada.

Habíase aumentado la palidez de su rostro.

Fray Manuel permaneció silencioso y como entregado á profundas y dolorosas meditaciones.

Despues de algunos momentos, el ejecutor de la justicia humana prosiguió:

—Aquel mismo dia participé á mi padre mi resolucion de no ser verdugo.—«¿Crees que mi ejercicio es un crímen?» me preguntó.—«No, le respondí para evitar herirlo, para que no creyese que lo acusaba; pero me falta valor.»—Entonces mi padre, sonriendo con amargura, me preguntó: «¿Qué quieres ser? ¿Qué harás para vivir? Tú no puedes ser más que verdugo... ¿Quieres la prueba? Hoy mismo la tendrás... Ya es tiempo de que empieces á conocer á los hombres.» Así sucedió. Mostré el deseo de

aprender un oficio cualquiera; pero no hubo artesano que quisiese enseñarme; todos me rechazaban con horror, solo porque mi padre era verdugo. Quise aprender á leer y escribir, y no fuí admitido en ninguna escuela... «Ya lo vés, me dijo mi padre; solo dos cosas puedes ser, ladron ó verdugo... Escoge...» La Providencia acudió en mi auxilio. El religioso que habia confesado al reo se presentó en mi casa, obtuvo de mi padre el permiso para educarme, y me prometió enseñarme el oficio de carpintero, que él habia tenido en el mundo. Mi alegría no tuvo límites. Mi ángel salvador me llevó libros, y todos los dias pasaba una hora lo ménos á mi lado. Como emprendí el estudio con avidez, adelanté rápidamente, y en poco tiempo pude leer y escribir. Mi padre no habia podido comprarme lo necesario para mi enseñanza de carpintería, y pasé dos años sin hacer otra cosa más que leer. Al fin me anunció mi padre que en breve me compraria lo necesario para comenzar á aprender el oficio; pero ya era tarde: la muerte me arrebató en pocos dias á mi santo protector. Lloré como se llora por un padre. Seguí leyendo y aprendiendo; pero aquello no podia darme para vivir, y otra vez me encontré en la horrible alternativa de ser ladron ó verdugo. Comprendí como nunca la injusticia de los hombres; del dolor pasé á la desesperacion, quise herir á la sociedad que me heria, quise vengarme, y... ¡fuí verdugo!

—¡Desgraciado! —murmuró fray Manuel, cuyos ojos se humedecieron.

—Defended, padre mio, defended ahora á esa sociedad que busca y paga á los verdugos y los maldice; que los declara inocentes y los odia; que hacer expiar al hijo la falta del padre; defended á esa sociedad que gasta en verdugos el oro que debia emplear en evitar crímenes, haciendo hombres honrados de muchos que lo serian sin el abandono y la miseria, de muchos que son criminales como yo llegué á ser verdugo... ¡Hablad de la justicia de los hombres!—exclamó Antonio con sarcástico acento.

Y cambiando la expresion de su rostro, vagó en sus labios una sonrisa amarga, que hizo estremecer al carmelita.

¿Qué podia contestársele? ¿Acaso la sociedad tiene menos de

que acusarse que los verdugos que busca y paga? ¿No es ella la que ha dispuesto de la vida del hombre? ¿Es más culpable ni odioso el que ejecuta la sentencia que el que la dicta? No habria verdugos, si los hombres, atentando á la naturaleza, no dispusiesen de la vida de sus semejantes.

La sociedad impone la pena de muerte, dicen sus partidarios, con un fin bueno, y el verdugo la ejecuta por un interés mezquino y vil.

He ahí la diferencia que establece entre el legislador y el ejecutor.

Es verdad, no pueden compararse: nosotros tambien vemos en el verdugo al hombre indigno y sin corazon, al criminal; pero la sociedad lo tolera, lo consiente en su seno y lo recompensa.

¡La pena de muerte!

Ese es el borron de la historia de la sociedad.

¡Arrancar el alma al cuerpo de donde Dios la puso!

¡Atentar contra la obra del Omnipotente, contra la más querida de sus obras, contra la única que mereció el privilegio de que no se creara con solo el *fiat*, que bastó para que de la nada saliese el firmamento!

La mancha de la sociedad no es como la del verdugo, pero es una mancha.

No es nuestro propósito entrar en esta cuestion; pero hemos tenido que tocarla, manifestando nuestra opinion, al hablar del verdugo.

El corazon de este, ya lo hemos visto: valia por lo ménos tanto como los de algunos de los que le despreciaban, y más que los de muchos de ellos.

Nos falta conocer su conciencia, es decir, cómo apreciaba su posicion con respecto á la sociedad y los deberes que para con esta se creia obligado á cumplir.

El precioso manuscrito de que, como ya dijimos á nuestros lectores, tomamos esta peregrina historia, nos presenta á fray Manuel como varon tan sábio como virtuoso, y de ideas más avanzadas que las de su época, aunque sin dejar de ser hombre de órden y profesar los más sanos principios. Por esta razon lo

hemos visto escuchar á Antonio sin saber qué replicarle, y no tener más que alguna palabra de caritativa compasion.

Hubo algunos momentos de silencio, interrumpido solamente por la agitada respiracion de Antonio, por cuyos ojos parecia brotar la hiel que rebosaba su pecho, volviendo su mirada y su pálido rostro á tomar la expresion dura y sarcástica que tan desagradable efecto producia.

Este cambio no pasó desapercibido para fray Manuel.

—¿Por qué,—dijo,—no habeis de ser siempre lo que hace algunos instantes? No, ya no sois el mismo hombre...

—Ahora,—replicó Antonio,—soy el verdugo.

—¡Oh!

—Hace algunos instantes pensaba en mis desgracias, hablaba de lo que he sufrido, y despertó en mi corazon la ternura de mi niñez; pero cuando he tocado el segundo periodo de mi vida, pienso solamente en lo que soy, en lo que me espera, y como quien soy tengo que sentir y hablar. Además, padre mio, esos recuerdos de ternura, en vez de aliviar mis dolores, los hacen más crueles, me desgarran el alma... ¡Oh!... Evocar esos recuerdos es abrir las heridas de mi corazon. Debo olvidar todo eso, porque soy verdugo. Poned al tigre el corazon del cordero, y habreis cortado sus garras. Mantened en mi corazon los tiernos sentimientos de mi niñez, y mis manos habrán perdido la fuerza para ahogar á las víctimas de la estúpida humanidad de los hombres. Soy el verdugo... ¡Oh!... soy el verdugo... estoy ya separado de la sociedad, nada tengo de comun con los que nacieron mis hermanos: si no me aplastan como á un reptil, es porque no pueden; si me dejan vivir entre ellos, es porque me necesitan; pero me desprecian, me odian y me maldicen... ¿Qué les debo?... ¡Ah!... los trataré como me tratan, les daré lo que me han dado...

—Esa es la venganza...

—Es la reparacion, la justicia, la defensa...

—No.

—¿Quereis que les dé mi cariño?... Se lo ofrezco y lo rechazan, escupiéndome al rostro... Ya es tarde, padre mio. ¿Por qué me han hecho verdugo? Un abismo me separa de los demás hom-

bres: ninguno me inspira compasion más que los infelices que espiran entre mis manos; y para eso, cuando en los momentos terribles de una ejecucion siento que mis miembros se agitan y se oprime mi pecho, miro á los demás, renace mi ódio, y para vengarme acabo con la víctima, diciendo á la sociedad que me contempla: «Ya tienes otra mancha, ya eres responsable de un crímen más.» Y como creo que Dios en aquel instante lanza sobre los hombres el rayo de su mirada de enojo y de reprobacion, quedo satisfecho, porque considero á los demás iguales á mí.

La exaltacion de Antonio crecia, probándolo claramente la incongruencia de sus razonamientos.

—Todo tiene sus goces,—prosiguió.—Cuando se tiene valor y fuerzas para aceptar y sostener la lucha con un gigante, se tiene orgullo de nuestras fuerzas y valor, y os confieso que algunas veces he sentido halagada mi vanidad, porque yo solo lucho contra todos los hombres, y aun no me he declarado vencido, aun me sobran alientos para disputar el triunfo.

—El dolor os extravía...

—Me dá vigor.

—¿Quereis vencer á ese mundo con quien luchais? ¿Quereis ser más grande que todos los hombres?

—No, padre mio, no me deis ahora consejos,—interrumpió vivamente Antonio,— porque en estos momentos, segun mi espíritu se encuentra, temo que vuestras palabras me debiliten. No he venido hoy por la luz y el consuelo que de vos puede esperarse; me ha traido mi amor por Andrea, y si os he referido mi historia, si os he dejado ver mi corazon y apreciar mi conciencia, ha sido para justificar mi proceder.

—¿Qué intentais?—preguntó no muy tranquilo el carmelita.

—Seguir luchando como siempre, porque la lucha es mi vida.

—Pero...

—No temais que manche mis manos con un crímen; pero sí haré cuanto pueda para lograr mi deseo, y os lo advierto con leal franqueza.

—¿Acaso sabeis?...

—Que don Juan no se ha casado y volverá, y aunque no

ame mucho á Andrea, es posible que por lástima ó por que vos le hagais comprender sus deberes, se case.

—¿Y cómo pensais estorbarlo?

—Ya os lo he dicho, padre; haciendo cuanto pueda, ménos verter alevosamente la sangre de mi rival.

—Nada conseguireis.

—Sé hasta dónde alcanzan vuestras fuerzas; estoy seguro de que vuestras amonestaciones decidirán á don Juan á pagar la deuda de honra que tiene, y por eso vengo á preguntaros si quereis desistir de vuestro empeño en favorecer esa union.

—Esa pregunta,—replicó severamente el fraile,—es una ofensa. Yo no desisto de mis propósitos cuando son buenos, porque al cumplirlos cumplo con mis deberes.

—Perdonad,—repuso Antonio, que iba recobrando su fria calma,—no he puesto en duda vuestro amor al bien, ni la rectitud de vuestros sentimientos; pero una observacion mia podrá haceros cambiar de resolucion.

—No os comprendo.

—¿Qué haríais si tuviéseis la seguridad de que no habíais de conseguir vuestros deseos?

—Esa seguridad no puedo tenerla ni nadie puede dármela, porque no hay quien sepa lo porvenir.

—¿Y si por lo ménos todas las probabilidades estuviesen en contra de vuestro plan?

—Trabajaria con más ardor, y si todo se perdia, no me quedaria más que el dolor por la desgracia de esa mujer; pero no el remordimiento por haber abandonado el camino de mi deber.

—Aumentaríais los tormentos de la infeliz, haciéndole sufrir desengaños cuando se disiparan las esperanzas que le habíais hecho abrigar.

El carmelita miró fijamente y por algunos instantes á su interlocutor, diciendo luego:

—Puesto que con tanta lealtad quereis proceder, y así lo prueba el aviso que me dais, no tendreis inconveniente en decirme con qué medios contais para evitar el matrimonio de Andrea.

—No puede llevarse la lealtad hasta ese punto: daros á co-

nocer mi plan, seria inutilizarme, porque os seria fácil combatirme y vencerme.

—¿No conoceis vos mis recursos?

—Sí; pero como los vuestros son la palabra, la perseverancia y la virtud, y contra eso no puedo, nada perdeis con que yo los conozca. Si don Juan quisiese aceptar un duelo, yo le disputaria con la espada la mano de Andrea; pero en esto no debo pensar, porque un noble no mediria jamás sus armas con el verdugo; tengo que recurrir á la intriga y suplir con la astucia el valor de que no puedo hacer uso. Os lo advierto así, y es cuanto debo hacer; pero daros á conocer mis trazas, seria perderme. Básteos, padre, el haber penetrado en el fondo de mi alma: así sabreis lo que vale el enemigo con quien teneis que luchar. Puesto que os negais á desistir de vuestro propósito, desde hoy trabajaremos cada cual para conseguir sus fines.

Antonio se puso de pié:

—Esperad,—dijo el carmelita.—Ahora debo yo hablaros...

—Perdonadme,—replicó el verdugo;—ya os dije que hoy no puedo escucharos; tengo miedo á vuestras palabras, que podrian menguar mi valor, despertar en mi conciencia escrúpulos que no me dejasen satisfacer mi pasion.

Y sus ojos brillaron y sus mejillas enrojecieron.

Fray Manuel intentó detenerlo; pero en vano.

Antonio se negó enérgicamente á escuchar nada que pudiera hacerle desistir de su empeño, y abriendo la puerta de la celda, exclamó:

—¡Padre mio!... compadecedme, estoy loco, son mis intentos criminales, pero todas las fuerzas de mi voluntad no bastan para dominar mi pasion... ¡Oh!.. ¡Al infierno iria, si preciso fuese, para sacar en mis brazos á Andrea!

El fraile no pudo reprimir un grito de horror, y se cubrió el rostro con las manos.

Antonio salió de la celda agitado, con el rostro desfigurado y los ojos chispeantes, desapareciendo mientras murmuraba con ronca voz:

—No, no... Antes que renunciar á ella, la muerte, todos los suplicios, la condenacion eterna.

CAPÍTULO XXVIII.

Antonio prepara el primer golpe.

En el camino de Extremadura, y como media jornada ó poco más distante de Madrid, habia en la época de esta historia una posada, que tenia fama de ser la mejor de cuantas se encontraban en diez leguas á la redonda, y aunque su dueño no gozaba de la misma buena reputacion, paraban en ella muchos viajeros, que no se cuidaban de los extraños episodios que referian los murmuradores, porque solo les importaba estar bien asistidos.

Al dia siguiente del en que tuvo lugar la escena que hemos dado á conocer á nuestros lectores, se veian á la puerta de la posada á maese Lucas el posadero y al verdugo. Estaban sentados en un banco de piedra, y no hablaban ni parecian ocuparse el uno del otro.

El sol se acercaba á su ocaso, y ni soplaba el viento frio que otros dias, ni la más ligera nube empañaba el trasparente azul del horizonte. Las tejas del edificio, donde aún llegaban los rayos del sol, relumbraban, así como las pedregosas cumbres de algunas montañas, que parecian rematar en oro, en tanto que en los valles empezaban á extenderse las sombras que anunciaban las tinieblas de la noche.

El silencio y la calma eran completos: solamente en el interior de la posada solia sonar alguna voz.

Antonio, sombrío como siempre, tenia la mirada fija á lo largo del camino, y si allá á lo lejos se levantaba una nube de polvo al pasar un rebaño, estremecíase, apretaba los puños, enrojecia su rostro y decia:

—Mira, Lucas.

El posadero, que era un hombre de cuarenta años, de complexion robusta, rostro moreno y aviesos ojos, miraba y respondia con calma:

—No es.

Y continuaba inmóvil é indiferente.

Así pasó largo rato.

—Mucho tarda,—dijo Antonio, que empezaba á impacientarse.

—Ten calma,—replicó el posadero.

—Ya sabes que la pierdo rara vez.

—De una me acuerdo...

—No hables de eso, Lucas.

—Pues yo, como considero que nací aquel dia, ó que más bien resucité...

—Piensa en lo que ahora nos interesa.

—Está pensado, Antonio.

—Si no viniese hoy...

—Vendrá mañana,—repuso Lucas,—sin que por eso deje de caer en el lazo.

—¡Oh!...

—Te he prometido que le haré pasar aquí una noche: conoces mi plan, y debes estar convencido de que todo saldrá como quieres.

—Es verdad, hemos contado con todo.

—Hasta con las casualidades.

—¿Y el carro?

—Preparado como sabes para ponerse en su puesto á la primera señal.

—Si llega temprano, temo que no sirva de nada tu prevision, porque el coche se sustituye con un caballo.

—Mientras eso decide, hay tiempo para hacer que los caballos presenten tambien su inconveniente.

—Lucas, no estoy tranquilo.

El posadero se encogió de hombros y calló.

Antonio volvió á fijar su mirada afanosa en el camino, y apoyando los codos en las rodillas y la barba en las manos, permaneció inmóvil.

El sol habia descendido, y parecia descansar sobre una de las más elevadas cumbres de Occidente.

La misma soledad que antes en aquellos alrededores, el mismo silencio.

Lucas cruzó una pierna sobre otra, se recostó en la pared y empezó á cantar á media voz.

Algunos pajarillos cruzaron el espacio en busca de los árboles donde tenian sus nidos.

Cerníase el gavilan contemplando la tierra, y luego se dirigia á las más escarpadas montañas.

Aunque lejano, oyóse el ladrido de algun perro y el balido de las ovejas.

Empero ni un solo caminante asomaba.

Y el sol empezaba á ocultarse.

Y por el Oriente recobraban las tinieblas su negro imperio, y aunque con timidez, alguna estrella relumbraba al Norte.

Al fin, del sol no se vieron más que los resplandores de despedida, y la trasparente y dorada faja del crepúsculo no esparcia sobre la tierra más que una débil claridad.

El posadero interrumpió su canto para decir:

—Eres muy afortunado, Antonio.

—¡Vive el cielo!...

—Llegarán de noche, que es cuanto podemos desear, y se detendrán en mi posada.

—O no llegarán...

—Segun el sitio donde los dejastes y el paso que traian...

—¿Quién sabe lo que puede haber sucedido?

—Es verdad; pero...

—Si dentro de media hora no está aquí, volveré á buscarlo.

—Pues esa media hora espera sin incomodarte.

—Bien, bien; pero bueno será que el carro se ponga en el sitio convenido, porque si llega cuando haya cerrado la noche y no los vemos antes...

—¿No has dejado eso á mi cuidado?

—Sí.

—Entonces no me des consejos.

—Lucas...

—Una imprudencia puede comprometernos.

—Y un descuido...

—Nos quedamos á oscuras; pero... mira...

—¡Ah!...

—No me engaño...

—Sí... sí...

—Quizás...

—¡Debe ser él!—exclamó Antonio.

Y poniéndose de pié, miró con relumbrantes ojos un bulto informe, que parecia moverse en direccion á la posada.

Ya no quedaba del crepúsculo más que la última sonrisa.

Empero pocos momentos despues, Lucas y Antonio se convencieron de que se acercaba un carruaje.

Habia llegado la hora deseada.

—Antonio,—dijo el posadero,—vé con los tuyos á vuestro escondite.

—El carro, Lucas, el carro...

—¡Voto al infierno!... Déjame.

El verdugo entró en la posada.

El posadero dejó escapar un silbido agudo, y pocos instantes despues, abriéndose la puerta del corral, que estaba á la parte opuesta del edificio, salió un carro tirado por dos poderosas mulas negras, tomando el camino de Madrid y deteniéndose despues de dar media vuelta como á unos cincuenta pasos de la posada.

Cinco minutos despues, un coche tirado por cuatro mulas y seguido por dos jinetes, se detuvo á la puerta del edificio.

El posadero, provisto de un farol, acudió presurosamente y se acercó á una de las ventanillas del vehículo antes que los jinetes se hubieran apeado.

No omitió el astuto Lucas reverencias y ofrecimientos para dar de su trato y casa la mejor idea; pero la persona que ocupaba el coche dijo que solo queria un vaso de agua y que se detendria algunos instantes, más que por descansar, por dar tiempo á que sus criados se calentasen y bebiesen.

Y salió del coche y entró en la posada.

—Señor,—le dijo Lucas,—vuestra señoría podrá disponer lo que quiera; pero debo advertirle que quedan más de cinco leguas hasta Madrid, y que es el peor trozo de camino, pues particularmente cerca de la córte, aun de dia los viajeros no están seguros. Ahora anda por estos alrededores con su partida haciendo de las suyas el famoso ***Monaguillo***, y si vuestra señoría puede perder una noche, hará muy bien en no arriesgarse.

El viajero, que era don Juan, hizo un gesto de indiferencia, y respondió;

—No importa, seguiré.

Y añadió, volviéndose á sus criados:

—Teneis cinco minutos para descansar y comer: en seguida nos pondremos en camino.

No perdieron ni uno los sirvientes: incluso el cochero, entraron en la posada, dejando solos caballos y mulas, que estaban harto cansados para moverse.

Lucas llevó á don Juan á una sala donde se veia una cama, si no lujosa, cómoda y limpia, algunas sillas y una mesa con recado de escribir y un enorme velon, que encendió.

Luego mandó que llevasen el agua que habia pedido el viajero, y mientras este bebia, prosiguió diciendo:

—Mande otra cosa vuestra señoría, que en todo será bien y prontamente servido, porque como mi casa es honrada por muchos caballeros, está provista de todo. Si hubiera determinado quedarse vuestra señoría, podria ofrecerle una buena cena, pues tengo conejos, pollas, ternera, perdices, huevos, leche, jamon y otras muchas cosas, sin faltar el mejor vino de la Mancha, y pan de flor cocido de hace seis horas. La cama es esa, con cuatro colchones nuevos y blandos como de pluma, y en cuanto á tranquilidad, no digamos, porque casualmente á nadie tengo ahora más que á vuestra señoría.

Don Juan parecia muy preocupado, y no se dignó contestar á los tentadores ofrecimientos de Lucas.

—¿Conque,—añadió este,—nada más tiene que mandarme vuestra señoría?

—Nada.

—Pues voy á ver si asisten bien á los criados, que deben traer bastante frio.

En aquel momento se oyó el ruido de un carro que parecia acercarse presurosamente á la posada, mientras sin duda su conductor daba grandes voces.

Casi en seguida, y como si repentinamente se hubiera abierto la tierra y vomitado una legion de demonios, resonó como un infernal tropel y el estruendo de gritos desaforados, patadas, relinchos y gran confusion.

—¡Ah!—exclamó Lucas, fingiendo sorpresa.—¿Qué sucede?

Y se lanzó fuera del aposento, gritando tambien con toda la fuerza de sus pulmones:

—¿Qué pasa, qué pasa?

No fué bastante el estrépito á mover siquiera la curiosidad de don Juan, que sentado junto á la mesa, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, permaneció inmóvil, indiferente, como si de nada se hubiese apercibido.

El alboroto creció por instantes, y poco despues volvió el posadero con muestras de gran sofocacion y coraje, diciendo:

—¡Señor, señor!

—Pero ¿qué sucede?—preguntó al fin don Juan.

—Roto el coche de vuestra señoría, destrozada una de sus ruedas por el carro de ese condenado Blas, por sus maldecidas mulas, que son dos toros...

—¡Roto mi coche!...

—Sí, señor... ¡Oh!... No sé cómo me contengo... Ya van tres... tres desgracias por esas mulas...

Don Juan salió del aposento y acudió al sitio de la desgracia.

Efectivamente, el carro que habia salido del corral estaba cerca del coche, y este con una rueda hecha pedazos. Los criados de don Juan y los del posadero, la familia de este y algunos arrieros se encontraban allí, y mientras unos sujetaban las

mulas del coche, que espantadas habian intentado huir, otros rodeaban al carretero, que parecia estar enteramente aturdido y amedrentado.

—Ese es, ese,—gritó Lucas con acento de ira;—ese es, señor, el bárbaro delincuente.

El fingido carretero, medio llorando, excusóse con la oscuridad y con la fogosidad de las mulas; suplicó que nada se le hiciese, que él venderia su carro, que era toda su hacienda, y pagaria, aunque luego hubiese de pedir limosna, y concluyó por dejarse caer de rodillas á los piés del caballero, implorando compasion.

Con pretexto de examinar detenidamente el daño, volvióse al lado opuesto Lucas, para que no viesen una sonrisa burlona que retozó en sus labios, y no pudo contener al contemplar en tal guisa al ladino Blas.

Este, quizás tambien para reir, no para recoger sus lágrimas, ocultó el rostro entre las manos, y con la cabeza inclinada, permaneció inmóvil como el reo que aguarda la sentencia.

—Señor,—murmuraba,—señor... vuestra merced... vuestra señoría... yo pagaré... soy un pobre...

—Levantáos y dejadme,—replicó don Juan.—No me importa el coche, sino el haber de quedarme esta noche aquí... Ha concluido el alboroto.

—¡Noble señor!

—Basta.

Ya nadie se atrevió á decir una palabra á Blas, que volvió á su carro, mientras don Juan recibia de Lucas la seguridad de que el coche quedaria corriente para el amanecer, pues el daño no era mucho y podria remediarlo prontamente un amigo carretero, á quien enviaria á buscar al instante.

Aunque el caballero sentia perder la noche, no tenia tampoco tanta prisa que pensase para aprovecharla acabar el viaje á caballo, con las molestias y peligros consiguientes á la hora, la estacion y el lugar, y resignándose, volvió á la sala, ordenó que le hiciesen de cenar, y se entregó nuevamente á sus tristes pensamientos.

Lucas lo sirvió con grande esmero, presentándole una cena abundante y compuesta de los manjares más delicados de que podia disponer; pero el mancebo comió poco y siguió preocupado.

Dos horas despues reinaba el silencio más profundo en la posada.

Don Juan, sin desnudarse, se dejó caer en la cama, y al cabo de pocos minutos dormia.

CAPÍTULO XXIX.

La sorpresa.

Era la media noche.

Don Juan continuaba entregado á un sueño tan profundo como era consiguiente á los dias de insomnio y de fatiga que llevaba.

Sus criados, más cansados aún, dormian tambien no ménos pesadamente, despues de haber bendecido á la casualidad por la rotura del carruaje, que les permitia tan deseado reposo.

Como Lucas habia prometido hacer cuanto necesario fuese para que al otro dia pudiera continuarse el viaje, ninguno se cuidó más que de satisfacer el apetito con una abundante cena.

Don Juan no habia apagado la luz, bien fuese por distraccion ó por que no quisiese quedarse á oscuras; habia dado una vuelta á la llave de la puerta, más que por miedo, por evitar que el aire la abriese, y no habia fijado la atencion ó dado importancia á otra puertecilla que se veia cerca de un rincon, y que lo mismo podia ser la de un cuarto excusado que de un pasillo. Estaba cerrada, pero no tenia puesta la llave, y como si no se abriese para nada, no se habia contado con ella para la colocacion de las sillas.

La luz del velon, no muy provisto de aceite, empezaba á tomar un color rojizo oscuro y á perder su intensidad, anunciando su agonía.

Sus vacilantes resplandores apenas llegaban á la cama, colocada en uno de los rincones del aposento.

De vez en cuando llegaba allí el lúgubre canto del buho, único ruido que interrumpia el silencio, como no se moviese alguno de los caballos ó mulas que estaban en la cuadra.

La luna habia dejado ver su cara de mujer boba, y esparcido sus nacarados resplandores.

Sin hacer el más leve ruido, abrióse la puertecilla de que hemos hablado, y asomó la cabeza de un hombre que llevaba el rostro cubierto con un antifaz negro.

Como si escuchase, permaneció inmóvil, y á través de los agujeros de la máscara viéronse relumbrar sus ojos como dos centellas.

Luego se retiró la cabeza, y pocos momentos despues asomó una mano, que separó la silla que habia delante de la puerta.

El del antifaz entró, y por su estatura, su aire y su vestido no podia dudarse de que era Antonio.

Dos hombres con sendos puñales desnudos lo siguieron.

El uno era Dibujo, conocido ya de nuestros lectores.

El otro debia ser el llamado Castañuelas, de pequeña estatura, flaco y tan mal vestido como su compañero. Sin embargo, no era su aspecto tan repulsivo: la mirada de sus ojuelos brillantes tenia más de alegre y burlona que de mal intencionada.

Solo un instante se detuvieron para mirar á su alrededor, como si quisiesen convencerse de que nada tenian que temer.

Luego con pasos silenciosos llegaron hasta la cama.

Ya debian haber formado su plan y saber cada cual lo que tenia que hacer, porque sin consultarse empezaron á obrar.

A la derecha se colocaron Antonio y Dibujo, y al lado opuesto Castañuelas.

Los tres extendieron el brazo izquierdo, de manera que sus manos quedaron en disposicion de caer á la vez y en un instante sobre las muñecas y la garganta de don Juan.

Este seguia durmiendo tranquilamente.

Antonio levantó la diestra como señal de mando, y al mismo tiempo su mano izquierda cayó sobre un brazo de don Juan, y las de Castañuelas y Dibujo sobre el otro y la garganta.

El caballero se estremeció violentamente, abrió y fijó una mirada de sorpresa y espanto en aquellos tres hombres y en los dos puñales que relumbraban sobre su pecho.

No le oprimia Dibujo la garganta hasta el punto de hacerle daño, porque solo habian querido tomar una medida de precaucion; pero el noble mancebo, en el aturdimiento natural producido por tan inesperada y brusca acometida, no acertó á articular una sílaba en los primeros momentos; y ántes de darle tiempo á reponerse, á que se convenciera de que aquello era la realidad y no una pesadilla, Antonio, á media voz, pero con acento enérgico, dijo:

—Silencio, don Juan, no intenteis dar un grito, porque lo ahogará la mano que teneis al cuello; no hagais la locura de moveros, porque estos puñales se clavarán en vuestro corazon. Además, vuestros criados duermen lejos de aquí y nadie acudiria á socorreros. Callad, pues, y obedecedme, y así os dejaremos la vida, que aunque no la estimeis en mucho, no querreis tampoco perderla tan sin gloria, ni miserablemente. Si quereis hablar, porque os ocurra alguna observacion, hacedlo, pero en voz baja y con las ménos palabras que os sea posible.

Convencióse don Juan de que la resistencia seria una locura, y aunque era valiente y no le importaba mucho la vida, perderla de aquel modo le parecia más horrible. Era preciso resignarse, sufrir y dejarse robar, porque tal creia que fuese el objeto de sus acometedores. Sin embargo, en sus ojos, relucientes como dos carbunclos, en su frente contraida y en sus mejillas rojas como si fuese á brotar la sangre, conocíase el reconcentrado y rabioso coraje que en su pecho hervia.

—¡Cobardes!—dijo con voz ahogada por la ira.—No sé si debo odiaros ó compadeceros.

—¡Cobarde á mí!—murmuró Antonio con amargura.—¡Me llamais cobarde!...

—¿Qué quereis, matarme?

—No.

—¿Solamente robarme?... Pues pudiérais haberos llevado mi equipaje todo y dejarme tranquilo.

—Vuestro equipaje irá á Madrid con vuestros criados, sin que nadie toque la prenda de ménos valor.

—¿No sois ladrones?

—No, don Juan.

Este miró con extrañeza al verdugo.

—¿Quién sois?—preguntó.

—A su tiempo lo sabreis.

—¿Por qué os ocultais el rostro?

—Porque me conviene, y no porque os tengo miedo.

—Entonces...

—Basta, don Juan: no puedo daros más explicaciones. Solamente os diré que la rotura del coche era un suceso preparado por mí, porque necesitaba que os quedáseis aquí esta noche; y que por consiguiente están tomadas todas las medidas, y será inútil que intenteis resistir, porque no conseguiríais más que empeorar vuestra situacion.

—¡Oh!—murmuró don Juan con voz reconcentrada.—No quereis robarme ni asesinarme... ¿Qué quereis?

—Solamente que no volvais á Madrid hasta pasados algunos dias.

—Pero...

—La razon que me mueve á estorbaros el viaje no podeis conocerla hasta mañana.

—¡Vive Dios!

—Sosegáos, don Juan; pronto se romperá el velo del misterio que tanto os enoja. Ahora resignáos, porque no teneis otro remedio: obedecedme sin replicar, y así os evitareis el disgusto de que yo os haga obedecer por fuerza, lo cual os seria doblemente doloroso. Y para probaros que no debeis esperar socorro, os soltaremos, si bien os prohibo que griteis, no por temor á vuestros criados, que no podrian acudir, sino por si la casualidad hace que algun viajero atraviese el camino y oiga vuestras voces.

El caballero se vió libre de las duras manos que le sujetaban como ligaduras de hierro, y se sentó en la cama, sin hacer más

observaciones, porque acabó de convencerse de que nada adelantaria.

—Venid,—dijo Antonio, acercándose á la mesa,—sentáos aquí y escribid una carta á la señora duquesa, vuestra madre.

—¡Una carta!...

—Si no quereis, no lo hagais; eso lo dispongo en vuestro obsequio, para tranquilizar á vuestra familia, que os creeria muerto.

—¿Y quereis que diga á mi madre que estoy encerrado?

—Habeis de decirle que no quereis volver á Madrid en mucho tiempo, porque no os sentís con fuerza para arrostrar el ridículo en que os ha colocado el proyectado casamiento con la portuguesa, añadiendo que estais aburrido, desesperado, y que habeis resuelto vivir libre y probar fortuna.

Don Juan miró al verdugo con más sorpresa que nunca.

—Si habeis de hacerlo,—añadió Antonio,—ha de ser en seguida, porque no tenemos tiempo que perder, y si no, dejadlo.

—Escribiré; pero diciendo que estoy prisionero.

—No.

—Entonces...

—Cuando vuestros criados despierten, se encontrarán solos en la posada. Sacad vuestro reloj... teneis un minuto para decidir.

El caballero quedó pensativo.

Sus guardianes tenian fijas en él las miradas, y estaban prontos á impedir cualquier intento de resistencia ó de fuga.

—Escribiré; pero habeis de hacerme una promesa, si es que debo fiarme en vuestra palabra... ¿Sois noble?

—No.

—¡Nécio de mí que os lo pregunto, cuando vuestro proceder revela vuestra villanía!

—Sí, don Juan, soy plebeyo, el último plebeyo; pero no he robado la honra á nadie, como vos habeis hecho á pesar de toda vuestra nobleza.

—¡Miserable!...

—Don Juan, no olvideis que un solo gesto mio bastaria para haceros callar...

—No, no olvido vuestra cobarde traicion.

—¿Quereis probar mi cobardía?—replicó Antonio, dando un paso hácia el caballero.—Tomad vuestra espada y cruzadla con la mia, sin preguntarme mi nombre ni mi clase, y aquí mismo, teniendo por testigo y juez á Dios, acabará nuestra contienda. ¡Oh! si yo hubiese sabido que habíais de aceptar un duelo con un desconocido ó con el más despreciable de los plebeyos, no os hubiese acometido alevosamente. Pero aun es tiempo, decidíos y quedareis aquí sin vida ó dareis con el pié á mi cadáver, siguiendo vuestro viaje á Madrid.

—Tanto honor...

—No lo merezco, ¿es verdad?... ¡Ah!... Siempre sereis los mismos, vuestro orgullo os pierde... Escribid, pues, si os place.

A don Juan le sucedió lo que á todo el que hablaba con Antonio: confundíase cada vez más, y con las explicaciones no conseguia sino aumentar sus dudas. Muy cerca estuvo de aceptar el duelo que se le proponia; pero no lo hizo, porque se le aseguraba que no se trataba de asesinarlo, y consideró una locura arriesgar la vida por una causa que le era tan desconocida como su enemigo. Tambien la curiosidad tuvo parte en esta determinacion; queria descubrir el misterio: era para él ya una necesidad saber en qué podia interesarle á nadie su vuelta á Madrid.

El noble mancebo habia sufrido mucho en pocos dias; desde que se despidió de Andrea y escuchó las severas palabras de fray Manuel, su espíritu habia sostenido una lucha muy dolorosa, y como el resultado de su sacrificio habia sido una nueva herida en su dignidad, en su amor propio de caballero y de hombre, habia concluido por desesperarse, siéndole indiferente cuanto le pudiera suceder, no temiendo lo malo, ni deseando lo bueno.

Desde que habia salido de Lisboa, su pensamiento constante habia sido Andrea; pero aun dudaba y luchaba, vacilaba como siempre. Su conciencia habia empezado á despertar, su juicio á modificarse, apreciando de distinto modo; pero aun no era tiempo de que su carácter hubiese cambiado. Don Juan habia vivido como la pluma que se deja llevar por el viento en todas direcciones; nunca habia tomado una resolucion, el azar se habia en-

cargado siempre de decidir y él se habia conformado, y la primera decision debia costarle mucho.

Como no era cobarde, pasada la primera turbacion de la sorpresa, y calmada la indignacion producida por la alevosa conducta de su misterioso enemigo, pudo meditar, y á pocas reflexiones que se hizo, convencióse de que el lance en que se encontraba debia tenerlo por afortunado. Como siempre, la casualidad, su protectora, se habia encargado de darle la solucion que buscaba al problema de su situacion, y esto tranquilizaba su conciencia, que aunque desde algun tiempo era descontentadiza, no se mostraba aun muy exigente. Privado de su libertad, el tiempo decidiria, y él no tendria que arrepentirse de ninguna mala accion ni echarse en cara ningun desacierto, porque no habia sido dueño de su voluntad.

El rostro de don Juan cambió, dilatándose con expresion más tranquila.

—Escribiré,—dijo;—pero envainad esos puñales, no por que me den miedo, sino por que esa amenaza, que no puedo castigar, me ofende.

—Dejadlo,—dijo Antonio.

Los asesinos guardaron sus armas.

—A fé de caballero,—repuso don Juan,—os prometo no gritar ni intentar huir ó defenderme en estos momentos.

Y sentándose, escribió con pulso firme á su madre en el sentido que le habia indicado Antonio.

Este leyó la carta y la encontró á su gusto.

—Ahora,—dijo,—debemos partir; vuestra prision no es esta.

—¿Adónde quereis llevarme?

—No muy lejos; en ménos de media hora habremos andado el camino. El aposento que os espera no es peor que este, y tendreis allí una libertad que no se os podria permitir aquí. Ireis á caballo, os taparé los ojos para que jamás podais reconocer el sitio, y para mi seguridad os ataré los brazos, á ménos que renoveis vuestra promesa de no intentar huir ni defenderos, en cuyo caso no haré más que poneros la venda.

—Tambien podeis suprimirla, si os prometo que jamás haré ninguna averiguacion.

—Don Juan, el tiempo suele hacer variar las promesas, ó al ménos disminuir su valor.

—¿Dudais?

—Sí.

—¡Oh!...

—¿No habeis prometido nunca, y aun jurado, sin cumplir despues?

—No.

—Teneis mala memoria, y mañana os haré confesar vuestro error, recordándoos lo que parece habeis olvidado.

—Ahora.

—No puede ser.

—Sí...

—Don Juan, perdemos el tiempo. Dejad que os tape los ojos y excusareis que nuestras manos vuelvan á ponerse sobre vos y á relucir los puñales.

—Violencia, ofensas... ¡Vive Dios!

—Acabemos,—interrumpió Antonio.

—¿Insistís?

—Sí.

—Puesto que mi palabra vale para que me dejeis libres los brazos, os prometo no intentar huir ni acometeros, mientras llegamos á mi prision.

—Acepto la promesa.

Antonio sacó un pañuelo blanco, lo dobló en forma de venda y lo rodeó á la cabeza de don Juan, tapándole los ojos. Luego le puso la capa y el sombrero, y dijo:

—Vamos.

Un rugido de cólera se escapó del pecho del noble mancebo, que empezaba á sentirse arrepentido de no haber aceptado el duelo.

Guiado por Antonio y seguido de los dos asesinos, salió del aposento por la puertecilla de que hemos hablado, y á oscuras atravesaron un pasillo, dejaron atrás otra habitacion, y bajando tres escalones de piedra se encontraron en un corral.

Entonces pudo verse el extraño grupo á la claridad de la luna. Don Juan continuó silenciosamente.

En pocos segundos llegaron á otra puerta, y pasando el umbral, se encontraron en el campo.

Allí estaba el fingido carretero con uno de los caballos de don Juan.

Este, obedeciendo á su rival, cabalgó, pero sin tomar las riendas, que quedaron en manos de Dibujo.

—Ya sabes lo que has de hacer,—dijo Antonio al llamado Blas;—que no quede una sola huella.

—Entendido.

—Y que Lucas no tarde en cuanto se vea libre de sus importunos huéspedes.

El carretero volvió á entrar en el corral, cerrando la puerta sin hacer el más leve ruido.

—Vamos,—dijo Antonio.

Y guiados por él, pusiéronse en marcha silenciosamente.

Uno de los asesinos llevaba el caballo.

Otro iba junto á don Juan.

Y este, dejándose conducir, parecia haberse resignado.

La luna alumbraba aquel grupo, cuya sombra se proyectaba en el desigual terreno que atravesaban, pues iban fuera de camino.

Entre tanto, volvió á reinar en la posada el más profundo silencio, que solo fué interrumpido cerca del amanecer por algunos golpes.

Cuando el sol dejó ver sus luces, el posadero despertó á los criados de don Juan; y cuando estos preguntaron si el coche estaba compuesto y si se habia levantado su señor, respondióles aquel:

—El coche está compuesto, y en cuanto á vuestro señor, ha madrugado más que vosotros, como que no pensaba salir la aurora...

—¡Y no nos habeis avisado!...

—¡Dios me libre!... Lo primero que me dijo fué: «No desperteis á mis criados hasta que venga el dia...» ¿Está loco?

—¡Loco!... ¿Por qué decís eso?

—Porque es una locura lo que ha hecho, y Dios sabe lo que puede sucederle... No será por que no le dije lo que debia; pero

me respondió malamente, mandándome callar, y tuve que obedecer...

—Explícáos...

—La carta lo explicará.

—Creo,—dijo uno de los criados,—que el loco sois vos. ¿Qué ha sucedido?

—Dejadme hablar.

—Sepamos.

—Poco despues de media noche me llamó vuestro señor, me pidió papel y pluma, y me mandó ensillar uno de sus caballos, advirtiéndome que no os llamase. Obedecí, y entonces, pagándome espléndidamente todo el gasto, sin olvidar la compostura del coche, me dijo estas palabras: «Entregad esta carta á mis criados, y que la lleven á la señora duquesa de Miraguas. Yo me adelanto y los espero en Madrid.»

Lucas sacó la carta y la entregó al mayordomo de don Juan.

Figúrese el lector la sorpresa de los sirvientes.

Hicieron mil preguntas, pero Lucas no pudo añadir nada á lo dicho.

Revisaron los equipajes, y como vieron que nada faltaba, desecharon la idea de un robo.

La carta, cuya letra reconoció el mayordomo, los tranquilizó algun tanto.

El suceso era extraño en demasía, pero estaban acostumbrados á lo que todos llamaban extravagancias y rarezas de don Juan, y acabaron por creer que era una de tantas su partida.

El mayordomo, como advirtiese que la carta estaba abierta, se atrevió á cometer el abuso de leerla, para quedar más convencido, protestando antes solemnemente que así obraba obligado por las circunstancias y en bien de sus señores.

Esto acabó de disipar hasta la última sospecha contra Lucas, y ya no se dudó de la calaverada del ilustre mancebo.

¿Pero adónde habia ido?

El posadero fingia creer que á Madrid, como quien ignoraba que la duquesa de Miraguas fuese madre del caballero; pero los sirvientes comprendieron que se trataba de una calaverada mayor que el haberse adelantado solo y á media noche.

En vano cavilaron; al fin comprendieron que lo más prudente era correr á Madrid para dar parte de lo sucedido á la duquesa.

Sin perder un instante engancharon al coche las mulas.

Pocos minutos despues, y nada tranquilos, tomaron el camino de la córte.



CAPÍTULO XXX.

La reina empieza á confundirse y el rey á creer que el carmelita merece toda su confianza.

El Duende habia cumplido su promesa, presentándose á la pública luz con gran contento de los que no lo estaban de los gobernantes.

Patiño lo encontró entre las hojas de un expediente; la reina no lo recibió, y el monarca se creyó libre de la visita cuando se sentó á la mesa para almorzar sin que hubiese llegado á sus manos ningun papel; empero al quitarle, para ponerle otro, el plato en que acababa de comer un trozo de exquisito lenguado, El Duende de la córte apareció hecho cuatro dobleces, produciendo un mágico efecto en cuantos se encontraban en el comedor.

El almuerzo fué interrumpido, y la reina, sin poder disimular su enojo, cogió el papel y lo leyó con afan.

Su frente se contrajo; sus mejillas enrojecieron como si fuese á brotar la sangre, y con voz ahogada por la ira, dijo á su esposo:

—Permitidme, señor, que no entregue á vuestra majestad este criminal escrito: es indigno de que fijeis en él vuestra mirada.

—No importa,—replicó el monarca,—quiero leerlo, porque

si está como el del otro dia, más debe devertirme que desagradarme, y si no, veré que he de tomar sériamente el asunto, y haré lo que convenga.

—Señor...

—El otro no pasaba de ser una broma casi inocente de algun ocioso de buen humor.

—Hoy...

—¿Se descubre al mal intencionado?

—Al criminal.

—¿Me ofenden?

—Fingen respetaros, para conseguir más fácilmente su deseo.

—Dadme el papel, señora.

Felipe V leyó con calma; pero al fin se contrajo tambien ligeramente su rostro.

El Duende estaba más intencionado que la vez primera, y aunque con festivo tono, trataba de graves cuestiones de Estado, y acusaba á los ministros de ideas contra los intereses del pueblo, censurando crudamente algunos despilfarros que se hacian para satisfacer particulares ambiciones ó caprichos.

Al monarca se le trataba con el mayor respeto, y solo se le nombraba para advertirle que abusaban de su buena fé.

Más que las chispeantes sátiras del misterioso papel, el abuso que se cometia introduciéndolo en la régia morada fué lo que enojó á Felipe.

—Más tarde ó más temprano,—dijo despues de mirar á cuantos le rodeaban,— ha de descubrirse al autor y á sus auxiliares, y prometo que he de castigar más duramente al servidor desleal que ha puesto aquí el papel que al vasallo atrevido que lo escribe.

No hubo rostro que no palideciera, y por algunos instantes reinó un profundo silencio, que al fin rompió doña Isabel para interrogar á unos y otros, y amenazar tan inútilmente como la semana anterior.

Diéronse nuevas órdenes, se distribuyeron los cargos, haciendo á cada cual responsable en cuanto tuviera relacion con aquello que se le encomendaba, y se tomaron cuantas medidas son imaginables.

El monarca se retiró á su aposento, y la reina lo acompañó para hablarle de EL DUENDE y encarecerle la necesidad de obrar con energía.

Pocos minutos despues anunciaron á fray Manuel.

—Señor,—dijo vivamente Isabel de Farnesio,—esta es la ocasion...

—¿No estais aún convencida de que el carmelita es solamente un virtuoso sacerdote y no un cortesano ambicioso?

—Haced la prueba.

—Sereis testigo y luego fallareis.

El fraile entró.

Nunca habia tenido su hermoso rostro una expresion tan tranquila y dulce.

Como de costumbre, saludó respetuosamente, pero con su aire de noble dignidad.

Felipe V lo recibió afablemente, y la reina con tanto cariño como á su mejor amigo.

—Sin duda,—dijo el monarca,—os habrá visitado hoy EL DUENDE.

—No,—respondió fray Manuel con la mayor naturalidad;—si ha cumplido su promesa de salir á luz, no ha querido tomarse el trabajo de ir á mi celda, y ha obrado con acierto, porque era un viaje inútil y tal vez peligroso.

—Tomad y leed,—repuso Felipe, dando el misterioso papel al carmelita.

Este leyó con fingida sorpresa.

—Señor,—dijo,—esto es muy intencionado, y producirá muy mal efecto. El pueblo, siempre descontentadizo, y muchas veces incomprensible, empieza á murmurar de los nuevos ministros, acusándoles poco más ó ménos de lo que en este papel se les acusa, y añadir fuego á la hoguera es crear un conflicto más peligroso cuanto más críticas son las circunstancias. No creo que fácilmente pueda descubrirse al autor, que debe contar con la ayuda de personas muy atrevidas, como lo prueba el haber conseguido que llegue el papel á manos de vuestra majestad, y por esta razon, creo que deberia quitársele importancia al DUENDE, haciendo ver que sus sátiras sirven de diversion en vez de pro-

ducir disgusto. ¿Quién sabe si así el mordaz escritor arrojaria la pluma con desaliento?

—¿Qué os parece?—preguntó el monarca á su esposa.—Ese consejo es digno del esclarecido talento de fray Manuel, y es tan ingenioso el medio, que estoy por ponerlo en práctica.

—Es verdad,—respondió Isabel de Farnesio;—es ingenioso el plan, y tal vez daria buen resultado; pero la justicia no cumpliria con su deber si dejase de procurar á toda costa que no se repitiese el delito. Además, señor, en ese papel se hacen alusiones á mi persona, porque se censuran duramente actos que, de público se dice, son ejecutados por los ministros para satisfacer mis caprichosas exigencias.

—Creo que exagerais, mi querida esposa...

—Señor, en vano nos reiremos de El Duende, si el pueblo no se rie... Pero en fin,—añadió Isabel con marcado disgusto,—puesto que se trata de mi persona, nada pido, dejaré en libertad al autor de esos libelos, que yo tengo bastante con la tranquilidad de mi conciencia.

—¡Oh!—se apresuró á decir el rey.—No, esò no: si es á vos la ofensa, no la perdonaré.

—Señor...

—Basta, basta, mi querida Isabel; el criminal pagará su crímen; y si mis ministros no tienen bastante habilidad para descubrirlo, los despediré, y nombraré al último de mis vasallos con tal que sirva para el caso, aunque nada más sepa hacer.

—Llevada á ese terreno la cuestion,—dijo el carmelita,—opino como vuestra majestad.

—Ahora,—repuso el monarca dirigiéndose al fraile,—tratemos de otro asunto de mucha importancia, y para cuya acertada resolucion necesito vuestro consejo.

—¿Valdria mi súplica,—preguntó el carmelita,—para que vuestra majestad me dispensase de dar mi opinion en ningun negocio de gravedad?

—Y vos padre,—replicó Isabel,—¿nos negareis vuestra ayuda cuando la necesitemos?

—Espero las órdenes de vuestras majestades,—dijo fray Manuel, haciendo una reverencia.

El monarca y su esposa miraron atentamente el rostro del carmelita.

—Ya sabeis,—dijo Felipe V despues de algunos instantes,—que estoy sin confesor.

—Es público, señor.

—No faltan aspirantes,—repuso el rey;—pero como para dirigir la conciencia de un monarca se necesita mucho talento y gran conocimiento del mundo, además de virtud, es difícil encontrar quien reuna todas estas cualidades.

—¿Y quiere vuestra majestad que yo juzgue?...

—Quiero, padre, que me saqueis del apuro en que estoy, designando una persona que pueda cumplir tan delicada mision.

En los lábios de fray Manuel vagó una leve sonrisa, cuyo significado no pudieron comprender los augustos esposos. La perspicacia del carmelita acababa de descubrir el lazo, y su sonrisa era de lástima.

—Señor,—dijo,—puesto que vuestra majestad quiere un confesor, nada más que confesor, ajeno á los negocios del Estado, en cuanto nada tienen de comun con la conciencia, yo tendré la honra de decirle dónde puede encontrarlo.

—Sí, sí.

—En mi convento lo teneis.

—¡En vuestro convento!

—¿Qué os admira, señor?

—Nada.

—Uno de mis hermanos en Cristo, que cuando no se ocupa de hacer bien á su prójimo, porque no tenga ocasion, vive solo para Dios. Todos admiramos su virtud y su rara sabiduría, y él nos ama creyéndose el mas pequeño, cuando es el más grande.

—Haceis la pintura de un santo.

—¿No los hay entre los pecadores?

—Sin duda.

—Pues en su celda lo teneis...

—¿Su nombre?

—Fray Juan de Dios, nombre que lo justifica con su caridad.

—Gracias por vuestro consejo, padre,—repuso el monar-

ca;—pero sin ofender á ese santo varon, vacilo entre él y otro que hace algunos dias no se aparta de mi pensamiento.

La reina miró más afanosamente al carmelita; pero el rostro de este no se habia alterado, ni era posible adivinar en él otra cosa que lo que decian sus palabras.

—Entonces á vuestra majestad toca la eleccion, que será acertada.

—Antes he de saber vuestra opinion.

—Yo, señor, me atreveria á rogar á vuestra majestad que decidiese antes.

—No, no.

—Así yo, sin temor de inclinar el ánimo de vuestra majestad, diria con entera franqueza...

—Padre, quiero saber vuestra opinion.

—Perdonadme, señor, que haga otra súplica.

—¿Cuál?

—Sea vuestra augusta esposa el juez...

—Pues bien,—dijo la reina, intentando sorprender al carmelita, para no darle tiempo á meditar y fingir,—¿para qué cansarnos? Ya es cosa decidida desde ayer y meditada desde que se despidió Bermudez: el elegido sois vos.

Una segunda sonrisa, más dulce que la anterior, dilató el rostro del fraile.

—¡Pobre de mí!—dijo.—Nunca he podido imaginar tanta honra, porque nunca he ambicionado tanto.

—Por esa misma razon, porque no quiero ambiciosos, he pensado en vos.

—¿Y he de levantarme tan alto que puedan mirarme todos los ojos? ¿Y he de ser tan afortunado que pueda excitar la envidia?

—¿Acaso os negareis?

—Perdonadme, señor, pero estoy resuelto á morir simple fraile.

—¡Padre!

—Imposible, señor.

—¿No estais obligado á escuchar al penitente que llega á vos?

—Sí; es mi deber, y lo cumplo sin violencia.

—Entonces...

—Búsqueme vuestra majestad como un pecador cualquiera, y me encontrará; pero no me obligue á ser el confesor del rey, es decir, á ocupar un alto puesto, porque ninguno, absolutamente ninguno ambiciono y ninguno aceptaré.

Dijo el fraile estas palabras con acento tan firme, que no daba lugar á que se dudase de su resolucion.

Felipe V miró á su esposa como si quisiese decirle:

—¿Estais convencida del desinterés y virtudes de este sacerdote?

Isabel de Farnesio bajó los ojos y se mordió los labios.

Hubo algunos momentos de silencio.

El rostro de fray Manuel seguia inalterable.

—¿Y si yo os lo mandase?—preguntó al fin el rey.

—Señor, vuestra majestad no puede obligarme á que acepte un empleo.

—¿Y si os lo ruego?

—No conseguirá vuestra majestad más que hacerme sufrir, porque no corresponderé á la honra que me dispensa.

—¿Resueltamente?

—Tan firme es mi resolucion, que nada me obligaria á cambiarla.

—Bien, padre,—repuso el monarca;—respeto vuestra decision; pero siento mucho privarme de vuestros servicios. Siempre esperé que os negáseis; pero creí que al fin cederíais á mi ruego. Estais en vuestro derecho: nunca me habeis pedido nada, y no teneis obligacion de darme lo que os pido.

—Señor, muchas veces he pedido; pero lo ha olvidado la generosidad de vuestra majestad.

—Para vos, nada.

—Para otros...

—Habeis hecho obras de caridad, solicitando empleos miserables de mozos, guardas y porteros, ó cosa parecida, para algun infeliz.

Efectivamente, fray Manuel no habia hecho nunca uso del favor que gozaba, sino para pedir algun empleo de poquísima importancia. Esto, sin embargo, que lo habia hecho por pura

caridad, le sirvió de mucho cuando se decidió á entrar en lucha con su antiguo rival, porque encontró en sus protegidos ayuda.

La gratitud puede mucho, y los favorecidos por el carmelita, queriendo pagar de algun modo el bien recibido, se prestaron á ser instrumentos ciegos en aquella intriga.

¿Quién habia de sospechar de ellos? Todos eran honrados, y nadie podia creer que se vendiesen, en lo cual no se equivocaban; y para comprender que, movidos por un sentimiento noble, se prestaban á servir al carmelita, era preciso saber quién era el misterioso duende.

El plan estaba hábilmente trazado; Martin era el encargado de entenderse con los demás, trasmitiendo las órdenes de su señor; de manera que bastaba una palabra del carmelita, pronunciada á media voz en su celda, para poner en movimiento á veinte ó treinta personas, que sin conocerse ni sospechar unas de otras, contribuian al mismo fin. Cada cual creia ser solo, y se guardaba de los demás con todo el cuidado de quien puede verse gravemente comprometido; resultando de esto que todos obraban con admirable prudencia y discrecion.

Faltábale á fray Manuel desorientar á sus enemigos, y ya tenia sobre este punto combinado tambien su plan, pero no era tiempo de ponerlo en ejecucion.

Tales y tan poderosos eran los medios con que contaba el carmelita.

Sin que su rostro, como hemos dicho, dejase por un instante la expresion dulce y tranquila contra la que se estrellaron las miradas penetrantes de Isabel de Farnesio, continuó la conversacion, haciéndola recaer nuevamente y con la más esquisita habilidad sobre EL DUENDE DE LA CÓRTE.

Harto contrariada estaba ya la reina para que al tocar semejante punto no sintiese más excitado su enojo y se aumentase la desconfianza que le inspiraba fray Manuel; pero este, como si se hubiese propuesto hacer experimentar sorpresa tras sorpresa, dijo:

—Puesto que vos, señora, opinais ser la más ofendida por esas sátiras, os ruego acepteis mi débil ayuda para descubrir al criminal.

—¡Vos!—murmuró Isabel, mirando al fraile como si no pudiera comprender lo que oia.

—Yo, señora, yo, sin que deba admiraros mi ofrecimiento.

—Sí,—dijo el monarca,—sí, padre, acepto esa ayuda, y ya doy por descubierto al Duende.

—Señor, no prometo conseguirlo, sino hacer cuanto pueda.

—Nada más os pido.

—Bien, señor; pero habrán de pasar algunos jueves, porque El Duende no caerá en el primer lazo que le tiendan. Buscarlo aquí ni en casa de los ministros me parece inútil; creo que en las calles lo encontraremos más fácilmente.

—¡Ah!—exclamó la reina.—Si llegáseis á descubrir al traidor, me probaríais ser el más leal de todos mis amigos.

—Señora, esas palabras me obligan más, porque solo ambiciono probar á vuestras majestades que soy su vasallo más leal, su amigo más fiel, su más decidido servidor y ardiente defensor.

Felipe V pagó con algunas cariñosas frases las del carmelita, y este se despidió, saliendo de la cámara con el mismo aire de tranquilidad con que habia entrado.

El monarca miró á su esposa con toda la satisfaccion del triunfo que acababa de alcanzar.

La frente de Isabel se contrajo.

—¿Qué decís ahora?—preguntó el rey despues de algunos momentos.

—Señor...

—Sed franca como yo lo hubiera sido,—repuso Felipe cariñosamente.—He ofrecido á fray Manuel, simple fraile, lo que hace algunos dias pretenden con afan el cardenal arzobispo de Sevilla y otros dos obispos. ¿Direis que es ambicioso? Dudásteis de su lealtad, y aun llegásteis á sospechar que él fuese el autor de las sátiras, y ha pagado vuestras sospechas prometiéndoos descubrir al misterioso Duende, lo cual no podrán conseguir mis ministros con toda la estúpida policía de que disponen y que tan cara cuesta.

—Cuando fray Manuel haya señalado al criminal, me convenceré de que su ofrecimiento no es un ardid.

—Mi querida Isabel...

—Pruebas, señor, pruebas...

—El tiempo fallará.

—Dejémoslo al tiempo.

—¿Y en cuanto á la ambicion?

—En cuanto á eso... ¡Oh!... Fray Manuel es un hombre incomprensible.

Felipe V se encogió de hombros y dejó caer la cabeza sobre el pecho, cruzándose de brazos.

Difícil hubiera sido hacerle pronunciar ya más que algun monosílabo.

La reina, que habia quedado en un terreno desventajoso, no quiso reanudar la conversacion, y despidiéndose se retiró á su aposento, donde la esperaba la duquesa de Miraguas.

CAPÍTULO XXXI.

Dónde se verá el efecto que produjo la desaparicion de don Juan.

Cuando Patiño supo lo que hemos referido en el capítulo anterior, quedó tan confuso como la reina, tuvo que reconocer el desinterés del carmelita, y casi se acusó de injusto por haber dudado de las buenas intenciones del religioso y sospechado que fuese el autor de El Duende. Sin embargo, no era el ministro tan incauto que por solo aquella prueba quedase enteramente convencido y viviese descuidado; suspendió su juicio y se propuso hacer nuevas y más escrupulosas observaciones, si bien decidido á no ser jamás un amigo cariñoso de su antiguo rival.

El dia siguiente, á las ocho de la mañana, el coche en que habia viajado don Juan se detuvo á la puerta de la casa de la duquesa, y el mayordomo, saliendo del vehículo, entró precipitadamente en el portal y subió la escalera sin responder á las preguntas del portero, que miraba sorprendido á los criados sin que con ellos llegase el señor.

El rostro sombrío y la agitacion del mayordomo probaban que ninguna nueva agradable tenia que comunicar.

—Que avisen á su excelencia,—iba diciendo por cuantas habitaciones pasaba y á cuantos criados encontraba.

Hasta que en el gabinete próximo al dormitorio de la anciana, una doncella preguntó al atribulado sirviente:

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué alborotais así la casa?

—¿No se ha levantado la señora?

—Ni ha despertado, gracias á Dios.

—Pues despertadla al momento, y decidle que hemos llegado y que le traigo una carta importantísima del señor don Juan.

—¡Don Juan!...

—Sí.

—¿Dónde se ha quedado?

—Lo ignoro... Despertadla...

—Pero...

—Despertadla os digo, que el negocio es demasiado urgente para que me detenga á explicaros lo que necesito que me expliquen.

A tales razones no habia que replicar.

El caso era extraordinario, y la doncella se atrevió á entrar en el dormitorio de su señora.

El nombre de don Juan, la carta, la urgencia y algunos comentarios que la sirviente tuvo á bien añadir, hicieron que la duquesa de Miraguas sacudiese repentinamente la pereza del sueño y se incorporase con muestras de gran sorpresa.

—¿Qué estais diciendo?—preguntó, asomando la cabeza por entre las ricas cortinas de la cama y esforzándose para abrir los ojos.

—Que han llegado los criados del señor don Juan...

—¡Sus criados!

—Sí, señora.

—¿Y él?

—Su mayordomo trae una carta.

—¿De mi hijo?

—Sí, señora.

—Pero...

—No me ha dicho más que eso, y que se despertase á su excelencia.

—Que entre.

La doncella salió del aposento.

La duquesa se pasó las manos por la frente como para acabar de desaturdirse, preguntando al mayordomo apenas entró:

—¿Qué sucede?

—Señora,—respondió el criado, que temblaba de miedo,—esta carta explica... porque yo... aun no he comprendido...

La anciana arrebató el papel y empezó á leerlo mientras sus manos se agitaban convulsivamente y sus ojuelos relumbraban.

Tal sorpresa le causó el escrito, que permaneció con la mirada fija en él por algunos segundos sin acertar á pronunciar una palabra.

Su rostro palideció cadavéricamente y se contrajo hasta tornarse de feo en horrible.

No acertaba á comprender lo sucedido: la fuga de don Juan era demasiado extraña, y sus explicaciones eran evidentemente un pretexto.

El temor al ridículo en que don Juan fundaba su loca determinacion, era puramente imaginario. El viaje era un secreto, lo mismo que el proyectado matrimonio, y nadie podia burlarse de lo que ignoraba, pues si bien El Duende de la córte habia divulgado la noticia, el mancebo no podia haber visto el misterioso papel.

Todo aquello debia ser el resultado de una intriga.

La duquesa puso en tortura su ardiente imaginacion, hizo mil suposiciones, pensó en cuanto habia que pensar, y no consiguió más que confundir sus ideas, aturdirse y sofocarse.

Entonces recurrió al criado con la esperanza de comprender por las explicaciones de este lo que no habia podido adivinar por la carta.

—Explicáos: decidme cuanto haya sucedido en el camino, dónde se ha separado don Juan de vosotros, y repetid sus últimas palabras.

—Señora,—dijo el mayordomo, sin atreverse á mirar de frente á la duquesa,—en el camino nada ha sucedido de particular, absolutamente nada.

—¿A quién habeis encontrado?

—A muchos viajeros desconocidos.

—¿Ninguno ha hablado con don Juan?

—Nadie se le ha acercado, y la repentina determinacion de su señoría me sorprendió tanto como á vuestra excelencia. Primero sospeché que todo era una farsa para tapar un crímen, y para convencerme...

—¿Qué hicísteis?

—Una cosa que no sé si vuestra excelencia llevará á mal, porque...

—Acabad.

—Leí esa carta...

—¡Ah!...

—Pido perdon en gracia de...

—Pero ¿qué os dijo don Juan al separarse de vosotros?

—Me explicaré, señora; estoy tan aturdido que...

—Sí, explicáos pronto y claramente.

El mayordomo refirió entonces con todos sus detalles cuanto habia sucedido en la posada de Lucas, y esperó su sentencia, porque, si bien era inocente, creyó que su señora descargaria sobre él todo su enojo.

Empero no sucedió así: la duquesa pareció olvidarse del criado y se perdió en conjeturas, haciendo nuevas suposiciones, sin lograr comprender más que antes, sino al contrario, confundirse.

—Corred,—dijo despues de algunos segundos,—corred al convento de carmelitas descalzos, y decidle de mi parte á fray Manuel de San José que necesito hablarle ahora mismo; pero cuidado con referirle una sola palabra de lo sucedido.

No esperó el sirviente á que le repitieran la órden: creyóse salvado y de un brinco se puso fuera del dormitorio, mientras la duquesa llamaba á sus doncellas para que la vistiesen.

A pesar de lo sucedido el dia anterior en la cámara del rey, la de Miraguas seguia creyendo que el carmelita no era completamente extraño á la guerra declarada á los ministros por El Duende, y estaba casi segura de que tambien era dueño de cuantos secretos se referian al intentado casamiento de don Juan. La indiscrecion de este, probada por Andrea, era el fundamento de todas las suposiciones de la anciana, y por esta razon acusaba al mancebo con más dureza que nunca.

Para la duquesa, su hijo segundo era el lunar de la familia: se habia hecho partidario de las modernas ideas, defendiendo los principios, que ella llamaba peligrosos, de los filósofos nuevos, y dando tan poca importancia á sus timbres de antigua nobleza, que nadie hubiera creido que por sus venas circulaba la sangre ilustre de los Miraguas.

Esto era una desgracia horrible para la noble anciana, tan envanecida con su historia de familia, tan apegada á los principios que en aquella época recibieron el primer golpe de muerte.

Al parecer, la vida de don Juan no corria ningun peligro, y descuidada sobre este punto la madre, solo podia sentir enojo la señora.

Sentada en el mismo sillon en que la vimos por primera vez, esperaba con impaciencia al carmelita.

Este llegó al fin.

A su mirada no podia escaparse la alteracion de espíritu que revelaba el semblante de la duquesa, y comprendió fácilmente que algun grave acontecimiento habia tenido lugar.

—Sentáos, padre, sentáos,—dijo la anciana, despues de corresponder al saludo del fraile.

—Os ruego, señora duquesa,—dijo el carmelita sentándose,—que me saqueis del cuidado en que me ha puesto vuestro aviso: la hora, la premura...

—Tranquilizáos: es grave el asunto de que he de tratar con vos; pero no ha sucedido ninguna desgracia.

—Aguardo, pues, vuestras explicaciones, y desde luego os ofrezco mi ayuda si la necesitais.

—Gracias,—repuso la duquesa, que desde su asiento, que pudiera llamarse su escondite, examinaba atentamente el rostro de fray Manuel.

Empero este no dejaba ver más que una curiosidad que era muy natural.

—Sé,—añadió la dama,—que sois uno de mis mejores amigos, y por eso acudo á vos antes que á nadie.

—Señora,—respondió el carmelita sonriendo,—os agradezco esa confianza, tanto más, cuanto hace pocos dias no pensábais lo

mismo. Es de almas grandes reconocer los propios errores y hacer justicia á los que la merecen.

—¡Fray Manuel!—exclamó la duquesa sin poder contener un movimiento de exaltacion repentina.—Me acusais...

—Os acusásteis vos, enviando secretamente á vuestro hijo á Lisboa.

—¿Acaso ignorais que yo no era dueña de mi voluntad?

—¿Acusais á la reina?

—No,—respondió vivamente la anciana,—á nadie acuso más que á las circunstancias...

—Olvidemos ese asunto, señora: yo no tenia ningun interés en el casamiento de don Juan; pero aun teniéndolo ó suponiendo que me hubiere disgustado la doblez con que se pagaba mi franqueza, la determinacion del rey de Portugal bastaria para dejar satisfecho al más descontentadizo.

Los ojos de la dama dejaron escapar dos centellas: su orgullo de mujer y de gran señora se sintió profundamente herido.

—Esto,—prosiguió el carmelita con tranquilidad,—no es más que una leccion, que puede seros muy desagradable por lo inesperada, puesto que á vuestra edad, con vuestro talento y gran conocimiento de mundo, creeríais que nada podia enseñaros un pobre fraile: no la olvideis, señora; pero sí estas palabras, porque si llegasen á oidos de la reina, El Duende, que todo lo sabe, podria decirle que vuestro hijo don Juan fué el primero en revelar el secreto de su viaje á Lisboa.

—Es inútil vuestra amenaza,—replicó la duquesa sin disimular su despecho;—nos conocemos, fray Manuel, y debemos hablar con franqueza. Bien ha probado El Duende de la córte que para vos no hay secretos. Sabíais que mi hijo iba á Portugal y le preparásteis el golpe, que le ha hecho perder una gran fortuna y le ha colocado en un ridículo. Esto, que es la verdad, no saldrá de mis labios más que para vos, descuidad, porque sé muy bien que mi acusacion, fundada en suposiciones, me la haríais pagar con otra acusacion fundada en hechos, que fácilmente probaríais. ¿Puedo ser más esplícita con vos? Ya lo veis, y puesto que nos entendemos y nos conocemos, no hay para qué tratar más sobre este punto.

—¿Comprendeis las consecuencias que pudiera traer la indiscrecion de vuestro hijo?

—Sí.

—Me alegro.

—¿Y conoceis los resultados del golpe que he recibido?

—Serán graves; pero me prometo que ganará en ello la justicia y la moral.

—¿Por que?—preguntó vivamente la duquesa.

—¿Acaso no lo adivinais? ¿No sabeis que hay una persona muy interesada en el casamiento de don Juan?

—Basta, fray Manuel.

—¿Lo habíais olvidado?

—Os referís á una mujer que ha tenido la osadía de venir á pedirme que mi hijo se case con ella...

—Esa mujer,—dijo gravemente el carmelita,—perdió á su madre al dia siguiente de venir á veros.

—¡Ah!...

—Ya ni aun eso le queda... Le habian desgarrado el corazon, le habian robado su honra...

—¿Por qué fué débil?

—¿Por qué sois vos ambiciosa?—replicó el fraile con energía.

—¡Oh!... yo tengo títulos para ambicionar... para ser mucho...

—Ella los tiene para ser honrada.

—En buen hora; pero si espera la honra con la mano de mi hijo...

—Señora, don Juan volverá arrepentido de sus errores; su conciencia despertará muy pronto, si no ha despertado ya...

—Por esta vez,—replicó la duquesa con aire de triunfo, os habeis equivocado.

Y sacando la carta del mancebo, la arrojó orgullosamente al carmelita, diciendo:

—Leed.

Fray Manuel leyó el escrito y su rostro palideció. Habia adivinado la verdad: el noble doncel debia estar en poder de Antonio.

Por primera vez vió la duquesa alterado el semblante del carmelita, y creyó que era efecto del golpe que habia recibido.

Una sonrisa dilató los delgados labios de la anciana, brillaron sus ojuelos, y dijo:

—¿Qué os parece de eso? Si ha despertado la conciencia de mi hijo, se ha dormido su memoria y se ha olvidado de su víctima.

No se desconcertó el fraile; al contrario, sonrió tambien y replicó con calma:

—No canteis victoria tan pronto, porque puede sucederos lo que á la reina.

—Esa carta...

—¿Qué significa para vos?

—Una de tantas locuras de mi hijo.

—Yo veo en ella un crímen de algun enemigo de don Juan.

—¡Padre!—exclamó alarmada la duquesa.

—Olvidáos de todo para pensar que sois madre...

—Sí, sí,—repuso la anciana, que á su vez palideció.—¿Teneis antecedentes para creer que peligra la vida de mi hijo?

—No; pero creo que lo tienen encerrado, y no le devolverán muy pronto la libertad.

—¡Por Dios, explicáos! Vos lo habeis dicho, soy madre...

—Tranquilizáos, ya os he dicho que no peligra la vida de don Juan...

—¿Pero sabeis?...

—Sospecho...

—¿Y me prometeis?...

—Cuanto pueda; pero con una condicion.

—Todas las acepto.

—Que si don Juan quiere casarse con la infeliz á quien ha engañado, no os opondreis.

—¡Oh!...

—Decidíos.

La duquesa fijó su penetrante mirada en el carmelita. Acostumbrada á desconfiar de todo el mundo, no pudiendo comprender más que la intriga y la mentira, sospechó que la fuga de don

Juan era una farsa para arrancarle su consentimiento al casamiento con Andrea.

—Eso,—dijo,—no puedo aceptarlo.

—Basta, señora,—replicó fray Manuel con acento de indignacion,—estoy leyendo en vuestro rostro la sospecha ruin que abrigais.

—¡Sospecha ruin!...

—Sí.

—Quereis á toda costa que yo consienta la union con mi hijo, del descendiente de los Miraguas, del que puede tener un dia una corona, con una mujer oscura y deshonrada...

—Quiero que no sea perjuro, que no lleve sobre sí el peso de un crímen, que se arrepienta y repare su falta para que Dios le perdone. Eso quiero, porque es mi deber ayudar al débil y al desvalido, socorrer al pobre y consolar al que sufre, y porque la honra de una mujer oscura vale tanto como la de una gran señora y mucho más que todos los pergaminos del mundo. Si supiérais el peligro que amenaza á la desdichada víctima de vuestro hijo, os horrorizaríais. Habeis creido que para obligaros se ha recurrido á una comedia indigna y tan torpemente representada, que la habeis conocido al primer golpe de vista. Señora, si no quereis reconocerme buenas intenciones, hacedme al ménos la justicia de creer que tengo bastante entendimiento para disponer con más habilidad cualquiera intriga.

—Proseguid,—dijo la duquesa, cuyas descarnadas manos temblaban convulsivamente,—y acabad por ofenderme.

—Acabaré por deciros amargas verdades, porque este no es un asunto que hemos de tratar diciéndonos venenosas galanterías. Vos me habeis propuesto que hablemos con franqueza, y he aceptado. Os ofrezco prestaros un gran servicio; arrancar á vuestro hijo de entre las manos de gente que le odia, y pido una recompensa, impongo una condicion, que es un acto de justicia, de humanidad. ¿Aceptais, señora? Responded simplemente; pero respetad la desgracia y el dolor.

—Pues bien, no acepto.

—Hemos concluido,—dijo el fraile poniéndose de pié.

—¿Os vais?

—Si no teneis que hablarme de otra cosa, quiero emplear el tiempo en favor de mi protegida, y no estorbaros para que busqueis á vuestro hijo.

—¿No volvereis á verme?

—Si os dignais recibirme, no alteraré mi costumbre de visitaros.

—Si yo variase de opinion...

—Me encontrareis dispuesto á serviros.

Era demasiado orgullosa la duquesa para entrar, al menos entonces, en transacciones con el fraile; así que, esforzándose para volver á dar á su rostro la expresion que antes tenia, dijo:

—Padre, soy vuestra mejor amiga y os deseo felicidad.

—Que el cielo os proteja, señora,—respondió el carmelita.

Y salió tranquilamente.

La duquesa tiró del cordon de la campanilla con tal violencia, que lo arrancó del torniquete á que estaba sujeto, y cuando sus doncellas acudieron precipitadamente, gritó:

—¡El coche, el coche!

Entre tanto, fray Manuel, triste y meditabundo, se encaminaba á casa de Andrea.

CAPÍTULO XXXII.

Sigue dando que hacer la desaparicion de don Juan y la aparicion de El Duende.

La duquesa de Miraguas no dudó ya que su hijo estaba encerrado, siendo por consiguiente una intriga lo que antes le pareció una calaverada.

Colocado el asunto en este terreno, su importancia era grandísima para la duquesa, y no quiso perder un instante en poner los medios para desbaratar los planes de sus enemigos. La complicidad del posadero era evidente, y esto proporcionaba un punto de partida para llegar al fin deseado.

Cuando se tiene el hilo puede fácilmente llegarse á encontrar el ovillo: así lo pensó la anciana, y pensó bien; solo faltaba que el hilo estuviese en sus manos como creia.

Nunca tuvo que desplegar mayor habilidad que entonces para contar á la reina lo sucedido y manifestarla su sospecha de que en todo ello se ocultaba un crímen, porque al hablar de sus temores habia de fundarlos en algo, y no le convenia nombrar á Andrea ni al fraile, porque esto hubiera sido lo mismo que delatar la indiscrecion de don Juan.

Empero salió bien de su empresa: la fama que el mancebo tenia de no haber respetado mujer alguna que fuese mediana-

mente bonita, debia haberle proporcionado muchos enemigos, y la reina no encontró extraña la sospecha.

La noticia cundió con rapidez en la córte, desfigurándose á medida que circulaba, y acabó por darse como cosa cierta que don Juan habia sido secuestrado para exigir un crecido rescate.

La gente de justicia tomó el negocio por su cuenta, y un alcalde, un escribano y diez ó doce alguaciles con el mayordomo de don Juan salieron de Madrid con direccion á la posada para echar mano al posadero, es decir, para coger el hilo del oculto ovillo.

Pero como el hombre propone y Dios dispone, cuando á las tres de la tarde llegaron á la posada, salió á recibirlos un hombre de cincuenta años, obeso, de rostro cándido y maneras humildes, que en nada se parecia á maese Lucas.

—¿Sois vos el posadero?—le preguntó el alcalde mientras descabalgaba.

—Para servir á Dios y á vuestras mercedes,—respondió el interpelado.

Y ya iba el representante de la ley á mandar que se apoderasen de aquel hombre, cuando el mayordomo lo estorbó, diciendo que no era el mismo del dia anterior.

Sin entrar en la posada empezaron las averiguaciones.

Admiróse el posadero de que no se le reconociese por dueño absoluto de aquel recinto, y prometió dar en los ojos con los títulos de propiedad al que la pusiese en duda.

Las primeras explicaciones no dieron más resultado que la confusion, y viendo el alcalde el giro que tomaba el asunto, mandó cercar la posada, con órden de que nadie saliese, y entró con el escribano, el mayordomo y el posadero para continuar el interrogatorio.

El acto se verificó en la misma sala que la noche anterior habia ocupado don Juan.

El posadero declaró su nombre, que era Andrés García, el pueblo de su naturaleza y vecindad, y luego dijo:

—Señor, hace un mes compré á su antiguo dueño Lucas Mendez esta posada con todo lo que contenia, en precio de dos mil ducados, y á condicion de que me hiciese la entrega tal dia

como ayer. Firmamos la escritura, entregué el dinero, y cuando terminado el plazo me presenté á tomar posesion de lo mio, me suplicó que le permitiese estar aquí hasta hoy para arreglar algunos asuntos con personas que debian llegar. El favor no era de importancia, y como no sé decir que no, lo concedí, volviéndome á mi pueblo. Esta mañana á las diez vine, encontré á Lucas solo, me hizo entrega formal sin que faltase una hilacha, y aparejando su mula y prometiéndome alguna visita, se fué camino de Madrid, adonde me dijo que iba á establecerse, poniendo una taberna.

Si esto era mentira, estaba contado con acento de verdad, con una sencillez que hubiera engañado á cualquiera.

Sin embargo, el alcalde hizo nuevas preguntas y pidió la escritura de venta de la posada, que Andrés le presentó, probando cuanto habia dicho.

La justicia no podia contentarse con esto ni detenerse al primer contratiempo, y el alcalde dispuso que se extendiera la primera declaracion y se procediera á un escrupuloso registro del edificio.

Andrés, á pesar de su sencillez, protestó, alegando que la posada no estaba en jurisdiccion de Madrid; pero el alcalde continuó ejerciendo sus funciones, seguro de que su conducta seria aprobada.

Nada resultó del registro que pudiera comprometer al nuevo posadero.

La inocencia de este se comprendia, teniendo en cuenta que habia comprado la posada antes de que hubiera podido pensarse en aprisionar á don Juan.

Así lo pensó el alcalde; pero como no habia de volverse á Madrid sin haber adelantado absolutamente nada, dispuso llevarse preso al pobre Andrés y cerrar la posada, sellando las puertas, no sin haber hecho embargo de cuanto allí se encontraba.

Tal fué el resultado de los primeros pasos de la duquesa. El hilo se habia perdido y el alcalde desconfiaba de encontrar el ovillo.

Entre tanto, fray Manuel, despues de haber participado á Andrea lo sucedido, volvió á su convento, llamó á Martin y le dijo:

—Mi querido Martin, hay un hombre que vale tanto como nosotros dos.

—¿Podrá encontrar al Duende?—preguntó el donado no muy tranquilo.

—Ni siquiera intentará buscarlo, porque no le importa.

—Entiendo, señor: se trata del misterioso pretendiente de doña Andrea.

—Sí.

—¿Aun no puedo saber quién es ese hombre?

—Me alegraría que lo averiguases; pero yo no puedo decírtelo.

—¿Conque ese hombre vale más que nosotros dos?

—Sí, porque es capaz de hacer lo que nosotros no hariamos. Escúchame con atencion, sabrás lo que sucede, y lo que es preciso hacer.

Martin se cruzó de brazos y miró sin pestañear á su señor.

El carmelita refirió lo sucedido.

Por toda muestra de gran sorpresa y admiracion, el donado abrió más los ojos y arqueó un poco las cejas.

—Bien,—dijo con su calma habitual;—es un acontecimiento imprevisto, y suponeis que el hombre de la cara adusta ha encerrado á don Juan para que doña Andrea pierda la esperanza...

—Sí.

—¿Y qué he de hacer?

—Desde hoy serás un espía constante de ese hombre.

—Seré su sombra.

—Martin, no te digo más...

—Basta, señor: tendré ropa de seglar fuera del convento, porque estas faldas no convienen. La hermana Gregoria me servirá de mucho... ¿Quereis algo más, señor?

—Nada.

—Voy á prevenir el estómago por lo que pueda suceder.

Martin desde aquel dia pasaba fuera del convento muchas horas.

A fray Manuel le sucedia lo mismo.

Y todos, con el afan consiguiente á su situacion, contaban hasta los minutos.

¿Qué era de don Juan?

Ya lo sabremos, si Martin tiene la fortuna de encontrarlo.

Así pasó un dia, dos y hasta seis.

El donado cumplia fielmente su encargo; pero sin fruto, porque Antonio vagaba por las calles sin fija direccion, y solo se detenia en la de la Justa para contemplar la casa de Andrea, pasando en la taberna una hora cada noche por si Juan iba á buscarlo; pero le sucedia lo que á todos: aguardaba en vano y se desesperaba.

Llegó el miércoles y dieron las doce de la noche.

Nada habia conseguido ninguno de los personajes de esta historia.

Desde las nueve Patiño trabajaba en su despacho, revolviendo papeles y tomando apuntes para terminar un proyecto importante y reservado, que queria presentar al rey al otro dia.

Llevaba muchas noches de vigilia y el sueño se empeñaba en cerrar los ojos del incansable ministro.

—No,—dijo, soltando la pluma y restregándose los ojos,—no lo dejaré... Este sueño es debilidad... son las doce... Con algun alimento y media hora de descanso podré seguir.

Solamente un criado habia despierto en la casa, y este recibió la órden de hacer chocolate á su señor.

Cuando dejaron de oirse los pasos del sirviente volvió á reinar el más profundo silencio.

Patiño paseó su mirada por la habitacion, á cuyos extremos no llegaba la luz de las dos bujías con pantallas de seda verde que ardian sobre la mesa.

Luego apoyó sobre esta los brazos el ministro, y dejó caer la cabeza sobre las manos.

Aunque su intencion no era dormir, pocos momentos despues sonó más fuerte su respiracion.

El sueño habia podido más que su voluntad.

Pasaron diez minutos.

Oyóse nuevo rumor de pasos, y el sirviente apareció en la puerta con el chocolate.

—Señor,—dijo, acercándose á la mesa.

Pero Patiño no despertó.

Contemplólo el criado, y como si dudase entre despertarlo ó dejarlo dormir, y decidiéndose por esto último, permaneció inmóvil y pareció meditar.

Luego fijó su mirada en el papel escrito por su señor, y relumbraron sus ojos.

La escena que siguió no dejó de ser interesante, aunque muda.

El ministro seguia durmiendo.

El sirviente se colocó á su lado, y sin dejar el chocolate ni su actitud de presentarlo respetuosamente, volvió á dirigir su mirada á los papeles, y empezó á leer el proyecto con avidez.

Su rostro iba cambiando de expresion, palideciendo y dilitándose con muestras de una viva emocion de alegría, que pocos momentos despues hizo temblar sus manos.

Era preciso volver la hoja para seguir leyendo; pero si Patiño despertaba, ¿qué escusa dar?

—Sí,—pensó el sirviente,—le diré que separaba los papeles para que no se manchasen.

Y extendiendo una mano trémula, el criado volvió el pliego y continuó su lectura.

Bastábale retener en la memoria los puntos más principales sobre que trataba el escrito, y antes de seis minutos habia terminado felizmente su arriesgada empresa.

Dejó el papel como estaba, y silenciosamente volvió á salir de la habitacion.

Cuando estuvo en la inmediata dió con un pié en una silla, fingiendo que habia tropezado, y llegó á la puerta del despacho, diciendo con voz bastante fuerte:

—Señor, señor.

El ruido de la silla y la voz del sirviente despertaron al ministro, que levantó la cabeza, se restregó los ojos y se dispuso á tomar el ligero alimento con que pensaba reanimar sus fuerzas.

No ocurrió entonces otra novedad.

Cuando Patiño hubo terminado lo que él llamaba su segunda cena, el sirviente volvió á la cocina, luego corrió á su dormitorio, y tomando papel y pluma, se puso á escribir apresuradamente.

No hubo escrúpulo ni consideracion que lo detuviese.

El proyecto del ministro era de esos que, conocido de todos, tienen que abandonarse.

El sirviente no hacia más que indicaciones en su escrito; pero bastaban estas para una persona de inteligencia elevada y de conocimiento de los negocios públicos.

La pluma corrió con rapidez por espacio de seis ó siete minutos.

El criado, que parecia presa de una agitacion febril, tenia la frente bañada en sudor.

Tal vez le atormentaban los remordimientos, porque empezaba á comprender los graves males que podia producir su traicion.

Cuando hubo concluido se acercó á una ventana y la abrió.

Tosieron en la calle y él tambien tosió.

Luego silbaron de una manera extraña, y el indiscreto criado dejó caer á la calle el papel que acababa de escribir.

El secreto de Estado acababa de ser revelado á los enemigos del ministro.

En la calle sonaron pasos, que en breve se perdieron.

CAPÍTULO XXXIII.

El Duende sigue haciendo de las suyas.

El dia siguiente, que era jueves, á las nueve de la mañana se vistió Felipe V.

Su primer pensamiento fué El Duende de la córte, y su mirada recorrió el dormitorio, como para convencerse de que no lo habia visitado el misterioso papel.

Luego pasó á su gabinete, preguntó por su esposa, y le dijeron que aún dormia.

El monarca inclinó la cabeza sin despedir al gentilhombre que lo acompañaba.

Pocos minutos despues miró á la ventana, y haciendo un leve gesto de disgusto, murmuró:

—Sigue nublado.

—Creo que lloverá antes de una hora,—se atrevió á decir el gentilhombre para recordar que aun estaba allí.

El monarca lo miró como sorprendido.

—¿Y Patiño?—le preguntó.

—No ha venido, señor.

—A esta hora... Habrá velado... Trabaja mucho... ¡Parece imposible!... Que entre apenas venga.. Dejadme...

Quedó solo Felipe V.

Como algunas veces hacia, empezó á repasar en su memoria todos los sucesos de su vida desde que tuvo uso de razon.

En sus labios vagó alguna sonrisa; pero de esas sonrisas tristes, que revelan el pesar de la pérdida de lo que se ha querido mucho.

Luego se anubló su frente.

Permaneció inmóvil, y trascurrieron cinco ó seis minutos.

Repentinamente se animaron sus ojos, brillaron como en los mejores dias de su juventud, y se puso de pié con una energía que hubiera admirado á cuantos le conocian.

¿En qué pensaba?

Sin duda habian despertado en su mente sus recuerdos de soldado.

Acercóse á la ventana, contempló el nebuloso cielo, y extendió la mirada por los bosques y jardines, que estaban silenciosos y solitarios.

Poco á poco, como el pájaro que al acercarse á los dorados hierros de su jaula se convence de que está encerrado, Felipe V pensó en el encierro de su morada, y en que habian pasado, para no volver, los tiempos en que era feliz entre sus soldados.

Su semblante volvió á entristecerse.

Quiso buscar con la mirada en los jardines alguna cosa que le distrajese; pero solo consiguió ver un hombre que atravesó una pradera y se perdió en un bosquecillo.

—Me aburro y moriré de fastidio,—murmuró el monarca, dejándose caer nuevamente en un sillon.—Empiezo á arrepentirme de haber cerrado la puerta al travieso Duende: si hubiera venido me divertiria.

Al pronunciar estas palabras sonó en una de las ventanas un golpe, rompióse en menudos pedazos uno de los cristales, y penetró en el aposento, cayendo á los piés del monarca, un pequeño envoltorio de papel.

Felipe V no pudo contener una exclamacion de sorpresa, volvió á ponerse de pié, y se acercó presurosamente á la ventana, sin descubrir á persona alguna.

Luego recogió el papel, lo desdobló, quitando una pie-

dra que contenia, y se encontró con El Duende de la córte.

No se detuvo á leerlo; llamó, ordenó que corriesen en busca del atrevido que habia tirado la piedra, y volvió á la ventana para observar.

Todo en vano.

La noticia cundió con prodigiosa rapidez, y en pocos minutos se aumentó considerablemente el número de exploradores.

Tal vez alguno de ellos era el delincuente.

Aquel dia tomó el rey con más seriedad el asunto y cambió de opinion, enojándole tanto El Duende como á su esposa y á Patiño.

La lectura del misterioso papel le produjo una segunda sorpresa, porque encontró el proyecto reservado del ministro, proyecto de que se habia ocupado la noche anterior, y debia presentar aquella mañana.

Felipe V volvió á llamar, y mandó que fuesen á buscar inmediatamente á Patiño, y que se despertase á la reina, dándole conocimiento de lo que acababa de suceder.

Paseóse el monarca de un extremo á otro de la habitacion con paso tan acelerado y firme como en los mejores tiempos de su juventud.

Nadie lo hubiera reconocido en aquellos momentos.

De sus ojos habia desaparecido la expresion meláncolica que los velaba siempre.

Aquella energía no debia durar mucho.

A los pocos minutos se detuvo el monarca, se miró á un espejo como sorprendido de sí mismo, como si quisiera convencerse de que realmente era él quien mostraba tales fuerzas, y luego se dejó caer en un sillon, murmurando con más calma:

—Si hubiese entrado por la puerta, lo perdonaria; pero por la ventana, rompiendo los cristales sin miramiento alguno, como un ladron, y sin pensar que el golpe pude recibirlo en la cabeza... No, no... preciso es poner coto á tanto atrevimiento. El Duende lo sabe todo, y no ignora que me ha hecho gracia, y como los niños mal criados cuando les rien una travesura, se ha envanecido y ha querido probarme que aun vale para más.

El curso de estas reflexiones, bien extrañas por cierto en



—Luego lo leereis: antes deseo despachar los asuntos...

aquella situacion, fué interrumpido por la llegada del ministro, y en seguida por la de Isabel de Farnesio.

Esta presentaba en su rostro claras señales del efecto que le habia producido la noticia; pero antes de pronunciar una palabra, miró á su esposo como si le interrogase.

Patiño disimulaba más su enojo; pero eran aquella mañana algo más profundas las dos arrugas que atravesaban su frente, partiendo de entre las cejas.

—Sentáos, mi buena Isabel,—dijo el rey á su esposa.

Y cuando esta lo hizo así, aquel prosiguió, dirigiéndose al ministro:

—¿Cuánto nos cuesta la policía entre sueldos y gastos de espionaje?

—Señor,—respondió Patiño con marcado disgusto,—no puede fijarse una cantidad; á veces cuesta en un dia, en una hora, más que en otras ocasiones en un año, porque si hay confidencias importantes...

—Bien, bien,—interrumpió el monarca;—lo mismo es para el caso. Con el sistema que pienso establecer, la cantidad será invariable. Hoy mismo despedireis á toda esa canalla, que espia para proteger á los criminales y delatar á los hombres honrados que en un momento de expansion dicen algunas palabras imprudentes.

Isabel de Farnesio y el ministro fijaron en el rey una mirada de extrañeza.

—Me ofrecen de balde lo que cuesta mucho dinero, y debo aceptar. Desde hoy,—repuso el monarca, sonriendo,—ningun gobierno tendrá una policía mejor ni más barata que la nuestra. Cumplid esta órden, dejad de perseguir al DUENDE, y vereis el resultado.

—Señor,—dijo el ministro,—ya tengo noticia del nuevo atentado...

—Basta... no hablemos más de eso...

—¿Quereis,—preguntó la reina,—darme el papel?

—Luego lo leereis: antes deseo despachar los asuntos que Patiño me presente.

—Pero...

—Aguardad, mi querida Isabel,—replicó el monarca.

Era la primera vez que este se mostraba tan enérgico, y la reina calló, mordiéndose los labios con despecho.

—Señor,—dijo el ministro,—hoy no pensaba presentar á vuestra majestad más que un proyecto...

—¿Relativo á la grave cuestion del trono de Nápoles?

Al oir estas palabras, Patiño no pudo contener un gesto de sorpresa, abrió extremadamente los ojos y no acertó á responder. ¿Cómo era conocido su proyecto, cuando á nadie, ni aun á la reina, lo habia confiado, cuando apenas hacia cinco horas que acababa de trasladarlo al papel?

—¿No es verdad?—añadió el rey.

—Sí, señor,—balbuceó el ministro.

—Ese plan,—repuso el monarca,—prueba vuestro privilegiado talento y el acendrado amor que nos teneis; pero presenta sus inconvenientes: la reina no puede juzgarlo, porque lo mirará con la pasion de madre, yo con la de padre, y nuestro hijo don Cárlos no puede tampoco ver más si no que se le ofrece un trono. Precipitar los sucesos es peligroso, y creo que es preferible un camino más seguro, aunque sea más largo. Además, la realizacion del plan es imposible siendo conocido, y ya lo conoce todo el mundo; lo ignorais, porque la policía, que tanto dinero cuesta, no ha podido averiguarlo tan pronto como la mia, que trabaja de balde.

Patiño palideció.

La reina tuvo que hacer un esfuerzo para dominarse y callar.

—Ved,—añadió el monarca, dando á su ministro EL DUENDE DE LA CÓRTE,—ved si es ese vuestro proyecto.

Pocos instantes necesitó Patiño para convencerse de que habia sido sorprendido su secreto.

El misterioso papel pasó luego á manos de la reina, que lo leyó con avidez.

¿Cómo se explicaba aquello?

El periódico habia debido imprimirse lo más tarde la noche anterior, y entonces el ministro escribia su plan: era preciso que EL DUENDE hubiese adivinado.

Estas reflexiones, que Patiño hizo al monarca, no sirvieron

más que para dar importancia y valor al autor del satírico papel, y probar la torpeza de los que no podian descubrirlo.

Felipe V, como si hubiese agotado sus fuerzas con lo mucho que habia hablado, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó silencioso.

—¿Quién,—dijo la reina, cuyos ojos brillaron como dos carbunclos,—quién hay en Madrid que valga bastante para hacer esto? Solo uno, no más que uno conozco...

—¿Y ese hombre quién es?—preguntó el monarca haciendo un esfuerzo.

—Permitidme, señor, que calle su nombre hasta que el tiempo justifique mis sospechas.

Patiño se sonrió.

—Bien, calladlo... Y vos, Patiño, no olvideis lo que voy á deciros... Tres dias teneis para encerrar en un calabozo al autor de esos escritos...

—Señor...

—Si no lo conseguís, otro será más afortunado que vos.

La amenaza de una destitucion no podia ser más clara ni terminante.

El rostro de Isabel de Farnesio se cubrió de mortal palidez, y el de Patiño enrojeció como si fuese á brotar la sangre.

La conversacion fué interrumpida por el anuncio de la llegada de fray Manuel, á quien el rey mandó entrar.

El carmelita vió en los rostros de sus adversarios las señales de la borrasca; pero fingió no advertirlo, y saludó como de costumbre.

—En buen momento llegais,—dijo el rey mientras que su esposa y el ministro cruzaban una mirada de inteligencia.—Hablamos de noticias y vos traereis algunas. ¿Habeis visto El Duende?

—Señor, de mano en mano corre por toda la villa; sin recato se lee y se comenta en calles y plazas, formando juicios que me han hecho variar de opinion, convenciéndome de que es un papel peligroso.

—Ya lo he visto.

—Entonces nada tengo que explicar á vuestra majestad. Lo

que EL DUENDE dice sobre ese supuesto plan relativo á Italia, hace murmurar á la gente, acusando á vuestro gobierno de que no se ocupa más que de ambiciones locas...

—¿Quién se atreve á hablar así?—preguntó vivamente Patiño, que habia perdido la serenidad, que tan pocas veces le abandonaba.

—¿Quereis saberlo para castigarlo?

—Sí.

—Pues salid de aquí y mandad que prendan al primero que encontreis,—repuso tranquilamente el fraile.—Pero hay otra cosa que importa más, el autor de esos escritos.

—No hay que pensar en él,—dijo el rey;—la policía se declara impotente para encontrarlo.

—¿Qué importa eso?—replicó la reina, creyendo llegado el instante de asestar un golpe certero.—Fray Manuel nos ha prometido su ayuda, y descubriremos al criminal.

El carmelita sonrió levemente, miró algunos instantes á Isabel de Farnesio, y luego respondió con más calma que nunca:

—Una cosa es descubrirlo, y otra apoderarse de él. Lo primero está á mi cuidado, lo segundo toca á vuestro gobierno, es decir, á sus agentes, y pueden ser tan torpes para prenderlo como han sido para buscarlo.

Fray Manuel vió fijarse en su rostro tres miradas que revelaban el efecto que habia producido con lo que acababa de decir.

El rey habia salido de su indiferencia.

Isabel de Farnesio se encontraba contrariada, porque temia tener que confesar que se habia equivocado con respecto al carmelita.

A Patiño le mortificaba que otro probase que valia más que él. ¿Qué diria el monarca cuando viese que un fraile desde su celda habia conseguido hacer más que el ministro con una numerosa y bien pagada policía.

Hubo algunos momentos de silencio.

—Explicáos, padre,—dijo al fin el rey.

—Señor, entrando por la Plazuela de Herradores, en la calle de las Hileras, se encuentra á la izquierda una casita, que es la

segunda, que no tiene más que el piso bajo, y está siempre cerrada como si nadie la habitase. Sin embargo, algunas noches suena ruido en su interior, y hay quien asegura que todas las tardes al oscurecer llega un hombre embozado hasta los ojos, abre y entra sin que se le vuelva á ver salir.

—¿Y sospechais?...

—Creo que ese es El Duende.

Las tres miradas que se fijaban en el carmelita brillaron más; pero ninguno de los tres personajes acertaron á pronunciar una palabra; contentáronse con entreabrir la boca como para dejar salir una exclamacion de sorpresa ó de despecho; pero se ahogó en sus gargantas.

Isabel de Farnesio hubiera dado diez años de vida por alcanzar el triunfo que hacia sonreir al fraile.

—Ya lo sabeis,—dijo este al ministro;—todas las tardes al oscurecer...

—¡Ah!... Hoy mismo...

—Pero no olvideis la circunstancia de que el embozado entra y no sale.

—Véalo yo entrar, que el hacerle salir corre de mi cuenta.

—Entonces me voy tranquilo.

—¿Ya nos dejais?

—He de estudiar un sermon, y si vuestra majestad me lo permite...

—Quisiera, padre, que á la hora de prender al Duende...

—Como por casualidad apareceré por la calle de las Hileras.

—Nos habeis prestado un gran servicio.

—He cumplido con mi deber, señor.

—No,—dijo el monarca como si se hubiese propuesto mortificar á su ministro,—ese era un deber de mi gobierno, de la justicia, que nada han hecho, á pesar de que para eso les paga el Estado; pero no vuestro... ¡Y os habeis negado á ser mi confesor!...

—Nada, señor, nada quiero más que tener la honra y la satisfaccion de servir á vuestra majestad.

Y al pronunciar estas palabras, el carmelita salió del aposento, mientras la reina y Patiño, este pálido de coraje y aque-

lla enrojecida por el despecho, cruzaban una mirada ardiente.

—Ya lo veis,—dijo el monarca á su esposa,—el tiempo, segun deseábais, ha venido á sacaros de dudas, probando lo infundado de vuestras sospechas.

—Me alegro, señor,—respondió Isabel de Farnesio, poniéndose de pié,—así puedo estar segura de tener un verdadero amigo más.

Y tambien dejó la cámara.

El rey volvió á inclinar la cabeza, como dispuesto á no hablar más, y Patiño pudo salir sin inconveniente para ir á reunirse con la reina.

Entre esta y aquel mediaron pocas palabras.

—Ya lo veis,—dijo el ministro sin disimular su enojo,—mis enemigos trabajan con resultado...

—Pero yo os sostendré,—replicó la impetuosa italiana, cuya mirada ardiente parecia querer penetrar hasta el alma de Patiño.—¡Ah!... Os sostendré, aniquilaré á vuestros enemigos, ó dejaré de ser quien soy. El último ministro de Felipe V lo sereis vos, porque el dia que intente sustituiros dejaré de oponerme á que abdique por segunda vez.

Y la reina tendió, como si la abandonase, al favorito una mano, que él besó, diciendo luego mientras señalaba á su corazon:

—Señora, aquí era preciso que viéseis lo que habia: mis palabras no pueden expresar... mi gratitud...

Y salió de la régia cámara.

Isabel se oprimió el pecho y se dejó caer sobre un sillon, come si en un segundo se hubieran agotado sus fuerzas.



CAPÍTULO XXXIV.

De cómo Patiño cometió una segunda torpeza.

Como el cielo estaba nublado aquel dia, á las cuatro de la tarde empezó á oscurecer como si ya el sol tocara á su ocaso.

Un observador hubiera podido ver á aquella hora que por la Plazuela de Herradores, calle de las Hileras y las Fuentes, atravesaron separadamente algunos embozados, que miraban de reojo á su alrededor; seguian paso entre paso, y al llegar á la primera esquina que encontraban, retrocedian como si no quisiesen dejar aquellos sitios, pero tampoco estar parados, porque habrian infundido sospechas.

Ninguno de ellos tenia traza de ser persona de calidad: solamente uno, que fué el primero que llegó, parecia ser un caballero, aunque iba modestamente vestido.

Pasó media hora, y como el sol descendia y espesaban las nubes, oscureció más, y vióse brillar alguna luz en el interior de las casas.

Entonces los embozados dieron más cortos sus paseos, y algunos se pararon en la plazuela, aunque sin reunirse ni mirarse.

Vióse entonces subir otro embozado por la calle de las Hileras, el cual, como si fuese muy preocupado, no miró á los que por allí andaban, ni aparentó apercibirse de ellos, y acercándose

á la casita misteriosa, sacó una llave y abrió la puerta, entrando y volviendo á cerrar sin haber dejado ver el rostro.

El otro, que hemos dicho parecia ser un caballero, y en quien nuestros lectores habrán reconocido á Patiño, no perdió un instante: acercóse á la puerta y escuchó mientras relumbraban sus ojos.

Los demás fueron acercándosele, y en pocos momentos se reunieron diez hombres, quedando todos agrupados al rededor del ministro.

Este se desembozó, dejando ver su semblante pálido y contraido, y despues de meditar algunos instantes, su convulsa diestra asió el aldabon y dió algunos golpes.

Nadie respondió.

En cambio algunos curiosos se asomaron á los balcones y ventanas de las casas vecinas y otros se detuvieron en la calle.

Patiño volvió á llamar; pero tampoco le contestaron.

—No me equivoqué,—murmuró,—y he obrado con acierto en venir prevenido.

Y volvióse hácia uno de los que le rodeaban, sin duda para dar una órden; pero se detuvo, porque vió á un fraile que desde la calle Mayor llegaba á la plazuela.

—Debe ser fray Manuel... ¡Oh!...

Efectivamente, pocos minutos despues se le acercaba el carmelita, preguntando:

—¿Ha venido?

—Sí,—le respondió el ministro,—acaba de llegar, he llamado...

—Supongo que no habrá respondido...

—Lo cual,—replicó Patiño,—no me importa; he hecho que me acompañe un cerrajero, y en breve tendré la entrada libre.

—¿No habeis tomado ninguna otra medida para echar mano al Duende?

—Creo que lo primero es abrir la puerta para llegar hasta él.

—Somos de distinta opinion,—dijo con calma el fraile.

Patiño lo miró con sorpresa.

—Os dije,—añadió fray Manuel,—que una falta de prevision podia dejaros burlado.

—¿Y esa falta?...

—Ya la habeis cometido.

—¡Padre!—exclamó el ministro, cuya agitacion crecia.

—Os advertí, señor Patiño, que al Duende se le veia entrar, pero no salir.

—Lo cual prueba que permanece aquí la mayor parte de la noche, y sale cuando duermen los que pudieran verlo...

—O que sale por distinto lado del que entra.

—¡Oh!—exclamó el ministro, apretando los puños con desesperacion.—Corred cuatro de vosotros á la calle de las Fuentes, situaos á las puertas de las casas que hay tras esta, y que nadie salga, absolutamente nadie... ¡Pronto, canalla!

La órden fué ejecutada con prontitud.

Los cuatro guardianes encontraron solitaria la calle de las Fuentes, no viendo más que á un fraile carmelita, que salia de ella para atravesar la Plazuela de Herradores.

Fray Manuel tambien lo vió, y un fugaz relámpago de viva alegría se escapó de sus ojos.

Las tinieblas recobraron su imperio.

Uno de los dependientes de la autoridad encendió una linterna.

El cerrajero empezó á ejercer sus estrepitosas funciones, y los golpes del martillo resonaron con gran extrañeza de los curiosos.

En pocos minutos quedó franca la entrada de la supuesta guarida de El Duende.

Patiño se adelantó.

—Deteneos,—le dijo el carmelita, estorbándole el paso.—No sabemos si aquí se oculta un asesino. ¿Es posible que hayais perdido la calma, que nunca os abandonó?

Y dirigiéndose á los esbirros, añadió:

—Entrad, y si teneis miedo, dadme la luz y yo entraré.

Salieron de sus vainas seis espadas, y cuatro de los agentes de la autoridad, seguidos de fray Manuel y el ministro, entraron en la casa, mientras los dos restantes quedaron guardando la puerta y mandando que se alejaran los curiosos transeuntes que iban reuniéndose.

El edificio estaba pronto registrado, pues no tenia más que tres ó cuatro aposentos.

En uno de estos habia una caja de imprenta llena de letra y una mesa grande, donde se veian algunos papeles, tinta y un rodillo, que debia servir para estampar á falta de prensa, pues no la habia, encontrándose además una parte de composicion de letra, que resultó ser de la que habia servido para el último número del periódico, y que estaba por distribuir.

Habia tambien un velon, y sobre una silla, única que se encontraba en el aposento, una capa verde oscuro y un sombrero negro de extendidas alas, que parecia ser el mismo que llevaba el hombre que antes habia entrado.

—Ya lo veis,—dijo el carmelita con su inalterable tranquilidad,—se ha escapado... ¿Qué dirá el rey?

—¡Vive el cielo!—exclamó Patiño, que ya no trataba de disimular su desesperacion.—¿Pero por dónde se ha ido, por dónde?... ¡Oh!... ¡Se ha burlado de mí!...

—Por donde se ha ido lo veremos, puesto que los hombres no se evaporan... Venid aquí...

Abrieron una puertecilla y se encontraron en un patio.

—Ya lo veis,—dijo el carmelita, señalando á la tapia que daba á otro patio, y una escalera de mano que en ella habia apoyada.

Patiño, ciego de coraje, arrojó al suelo su capa, y sin pensar en el peligro que podria correr, ni escuchar las advertencias del carmelita, trepó velozmente por la escalera, y de un salto se puso al otro lado de la tapia.

Los esbirros lo siguieron mientras fray Manuel se volvia para buscar á tientas la puerta de la calle.

El lance, que habia empezado siendo muy sério, acabó por ser cómico y prestarse admirablemente al ridículo desde que Patiño subió á la tapia como un alguacil.

La ira del ministro rayó en locura.

Dió multiplicadas órdenes, y sin miramiento alguno, sin comprender que representaba un papel indigno de su elevada posicion, registró una por una todas las habitaciones, todas las casas que rodeaban la guarida del travieso Duende.

En tales casos pagan justos por pecadores, y esto sucedia más fácilmente en aquella época, en que la justicia no era muy escrupulosa en los medios que empleaba para cumplir su mision. Una casa se allanaba por el último corchete, y cualquiera persona era encerrada en un calabozo, sin más motivo que la presuncion caprichosa de un alcalde.

Así sucedió entonces: cuatro honrados vecinos tuvieron la desgracia de que les viniese el sombrero abandonado por El Duende, y los cuatro fueron atados y conducidos á la cárcel.

Cuando ya no hubo que hacer más que extender diligencias, autos y declaraciones, abandonó Patiño la misteriosa casa.

¿Cómo presentarse al rey?

¿Cómo decirle que sin una loca imprevision estaria ya preso el autor de las sátiras?

¿Cómo confesar una torpeza indisculpable, dando así más valor al carmelita?

Si Felipe V estaba como por la mañana, el ministro, para obrar con dignidad, tendria que presentar su dimision, con lo cual El Duende habia conseguido sus deseos, triunfando á despecho de la reina.

Patiño, trastornado, más exaltado por la ira cuanto más se convencia de su impotencia, llegó á la régia morada más pronto de lo que hubiera deseado, y sin conseguir dar á su rostro una expresion tranquila, llegó á la antecámara del rey.

—Perdonad,—le dijo un gentilhombre, deteniéndolo,—su majestad ha ordenado que antes de que entreis digais si os habeis apoderado de El Duende.

—¿No quiere recibirme?—preguntó el ministro, cuyas mejillas, antes rojas como el carmin, palidecieron cadavéricamente.

—Sí; pero antes...

—Solo á su majestad puedo decir...

—Es órden terminante.

Patiño reflexionó y luego repuso:

—Bien, decid á su majestad que hay presos cuatro hombres, entre los cuales uno debe ser el criminal, á pesar de que todos niegan, como es consiguiente.

El gentilhombre entró en la cámara real, volviendo pocos momentos despues.

—¿Qué ha dicho su majestad?—preguntó el ministro afanosamente.

—Me escuchó sin levantar la cabeza, y me respondió á media voz: «Bien.»

—¡Ah!...

—Entonces me atreví á preguntarle si queria veros, y movió la cabeza significando que nó.

Esto no podia ser más elocuente para quien conociese el carácter del monarca, y Patiño se persuadió de que al dia siguiente dejaria de ser ministro, á pesar de la decidida proteccion de la reina.

El triunfo de El Duende iba á ser completo, y mortificábale á Patiño más que una torpeza suya fuese la causa de su derrota.

Sin perder un instante, el desesperado ministro se dirigió al aposento de Isabel de Farnesio.

—Todo lo sé,—dijo esta apenas vió á su favorito.

—¡Que todo lo sabeis!—repitió el ministro con gran sorpresa.

—¡Oh!—exclamó la reina con voz ronca por la ira.—Mirad...

Y señaló á un papel que habia sobre el velador, de que en otra ocasion hablamos.

Patiño tomó el papel, que estaba escrito, y leyó con avidez.

Era una relacion exacta de cuanto habia sucedido en la intentada prision de El Duende, concluyendo con las siguientes razones:

«Esto probará á vuestra majestad que los cuatro presos son inocentes, pues si alguno de ellos fuese el llamado criminal, no podria tener la honra de escribiros tan pronto. Los infelices no han cometido otro delito que tener la cabeza igual en volúmen á la mia... Debe haber perdido la suya el gran Patiño, cuando no ha encontrado más recurso que mi pobre sombrero. Sin embargo, confieso que el medio es ingenioso, y abre un ancho camino á los jueces; si todos los criminales olvidasen su sombrero, ningun crímen quedaria impune.»

—¿Cómo,—preguntó Patiño, estrujando el papel entre sus convulsivas manos,—cómo ha llegado aquí esto, señora?

—No lo sé... aquí estaba...

—¡Oh!...

—Ya lo veis, ninguno de esos cuatro...

—Señora, me prometísteis proteccion...

—La tendreis...

—No puedo aceptarla, — replicó el ministro con breve acento.

—¿Pensais renunciar?...

—Pienso, señora, obrar con dignidad.

—Patiño...

—Señora, perdonadme: esta mañana era mi situacion muy crítica, ahora es muy peligrosa, y mañana será ridícula.

—Mas calma, — dijo la reina, esforzándose para parecer tranquila y poder inspirar confianza al favorito. — No se ha perdido todo.

—El rey acaba de negarse á recibirme.

—Os recibirá mañana: le direis que El Duende está preso, y solo falta distinguirlo entre los cuatro que hay en la cárcel...

—Llegará el jueves...

—Para entonces no sabemos lo que habrá sucedido; ahora lo que nos importa es ganar tiempo.

—Pero este papel...

—Mi esposo no lo veerá, porque entonces mandaria poner en libertad á los presos.

La conversacion fué interrumpida por la llegada de un gentilhombre, que iba de parte del monarca con un papel.

—Señora,—dijo,—su majestad ordena que se os entregue este escrito que acaba de recibir.

Isabel tembló, y apenas salió el gentilhombre, ella y Patiño examiraron el papel.

Era enteramente igual al que acababan de leer.

La reina dejó escapar un grito agudo y su semblante enrojeció como si fuese á brotar la sangre.

—Ya lo veis,—dijo el ministro con voz ahogada.—Ya lo veis, no hay remedio... ¡Estoy en ridículo!...

—Vengadme, Patiño, vengadme... vengáos á vos mismo.

—Pero ¿dónde está ese miserable, dónde?... ¡Oh!...

El rostro de Isabel cambió de expresion.

Una sonrisa extraña dilató su boca, en tanto que sus miembros se agitaban convulsivamente.

—¡Dónde está!—dijo.—¿No habeis adivinado quién es? ¿No comprendeis que solo un hombre hay capaz de hacer eso, un solo hombre que tanto valga?

—Fray Manuel...

—Sí.

—Pero él ha sido quien ha delatado...

—Ha querido que no se piense en él, distraer nuestra atencion...

—¡Ah!...

—Es preciso espiarlo...

—Ya no tengo duda: esto es obra del fraile: ahora comprendo... ¡Se ha burlado de mí!... Calma, sí: ya tengo la calma que me pedíais... Señora, permitidme que os deje; no quiero perder un instante...

—Sí, corred...

—Os debo más que la vida...

—Bien, pagadme...

—Es deuda del corazon, y el mio es todo vuestro... como el de un vasallo fiel...

Isabel de Farnesio no acertó á contestar.

Patiño salió convulso de alegría.

CAPITULO XXXV.

Donde se verá que Martin encontró el hilo tan buscado por la duquesa.

La influencia de Isabel de Farnesio pudo evitar la caida de Patiño; pero no que el monarca persistiese en la extraña idea de que si su ministro no lograba descubrir al DUENDE, probaba que era un hombre poco ménos que inútil.

Desde entonces, como fácilmente se comprende, fué muy falsa la posicion del favorito, y para evitar su ruina, se necesitó todo su privilegiado talento y el decidido apoyo de la reina.

No era ménos peligrosa la situacion de fray Manuel: desde el siguiente dia de la pesada burla de la calle de las Hileras, el carmelita tenia dentro del convento un espía que lo observaba dia y noche, y fuera del convento otro seguia todos sus pasos.

Otro que nuestro fraile, hubiese caido pronto en el lazo; pero él, si bien los primeros dias no se apercibió de que era espiado, temió serlo y tomó sus medidas.

Si hubiesen seguido á Martin, todo se habria descubierto; pero ¿quién habia de pensar en el pobre donado?

Así pasaron dos, tres y cuatro dias, sin que ninguno de ellos dejase de preguntar el rey á Patiño si tenia esperanzas de encontrar al DUENDE.

Entre tanto, Martin, aunque no corria ni parecia que se moviese mucho, cumplia todas las órdenes de su señor sin olvidar la de seguir á Antonio para descubrir el paradero de don Juan.

Una tarde, la del martes por cierto, iba el donado tras el verdugo, y este, en vez de vagar por diversas calles, tomó la de Atocha y siguió hasta encontrarse fuera de Madrid.

Allí habia un hombre con un caballo.

Antonio no habia visto que lo seguian, y sin detenerse más que á ponerse unas espuelas, cabalgó y partió.

Martin dudó entonces, si seguir hasta donde pudiera al enamorado misterioso, ó al que lo habia esperado con el caballo.

El primero habia tomado al trote un camino que era muy conocido del donado: era imposible seguirlo á pié, y por consiguiente tiempo perdido.

Decidióse Martin á espiar al otro, que siguió la calle de Atocha, la de la Magdalena y Lavapiés, y entró en una de esas casas, verdaderos nidos de criminales, donde el mejor agente de policía no consigue averiguar quiénes son los verdaderos inquilinos, pues tampoco puede asegurarlo el dueño de la casa.

El donado esperó dos horas con su paciencia sin igual; pero el desconocido no salió.

Entrar en la casa para hacer averiguaciones, era arriesgado por las sospechas que pudieran despertarse, y el resultado no prometia ser satisfactorio.

Como habia tenido dos horas para reflexionar, Martin se convenció de que habia adelantado mucho, y trazó su plan para el dia siguiente.

Cuando volvió al convento dijo á fray Manuel:

—Señor, el hombre misterioso ha montado á caballo en Atocha y ha tomado el camino de Extremadura.

—¡Ah!—exclamó el carmelita.—Ha ido á ver á don Juan.

—No he podido seguirlo; pero no irá solo el segundo viaje que haga: desde mañana tendré un caballo preparado...

—A caballo, en la soledad de un camino, se apercibirá de que lo siguen...

—Por eso iré delante, veré donde se detiene, y otro dia se hará lo demás.

Fray Manuel aprobó el plan.

No se equivocó Martin: al otro dia volvió Antonio á las inmediaciones de Atocha y partió á caballo; pero el donado iba delante, como un viajero cualquiera.

Dos horas anduvieron.

El sol estaba cerca de su ocaso, y Martin empezó á temer que el viaje se prolongara hasta la noche.

—Nunca,—pensó,—he sido tan torpe; nada traigo de comer, y no podré detenerme en ninguna posada si no se detiene mi hombre. ¿Habrá conocido el juego y querrá darme un chasco? La broma seria pesada.

Y volvió la cabeza con la esperanza de que Antonio se detuviese ó retrocediera; pero quedó sorprendido al ver que ya no lo seguia.

—¡Ah!—murmuró con inquietud.—Tiempo perdido... Paciencia...

Detúvose, miró á todos lados, y al fin descubrió á Antonio que habia tomado una vereda y seguia sin permitir á su caballo que dejase el trote.

—Bien,—dijo Martin ya tranquilo;—no he perdido el viaje, si bien tendremos que esperar un dia más, porque no seria prudente seguirlo... Dentro de una hora en Madrid, porque espolearé á mi caballo con la misma fuerza que me atormente el hambre.

El verdugo siguió sin volver atrás la cabeza, y á los pocos minutos se perdió de vista.

Una hora despues se encontraba el donado en Madrid.

Para no exponerse á quedarse sin cenar, el buen Martin se previno al dia siguiente de una tortilla de huevos y jamon, pan, agua y vino, y aunque empezaba á llover, con las alforjas llenas emprendió su camino alegremente.

Vió que esperaba el desconocido con el caballo, y no se detuvo, sino que siguió el camino que habian andado la tarde anterior, y tomando la vereda adelantó buen trecho.

—Aquí esperaré, y apenas lo divise emprenderé la marcha.

El donado eligió para aguardar el pié de un copudo castaño, cuyo espeso ramaje le protegia contra la lluvia, que empezaba

á espesar, y sacando la bota, bebió como por entretenimiento.

Un cuarto de hora despues divisó un bulto; luego vió que era un jinete.

—Es él,—dijo Martin,

Y cabalgando nuevamente siguió la vereda, mirando atrás de vez en cuando.

Las nubes parecian amontonarse sobre las cabezas de los viajeros; el viento arreciaba; se hacia cada momento más copiosa la lluvia, y el resplandor de algunos relámpagos iluminó el horizonte.

Antonio avanzaba con más rapidez que la tarde anterior, y Martin hacia lo mismo.

En las contínuas revueltas del camino se perdian muchas veces de vista; pero el donado no queria detenerse ni aflojar el paso, por temor de infundir sospechas.

Tan preocupado iba Antonio, que no se apercibió del jinete que iba delante de él.

Al cabo de media hora de mal camino, vió Martin á la derecha, en medio de un terreno pedregoso, una casita de rústica construccion y miserable aspecto, y como por allí, en cuanto alcanzaba la mirada, no habia otra vivienda, el buen donado concibió la esperanza de haber llegado al término de su viaje.

No se equivocó.

Antonio puso su caballo al galope, y en pocos momentos llegó á la casita, cuya puerta se abrió como por encanto, y apeándose entró y tras él su cabalgadura.

A pesar de la lluvia y de que las espesas nubes cerrarian más pronto la noche, Martin, soldado antes que fraile, se detuvo y esperó con la misma calma que si se encontrase en la mejor celda del convento.

Diez minutos despues dijo:

—Casi puede asegurarse que don Juan está encerrado ahí, pero debo asegurarme.

Y descabalgando, ató las riendas de su corcel al tronco del único árbol que por allí se veia, y con su andar reposado, sin importarle la lluvia que caia ni el lodo en que se hundian sus piés, acercóse á la casa y se colocó junto á una ventana con reja

de hierro, que habia próxima á la puerta y á poca altura del suelo.

Escuchó y nada oyó.

Atrevióse á mirar, y vió un aposento de paredes ahumadas, con un hogar desmantelado, una mala cama y algunas vasijas y muebles sucios.

Cuando lo examinó todo, separóse de allí, y arrimado á la pared, empezó á dar vuelta al edificio, sin encontrar otra ventana, y llegando á la tapia de un coral:

—Es una verdadera prision,—dijo el donado, cuya calma no se alteraba.

Y siguió su exploracion.

Terminó la tapia, y siempre arrimado á la pared, continuó, encontrándose al fin en el punto de partida.

No habia encontrado otro agujero ni oido nada.

Tal vez sin el zumbido del viento ni el crugido de los truenos, que se repetian con frecuencia, hubiera percibido algun rumor de voces.

Volvió á mirar y escuchar por la reja, y algunos momentos despues llegó á sus oidos el murmullo de voces, que bien pronto fué sofocado por el estruendo de la tormenta.

Era, pues, inútil aguardar, y en estremo imprudente hacer cualquiera otra tentativa, mucho más tratándose de Antonio, que habia visto otras veces al donado y podia reconocerlo, á pesar de que este no iba vestido de fraile.

Así lo comprendió Martin, y decidió comer un pedazo de la tortilla, echar un trago y volver á Madrid; pero cuando llegó donde estaba su caballo y metia la diestra en la alforja, se abrió la puerta de la casa y salió Antonio con su caballo.

—Esto es otra cosa,—dijo Martin;—debo esperar.

El ejecutor de la justicia, más sombrío que nunca, cabalgó, embozóse en su ancha capa, y partió como si quisiese competir en velocidad con el viento que silbaba.

—Buen viaje,—murmuró el donado.

Y sacó la tortilla, comió, empinó la bota y desató las riendas de su caballo, acercándose á la silenciosa casa.

Habian cerrado la ventana.

Martin descabalgó, llegó á la puerta y dió en ella varios golpes con la mano.

Nadie respondió.

Entonces cogió una piedra para llamar más cómodamente y con mayor ruido.

Pero tampoco le contestaron.

Nuevos y más recios golpes y más silencio, convencieron al donado de que era inútil esperar.

Si don Juan estaba allí, su carcelero, para evitar compromisos, se hacia el sordo.

Ocurrióle á Martin romper la puerta, que no era muy fuerte, ó escalar la tapia; pero ¿quién le aseguraba que semejante paso no era pronunciar la sentencia de muerte del ilustre mancebo?

Esta consideracion detuvo al donado, á quien sobraba valor para entrar en la casa y habérselas con los carceleros de don Juan.

Se acercaba la noche y la lluvia no cesaba.

Antonio habia partido como si quisiera dejar atrás el viento, y Martin corrió como si intentase alcanzar á Antonio.

CAPÍTULO XXXVI.

Un aviso.

Fray Manuel opinó como su criado, y creyó que don Juan estaba encerrado en la solitaria casita.

—¡Gracias, Dios mio!—exclamó el fraile.—Habeis tenido piedad de la infeliz huérfana.

Y al dia siguiente, á las nueve de la mañana, fué á casa de Andrea para comunicarle las noticias que habia llevado Martin.

Los sufrimientos dejan en el rostro huellas indelebles, y cuando se intenta ocultarlos con sonrisas, estas son tristes como el canto de la tórtola. Los dolores hacen envejecer, porque menguan la existencia, apagan el brillo de los ojos y velan el semblante con la sombría nube de la ancianidad. Por eso las sonrisas de los desgraciados son tristes y amargas como las de la vejez, que mira desdeñosamente la vida que ha pasado, que se burla de las ilusiones que ha perdido y comprende la única realidad que no ha de desvanecerse como todas las esperanzas de la juventud, el sepulcro, donde ya tiene un pié. Un corazon marchito, una imaginacion que no sueña, un alma que siente si le hacen sentir, pero que no es susceptible de experimentar una emocion; unos ojos que ven realidades horribles, como el esque-

leto bajo la púrpura, el humo en los honores, la nada en las riquezas y la fosa entre las flores que nos encantan, y siempre abierta á nuestros piés, cuando corremos tras el fantasma ilusorio de la felicidad; una experiencia que todo lo examina, todo lo encuentra pequeño, imperfecto y dudoso... ¿Es esto vida?... Esto es la transicion entre la vida y la muerte, es la vejez con su indiferencia unas veces, con su egoismo otras, pero siempre triste, sombría, amarga, sarcástica... Y como la vejez no son los años, sino la proximidad á la muerte, el punto donde nos encontramos del camino que Dios nos manda recorrer, los que impulsados por sus dolores caminan muy aprisa, llegan en pocos años cerca del término fatal, y desaparece de su rostro el encanto de la juventud, se apagan sus ojos como los del anciano, y su belleza, si se ha conservado á pesar de las lágrimas y el insomnio, no es la belleza que cautiva. Para apreciar la juventud es necesario conocer los sufrimientos. Todos hemos de pasar por las pruebas señaladas en nuestro destino, y llegada la última, la existencia acaba, porque entonces la criatura no tiene razon de ser; y por eso el que apura más aprisa sus dolores, aquel á quien las circunstancias van arrancándole ilusiones y presentándole realidades en ménos tiempo, deja de existir más pronto.

Los sufrimientos habian estampado en la frente de Andrea su sello inequívoco; se habia conservado su belleza sin igual; pero ya no se escapaban de sus azules ojos los destellos que habian encendido tantos corazones. Sin embargo, la expresion melancólica de su pálido rostro, sus tristes sonrisas y su languidez, hubiera conmovido profundamente un alma delicada.

En el gabinete que ya conocemos, sentada con el abandono de su enervacion, recibió la jóven al carmelita, único ser que comprendia los dolores de la desdichada.

—Padre mio,—dijo Andrea con dulzura y besando respetuosamente la diestra del sacerdote,—no me olvidais, venís como siempre á consolarme... ¡Gracias!

—Vengo,—respondió fray Manuel con ternura,—á recordaros que es infinita la misericordia de Dios, que jamás desoye nuestros ruegos, si tenemos fé en su divina justicia...

—Sí, padre mio; fé en su santa justicia tengo; sufro con

resignacion los dolores que me envia; pero nada espero en la tierra.

—¡Eso decís cuando ha sucedido lo que no pudísteis esperar, porque lo creíais imposible! Cuando os participé mi esperanza de que don Juan volviese de Lisboa sin casarse, me respondísteis con una sonrisa de duda.

—Es verdad,—repuso la jóven;—pero ¿de qué ha servido? Don Juan se encuentra en poder de su rival...

—Lo sacaremos de su prision.

Andrea movió tristemente la cabeza.

—Ya sabeis,—añadió el carmelita,—que no me entrego fácilmente á risueñas esperanzas, para evitar desengaños que no hacen más que agravar los dolores; pero esta vez, si Dios quiere ayudarme como la anterior, volverá don Juan á Madrid antes que un nuevo dia.

—¿Qué estais diciendo?—preguntó vivamente Andrea, cuyo rostro cambió de expresion.

—Escuchadme con calma, os referiré lo que ha sucedido...

—Sí, sí, padre mio... ¡Dios os bendiga!...

—No olvideis, doña Andrea, que con la libertad de don Juan no se ha conseguido todo.

—Lo sé: falta que luego quiera pagar su deuda; pero vos le hareis comprender su deber, y al fin cederá, porque su alma es generosa á pesar de los extravíos de su juventud. Decidme, pues, lo que habeis conseguido...

—Lo que ha hecho mi fiel criado Martin.

—¡Siempre generoso!... Martin estorbó el casamiento de don Juan, y segun vos, nada debo agradeceros; ahora tambien es Martin el salvador...

—Solo él...

—Bien, padre mio: él ó vos sacadme de la ansiedad que me atormenta, y que el cielo premie vuestra abnegacion y la lealtad de vuestro criado.

Fray Manuel refirió cuanto habia sucedido los dias anteriores en el camino de Extremadura.

Andrea cruzó los brazos, elevó al cielo una mirada de gratitud, y exclamó:

—¡Dios mio!

La voz se apagó en sus labios.

Un raudal de lágrimas brotó de sus ojos.

Cayó de rodillas, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil.

El carmelita extendió las manos sobre la infeliz jóven, y levantando al cielo sus negros y expresivos ojos, húmedos por dos lágrimas de ternura, oró fervorosamente.

El sol, oculto hasta entonces por espesas nubes, se dejó ver, y sus rayos penetraron en la estancia, reflejando en la espaciosa frente del carmelita y en los dorados cabellos de la jóven.

¡Cuadro sublime!

¿Qué pintor hubiera podido trasladarlo al lienzo con toda su conmovedora expresion?

Aquel llanto pareció aliviar á la infeliz.

Cuando hubo rezado y recibido la bendicion del sacerdote, se sintió más tranquila, y envió al sol, en pago de su inesperado destello, una tierna mirada y una dulce sonrisa.

Volvió á reanudarse la conversacion; Andrea quiso conocer el plan del fraile, y este le dijo que aquella tarde él mismo seguiria á Antonio, entraria en la solitaria casa y sacaria de allí á don Juan, seguro de que el misterioso amante no se atreveria á hacer uso de la fuerza para estorbarlo.

En aquel momento se presentó Juan en la puerta del gabinete.

El fiel sirviente, que no podia disimular lo que sentia, estaba agitado y revelaba en su rostro la intranquilidad de su espíritu.

—¿Qué sucede?—le preguntó Andrea.

—Perdonadme, señorita,—respondió el criado con timidez,—no sé si he hecho bien; pero... en fin, si os disgusta... como si no lo hubiera hecho, nada se ha perdido.

—Explícate, Juan...

—He encontrado á mi amigo, es decir, al que tuve por amigo antes que se atreviera...

—Antonio,—murmuró Andrea.

Fray Manuel palideció, presintiendo una nueva desgracia.

—Acaba,—dijo la jóven á su criado:—no olvides ni una palabra de ese hombre...

—Es precisamente lo que él desea,—repuso Juan;—y para que no las olvidase me hizo escribirlas en una taberna. «Ya ves, me dijo, que solo se trata de hacerle comprender á tu señora su verdadera situacion...»

—¡Ah!—exclamó Andrea.—Dáme ese papel...

—Os explicaré cómo ha sucedido...

—Lo que importa es lo que diga ese hombre... ¡Dios mio!

Andrea, temblando, tomó un papel que le daba su sirviente, y leyó en voz alta:

«Señora, hoy se decidirá nuestra suerte, y si puedo sobrevivir á un fallo adverso del destino, os juro que respetaré vuestra dicha; pero si por primera vez quiere favorecerme la fortuna, perded toda esperanza de que vuestro hijo lleve el nombre de su verdadero padre, porque no habrá en lo humano remedio para vuestra desgracia. Hoy, con la ayuda del virtuoso sacerdote á quien yo amo y respeto tanto como vos, que le debeis mucho, podeis aguardar un fin venturoso; pero mañana será tarde: vuestro protector no podrá hacer más que llorar y orar por vos en su celda. Si la suerte me favorece y me rechazais tambien, moriré desesperado mientras que el dolor acaba con vos. Señora, nací plebeyo y soy el último hombre de la sociedad, ni aun como hombre soy tratado; pero ¿qué noble os daria la prueba de lealtad que os doy con este aviso, que puede ser un arma terrible en manos de vuestro protector? Si no quereis aguardar á mañana, esta noche podré decir á vuestro criado lo que ha decidido la suerte: si á las nueve no me encuentra Juan en el sitio donde otras veces nos hemos reunido, podeis consideraros feliz; pero no me maldigais en medio de vuestra dicha; no me maldigais, que no soy un criminal, sino un desgraciado, una víctima de la sociedad; llorad por mí si sois generosa, ó al ménos, rezad como cristiana.»

El papel se escapó de las temblorosas manos de Andrea, cuya mirada se fijó alternativamente en su criado y en fray Manuel.

Este, á pesar de la costumbre que tenia de disimular y dominarse, no pudo ocultar su inquietud: se habia contraido su frente, y habia aumentado la palidez de sus mejillas.

El carmelita habia comprendido lo que significaban las palabras de Antonio.

Andrea, aturdida, encontraba en la carta de su misterioso amante un enigma más.

—¿Qué te dijo?—preguntó afanosamente á su criado.

—Que él no escribia para que no se reconociese su letra, y además me dió mil razones para convencerme de que no os enfadaríais conmigo por hacerlo yo.

—¿Y luego?

—Nada, absolutamente nada más sucedió que una cosa, que todavía me parece mentira.

—¿Qué?...

—Cuando acabé de escribir miré á Antonio y lo ví llorando, ni más ni ménos que una mujer... Luego, maldiciendo como un condenado, se fué sin decirme una palabra.

Fray Manuel se puso de pié.

—¿Ahora os vais?—le preguntó la jóven con sorpresa.

—Sí, el tiempo es precioso y no debo perderlo... Volveré á la noche...

—Pero...

—Nada puedo deciros. ¿Cómo adivinar lo que vá á suceder? Ese hombre dice la verdad, no lo dudo...

—¿Creeis que hoy?...

—Se decidirá vuestra suerte.

—¡Oh!...

—Tened confianza en Dios...

—¡Padre mio, protegedme!

—Están explicadas las visitas que ese hombre ha hecho estos dias á don Juan...

—Tiemblo.

—Tranquilizáos; yo asistiré á la última entrevista que van á tener, y Dios me ayudará, me inspirará. Esperadme á la noche; pero si tardo ó no vengo, no os entregueis al dolor de imaginarios temores, porque tal vez mi tardanza sea para vuestro bien.

Andrea no pudo contestar.

El llanto volvió á correr por sus mejillas, y bañó, al besarla, la mano que le tendió fray Manuel.

Este, inquieto, agitado y triste, salió de la casa y se dirigió á su convento.

CAPÍTULO XXXVII.

Donde se verá de qué manera don Juan y Antonio decidieron de la suerte de Andrea.

Aquella tarde, á la hora en que Antonio acostumbraba á ir á la casa solitaria, el carmelita se encaminó á las afueras de Atocha, donde lo esperaba el fiel Martin con una corpulenta mula de paso.

Apenas amo y criado se vieron, este dijo á aquel:

—Señor, dáos prisa.

—¿Ha venido?—preguntó afanosamente el carmelita.

—Hace un cuarto de hora.

—¡Oh!...

—Lo esperaba el hombre con el caballo de siempre, y desde aquí lo ví emprender la marcha.

—¿Y observastes?...

—Todo, señor, segun me habíais ordenado. Llevaba espada, contra su costumbre, y lo que debe estarle permitido.

—Bien.

—Miró á todos lados, y como no pudo verme, ni habia por aquí personas que lo observasen, se desembozó, sacó otra espada que llevaba oculta bajo la capa, además de la que ceñia, y se

la dió al hombre para montar más desembarazadamente, tomándola y ocultándola despues que se acomodó en la silla.

—¿Y luego?

—Habló al desconocido, aunque poco, lo cual no ha hecho ningun dia, y el otro le respondió moviendo la cabeza y gesticulando como si dijese que sí y que descuidase.

—¿Nada más?

—Se alejó al trote largo y lo perdí de vista pronto.

—No me equivoqué,—murmuró el carmelita,—se prepara una escena horrible, una escena de sangre... No me sorprende: don Juan se burla de todas las preocupaciones sociales del tiempo de sus abuelos, desprecia los pergaminos de su familia, y profesa las ideas que han de trasformarlo todo el siglo venidero.

Fray Manuel cabalgó, y disponiéndose á partir, dijo á su criado.

—Adios, Martin, no olvides mis advertencias.

—Descuidad.

—Espérame toda la noche.

—¿Y si no habeis vuelto por la mañana?

—Irás á buscarme.

—¿Al encierro de don Juan?

—Sí.

—¿Y si no os encontrase allí?

—Donde creas que puedes encontrarme, desde la superficie á las entrañas de la tierra.

—Bien,—respondió simplemente Martin.

Pero en él significaba que estaba dispuesto á recorrer las cinco partes del mundo hasta encontrar á su señor, sin que pudiera estorbárselo más que la muerte.

Fray Manuel se alejó rápidamente: hacia un cuarto de hora que Antonio caminaba, y era preciso alcanzarlo.

Hubiera preferido el fraile entonces un caballo, pues aunque su mula era excelente y hacia una jornada en mucho ménos tiempo que el corcel más corredor, no adelantaba tanto en el primer arranque, que era lo que entonces necesitaba.

El cuadrúpedo, sin embargo, correspondió á los deseos del jinete, y este picándole y aquel corriendo, resultó que en poco

más de media hora el carmelita descubrió á lo lejos un caminante, que debia ser Antonio.

Verlo y obligar más á su cabalgadura, fué todo uno para fray Manuel; pero el que iba delante, por casualidad ó por que hubiese observado que le seguian, picó tambien la espuela.

Ambos corrieron igualmente y quedaron á la misma distancia.

Desde aquel momento la marcha del que parecia ser Antonio fué desigual; pero en pocos instantes adelantaba lo que habia dejado de andar en muchos minutos, y el carmelita no lograba alcanzarlo, porque su cabalgadura no servia para una carrera veloz, aunque fuese corta, si bien su paso igual y su resistencia eran bastante para no perder terreno.

Una hora más de incertidumbre penosa pasó fray Manuel.

El jinete que le antecedia, y que no habia mirado atrás, volvió á la derecha y salió del camino.

No habia duda, era Antonio.

—¡Ah!—exclamó el fraile.

Y espoleó sin compasion á su fogosa mula.

Empero el verdugo, haciendo lo mismo con su caballo, partió como una centella y á los pocos instantes se perdió de vista.

La angustia de fray Manuel puede comprenderse.

Llegaria tarde para evitar una horrible desgracia: tal vez no podria prestar más que los auxilios de su sagrado ministerio al hijo de la duquesa.

Adelantaba con rapidez la mula; pero no se descubria bulto alguno.

Entre tanto, Antonio corria como si el viento le hubiese prestado sus alas.

Su caballo, cubierto de espuma, parecia animado por un vértigo. Nada le detenia en su veloz carrera: trepaba las colinas, salvaba los cercados, y lo mismo corria por los sembrados que sobre la arena y las piedras; habíase salido de la vereda, siguiendo la línea recta para acortar la distancia.

Antonio, con el rostro contraido, la mirada sombría, indiferente al peligro que le amenazaba, se dejó llevar, y pocos minutos despues se encontró á la puerta de la casita.

Ya era tiempo: el caballo no hubiera podido resistir más.

La puerta se abrió, apareciendo maese Lucas, que tomó las bridas mientras el verdugo descabalgaba y sin hablar entraba en la miserable vivienda.

El interior de esta era tan feo como su exterior. La primera habitacion que se encontraba no recibia más luz que la que entraba por la puerta, y estaba completamente desamueblada.

A la izquierda se veia otra puertecilla con llave y cerrojo, que Antonio descorrió; pero se detuvo antes de abrir, quedó pensativo, su rostro enrojeció por un instante, vagó en sus labios una amarga sonrisa, y murmuró:

—Ya nadie, nadie fuera de Dios podria ponerse entre mi brazo y mi rival... Los hombres llegarian tarde.

Luego abrió y entró en una habitacion espaciosa, donde se veia una cama modesta, pero limpia, una mesa y algunas sillas. La luz penetraba allí por una ventana grande, que daba al corral.

El hijo de la duquesa se paseaba de un extremo á otro del aposento, y se detuvo al oir el ruido de la puerta. Los dias que llevaba de encierro habian menguado, aunque poco, sus carnes y cubierto de palidez su rostro, donde se veian las señales inequívocas del insomnio, así como su mirada sombría revelaba el estado de su espíritu.

Al ver á su rival sin el antifaz con que siempre acostumbraba á presentársele, el ilustre mancebo hizo un gusto de sorpresa, retrocediendo involuntariamente un paso, porque ya hemos dicho que el hermoso rostro de Antonio hacia experimentar al primer golpe de vista un sentimiento inexplicable de repulsion.

—Don Juan,—dijo el verdugo, sonriendo, porque habia adivinado el pensamiento de su rival,—muy pronto sabreis quién soy y comprendereis el disgusto que os causa mi semblante... Vais á conocer el último secreto, el más importante, y que tal vez os haga arrepentiros de haber aceptado el duelo que debe acabar con la vida de uno de nosotros y con nuestra rivalidad.

—¡Arrepentirme!—replicó el mancebo, clavando en Anto-

nio una dura mirada.—Si la noche que os apoderásteis de mí me hubiéseis dicho lo que os movia á proceder tan villanamente, uno de nosotros habria dejado de existir; pero me ocultásteis el motivo, vuestro nombre y hasta vuestro rostro, y yo no podia aceptar un duelo, cuya causa me era desconocida, ni exponerme á morir ni á matar sin saber de quién recibia la muerte ó á quién la daba. ¿Qué me importa vuestra clase ni condicion? ¿No sois un hombre? ¿No amais á la misma mujer á quien yo amo más desde que comprendí cuánto valia su alma grande y noble, y aprecié la intensidad de los dolores que la he hecho sufrir? Pues somos iguales.

—¡Iguales!—murmuró Antonio con acento de sarcasmo y volviendo á sonreir.

Y brillaron sus ojos como si el alma, convertida en fuego, hubiera intentado escaparse por sus pupilas.

—Acabemos,—repuso don Juan arrebatadamente.—Vuestro nombre, una espada y...

—Don Juan,—interrumpió Antonio con una calma horrible,—yo soy la mancha de la sociedad, el testimonio vivo de una impiedad repugnante, del más horrendo atentado de los hombres contra la naturaleza... ¡soy el verdugo!

—¡El verdugo!—exclamó el mancebo horrorizado.

Y á pesar de su despreocupacion y su valor, retrocedió espantado, quedó luego inmóvil y no acertó á pronunciar más palabras.

—Pero soy un hombre como vos,—repuso Antonio con la misma calma glacial,—amo á la misma mujer á quien amais, y como ella no puede ser más que de uno, sobra otro...

—¡Oh!...

—Reflexionad y acabará vuestro espanto: no vivimos más que de aprensiones. Yo, que soy verdugo, que estoy acostumbrado á matar á sangre fria, que he visto espirar entre mis manos centenares de hombres que ningun daño me habian hecho, y que hasta podian ser mis amigos, como algunos lo eran, no he tenido valor para asesinaros, he sentido rebelarse mi conciencia á la sola idea de verter alevosamente la sangre del rival á quien ódio. Ya lo veis, soy el verdugo y tengo corazon y conciencia.

Don Juan se pasó las manos por la frente, bañada en frio sudor, dió un paso, volvió á contemplar á Antonio con extrañeza y luego dijo:

—Teneis corazon... y conciencia...

—Os lo he probado.

—Y decís que sois...

—El verdugo.

—¡Ah!...

—¿Estais arrepentido?

—No,—respondió el mancebo, que habia recobrado su energía.

—Tomad,—repuso Antonio.

Y sacando la espada que llevaba oculta, la entregó á don Juan, añadiendo:

—Vamos.

El ilustre mancebo, sin pensar más que en morir ó verse libre, en matar á su rival ó hacer feliz á Andrea, tomó su capa y su sombrero, echó una última mirada á la habitacion como si quisiese despedirse de los muebles que le habian rodeado en su soledad, y en tanto que de sus negras pupilas se escapaban dos centellas, dijo:

—Vamos, sí.

Y siguió al ejecutor de la justicia.

Don Juan era valiente, y su valor se habia aumentado con la costumbre de sacar la espada en frecuentes lances y verse siempre favorecido de la fortuna; además, manejaba admirablemente el estoque, lo cual le dada gran confianza, y estaba dotado de fuerzas no comunes: así que, ni asomo de miedo le turbaba en aquellos instantes, ni daba importancia á lo que otro hubiera considerado como un suceso gravísimo.

Ya no volvieron á dirigirse la palabra aquellos dos hombres.

Habia llegado, pues, el momento terrible: iba á correr la sangre y á decidirse la suerte de la infeliz Andrea, sin que fray Manuel pudiera evitarlo, porque no llegaba, y antes de cinco minutos don Juan y Antonio se habrian alejado de aquel lugar.

Salieron de la casa y encontraron á Lucas con dos caballos en vez de uno.

—Ya sabes lo que has de hacer,—dijo el verdugo al antiguo posadero.

—No lo olvido,—respondió este, mientras tenia el estribo para que montase el hijo de la duquesa.

Y luego cerró la puerta, guardó la llave y se alejó á buen paso.

Antonio cabalgó tambien, y esparció la mirada en todas direcciones, por si alguien los observaba; pero á nadie vió.

¡Pobre Andrea!

Un minuto más y todo se habia perdido.

La última esperanza de la infeliz iba tal vez á perderse con el último suspiro de don Juan.

Como el dia anterior habian convenido en todos los detalles del duelo, no tuvieron que detenerse los rivales.

Ambos picaron á la vez la espuela y partieron velozmente en direccion opuesta á la en que pudieran haber encontrado al carmelita.

Aun era tiempo...

Fray Manuel no llegaba...

Tres minutos despues se perdieron de vista don Juan y Antonio.

Pasados otros tres minutos se descubrió á lo lejos un jinete, y á los pocos momentos pudo verse que era un fraile, que se dirigia corriendo á la solitaria casita...

¡Ya era tarde!

CAPÍTULO XXXVIII.

El duelo.

Don Juan y Antonio no se alejaron mucho: diez minutos despues de haber dejado la casa, se detuvieron cerca de un olivar, apeáronse de los caballos, y dejándolos, se internaron algunos pasos, hasta encontrarse en un sitio donde el terreno era firme y bastante igual.

Allí, sin más testigos que Dios, debia quedar uno de aquellos hombres.

Allí debia disiparse la última esperanza de Andrea, ó de allí debia salir el remedio de sus males.

Aun suponiendo que fray Manuel, al encontrar desierta la casita, pensase recorrer los alrededores y tuviese la inspiracion de dirigirse hácia el olivar, no podia llegar á tiempo de evitar el duelo, porque los combatientes necesitaban pocos minutos para terminar su sangriento convenio. Por consiguiente, dejaremos por ahora al fraile, y nos ocuparemos solamente de los que iban á disputarse la vida.

Como si midiesen sus fuerzas, contempláronse algunos momentos los dos rivales, y arrojaron al suelo las capas.

Ni una palabra pronunciaron; pero se contrajeron más de lo

que estaban sus rostros, y relumbraron sus pupilas como luciérnagas.

Colocáronse á la conveniente distancia, afirmaron los piés en tierra como si quisiesen clavarlos, decididos á morir antes que retroceder, y desenvainaron los aceros, cruzándolos en seguida.

Nadie hubiera conocido al verdugo en Antonio: su apostura nada tenia que envidiar á la del ilustre mancebo, y al primer golpe de vista se comprendia que no era extraño al arte de manejar la espada.

Así lo comprendió don Juan, solo al ver la posicion de su enemigo.

El silencio profundo que allí reinaba fué interrumpido por el chís chás de los aceros.

Los rostros, antes pálidos, se tornaron rojos.

Antonio acabó de probar su rara maestría, su valor y su serenidad.

Y como no era ménos hábil ni sereno y valiente el hijo de la duquesa, fueron inútiles los certeros golpes que se asestaron, y que fueron parados con rapidez.

Esta igualdad de medios de ataque y de defensa debia prolongar la lucha y la hacia más dudosa.

Cuando cada cual conoció ó creyó conocer el juego de su contrario, dirigiéronse más á menudo las estocadas y se hizo más peligroso el combate.

Ni uno ni otro apelaron á ninguno de los medios vedados entre hombres de honor y adversarios leales.

Antonio parecia el más cumplido caballero.

Si don Juan hubiese podido pensar entonces en algo más que en defenderse y herir, habria dudado que su rival fuese el verdugo.

Buen rato pasó.

Ni uno ni otro habian perdido la línea, ni avanzado, ni retrocedido.

Redoblábase el ardor de los combatientes.

Los golpes se multiplicaban.

La fatiga levantaba los pechos.

La ira, más reconcentrada cada vez, se escapaba en centellas por los ojos.

Para el carácter vivo é impaciente de don Juan, era aquello demasiado.

No habia perdido fuerzas ni menguó su valor; pero comenzó á impacientarse.

Perder la paciencia era ya mucho perder con un adversario como Antonio.

Este comprendió la ventaja que se le ofrecia, y dejando de atacar, no hizo más que defenderse, poniendo en esto todo su cuidado, de manera que era casi imposible herirle.

—¡Oh!—exclamó al fin don Juan con voz reconcentrada.—Acabemos.

Y dejándose llevar de su arrebato, quiso avanzar.

Pero el verdugo no se movió, y su brazo, que parecia de hierro, contuvo á su rival, asestándole una estocada, que si no le hirió, le hizo retroceder á su primitivo puesto.

Estas dilaciones podian ser quizás la salvacion del ilustre mancebo, porque daban tiempo al carmelita para llegar allí y evitar que corriese la sangre.

Sin embargo, á nadie se distinguia en cuanto alcanzaba á descubrir la mirada; ni el más leve rumor se percibia; solo el ruido estridente de los aceros resonaba en aquellos solitarios lugares.

Fray Manuel podia no estar lejos; pero más cerca se encontraba del corazon del noble mancebo la punta de la espada de su enemigo.

Antonio rompió al fin el silencio.

—Don Juan,—dijo,—quiero ser leal hasta el último instante, y os advierto que ahora es cuando me decido á concluir; por consiguiente, estad prevenido, porque lo que me habeis visto hacer es nada en comparacion de lo que puedo.

—Esa arrogancia...

—No, no es arrogancia, es una advertencia con que quiero acallar los últimos escrúpulos de mi conciencia, porque me he convencido de que con la espada sois muy inferior á mí.

—Basta... Acabemos.

—Muy pronto...

—¡Oh!...

—Preparáos, don Juan; si conseguís parar mi golpe decisivo, podreis matarme fácilmente, porque me habré quedado sin defensa...

El rostro de Antonio se contrajo hasta desfigurarse, y un fuego extraño pareció encender sus pupilas.

—Don Juan,—añadió con voz sorda,—os ódio, porque sois de los privilegiados por las leyes arbitrarias de los hombres, y porque soy el enemigo de la sociedad, que me ha obligado á ser verdugo para despreciarme y maldecirme luego; os ódio, porque Andrea os ama...

—Yo os desprecio,—interrumpió don Juan.

—¡Me despreciais cuando valgo más que vos!... ¡Oh!... ¡Defendeos!

Y al pronunciar esta palabra relumbró el acero del verdugo, girando rápidamente en opuestas direcciones y yendo á clavarse en el pecho de don Juan.

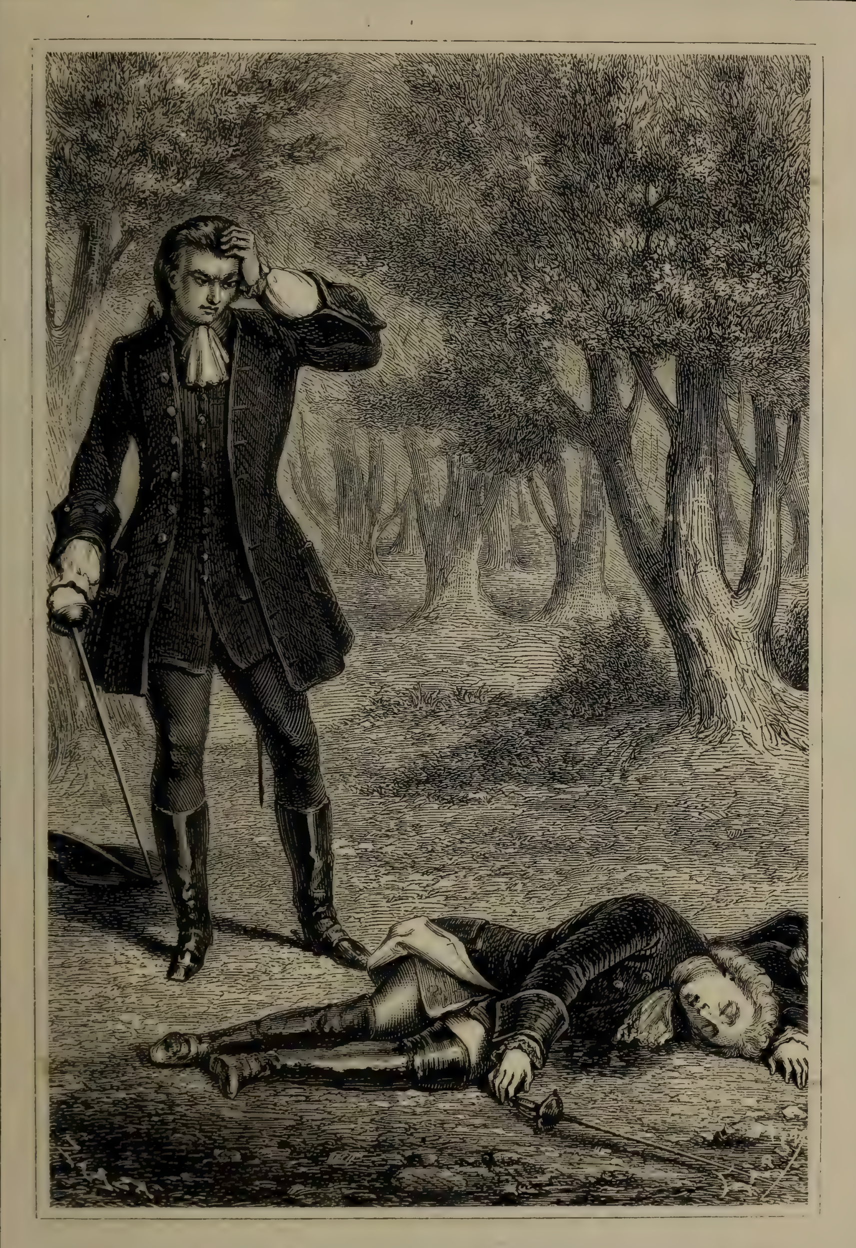
Este exhaló un grito, abrió los brazos, vaciló algunos instantes, y cayó pesadamente al suelo, mientras su rostro palidecia y se desfiguraba, y se apagaba el brillo de sus ojos, un momento ántes tan animados.

Antonio quedó inmóvil.

Cambió repentinamente la expresion amedrentadora de su semblante, contempló á su moribundo rival y pareció espantado de su obra.

Luego envainó la espada, se pasó las manos por la frente, que sentia abrasada, elevó al cielo una mirada ardiente, cuyo significado hubiera sido muy difícil comprender, y se inclinó sobre don Juan, tomándole una mano y poniéndole otra sobre el pecho.

—¡Oh!—murmuró con voz apagada.—Aun late su corazon; pero se estiende por su cuerpo el frio de la muerte: vá á espirar... Mi ódio ha concluido; pero estoy solo, y nada puedo hacer... ¡Ah!... No lo abandonaré mientras no se acerque gente que pueda socorrerlo. Soy cristiano y tengo corazon... ¡Tengo corazon á despecho de los hombres que me lo



Contempló á su moribundo rival, y pareció espantado de su obra.

niegan, más corazon que los que me desprecian y me llaman miserable y vil!...

Interrumpióse Antonio, levantó la cabeza y miró afanosamente al interior del olivar.

Habíale parecido oir ruido de pasos y de voces.

Sus ojos brillaron como dos carbunclos.

No se habia equivocado: aunque trabajosamente, por entre los árboles, y á unos cincuenta pasos se distinguia el bulto de dos ó tres hombres, que parecian dirigirse al lugar del combate.

El ejecutor de la justicia no vaciló.

Separóse de don Juan, recogió su capa y gritó con cuanta fuerza pudo:

—¡Há de los que pasan!

—¿Quién llama?—se oyó decir.

—Socorro para un moribundo,—volvió á gritar Antonio,—venid.

Los que se acercaban, que eran dos, aceleraron el paso, y seguro Antonio de que su rival seria en breve socorrido, salió del olivar, montó ligeramente en su caballo y partió como una centella.

Poco despues, dos hombres, que por su ropa parecian ser labriegos, se encontraban junto al herido.

Puede figurarse el lector cuál fué la sorpresa y temor de los campesinos: el peligro de verse envueltos en una causa criminal los tuvo perplejos por algunos instantes; pero venciendo al fin los humanitarios sentimientos, acudieron al moribundo, no sin haber buscado antes con la mirada, y observado con extrañeza, que habia desaparecido el que les habia demandado socorro.

—¡Ah!—exclamó uno de ellos.—Es un caballero, y si no está muerto le falta poco... ¿Qué hacemos, José?

—Mira,—dijo el otro,—tiene atravesado el pecho y está espirando; por consiguiente, de nada nos servirá comprometernos, y será lo más prudente que lo dejemos...

—Es una crueldad.

—¿Y la justicia, Pedro? El herido no habla y no podrá declarar, y nosotros iremos á la cárcel y nos daremos por muy

satisfechos con que no nos suceda más que estar encerrados seis meses.

—José, somos cristianos; yo no abandono á este hombre. Dios ha querido que nuestro amo determine no volverse hoy á Madrid: debemos avisarle, y él curará á este infeliz. ¡Dejarle morir como un perro, teniendo un médico á cien pasos!... Yo no haré semejante cosa... ¡Oh!... Corre, José, corre y díle lo que pasa...

—Es verdad, somos cristianos...

El llamado José atravesó corriendo el olivar y llegó á una casita que no tenia más que el piso bajo, y á cuya puerta se encontraba un hombre que frisaba en los cincuenta años, de rostro enjuto y de grave expresion, dándole un aspecto más severo su vestido, que era todo de paño negro sin ningun adorno.

—Señor,—le dijo el labriego, que en su cara revelaba el miedo de que estaba poseido,— venid corriendo...

—¿Qué sucede?—preguntó sorprendido el caballero.

—A la otra parte del olivar hemos encontrado á un caballero atravesado de una estocada, y que está espirando...

—¡Un hombre herido!

—Y otro que nos llamó, pidiéndonos socorro, pero que huyó sin esperarnos... Tambien hay un caballo... ¡Ah!...

—¿Y le habeis preguntado?...

—No sé si Pedro lo habrá hecho mientras yo he venido, ni si el infeliz podrá hablar...

—Vamos, José... Trae una escalera y unas mantas y... Mis instrumentos...

El caballero entró precipitadamente en la casa, abrió su pequeño armario, tomó una bolsa de cuero y se dirigió al sitio indicado por su sirviente, mientras este sacaba las mantas y una escalera de mano, con que podia improvisarse una camilla.

Cuando llegó donde estaba el ilustre mancebo, dejó el grave Hipócrates escapar una exclamacion de sorpresa, restregándose los ojos como si dudase de lo que veia, y dijo:

—Don Juan...

Y sin perder un instante, procedió á reconocer la herida, mientras preguntaba con trémula voz á Pedro:

—¿Ha hablado?

—Sí, señor.

—¿Qué ha dicho?

—Que lo han herido en un desafío, y que el honor le prohibe descubrir á su contrario.

—¡Oh!... Despues de tantos dias de haber desaparecido misteriosamente... ¿Qué más ha dicho?

—Pidió un sacerdote...

—Con razon... ¡Es mortal la herida!...

—Tambien pidió un médico, y le respondí que precisamente se encontraba cerca de uno, que lo era mi señor y dueño de esta finca don Luis Vallejo...

—¡No podré salvarlo!—exclamó con desesperacion don Luis.—¿Y al oir mi nombre?

—Dijo que érais su amigo, el médico de su familia; que le avisáseis á su madre, y que se guardase secreto. Nada más pudo decir; quedó como muerto y yo temblando.

El médico no hizo más preguntas: ocupóse solamente de la delicada operacion que practicaba, y solo despues de algunos minutos ordenó á sus criados que fuesen á buscar trapos y vendas, en tanto que él hacia girones su pañuelo de hilo y el de don Juan, que seguia sin dar señales de vida.

Terminada la operacion, fué colocado el mancebo en la improvisada camilla, y llevado por Pedro y José á la casa, donde se le puso en la cama que don Luis tenia para cuando pasaba allí alguna noche.

Todos los criados recibieron de su señor las más minuciosas instrucciones, y este, un cuarto de hora despues, se dirigia á Madrid para dar parte de lo sucedido á la duquesa, porque aquella delicada mision no podia confiarla á nadie.

¿Qué habia sido de fray Manuel?

La desgracia lo habia perseguido aquel dia, que él habia tenido por venturoso.

Cuando llegó á la casita llamó una y otra vez, sin que nadie le respondiera, y sin pensar en el peligro que podia correr, hizo escala de su mula y saltó la tapia del corral.

Recorrió la casa y á nadie encontró; pero se convenció de que allí habia estado don Juan, porque en medio de la miseria

que revelaba aquella morada, vió una cama limpia y cómoda y encontró sobre una silla un finísimo pañuelo de hilo.

—¡He llegado tarde!—exclamó.

Y volviendo á salir, empezó á recorrer al acaso en todas direcciones.

Solo á dos ó tres campesinos encontró: les hizo mil preguntas; pero ninguno pudo satisfacerle, dejándolo todos, despues de besarle la mano y pedirle la bendicion, más angustiado y desesperado que antes.

Pasó cerca del olivar; pero ya estaba don Juan en la casa de don Luis y este camino de la coronada villa.

La noche se acercaba, y despues de ir y venir tantas veces y en tan opuestos sentidos, el carmelita acabó por no saber dónde se encontraba.

Los rivales habian tenido sobrado tiempo para batirse, y era ya inútil buscarlos.

Si don Juan habia sucumbido, Antonio se habria vuelto á Madrid para ir á la taberna aquella noche, segun lo prometido á Andrea.

Si la suerte habia favorecido al hijo de la duquesa, este se habria encaminado á su casa.

En Madrid, pues, era donde el fraile podria adelantar algo, siquiera saber lo que habia sucedido.

Con la ansiedad consiguiente á la situacion, fray Manuel tomó nuevamente el camino de la córte, sin poder adelantar cuanto deseaba, porque á su deseo no correspondia su fatigada cabalgadura.

CAPÍTULO XXXIX.

De cómo la duquesa favoreció los planes de Antonio.

Ni aun en las situaciones más graves procedia la vieja duquesa de Miraguas con franqueza y sencillez: la costumbre de intrigar y fingir era en ella asaz añeja para que pudiese prescindir en ningun caso de explotar los sucesos en favor de sus planes.

Eran las siete de la noche.

La duquesa acababa de volver de palacio y se preparaba á cambiar de traje, cuando se oyó el ruido del trote de un caballo que pareció detenerse á la puerta de la casa, y pocos momentos despues entró en el aposento una doncella, diciendo:

—Señora, el médico don Luis acaba de llegar y quiere hablar con vuecencia para un asunto muy urgente.

— ¡ Mi médico ! — murmuró sorprendida la dama. — No acierto...

—Ha venido á caballo, lleno de polvo...

—Que entre,—dijo la duquesa.

Y añadió cuando hubo salido la sirviente:

—¿Qué puede querer? A esta hora, á caballo y como si viniese de fuera de Madrid... Veremos.

En aquellos momentos no pensaba en su hijo don Juan.

El médico, que á pesar del frio que hacia, tenia el rostro cubierto de sudor, presentóse algo turbado, porque aun no sabia cómo dar cuenta de la desgracia, para que el dolor de la madre fuese ménos intenso.

—Sentáos, don Luis,—dijo la duquesa,—y explicáos, porque me ha puesto en cuidado el anuncio de vuestra inesperada visita.

Dejóse el Galeno caer en un sillon; limpióse el rostro para tomarse tiempo de pensar cómo habia de comenzar á explicarse, y luego dijo:

—Señora, ante todo deseo saber si habeis tenido alguna noticia de vuestro hijo don Juan.

—¡De mi hijo!—exclamó la dama, fijando en don Luis una mirada penetrante.—¿Venís á hablarme de mi hijo?

—Precisamente.

—Nada sé de él, y he perdido la esperanza de que nada se averigüe, porque me he convencido de que la gente de justicia es tan torpe como perezosa. Dinero, mucho dinero es lo que llevo gastado, y pienso cortar este asunto y que se ponga en libertad á un infeliz inocente, cuya honrada familia viene diariamente á suplicarme, conmoviéndome con sus lágrimas. Pero vos, sin duda, habeis adquirido alguna noticia...

—Puedo deciros dónde se encuentra don Juan, y...

—¡Ah!... No sabeis, don Luis, el servicio que me habeis prestado...

—Señora,—repuso el médico,—vuestro hijo está en mi casa.

—¡En vuestra casa!—repitió la duquesa más sorprendida que antes.—¡Mi hijo en Madrid y no ha venido á su casa, sino que ha ido á la vuestra!... Esto es incomprensible... Explicáos...

—Lo comprendereis, señora, cuando sepais que á unas cuatro leguas de Madrid tengo una finca...

—¡Ah!—exclamó la duquesa.—¿Y allí está mi hijo?

—Allí lo encontré... en el olivar... y allí, en la casa, lo he dejado...

—Lo comprendo,—replicó la dama:—eran infundadas las

sospechas de que se hubiesen apoderado de mi hijo y lo tuviesen encerrado: era verdad lo que me decia en su carta, y no se atreve á presentárseme despues de semejante locura... Tantas ha hecho, que me tiene ya acostumbrada á ellas: así debiera comprenderlo y desechar su temor...

—Estais equivocada, señora: ignoro si don Juan ha hecho alguna locura, ó si lo han tenido encerrado; pero si sé que el no haber venido ahora ha sido por que... no puede...

—¿Quién se lo estorba?

—Nadie; pero no está en disposicion de moverse...

—¿Se encuentra enfermo?

—Sí, señora.

—¡Ah!... ¿Por qué no me lo habeis dicho desde luego?... Acabad de explicaros... ¿Qué tiene mi hijo?

—No os alarmeis hasta que mañana...

—Doctor,—replicó vivamente la duquesa,—explicáos de una vez...

—Pues bien, señora; don Juan está herido.

—¡Herido!—exclamó la dama, brincando en su asiento y escapándosele de la mano el abanico con que ocultaba el rostro á la luz y á los resplandores de la chimenea.—¡Herido mi hijo!...

—En un duelo.

—¿Con quién? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Es grave la lesion?... ¡Ah!... Todo, decídmelo todo, don Luis.

—Don Juan, como buen caballero, no ha querido revelar el nombre de su adversario: el lance ha tenido lugar donde yo mismo lo encontré, en mi olivar, y... nada más sé, porque ha hablado poco, y no he querido hacerle hablar más... Os nombró, encargó que se os avisase...

—¿Pero su herida?...

—La tiene en el pecho...

—¡Ah!...

—Sin embargo, no le ha interesado los pulmones ni la region del corazon...

—¿Pero ofrece peligro?

—Es grave, señora...

—¡Dios mio!...

—Aunque no puede pronosticarse con seguridad hasta ver los síntomas que presenta.

—Quiero ver á mi hijo... Al instante...

—¡Verlo!... ¿Y cómo?

—¡Cómo!—repitió la duquesa, á cuya primera impresion habian respondido solamente los sentimientos maternales.—Lo veré yendo adonde está...

—Es imposible á estas horas...

—¿Por qué?...

—De noche, y por un camino que en parte solo puede atravesarse á caballo... Aun de dia es para vos muy difícil...

—Con mi coche irá una silla de manos, y en ella iré la parte de mal camino.

—Hay otros peligros...

—Llevaré buena escolta, y luces...

—Señora...

—Veré esta misma noche á mi hijo,—replicó enérgicamente la dama.

El médico inclinó la cabeza.

—Entonces,—dijo,—esperaré para acompañaros, y mientras preparais vuestro viaje, iré á buscar algunos medicamentos que necesito. Además, convendria que viniesen otros médicos, porque la herida es grave, y si sucediese una desgracia, mi responsabilidad...

—Esperad.

Los sentimientos de madre habian empezado á dar participacion en el triste suceso á las miras de conveniencia, y la intriga iba á representar su papel.

La duquesa meditó.

—Ya lo veis,—dijo despues de algunos segundos,—en lo que sucede á mi hijo de algun tiempo á esta parte, hay algo de misterioso: yo me lo explico, porque conozco antecedentes que vos ignorais.

—Efectivamente, la desaparicion extraña de don Juan y su aparicion despues de tantos dias cerca de Madrid, y cuando acaba de tener un duelo...

—Doctor, importa guardar el secreto de lo que ha sucedido.

—Así lo ha encargado don Juan.

—Razon tiene.

—Por mi parte...

—Cuento con vuestra discrecion.

—Descuidad, señora.

—Necesito además que me presteis otros servicios, que serán recompensados largamente.

—Señora...

—Dentro de una hora es preciso que esteis con un coche y una silla de manos en el Prado.

—Quedareis complacida,—dijo don Luis despues de algunos instantes de reflexion.

—Tambien habrá necesidad de dos hombres de confianza...

—Comprendo.

—Y nadie, absolutamente nadie, ha de saber que he salido de Madrid: sobre este punto el mismo secreto que sobre la herida de mi hijo.

—Vuestros criados...

—Ignorarán mi viaje: creerán que paso la noche en palacio.

—Perfectamente,—repuso don Luis, poniéndose de pié.

—Aguardad... me ocurre una idea...

—Decid.

—Los dos hombres que han de conducir la silla de manos podrán ser muy fieles; pero al fin villanos y pobres, y no hay seguridad de que dejen de vender el secreto si se lo pagasen bien.

—Si hay quien tenga interés hasta el punto de pagar...

—¡Oh!... Con oro á manos llenas.

—¿Cómo se evita ese inconveniente?

—Con mucha facilidad.

—Sepamos,—dijo el doctor, más admirado cada vez de que en medio de situacion tan grave, angustiada por un dolor que hubiera trastornado á la mujer de más espíritu, la duquesa combinara planes tan hábilmente y sin olvidar ningun detalle ni circunstancia.

—Supongo,—repuso la anciana,—que el cochero que llevaremos no será un ladron ni un asesino.

—No os responderé de su discrecion, porque no la tengo probada; pero sí de su honradez.

—Pues bien: adelantáos á caballo, ved cómo sigue mi hijo, y en seguida, acompañado de dos labriegos, volvereis al sitio donde yo debo bajar del coche, y me esperareis si no he llegado.

—Entendido, señora.

—¿Os parece bien?

—Admiro vuestro ingenio, señora.

—No perdais, pues, un instante, doctor.

—Ahora mismo...

—Ya lo sabeis; el coche en el Prado, frente á la Carrera de San Jerónimo y á disposicion de la persona que diga al cochero: «en busca del doctor.»

—Esas palabras servirán de contraseña.

—Don Luis, el cielo os guie.

—Señora...

—Sed discreto y salvad á mi hijo, y no tendrá límites mi recompensa.

El médico hizo una profunda reverencia y salió.

La duquesa llamó.

—Que vuelvan á enganchar mi carruaje,—dijo á una doncella,—y dadme otro abrigo más fuerte que el que he traido. Me quedaré esta noche en palacio.

Diez minutos despues se alejaba la duquesa de su casa, y recostada en el fondo de su coche, decia:

—Es preciso que fray Manuel ignore que ha parecido mi hijo, porque de otra manera alimentaria las esperanzas de esa huérfana á quien protege. Si mi hijo sana, como creo, desde la casa donde está le haré emprender un viaje para Italia, y allí permanecerá con su hermano hasta que este regrese. Habrá pasado un año, y si aun persiste en la descabellada idea de casarse con esa muchacha, veremos cómo se consigue que ella salga de Madrid antes que él vuelva. Ahora diré á la reina lo que pasa, le haré comprender que el fraile es la causa de todo, y ella me ayudará á triunfar y á vengarme. Patiño hará mucho tambien, porque aborrece al carmelita y ama á la reina.

El coche siguió la carrera de San Jerónimo, y se perdió entre las tinieblas del Prado.

Antonio tenia un aliado desconocido é ignorado. No hubiera hecho él mismo en su provecho más de lo que hacia la duquesa.

CAPÍTULO XL.

De cómo la noche terminó para el carmelita tan poco afortunadamente como habia empezado.

Cuando fray Manuel llegó á Madrid, se dirigió á su convento, más que para buscar el descanso de su cuerpo, para tranquilizar su espíritu y coordinar sus ideas. Puede asegurarse que desde el el dia en que lo vimos, junto al cuerpo inanimado de la única mujer á quien amó, no se habia sentido tan trastornado ni desesperado.

Las desgracias de Andrea le habian inspirado el más vivo interés. Habia perdido familia, amigos, todas sus afecciones habian desaparecido; estaba verdaderamente ávido de amar su tierno corazon, y cuando encontró á la desdichada huérfana tan digna de ser amada y víctima de la más horrible crueldad, puso en ella todo el cariño de un padre.

Hé ahí por qué el terrible golpe que amenazaba á la infeliz jóven trastornó hasta tal punto al carmelita, y el fundado temor de que don Juan hubiese muerto á manos de Antonio le hizo sentir el dolor de la desesperacion.

Y no era solo aquella desgracia la que Andrea debia sufrir; como una consecuencia casi inevitable, le aguardaba el horrible porvenir de ser la esposa del verdugo, echando sobre su inocen-

te hijo una mancha más negra para el mundo que la falta de nombre.

Contra esto no habia más que la casualidad: si un incidente cualquiera hacia que Andrea supiese que su misterioso amante era el verdugo, podria librarse del mal; pero fray Manuel, sin faltar á uno de los deberes más sagrados del sacerdote, no podia revelar el secreto que bajo el de la confesion se le habia confiado.

Despues de meditar, se convenció el carmelita de que el primer paso que debia darse era buscar á Antonio, y si se le encontraba, lo cual seria muy mala señal, tener explicaciones que despejasen la situacion. Pero al verdugo no podia encontrársele más que en la taberna, adonde habia prometido ir aquella noche, y á fray Manuel le era imposible presentarse en semejante lugar; decidió encomendar el asunto, en cuanto á la primera parte, al fiel Martin, á quien al llegar al convento le habia referido cuanto sucedia.

Con tal propósito, el carmelita llamó al donado, y cuando este entró en la celda, le dijo aquel:

—Buen Martin, necesitamos salir de la horrible incertidumbre en que estamos.

—Fácil es, señor: yendo á la taberna...

—Es lo que debe hacerse.

—Pues esta es la hora; y como supongo que vos no podeis buscar á ese demonio en el sitio que estará, iré si así os parece bien.

—Si, Martin.

—Dadme instrucciones.

—Si no estuviese en la taberna, aguárdalo hasta las diez, que si á esa hora no hubiese ido, casi por seguro puede tenerse que el triunfo ha sido de don Juan.

—¿Y si lo encuentro?

—Díle que lo espero esta misma noche, que venga contigo, que es indispensable que hablemos.

—¿Y si se niega?

—Insiste, ruega, amenaza... En fin, tu harás cuanto sea menester, cuanto convenga... ¿Qué más he de decirte? Te sobra entendimiento y buen deseo.

—Bien, señor, voy á dejar estas faldas, y si tardo en volver no os impacienteis, porque será que se ha resistido, y contra su resistencia pienso emplear toda mi tenacidad y toda mi calma.

—En ese terreno saldrás siempre vencedor.

—Temo, señor, que ese hombre tenga una cabeza tan dura como la mia.

—Martin, Dios te ilumine.

—Y no permita que esta noche me quede sin mi segunda cena y sin dormir.

Ya sabemos que el donado tenia dentro y fuera del convento ropa de seglar; evitaremos, pues, innecesarios detalles, y nos trasladaremos con él á la taberna en que antes se reunian Antonio y Juan.

Eran las nueve.

En el mismo sitio en que otras veces lo hemos visto beber se encontraba el verdugo, más sombrío y más pensativo que nunca, sin ocuparse del jarro que tenia delante lleno de vino, y que habia pedido para tener el derecho de permanecer allí.

Martin se caló el sombrero hasta las cejas, subió el embozo de su capa, y fué á sentarse frente á frente de Antonio, ni más ni ménos que si este lo esperase ó fuesen antiguos amigos.

El ejecutor de la justicia miró al importuno que tan sin miramiento interrumpia su meditacion, y ya iba á interpelarle bruscamente, cuando el donado, sin bajar el embozo y con su calma habitual, dijo:

—Buenas noches.

—¿Qué quereis?—preguntó ásperamente Antonio.

—Hablaros,—respondió Martin, descubriéndose el rostro.

Mirólo el verdugo con sorpresa, hizo un gesto de desagrado y palidecieron sus mejillas.

—¿Recordais,—añadió el donado,—haberme visto alguna vez?

—Sí,—dijo Antonio, despues de breves instantes de reflexion,—os he visto otras veces.

—Teneis buena memoria...

—Y soy buen adivino, puesto que os esperaba esta noche y no me he equivocado.

—Yo no esperaba veros...

—Y me encontrais aquí, lo cual sentireis, ¿no es verdad?

—Me es indiferente.

—¿No os interesaba saber si yo estaba vivo?

—No.

—¿Entonces?...

—He venido para cumplir una órden, cuyo fin desconozco.

—Antes os haré una advertencia.

—¿Cuál?

—Vais á perder el tiempo.

—Por esta vez os habeis equivocado; os buscaba y os encuentro, y por consiguiente, he conseguido hasta ahora cuanto deseaba.

—¿Quién os envia?

—¿No lo sospechais?

—Sí, fray Manuel.

—Exactamente.

—Pues bien,—replicó Antonio, que no parecia dispuesto á prolongar la conversacion;—decid á vuestro amo que recuerde lo que hablamos en nuestra última entrevista; nos separamos para trabajar cada cual en favor de sus planes, y para nada tenemos que comunicarnos. ¿Quiere saber lo que ha sucedido esta tarde? Que lo averigüe, pero que no espere de mí ninguna explicacion. ¡Oh!—exclamó el sombrío enamorado con repentina exaltacion.—Basta ya, basta; he dado hartas pruebas de lealtad, y para probar lo que es mi corazon y mi conciencia, no necesito dar á mis adversarios más armas con que herirme.

Martin se encogió de hombros.

—No comprendo,—dijo con tranquilidad,—una sola palabra de todo eso. Fray Manuel no me ha mandado averiguar nada, solamente me ha encargado que os busque, indicándome que aquí os encontraria, y que os diga que quiere hablaros, y os ruega vayais esta noche al convento.

—Imposible.

—¡Imposible!... ¿Por qué?

—Porque no quiero.

—Esa respuesta...

—No es nada cortés; pero es categórica, concluyente. Además, á nada conduce nuestra entrevista; lo que únicamente interesa á fray Manuel es saber si su protegida debe abrigar alguna esperanza, y eso podeis vos decírselo.

—Repito que mi encargo...

—No importa, decid á vuestro amo que don Juan no se casará con doña Andrea, porque es imposible; asegurádselo así.

A pesar de su calma, no pudo Martin contener una exclamacion de espanto.

—¿Es decir,—preguntó con ansiedad,—que el hijo de la duquesa?...

—No me pregunteis por él.

—¿Pero ha muerto?

—Lo ignoro.

—¿Pero no os habeis batido?

—¿Qué os importa?

—¡Vive el cielo!...

—Dejadme ya,—replicó ásperamente Antonio.

—¡Dejaros!... No, no os dejaré; he de cumplir mi encargo...

—¿Quereis llevarme al convento?

—Quiero que vayais.

—Pues no iré.

—¿Es decir, que?...

—¡Basta, voto al infierno!—interrumpió Antonio.

Y clavó una terrible mirada en el donado.

—Poco á poco,—dijo este;—os advierto que no me asustan las voces, ni tampoco hay para qué darlas. Os hablo tranquilamente, os ruego...

—Yo os respondo que no iré al convento, insistís y grito por si así os convenzo de que nada, absolutamente nada, me hará cambiar de resolucion.

Comprendió Martin que Antonio no cederia; pero era demasiado tenaz para darse por vencido, y decidió recurrir á su calma y paciencia sin igual, seguro de que en semejante terreno, como le habia dicho fray Manuel, seria vencedor.

—Bien,—dijo,—estais en vuestro derecho: yo tambien usaré del mio.

Y se acomodó en su asiento como dispuesto á no moverse.

—Aquí,—añadió,—me darán de cenar y no perderé más que el sueño.

El verdugo conoció la intencion del donado, meditó algunos instantes, llamó luego al tabernero, pagóle el vino y se puso de pié.

—Soy muy duro de cabeza,—murmuró Martin levantándose tambien.

Ni uno ni otro volvieron á pronunciar una palabra.

Salieron de la taberna, delante Antonio y Martin detrás.

El primero tomó á la izquierda en busca de la calle Mayor.

Siguiόle el segundo como la sombra al cuerpo.

Y paso entre paso, como quien no tiene prisa, dejaron atrás una y otra oscura calle.

—¿No se cansará de que lo siga?—dijo para sí el donado.

—¿No se cansará de seguirme?—pensó el verdugo.

—Es cuestion de paciencia, y la mia no tiene igual.

—Cuestion es esta de tenacidad, y no tiene igual la mia.

Ya que otra cosa no consiguiese, abrigaba el donado la esperanza de averiguar quién era el misterioso personaje, suponiendo que este se dirigiá á su casa; pero no sucedió así: Antonio vagó sin direccion fija por espacio de una hora, encontrándose al fin en la cuesta de Santo Domingo.

Allí se detuvo como si dudase por qué lado seguir; pero sin cuidarse de su perseguidor, como si este no se encontrase á pocos pasos de distancia.

Tambien se paró Martin. Su paciencia no se habia agotado; su calma no se habia alterado, pero empezaba á atormentarle la idea de quedarse sin cenar ni dormir.

Pasó un cuarto de hora.

En aquel sitio era doblemente sensible el aire Norte que venia de las nevadas cumbres de Guadarrama.

Poco tiempo más habria bastado para que nuestros personajes quedaran convertidos en estátuas, ó muriesen al dia siguiente de una pulmonía.

Con gran contento de Martin, Antonio volvió á emprender la marcha hácia la calle Ancha de San Bernardo.

¿Adónde habia de ir á parar un enamorado que no tenia que hacer más que vagar de un lado para otro?

La calle de la Justa fué el término del paseo.

Antonio se situó frente á la casa de Andrea, sentándose en el escalon de una puerta.

Por entre las rendijas de uno de los balcones se escapaban algunos débiles destellos de luz.

La jóven velaba: aguardaba á fray Manuel con el ánsia mortal consiguiente á su situacion.

—Bien,—dijo el donado para sí:—esto significa que piensa pasar ahí la noche, y como está enamorado no le atormentarán ni el hambre ni el sueño. ¿Tendré que volver al convento sin haber adelantado nada?

La idea de que otro pudiera ganarle en tenacidad, paciencia y calma, era lo único que podia exaltar á Martin, porque en ser testarudo era en lo único que se interesaba su amor propio; así que, cuando trascurrieron algunos minutos y Antonio permanecia inmóvil, como si formase parte de la pared donde estaba recostado, el cachazudo criado, perdiendo por primera vez en su vida la calma, decidió apelar á un recurso extremo, que justificó con el razonamiento siguiente:

—Este hombre no se moverá de aquí, y nadie puede obligarle á que vaya al convento. El principal objeto de fray Manuel era averiguar lo que esta tarde ha sucedido, y esto puede deducirse del hecho de estar sano y salvo este demonio, que no ha de decir más de lo que ha dicho. ¿Qué adelanto con esperar? Nada. ¿Qué podemos hacer en favor de doña Andrea? Quitarle este estorbo y vengar á don Juan. Soy soldado viejo; sé manejar la espada; este hombre es valiente y no dejará de responder á una provocacion... Estoy decidido á matarlo ó que me mate, y en esto me saldré con la mia... ¡Oh!... Si me volviese al convento, teniendo que confesar que otro era más duro de cabeza que yo, me mataria el coraje.

Martin se acercó al verdugo y le dijo:

—Escuchadme cuatro palabras.

—Ya os escucho,—respondió tranquilamente Antonio sin cambiar de posicion.

—Habeis matado á don Juan, porque os estorbaba para casaros con doña Andrea, y ahora os lo estorbo yo.

—No podeis.

—Si podré, teniendo espada,—replicó el donado.

Y desenvainó el acero.

—Levantáos,—añadió,—y en guardia si no sois un cobarde... ¿Por qué no he de aspirar yo tambien á la mano de doña Andrea? Los mismos títulos tengo que vos... Sobra, pues, en el mundo uno de nosotros.

—¿Me provocais á un duelo?

—Sí.

—Bien,—repuso Antonio con la misma tranquilidad que antes,—nos batiremos mañana.

—Ahora.

—Es imposible.

—¿Os falta el valor?

—Me falta una espada.

—¡Oh!—exclamó Martin con despecho.

—Por lo demás, os agradezco la proposicion, y os agradeceria mucho más que me matáseis: la vida es para mí un tormento, y si me veis defenderla es impulsado por mi pasion, porque me es imposible renunciar á la mujer á quien adoro. ¿Quereis saber por qué no he puesto fin á mis dias antes de abrigar este amor, cuando ninguna esperanza risueña, ninguna ilusion me sonreia? Porque he tenido valor para luchar con mi desgracia, para devorar en silencio mis dolores; porque el suicidio es la locura ó el valor de la cobardía, y yo no soy loco ni cobarde.

El donado tenia tambien que renunciar á batirse, y esta segunda contrariedad acabó de desesperarle.

—¡Vive Dios!—exclamó con voz reconcentrada.—¡Todo se conjura esta noche contra mí!...

—¿Deseais de todas veras batiros?

—¿Lo dudais?

—Hay un medio,—repuso Antonio, poniéndose de pié.

—¿Cuál?—preguntó el donado, que no parecia el mismo de siempre.

—Llamad á casa de vuestra protegida, que á vos os abrirán; pedid una espada...

—¡Una espada á doña Andrea!...

—No faltará de su padre...

—Es verdad; pero será lo mismo que decirle que vá á verterse sangre, y además, me veré en el compromiso de responder á preguntas que ni siquiera debo escuchar antes de recibir órdenes de fray Manuel...

—Entonces dejadlo para otro dia; siempre me encontrareis dispuesto á dar ó recibir una estocada.

—¿Volveis á sentaros?—preguntó Martin, viendo que Antonio se dejaba caer otra vez en el escalon.

—Aquí pasaré la noche; por consiguiente, si algo teneis que hacer, podeis iros descuidadamente, que si volviéseis antes del amanecer, en este sitio me encontrariais.

No dudó Martin que aquel hombre singular cumpliria su propósito, y por consiguiente, retardar la vuelta al convento no daria más resultado que prolongar la ansiedad del carmelita, impidiéndole al mismo tiempo que aquella misma noche tomase alguna resolucion que creyere conveniente.

El donado envainó, pues, la espada, embozóse y se alejó sin pronunciar una palabra.

El esfuerzo que habia tenido que hacer para ceder por primera vez en su vida, fué verdaderamente heróico y produjo en su espíritu un trastorno que nunca habia sentido.

Latian con violencia las sienes del buen donado, ardíasele la frente y su respiracion era agitada y desigual.

—¿Qué sucede?—le preguntó alarmado fray Manuel.—Estás pálido, sofocado...

—Estoy desesperado, señor.

—¡Tú desesperado!—exclamó el fraile como si no diese crédito á lo que oia.

—Yo, sí, con toda mi cachaza, con toda mi paciencia, con toda mi sangre fria... ¡Oh!... Ahora no está fria, parece fuego que me abrasa las venas...

—Pero...

—¡He encontrado un hombre más duro de cabeza que yo!...

—Basta, Martin: comprendo tu trastorno; te ha sucedido la mayor desgracia que podia sucederte; tu tenacidad ha tenido que ceder á otra mayor... Pero aquí de tu paciencia; aguarda y cobrarás ciento por uno... Tranquilízate y explícate.

El donado refirió en pocas palabras lo sucedido.

—Don Juan ha muerto,—murmuró con voz ahogada el carmelita.

Y elevó al cielo una mirada dolorosa, y dejó luego caer sobre el pecho la cabeza, quedando inmóvil.

Martin tuvo que sentarse; tal habia sido su trastorno, que le habia producido fiebre.

Despues de muchas y muy tristes reflexiones, el carmelita decidió ir á ver á la duquesa, y salió del convento sin permitir que le acompañase su fiel criado, en lo cual obró acertadamente, porque de otra manera el donado se hubiese hecho tan sospechoso como su señor para los que á este espiaban.

Como se comprenderá, fué tiempo perdido; los criados de la duquesa dijeron al fraile que su excelencia pasaria la noche en palacio.

Los instantes eran preciosos y la situacion demasiado grave.

El carmelita, sin pensar en la hora que era ni en el peligro que corria, se dirigió en medio de las tinieblas al Buen Retiro.

Empero en la morada real dijeron á fray Manuel que efectivamente, la duquesa habia entrado á cosa de las ocho y media ó las nueve sin volver á salir; pero que ya debia dormir lo mismo que sus majestades, y que no era posible darle ningun recado.

Nada le quedaba que hacer.

Pensó en Antonio; pero como lo conocia, estaba seguro de que no lograria arrancarle más explicaciones que las que habia dado á Martin.

Andrea debia esperar con afan el más angustioso; pero ¿no era preferible el afan y la duda al más horrible de los desengaños?

Por esta razon el carmelita decidió no visitar aquella noche á Andrea.

Así acabó la noche para fray Manuel.

Al dia siguiente muy temprano, apenas despertó Patiño, mandó que entrase en su dormitorio un hombre que esperaba rato hacia en la antesala.

—¿Qué hay?—preguntó el ministro al recien llegado.

—Señor, anoche despues de las once salió el fraile del convento, fué á casa de la señora duquesa de Miraguas y habló al portero, yéndose luego á palacio, donde no se detuvo, y volviendo luego al convento.

—¿Nada más?

—Nada, señor.

Patiño despidió al hombre con un movimiento de cabeza y volvió á quedar solo.

—Cuestion de don Juan,—dijo:—no me importa por hoy.

Pocos momentos despues entró un criado y le entregó un papel cerrado como una carta.

Abrióle y leyó lo siguiente:

«Desde que volvió á las ocho estuvo en su celda hasta las once, que salió por la puertecilla de la calle del Barquillo, y estuvo fuera cerca de una hora. Sigue dejándosele en completa libertad.»

—Sigue el asunto de don Juan,—dijo Patiño.

Y pidió una luz y quemó el papel.

Fin del tomo I.

ÍNDICE.

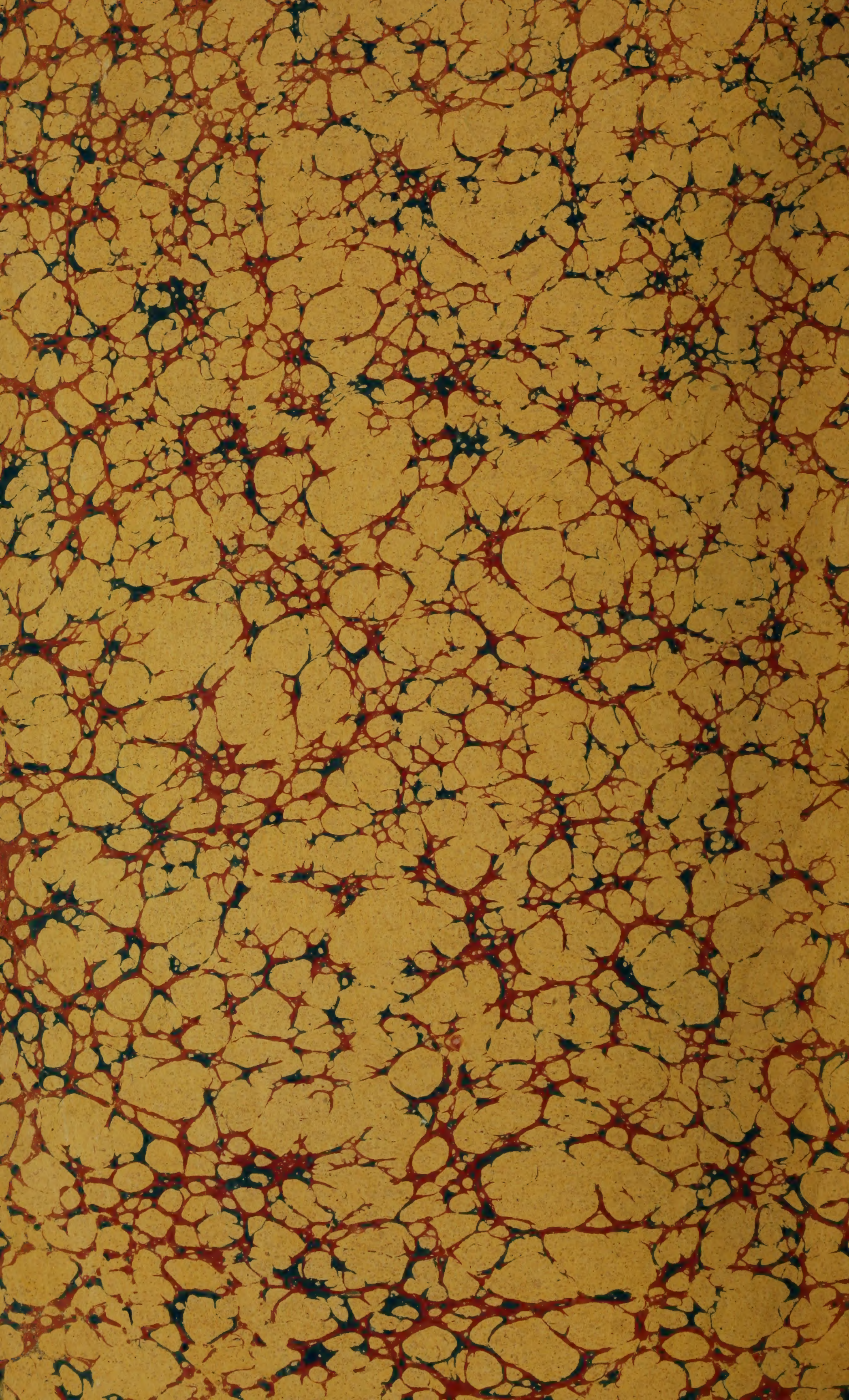
TOMO PRIMERO.

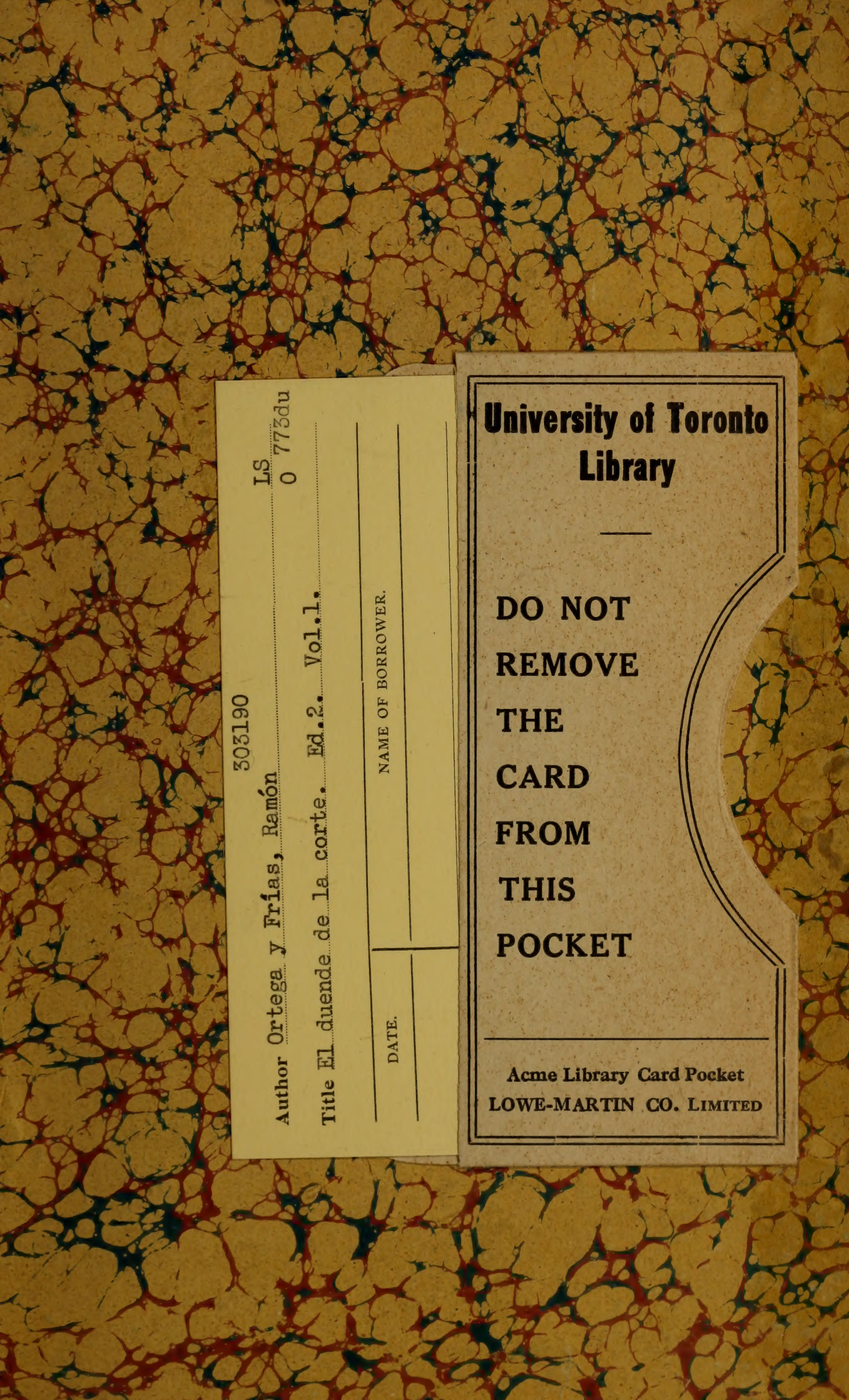
PLANTILLA

PARA

LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

TOMO PRIMERO.




303190
LS
0 773du
Author Ortega y Frías, Ramón
Title El duende de la corte. Ed.2. Vol.1.
NAME OF BORROWER.
DATE.
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

